# HISTORIA DELPERÚ

JUANBASILIO CORTEGANA

VOLUMEN III





## HISTORIA DELPERÚ

## JUAN BASILIO CORTEGANA

Volumen III

CARMENMCEVOY y MARCELVELÁZQUEZ (DIRECTORES)







#### BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ Dirección de Gestión de las Colecciones

Cortegana, Juan Basilio, 1801-1877, autor.

Historia del Perú / Juan Basilio Cortegana ; Carmen McEvoy y Marcel Velázquez, directores.-- Primera edición.-- Lima : Biblioteca Nacional del Perú : Fundación BBVA Perú, 2022-

260 páginas : facsímiles ; 24 cm.

"Bicentenario del Perú, 2021-2024". D.L. 2022-11226 ISBN 9786124045844 (tomo 3) ISBN 9786124045820 (Colección)

1. Perú - Historia I. Mcevoy Carreras, Carmen, 1956-, director II. Velázquez Castro, Marcel, 1969-, director III. Biblioteca Nacional del Perú, entidad editora IV. Fundación BBVA Banco Continental (Perú), entidad editora V. Título

985

Historia del Perú. Volumen III Juan Basilio Cortegana

© Biblioteca Nacional del Perú © Fundación BBVA Perú

Av. De la Poesía n.º160, Lima-Perú. www.bnp.gob.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2022-11226 ISBN de la colección 978-612-4045-82-0 ISBN del volumen 978-612-4045-84-4

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa Pasaje María Auxiliadora n.º 165, Breña, Lima, Perú

> Primera edición: noviembre 2022 Tiraje: 1000 ejemplares

#### BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Jefa institucional Fabiola Vergara Rodríguez

Asesora de Jefatura institucional Kristel Best Urday

Director de la Dirección de Acceso y Promoción de la Información
SANDRO TUCTO TRIGOSO

Directora de la Dirección de Protección de las Colecciones Kelly Carpio Ochoa

Coordinador del Equipo de Gestión Cultural, Investigaciones y Ediciones ROGER CÁCERES ATOCHA

#### FUNDACIÓN BBVA PERÚ

Presidente Alex Fort Brescia

Consejero Fernando Eguiluz Lozano

Gerente Nelson Alvarado Jourde

Responsable de Relaciones Institucionales Mercedes Castro Salas

Responsable de Proyectos Culturales Bárbara David

#### DIRECCIÓN ACADÉMICA

Carmen McEvoy Carreras Marcel Velázquez Castro

Selección y notas Marcel Velázquez Castro y Raúl Morales Herrera

> Corrección ortotipográfica Juan Carlos Almeyda Munayco

> > Diseño y diagramación Rodolfo Loyola Mejía

Digitalización Equipo de Servicios Bibliotecarios BNP Equipo de Conservación BNP

#### TABLA DE CONTENIDOS

#### 11 INTRODUCCIÓN

#### HISTORIA DEL PERÚ. VOLUMEN III

- 15 Manuscrito VIII (selección)
- 17 Capítulo 2 [Continuación del gobierno del virrey Abascal; batalla de Salta; batalla de Vilcapugio; batalla de Ayohuma; batalla de San Carlos; batalla de Palacé]
- 113 Capítulo 5 [Continuación del gobierno del virrey Abascal; bloqueo del Callao por Guillermo Brown; actividades de las guerrillas patriotas en el interior del Perú; nombramiento de Pezuela como virrey]
- 207 Manuscrito X (selección)
- 209 Capítulo 5 [Comunicaciones entre José de San Martín y el ayuntamiento de Lima; proclamación de la independencia del Perú]

#### 229 FACSIMILARES

#### INTRODUCCIÓN

La presente selección proviene de los manuscritos VIII y X de la Historia del Perú de Juan Basilio Cortegana. El primero se ocupa del período 1812-1819, desde el gobierno del virrey Abascal hasta el de Pezuela; el segundo, del año 1821. En ambos casos, el principal hilo narrativo es el proceso de independencia del Perú, cuyo relato está implicado en el marco general de la guerra por la libertad política de los demás territorios sudamericanos.

La ausencia del año 1820 en este volumen se debe al estado de conservación del manuscrito IX, que se ocupa de ese año, pues está gravemente deteriorado y la mayoría de sus folios son ilegibles. Por otro lado, en la selección de este volumen predomina el contenido proveniente del manuscrito VIII, debido a su mejor estado de conservación frente al décimo, en el que hay una extensa cantidad de folios ilegibles debido a la acción corrosiva de la tinta ferrogálica, cuyo daño ha interrumpido la continuidad narrativa de los textos correspondientes. Sin embargo, debido a que el contenido del manuscrito X presenta algunos segmentos independientes entre sí, y gracias a la identificación de las fuentes originales, ha sido posible rescatar el íntegro de algunas secciones sin que pierdan su sentido específico.

El manuscrito VIII está compuesto por ocho capítulos y, en general, cada uno corresponde a uno de los años tratados. Los gobiernos de José Fernando de Abascal y Joaquín de la Pezuela articulan la narrativa de la historia. Cortegana, al inicio de cada capítulo, ofrece un contexto sobre

el estado de los movimientos independentistas a lo largo de la geografía sudamericana. El relato histórico sigue una variedad de líneas narrativas: el recorrido del libertador José de San Martín, el surgimiento de guerrillas patriotas, las medidas tomadas por la autoridad real, los actos políticos y simbólicos de los distintos personajes históricos, las batallas y el accionar de jefes militares, patriotas y realistas.

Se han seleccionado, del tomo VIII, los capítulos 2 y 5, correspondientes al año 1813 y 1816, respectivamente. Un primer criterio de esta selección ha sido el estado de conservación: si bien, a comparación del IX y X, el manuscrito VIII está mejor conservado, hay un puñado de folios ilegibles que interrumpen la continuidad de los capítulos, así como secciones con muchas palabras indescifrables. Además, en el capítulo 2 se introduce la figura de José de San Martín, por lo que su selección ha resultado imprescindible; sumado a eso, se incluyen diversos encuentros militares, como la batalla de Salta, de Ayohuma, de San Carlos y de Palacé. El capítulo 5 se ocupa parcialmente de 1815 y de la totalidad de 1816. Entre los sucesos de mayor relevancia se encuentran el relato sobre las guerrillas de Manuel Ascencio Padilla, de Vicente Camargo, el nombramiento de Pezuela como virrey y la reorganización del ejército realista a cargo de José de la Serna.

Este manuscrito tiene tres fuentes principales: Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú (1846), de Andrés García Camba, Historia de la revolución hispanoamericana (1829), de Mariano Torrente y Las 3 épocas del Perú o compendio de su historia (1844), de Córdova y Urrutia. Cortegana utiliza las dos primeras fuentes paralelamente; por ello, intercala fragmentos —tan extensos, como grupos de párrafos, y tan breves, como oraciones—, completa informaciones específicas —lo que produce que, en ocasiones, haya reiteraciones o ampliaciones de episodios— y matiza los eventos para construir su propia perspectiva de la historia. Además, se evidencia que para Cortegana era más importante su propio relato histórico que el de sus fuentes; así pues, a veces cambia la secuencialidad presentada en los textos originales, retrocediendo y avanzando cuando lo requiere. Buen ejemplo de esto es el folio 463, incluido en la selección, en el que se puede ver cómo incorpora información extraída de las tres fuentes mencionadas y finaliza dicha sección con un juicio propio.

Tal como se ha mencionado, el manuscrito IX está gravemente dañado, por lo que su contenido es casi en su totalidad ilegible. Debido a la brecha temporal entre el VIII y el X, se puede saber con seguridad que dicho manuscrito se ocupa del año 1820. Sin embargo, es posible conocer más sobre el contenido perdido gracias a Emilio Gutiérrez de Quintanilla, historiador y crítico literario, quien fue poseedor de la Historia del Perú de Cortegana muy probablemente entre la década de 1920 y los primeros años de la siguiente década, y elaboró un detallado índice para cada uno de los manuscritos. Según este índice, el tomo IX de Cortegana está dividido en cuatro capítulos, retoma la historia en el gobierno del virrey Pezuela y le presta especial atención a la Expedición Libertadora de José de San Martín.

Del manuscrito X, que se ocupa del año 1821, se ha conservado principalmente un conjunto de proclamas, actas y cartas relacionadas al protectorado de San Martín. Está conformado por siete capítulos actualmente deteriorados, empezando por la conspiración de Aznapuquio y la deposición del virrey Pezuela, hasta los decretos de San Martín en Lima; el foco principal es la declaración de independencia, así como los sucesos previos a dicho evento y el régimen de gobierno que construye el libertador. Para este manuscrito, Cortegana recurre a diarios oficiales, pues las proclamas y los decretos que registra fueron de circulación pública; mucho de este material proviene de la Gaceta del Gobierno de Lima. De este manuscrito se ha seleccionado el capítulo 5, que contiene el relato sobre la declaración de la independencia del 28 de julio.

Es importante notar que, a partir de este manuscrito, Cortegana es testigo y actor de muchos de los eventos narrados en la obra. Por ello, en relación con los manuscritos anteriores, su voz y sus valoraciones ideológicas sobre los acontecimientos históricos adquieren mayor presencia en el texto.

Marcel Velázquez Castro y Raúl Morales Herrera

### MANUSCRITO VIII

(Selección)

#### [**f. 105**] Capítulo 2

#### **AÑO DE 1813**

Al virrey Abascal le entró este año de 1813, bajo los mejores auspicios de circunstancias ventajosas y con las más grandes esperanzas para afianzar en el porvenir la estabilidad del dominio español en todos los virreinatos de la América del Sur, cuyos sucesos corroborados en el Perú nuestra pluma va a patentizar, sin dolo ni pasión alguna contra los partidos beligerantes en este capítulo. Por otra parte, el año tenía noticias halagüeñas de la Nueva España o América Septentrional, donde las armas del general realista Calleja habían triunfado contra las del caudillo patriota Rayón en la batalla de Zitácuaro, y además con las ventajas frecuentes en las acciones de Santiago Cuautlixco, Calvario, el sitio de Cuautla, Atotonilco, Valladolid, San Miguel el Grande, Alfajayucan, Yanguiran, Guadalajara, Lerma, Tenango, el valle de Santiago, el Bajío por Iturbide y la persecución del cura de Morelos, consecuente a la toma de la plaza de Cuautla. Asimismo, había sucedido la reconquista de Caracas por el general realista don Domingo Monteverde y cinco mil hombres de este habían avanzado hasta Pamplona, jurisdicción de Santa Fe de Bogotá, el año anterior, lo que

daba mayor fuerza y resplandor a los laureles de Montes<sup>1</sup> en Quito. A la vez, mientras se ensanchaban en toda su generalidad los planes de dicho virrey de Lima sobre el sometimiento del reino de Chile por el brigadier Pareja,<sup>2</sup> presentaba a la vista de todos el más pronto exterminio de los independientes en ambas Américas, sin remedio. Porque si en Tucumán había sido vencido Tristán<sup>3</sup> por el general patriota Belgrano, <sup>4</sup> el virrey solo reputaba este hecho glorioso de los argentinos como el paso veloz de una nube que empaña la luz del sol en la carrera de su propia rapidez.

Pese a todo esto, los patriotas de Buenos Aires<sup>5</sup> no desmayaron en sus propósitos, porque, aún más alentados con la victoria alcanzada en el Tucumán y las obtenidas contra la plaza de Montevideo en el año anterior, esperaban en lo sucesivo resultados más grandiosos de sus armas. Así es

<sup>1</sup> Toribio Montes y Pérez (1749-1828) fue un militar y gobernador español. Entre 1804 y 1809, fue capitán general de Puerto Rico. En 1810, fue designado gobernador del Callao. Presidió la Real Audiencia de Quito desde 1811 hasta 1817, período de constantes enfrentamientos entre los movimientos independentistas y las fuerzas realistas, en los que Montes tuvo decisiva participación. Si bien el personaje no fue referido antes en esta selección, sí lo ha sido en el capítulo 1 de este manuscrito.

<sup>2</sup> Antonio Pareja (1752-1813) fue nombrado gobernador y capitán general de Chile en 1810, donde estuvo encargado de combatir los movimientos independentistas. Comandó a las fuerzas realistas en la famosa batalla de Yerbas Buenas en 1813. Este enfrentamiento culminó con una victoria militar contra los patriotas, pero también afectó la moral de su ejército y dañó mortalmente su salud.

<sup>3</sup> Pío Tristán y Moscoso (1773-1860) fue un militar y político peruano. Tras combatir en Francia, regresó al Perú en 1808 y se unió al bando realista. En 1824, luego de la derrota en Ayacucho, fue nombrado virrey provisional; sin embargo, días después aceptó públicamente la capitulación de Ayacucho, reconociendo la independencia del Perú. Asumió los valores republicanos y ocupó múltiples cargos políticos durante el resto de su vida. Fue tío de la escritora Flora Tristán.

<sup>4</sup> Manuel Belgrano González (1770-1820) fue un militar, político e intelectual argentino. Participó en la defensa de Buenos Aires ante la invasión inglesa de 1806 y 1807. En 1810, impulsó la Revolución de Mayo, proceso en el que se destituyó a Baltasar Hidalgo, virrey del Río de la Plata. En 1812, fue nombrado jefe del Ejército del Norte. En 1813, organizó una campaña militar sobre el alto Perú, donde fue derrotado por las fuerzas realistas comandadas por Joaquín de la Pezuela.

<sup>5</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Buenos Aires en 1813, Cortegana sigue a Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana (1829), t. I, cap. XXVI. Mariano Torrente (1792-1856), escritor español y administrador general de las rentas en La Habana, fue autor de la Historia de la revolución hispanoamericana, obra en la que defiende la causa realista y sostiene la necesidad de reconquistar las Indias. Su labor periodística y literaria fue también muy destacada en Cuba.

que, con motivo de dar mayor respetabilidad legal a sus deliberaciones gubernativas, instalaron un congreso nacional, de conformidad con la promesa hecha cuando ocurrió la mutación del gobierno en el año absuelto. En efecto, sus sesiones dieron principio el 31 de enero, bajo la presidencia del general, que había de ser el vencedor de Montevideo, don Carlos María Alvear, y de los secretarios Vieytes y Gómez, quedando confiado el poder ejecutivo a los mismos que lo estaban desempeñando, a excepción de Paso, a quien se le reemplazó por Pérez, que merecía la opinión pública. Esta asamblea tomó el lema de Congreso Soberano Constituyente y sus sanciones fueron ya las primeras leyes nacionales de la república ar-// [f. 106] gentina.

Como ya desde la instalación solemne de esta representación nacional porteña, se había variado, de derecho y hecho, la forma de gobierno de colonia realista a nación independiente y soberana; quedó, por naturaleza justa, proscrito para siempre de sus actas y trabajos políticos el nombre del rey Fernando de España. De ese modo, ella solo se dirigió, con todos sus patrióticos pasos, a establecer su independencia absoluta de la metrópoli, que tanto anhelaban los pueblos, reasumiendo en sí su soberanía política en el presente y para adelante. Bajo este principio legal, timbre y empeño, se comenzaron a expedir las leyes, los decretos, los títulos y las comunicaciones y órdenes oficiales, como el cambio de banderas y divisas reales, con las adoptadas nuevamente como nacionales por sanción del Congreso. Además, se acuñaron monedas con los emblemas de la república y, en razón de filantropía humanitaria, se declaró la libertad de los que naciesen de padres esclavos en adelante.

Las repúblicas de Venezuela y Nueva Granada seguían también sus avanzados pasos de independencia. El año anterior, en Caracas se habían instalado todas las corporaciones que designaba su Constitución, observándose desde entonces cierto arreglo en el gobierno y su marcha administrativa. La guerra entre el general realista don Domingo Monteverde y la república se hallaba en todo su vigor. Esta había dado el mando de sus fuerzas a un hijo suyo, el general don Francisco de Miranda, y el mando de la plaza de Puerto Cabello, al insigne Bolívar. Es preciso informarse de la historia política de aquel estado para saber todos sus acontecimientos guerreros. La segunda república de Nueva Granada, que también por el mismo tiempo había formado su congreso en Tunja, tuvo la desgracia de encenderse en una guerra civil entre los partidarios del centralismo y la federación. Aparecieron en la escena política don Antonio Nariño, como caudillo de lo primero; y Baraya, Ayala y Ricaurte, como del Congreso.<sup>6</sup>

Incendiada así la América por la independencia, las armas españolas por todas partes derramaban la sangre de sus hijos, porque solo procuraban hacer triunfante a tan santa causa. La plaza de Montevideo seguía sitiándose por las fuerzas argentinas, comandadas por los jefes Soler, Villarino, Terrada, Cruz, Ortiguera y French. Por el mes de febrero de este año 13, el jefe de la marina realista desembarcó igualmente a 300 hombres en las inmediaciones de San Lorenzo, a fin de incursionar en los pueblos de esas provincias del Río de la Plata. En efecto, ellos saltaron a la tierra sobre la orilla derecha del río Paraná, donde el coronel don José de San Martín los atacó y venció completamente, a la cabeza de 150 granaderos a caballo. Del combate, San Martín salió con una herida a un lado de la cara, la cual, pese a estar prolijamente curada y cubierta con la patilla su cicatriz, siempre era conocida como honrosa marca de su gloria. Este jefe triunfante es el mismo que después, ya de general, fue el genio planificador y tutelar de la emancipación de Chile, y el que, en se-// [f. 107] guida, se lanzó a la atrevida empresa de liberar al Perú de la humillación en que yacía bajo el poderoso coloniaje. San Martín se había separado de servicio español en Cádiz y, tras pasar por Inglaterra, llegó a Buenos Aires en 1812. Este oficial, que había estado en el ejército de la Península y en la guerra de independencia de esta nación contra la invasión francesa, fue el primero que en la América del Sur levantó y organizó un regimiento de caballería, arreglado al nuevo sistema europeo, compuesto por cuatro escuadrones y al cual dio el nombre de granaderos a caballo de los Andes, siendo él su primer coronel. Hasta esta época, la importancia de la caballería disciplinada, instruida y maniobrera, así como el modo de emplearla, era casi desconocida en las provincias del Río de la Plata. La acción de San Lorenzo comprobó

<sup>6</sup> Al final del párrafo, se agrega un asterisco, a manera de llamada de nota al pie de página. Dicha nota no figura en este folio, ni en ninguno de los que componen este capítulo.

la ventaja del sable sobre la carabina, que solo la usaban por entonces las caballerías de la milicia de ambos partidos. San Martín, sumamente conocedor del arma que manejaba, y poseedor de una valentía sin duda, hizo en aquel campo que sus contrarios le cedieran el honor de la victoria y, desde ese resultado, creció de tal modo su fama militar que ya todos divisaron en él al caudillo digno de atar a su carro la fortuna y los laureles de las más arriesgadas jornadas, cuyo desempeño los elevaría incontenibles a la más invicta nombradía en su causa. Pero, como el gobierno argentino reparó tanto en las pérdidas de Huaqui, Sipe Sipe y Nazareno con las ventajas de Tucumán, el sitio de Montevideo y San Lorenzo, hizo que su aliento enérgico empujase a su general en jefe Belgrano en persecución de Tristán sobre Salta. He aquí que, por este movimiento, vamos a entrar también en la cuerda de la historia del Perú, relativa al presente año, cuya descripción es el principal tema de esta obra.

Cuando el virrey Abascal —en mérito de los refuerzos que le remitió a Goyeneche,8 que se hallaba en Potosí para reparar el contraste de Tucumán— esperaba una correspondencia favorable a sus fatigas y cuando el mismo Goyeneche —persuadido de cortar con mayor ventaja los progresos de vencedor en Tucumán— ordenaba a Tristán que se concentrara con todas sus fuerzas en la ciudad de Salta, después de haber hecho retirar a algunos cuerpos destacados de patriotas del otro lado del Pasaje, es que vinieron uno y otro a avivar sus amarguras con la desgraciada acción de Salta sobre el propio Tristán.

En la reunión de las fuerzas que hicieron los realistas en aquella ciudad, se prometieron hacer prodigios de valor y desempañarse consiguientemente del deshonor que les había caído en sus armas. Con este objeto, Tristán se fortificó en ella para recibir a su adversario, que aún no lo juzgaba ni

<sup>7</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Perú en 1813, Cortegana sigue a Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana (1829), t. I, cap. XXVII; y sobre todo a Andrés García Camba, Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú (1846), t. I, caps. IV y V. En la parte final de este bloque, también sigue a José María de Córdova y Urrutia, Las 3 épocas del Perú o compendio de su historia (1844), Época 2, cap. XLIII.

<sup>8</sup> José Manuel de Goyeneche (1775-1846) fue un militar español de origen criollo. En 1809, se hizo cargo del ejército realista en el alto Perú y, en 1811, aseguró el control español con la decisiva batalla de Huaqui.

estaba desengañado de que fuera su completo vencedor. Pero, del lado de los patriotas, era distinto su modo de pensar, porque se hallaban bastante alentados con su anterior victoria. Así es que Belgrano —aprovechándose de este entusiasmo y de la favorable disposición que había concitado en su obsequio, su victoria del Tucumán, en todas aquellas comarcas deprimidas por Tristán y sus tropas; y exaltando hasta el extremo sus decisiones por el sistema de independencia— se reforzó también // [f. 108] con algunos cientos de tropas colectivas del paisanaje que tomó a su servicio y algunos auxilios que recibió de la capital de Buenos Aires, al intento de que practicara el avance que ya queda referido.

Es cierto que, para esta empresa de Salta, a Belgrano lo acompañaron numerosas partidas de gauchos, como gente sumamente diestra en el manejo del caballo y muy conocedora de sus terrenos montuosos y quebradas; al paso que experta en la guerra de sorpresa y de emboscadas, y de una particular sutileza para penetrar por los más ásperos bosques y matorrales, extendiendo de tal modo sus incursiones hasta las goteras del propio Salta. En una palabra, los tales gauchos, en aquellos terrenos suyos, son lo mismo que los árabes en el desierto de Egipto, los cosacos en los hielos de Rusia y los naturales del Perú en sus quebradas y montañas. Acometidas por aquellas nubes de caballería errante, las tropas del rey tuvieron que vivir de continuo en agitación o alarma, sosteniendo todos los días repetidos choques parciales, a fin de alejarlos de las cercanías de la población del indicado Salta, que sin trabar un recio ataque huían cuando los realistas los buscaban. Los gauchos se echaban encima de ellos con la misma facilidad en masa, tan luego como los sentían algo débiles o fatigados, y sin dejar por su natural condición de ser así volátiles, para interceptar los víveres, cortar las comunicaciones y sacar partido de todo descuido o desprevención de las tropas a las que les hacían la guerra con astucia y eficacia.

Pese a todos estos preparativos de parte de los patriotas para asegurar un nuevo golpe decisivo contra Tristán, el virrey Abascal, por su parte, tampoco había descuidado de remitir los ya indicados auxilios a Goyeneche para reparar el contraste de Tucumán. Estos consistían en 160 000 pesos en numerario, para que, unidos a los productos de las tesorerías del alto Perú, sirviesen a su sostenimiento. Además, había mandado pagar en la

tesorería de la capital las libranzas que se giraban contra ella, 1002 quintales de azogue, 500 espadas de caballería, 10 quintales de cuerda mecha, 1200 lanzafuegos y 12 000 estopines; sobre haber prevenido que, de las provincias del Cusco y Puno, se le auxiliara con nuevas tropas y reclutas. No obstante esta reunión, Goyeneche le hizo pedidos al virrey aún mucho más cuantiosos, los cuales eran imposibles de satisfacer; y, para mejor interesar su demanda, le manifestaba al extremo la tenaz resistencia de los independientes y la obstinación de las provincias en favor del sistema que estos invocaban. Al propio tiempo, también el virrey le insistía en que no se avanzase del río Pasaje; que se restableciese el fuerte de Cobos y se fortificara a Jujuy y Salta; y que mantuviese // [f. 109] siempre sobre el río Pasaje un destacamento de 500 hombres de infantería y caballería, con un jefe de experiencia y acreditados conocimientos, para que observase los movimientos de Belgrano y procurase imponer al paisanaje, con otras varias prevenciones generales y particulares. Al paso, el virrey satisfacía las comunicaciones de Goyeneche para tranquilizar su exceso de delicadeza en puesto de responsabilidad y que, por el contrario a su pedido, solo se contrajese a reparar la debilidad del ejército, evitando su disolución, y que no abandonase el terreno adquirido sin defenderlo palmo a palmo, como debía ser por un general en jefe que, como él, era tan acreditado a la causa real.

A este tiempo, Belgrano, con su ejército —después de haberse firmado, con la corte del Brasil y su gobierno, un armisticio respecto de las desavenencias que tenían por entonces— había dirigido secretamente su avance hasta el río Pasaje para batir a Tristán, que se hallaba en Salta. Así, tras andar 93 leguas que hay hasta esta ciudad desde la de Tucumán, sin que nadie le disputase su camino, se aprovechó de esta ventaja y, cuando llegó a la margen del expresado río cargado de bastante agua, introdujo en él las enormes carretas que se usan en aquellos espacios y de las que llevaba en abundancia para el servicio de sus tropas. Formó con ellas un puente e hizo pasar por él a todo su ejército; al término de ocho días y concluida esta operación, continuó su marcha sobre Salta, rechazando a un destacamento realista de más de 400 hombres que se hallaba de observación a alguna distancia del paso del río.

Mientras que así activamente se acercaba Belgrano y su ejército a Salta, el general realista Tristán, con el suyo, existía en esta ciudad en la mayor inacción y descuido; ya que entre los jefes y oficiales experimentaban el atrayente bello cepo, que esta posee en abundancia mediante sucesivas diversiones, sin pensar ni saber de la aproximación de sus contrarios. Y, aunque empezaron a generalizarse los rumores de que estos se aproximaban, no fueron debidamente aceptados, porque presumían que no pasarían de ser algunas partidas de «caballería campestre», palabras con las que significaban a las bandas de gauchos del país. Así es que, de esta persuasión equivocada, provino el que fuese más impresionante la sorpresa y confusión que causó a todos la noticia positiva que se recibió en Salta el 15 de febrero, acerca de que un cuerpo de tropas regulares del ejército independiente del Tucumán se hallaba ya cerca de la población. Con esta nueva, que ya no dejaba duda, Tristán dispuso la práctica de algunos reconocimientos, que no hicieron otra cosa más que confirmar la referida noticia. Entre tanto, Belgrano y su ejército continuaron impávidos su marcha y el 17 de febrero acampó a la vista de los realistas en los cercos y potreros de la hacienda del Castañar, tres cuartos de legua distante de la enunciada ciudad de Salta. Siguiendo sus reconocimientos en los días 18 y 19, este caudillo, con todas sus fuerzas, anunció que quería empeñar un resuelto combate; al mismo tiempo, el brigadier Tristán, posicionado ya fuera de la ciudad, le manifestó con sus preparativos // [f. 110] que lo aceptaba. Mas ambos dieron la vuelta a sus campamentos sin haber trabado choque alguno, sino que tan solo se mantuvieron en frecuente alarma, muy especialmente el ejército real, que estaba desprovisto de tiendas de campaña y sufría al raso los aguaceros, por haberlas perdido los del servicio en la jornada del Tucumán. Pero, como ya los movimientos continuos anuncian a todos los espectadores la proximidad de un desenlace militar de armas, es aquí muy propio también que al lector se le entere, por la descripción siguiente de la

#### BATALLA DE SALTA

El general en jefe independiente Belgrano, resuelto ya a obrar conforme a lo que le había ordenado su gobierno y viendo que a la sazón de sus operaciones ya tenía asegurados sus flancos por las partidas crecidas de gauchos, se resolvió a moverse el 20 de febrero, a eso del mediodía, sobre la vanguardia de Tristán, con todo su ejército en tres columnas paralelas que desplegó luego en batalla, cubriendo sus alas con la caballería y dejando más a retaguardia una buena reserva para el socorro que tuviese que dar en donde pudiese convenirle. Del lado del general realista Tristán, se formó también en batalla el ejército de su mando en dos líneas; colocó tres batallones en la primera, apoyando uno de sus flancos al cerro de San Bernardo y cubriendo el otro con sus 500 caballos a las órdenes del marqués del Tojo, en la débil formación de ala, y, al frente de esta línea, estableció la artillería; los otros dos batallones formaban la segunda línea y su reserva más a retaguardia cuidaba también de la custodia del parque y demás útiles concernientes a la seriedad del acto. No pasó mucho instante sin que los contrincantes se viniesen a las manos, rompiendo el ataque la caballería relista, la cual cargó inmediatamente con tal decisión y valentía a la independiente que cubría su izquierda, hasta obligarla a volver caras. Pero, contenido el ímpetu de los jinetes realistas por los certeros fuegos del cuerpo de negros del Río de la Plata, pronto se recobró aquella a esta protección y cargó, como que estaba en su vez, con tanta intrepidez y coraje, que arrolló completamente a la realista, que se puso en plena fuga para la ciudad, dejando descubierto allí todo el flanco que ocupaba cubriendo la línea. A esta falta proveyó al instante Tristán, ordenando que los dos batallones de su segunda línea ocupasen en la primera el vacío que acababa de causar la huida de su caballería; y, ejecutada que fue esta orden con prontitud y serenidad, se rompió seguidamente el fuego, que muy luego se hizo general por ambos ejércitos. Con todo, no fue de larga duración la firmeza de estos batallones en sostenerlos, a causa de que los de los independientes continuaban avanzando por el frente. Lo que, sin duda, influyó más fue el observar y temer que su caballería victoriosa, después de haber ahuyentado a la contraria, fuera cargada por la retaguardia como ya así lo amenazaba; por esa previsión recelosa, se desordenaron y se pusieron igualmente en violenta fuga para la ciudad sin poderlos contener. A pesar de este mal ejemplo, los otros tres batallones todavía se sostuvieron auxiliados del vivo fuego de la artillería; pero, también temerosos de ser envueltos y cortados, decidieron al fin seguir precipitadamente la misma dirección que los ante-// [f. 111]riores, dejando el campo en poder de los patriotas, con la mayor parte de la artellería y demás despojos de sus indicadas fugas. Cuando así se completaba este desastroso desenlace de la batalla campal en los realistas, sucedía que sus guerrillas avanzadas de la izquierda hacían esfuerzos de valor, rechazando visiblemente a un trozo de caballería que se les había presentado y otro de infantería que se adelantaba a sostenerla. Igual resultado alcanzaron sobre la parte de caballería, a cuya cabeza llegó a ser herido el famoso Díaz Vélez, segundo de Belgrano. Así, estas guerrillas ya llegaban cerca de las carreteras, cuando echaron a ver la lamentable derrota de su división, siendo este el motivo porque también se replegaron con presteza a la ciudad en busca de sus compañeros.

Por entonces, tanto era el desorden, la confusión y la indisciplina en la población, que Tristán apenas era obedecido y pudo con dificultad reunir alguna tropa para defender las débiles trincheras que había logrado levantar, con trancas de madera y vigas, en las bocacalles de la plaza Mayor, porque su gente, atemorizada o tal vez seducida por el patriotismo del lugar, se encerraba en la iglesia principal y en las casas del vecindario. Con tan irremediable procedimiento, vino a ser inútil el valor personal del jefe español, quien se vio en la triste necesidad de capitular con las condiciones que quiso imponerle el vencedor, porque eran con arreglo a la crítica posición en que había estado Tristán para suscribirlas y estaban fuera de las facultades que en sus instrucciones le había dado el general en jefe Goyeneche, esto es, no conceder capitulación ni admitir proposiciones de los insurrectos que no contuviesen la expresa condición de someterse absolutamente a las Cortes generales y extraordinarias de la nación española. Por ello, el virrey Abascal no quiso aprobarlas en Lima, faltando así a la buena fe de su general Tristán, que había sido batido y honrado con ello

generosamente por su vencedor en el campo de batalla, cuando él y los restos de su ejército pudieron haber quedado discrecionalmente prisioneros.

Los españoles —que se presumían siempre invencibles, sin persuadirse de que en este mundo todo es variable, y mucho más la suerte de las armas—, candorosa o maliciosamente, para rebajar las glorias de las armas independientes y tal vez para dañar más a Goyeneche y Tristán, que eran americanos al servicio español y elevados entre ellos a grados altos de la milicia, atribuían que la pérdida experimentada era fruto conocido de la seducción en Salta, muy particularmente respecto de algún jefe y de varios oficiales. Decían que su posibilidad debía haber sido prevista por Tristán, para procurar disminuir la sutil influencia de una población abundante en mujeres de conocido mérito y en extremo insinuantes, así como sagaces y afables en todo trato, ya que, aunque muchas de ellas eran también partidarias de la causa española, se sabía que la generalidad estaba decidida naturalmente por el nuevo sistema independiente, a lo que prudentemente debió temer, cuya censura es cierto que no sirvió más que para entretener sus corros. Mas la sustancia del hecho fue que la pérdida de la batalla de Salta fue funestísima para los realistas, así como para los independientes fue la precursora del progreso de su causa y del afianzamiento del gobierno de Buenos Aires. //

[f. 112] Mas, concluyendo el detalle de la batalla, es de necesidad que debamos continuar explicando las incidencias como las de que, ya por su victoria, los patriotas de todos los caminos y campos les privaron a los realistas de toda clase de recursos para la subsistencia. En tal conflictiva posición ya no les quedó otro recurso que, como queda dicho, capitular o morir sin éxito, defendiendo la causa de su monarca. Practicaron lo primero con la obligación juramentada de no volver a tomar las armas contra los de Buenos Aires, inclusive los individuos pertenecientes a su ejército, y de entregar las armas rendidas bajo los honores de la guerra, haciéndose otro tanto con la guarnición de Jujuy, después de ratificadas las capitulaciones por ambos caudillos beligerantes. Con ello quedó terminado este suceso de armas por entonces y se formó seguidamente en la historia uno de los muchos sucesos que ornan los anales de las victorias de la independencia. Pero los saladísimos gauchos, que de por sí son bastante naturales y agraciados, al general vencido luego le compusieron, como parte al general en jefe realista Goyeneche, el cuarteto siguiente:

> «Ahí te mando, primo, el sable. No va como yo quisiera. De Tucumán es la vaina y de Salta, la contera».

Del conocimiento de esta pequeña improvisación poética de aquellos guerreros selváticos, puede el lector clarificar la sencillez de aquellos hombres que en esos tiempos hicieron la guerra a los españoles con decisión y entusiasmo. Tristán, lleno de dolor y de vergüenza, se preparaba a dar parte a su primo Goyeneche, que, a este tiempo, se hallaba en Potosí, incluyéndole la capitulación, para seguir tras ella a reunírsele con todos sus juramentados.

Como Tristán había sido abatido por el ejército argentino, los jefes españoles que no estuvieron con él apuraron su desgracia con conjeturas y planes que ya no eran del caso. Unos le echaban la culpa a Goyeneche por no haber reprimido los avances de su primo de obrar por sí solo, sin su inmediata dirección; otros culpaban solo a Tristán porque había sido descuidado en estar en Salta desapercibido del enemigo que se le aproximaba y por no haber mantenido el río Pasaje con el debido resguardo. Pero los más creían que, después de haber reconocido al ejército de Belgrano, pudo haberse retirado rápidamente hasta reunirse con el batallón Azángaro y la caballería que, a las órdenes del comandante Estévez, componía la guarnición de Jujuy, distante 18 leguas. Allí, replegado y sobre un terreno más quebrado, hubiera podido sacar más partido de su infantería, en la que era superior a su contrario. Y si, ya así situado en la quebrada de Jujuy, estimaba oportuno empeñar una batalla; habría debido anticipar un aviso al brigadier Picoaga, que se hallaba en Suipacha, para que lo reforzara, y

Francisco Picoaga (c. 1760-1815) fue un militar realista peruano. Fue parte de las fuerzas militares españolas durante la revolución de Túpac Amaru II. Estuvo bajo el mando de Goyeneche en las acciones militares del alto Perú, entre 1809 y 1812. Fue derrotado, capturado y posteriormente fusilado, mientras intentaba sofocar la rebelión de Mateo Pumacahua de 1814.

habría tenido que continuar retirándose a favor de las buenas posiciones que el país le presentaba, hasta coincidir en un punto donde, reuniéndose con Picoaga, // [f. 113] habría tenido más de 4500 infantes, con los que hubiera cambiado la situación de sus contrastes. De ese modo, Belgrano no se habría atrevido a buscarlos o, con toda probabilidad, le habrían hecho pagar muy caro su arrojo temerario; pero, sin hacer nada de esto, Tristán solo se había entregado a sacrificar los intereses reales. Al mismo tiempo, decían que esto último no habría tenido ningún efecto, porque no existía la conveniente armonía entre Tristán y Picoaga, pese a que ambos jefes eran peruanos nobles y valientes; y agregaban que si Tristán pasaba por más entendido, Picoaga llevaba su lealtad al rey y a la España hasta el entusiasmo. Mas nada de esto podía ya remediar lo sucedido.

El general en jefe Goyeneche, antes de saber la pérdida y capitulación de Tristán en Salta, cumpliendo con las prevenciones del virrey Abascal y deseoso por su parte de auxiliar la permanencia de Tristán en Salta, había hecho partir para la vanguardia al coronel don Miguel Tacón<sup>10</sup> y al ingeniero don Francisco Javier de Mendizábal, los que, tras hacer juntos su viaje, llegaron el 19 de febrero a Jujuy, víspera de la derrota en Salta, sin saber hasta entonces ocurrencia alguna de lo que estaba sucediendo en este punto. El descanso que hicieron en el primero les dio lugar a que, el 21, tres soldados de los fugados después de la pérdida de la batalla llegasen al citado Jujuy y diesen la primera noticia de esta desgraciada jornada de los realistas. En su visita, el coronel Tacón tomó sobre sí la responsabilidad de mandar que la guarnición emprendiese sin demora la retirada hacia Tupiza, y así se verificó y se puso en marcha a las nueve de la noche del mismo día, fundados en el temor de que no tardaría aquella tropa en ser atacada y destruida, puesto que el ejército al que pertenecía había sido vencido. Semejante medida de precaución dada por el buen juicio de indicado Tacón, que ignoraba las condiciones de la capitulación celebrada en Salta entre Tristán batido y Belgrano triunfante, puso a salvo, de hecho, a la división Estévez, que resguardaba de parte de los realistas a Jujuy, pese

<sup>10</sup> Miguel Tacón y Rosique (1775-1855), duque de la Unión de Cuba, fue un militar español. En 1810, fue designado gobernador de Popayán, Colombia. Allí defendió la causa realista con poco éxito, hasta que se vio obligado a huir a Lima en 1811.

a que, por uno de los artículos del tratado, se le concedía a la mencionada guarnición que pudiese retirarse libremente sin que los pueblos le hostilizaran el tránsito por motivo o pretexto alguno. Así es que, a pocos momentos de emprendida la marcha, el comandante Estévez recibió la comunicación de la capitulación aceptada, que le remitía Tristán para su observancia; por medio de ella, las tropas del rey debían evacuar el territorio del gobierno de Salta y no volver a tomar las armas contra el de Buenos Aires. Pero no se acordó poner en ella, por olvido, la cláusula pactada respecto al modo como debía hacer su retirada la guarnición de la que se habla; sino tan solamente, en globo, lo que se había verificado, en mérito de las críticas circunstancias a las que la suerte de las armas la había reducido.

No habían pasado más de dos días de haber abandonado a la ciudad de Jujuy, cuando a Tacón, Estévez y Mendizábal, con la guarnición que conducían, los alcanzó un oficial de los capitulados de Salta, que conducía pliegos de Tristán para el general en jefe Goyeneche, que se hallaba en Potosí (que sin duda contenían ellos el parte de la batalla y las capitulaciones). Y él // [f. 114] todavía vino a referirles los pormenores del acontecimiento de Salta y de los artículos del convenio. Así, enterados por boca de este oficial de que la guarnición de Jujuy no podía ser perseguida ni molestada por estar garantizada su desocupación de la plaza en que se hallaban por aquella capitulación, continuaron ya la retirada con más sosiego y mejor comodidad, tanto en los alimentos de la tropa, cuanto en sus proporcionadas jornadas de marcha para no fatigarla.

Llegada la tregua para que Tristán desocupara Salta con todos los suyos, se esclareció más, en este paso, la generosidad del general argentino vencedor, al dejar partir con benevolencia a los apreciados juramentados al cuartel general de Goyeneche, puesto que con ello dio al mundo entero una manifiesta prueba de la cordura y civilidad con que hacía la guerra a los crueles enemigos de los patriotas. En efecto, pudiendo vengar a satisfacción las víctimas de Cochabamba y demás campos de batalla, solo se contentó con dejarlos libres bajo un juramento que muchos de ellos no cumplieron, porque se enrolaron en las filas reales para hacerle en breve tiempo una guerra más activa y afortunada; al paso que dio pretexto al virrey Abascal, para desconocerles sus servicios y mandar a sus casas a los

que se mantuvieron fieles en sus compromisos, si bien bajo el cumplimiento de tan decorosa observancia; no así para remunerarles sus riesgos, sufrimientos y trabajos pasados, que en el retiro solo les sirvieron de desatendencia<sup>11</sup> para ser sumidos en la miseria. Estos hombres, buenos y leales servidores del rey, por semejante impolítica del virrey Abascal y demás jefes españoles, pronto tocaron la desesperación y, viéndose abandonados, procuraron reintegrarse a los ingratos, sacudiendo el yugo de estos que de tal manera los habían condenado al más indolente olvido. De otro lado, influyentes en las masas de sus pueblos, pronto se convinieron a ello, cuyos resultados se describirán adelante y donde sea su perfecto lugar, en orden de los acontecimientos. Cuando le sucedió a Tristán esta derrota suya, hizo también Tacna su segunda revolución, que terminó a consecuencia de la desgraciada acción de Camiara.

Entre tanto, Goveneche recibió el parte de Tristán en el susodicho Potosí, es decir, el de la batalla y capitulación de Salta. Instruido del desastre de la vanguardia de su ejército, quedó sorprendido por muchos instantes y también sumido en el más acerbo y conflictivo dolor. Ciertamente, vio a sus esfuerzos, contenidos y a sus victorias de Huaqui y Sipe Sipe, estrelladas en los lares y calles de Tucumán y Salta; y aún más al considerar lo difícil que le sería, en su posición desmembrada de fuerzas, poder reprimir el torrente impetuoso de un nuevo antagonista que venía triunfante sobre él a toda prisa. En consecuencia, obligado a evacuar la plaza de Potosí, Goyeneche se retiró a la de Oruro. Pero, antes de proceder, convocó a una junta de guerra y resolvió con ella abandonar Potosí. Por esta decisión, mereció la censura de los jefes españoles de precipitado, en razón de que la verificó a las 48 horas de haberla concebido, disentido y aprobado, aun cuando estaba a 150 le-// [f. 115] guas al norte de Salta, con la división Picoaga avanzada en Suipacha y con reliquias del ejército de Tristán, que aún no habían llegado al cuartel general donde él estaba. De ese modo, por

<sup>11</sup> La expresión se forma a partir de la unión del sustantivo «atendencia» con el prefijo «des-», que tiene valor de negación o inversión. Alude a cómo, en el retiro, los soldados eran desatendidos y no recibían respuesta a sus demandas, pese a haber sacrificado sus bienes y esfuerzos. Cortegana se identifica con ellos porque él mismo fue un soldado de la independencia que, tras insertarse a la vida civil, luchó por conseguir mejores rentas y reconocimientos.

hacerlo de tal manera, se vio en la dolorosa previsión de mandar inutilizar, por falta de acémilas, cantidad de considerable de municiones, 300 tiendas de campaña y algunos efectos de vestuario que tenía de repuesto para reparar la desnudez de sus veteranos y la de los desgraciados juramentados.

Además de esta crítica, le observaban que su primo Tristán, entre las comunicaciones que le dirigió de Salta, le había puesto un billete, escrito en francés, en el que le aconsejaba que pusiese a salvo su persona retirándose por lo menos a Oruro. Los críticos atribuían a esa indicación el movimiento, para el mencionado lugar, del general en jefe realista, sin reflexionar este que, reunida la tropa que mandaba Estévez con la que tenía el bravo Picoaga en Santiago de Cotagaita, punto adonde ya se había retirado, tenía las fuerzas más que suficientes para esperar la reunión del batallón que se hallaba en Oruro y la de la división Lombera que guarnecía en Cochabamba. En efecto, con todas ellas concentradas a su inmediación, podía reunir más de 4000 hombres de buenas tropas, mejor provistas y más descansadas de las que había de presentarle su contrario Belgrano; y si los colocaba al sur de Potosí, era probable que, en su vista, este no se hubiese atrevido a buscarlo. Así, como resultado de esta eficaz medida, hubiera dejado cubiertas las vastas y ricas provincias del alto Perú y hubiera ganado el tiempo necesario para que su ejército recibiese los nuevos refuerzos que el virrey, sus intendentes y el presidente del Cusco le remitían del Perú en reparación de sus descalabros. Desde luego, hubiera neutralizado el fruto que los independientes llegaron a sacar de sus victorias, como dinero y gente de guerra de Potosí y de las demás provincias que invadieron y ocuparon sin oposición y en medio del entusiasmo público por la nueva causa con que estos se le presentaron. Estos eran los cargos que los europeos realistas le hacían a Goyeneche, sin deducir ellos la opinión de esas provincias en favor de los patriotas, prontas a levantarse tan luego como fueran ellas desguarnecidas; con lo que el general se vería con un ejército fuerte al frente por el sur y con provincias levantadas por el norte, que le cortarían los recursos y la comunicación con el Perú. Esto lo conocía bien Goyeneche y, en consecuencia, no se detuvo en señalárselo a sus subordinados como punto oportuno, por las circunstancias en que se veía para fijar un cuartel general y una reunión de todos ellos en el mencionado Oruro.

Goyeneche le comunicó sus órdenes, con bastante urgencia para que siguieran sus huellas, al brigadier Picoaga, que todavía se hallaba en Suipacha con un batallón y cuatro piezas; y de este último el coronel Tacón supo esta noticia, a su arribo a Santiago de Cotagaita con la guarnición de Jujuy, y también por este fue advertido de que era Oruro el punto señalado para la reunión del ejército. Tras ello, Picoaga y Tacón adoptaron marchar unidos, en cumplimiento de esto, por el camino real hasta la posta de Quirve, en donde, a fin de evitar la entrada a Potosí, se hicieron a la izquierda. De ese modo, luego de pasar por Tolapampa, la bra-// [f. 16]va cordillera del Fraile por su hielo insufrible y los pueblos de indios de Opoco, Condocondo, Huamani y Poopó, llegaron a Oruro el 21 de marzo, en cuya villa encontraron ya al cuartel general y a la división Lombera, que había ingresado a Cochabamba en un estado adelantado. Por otro lado, Goyeneche también comunicó sus órdenes al presidente Ramírez, que mandaba en la ciudad de La Plata, y al coronel Landivar, que realizaba su expedición por Valle Grande; al propio tiempo, participó al virrey Abascal de Lima todas las cosas que le habían ocurrido a Tristán, así como de cuantas providencias había dictado por estas circunstancias, como por cruzar en tanto los progresos de un ensoberbecido enemigo, que con sus brillantes acciones, súbitamente, se había presentado en el mismo fulgor de sus mayores glorias y conquistas.

Las órdenes así expedidas del general en jefe Goyeneche se ejecutaron todas con exactitud y facilidad; y solamente el coronel Landivar, que se encontraba cortado por fuerzas patriotas y sin más confianza que sobre el terreno que pisaba, al paso que sin poder retroceder hacia donde se lo llamaba a reunirse, se dirigió por mejor seguridad a Santa Cruz de la Sierra, en cuyo punto perdió a toda su gente con bastante detrimento de la causa real. A este tiempo, el coronel Lombera, que todavía se hallaba en Cochabamba con su división constituida por 1500 hombres entre infantería y caballería, recibió instrucciones para permanecer en dicho punto hasta segunda orden, con el fin de remitir al cuartel general de Oruro todos los víveres y auxilios que pudiera reunir a toda costa, deprimiendo a un pueblo sindicado siempre de amante de la causa de la emancipación. Asimismo, Goyeneche adelantó expresos a los intendentes de La Paz,

Puno y Arequipa, con iguales pedidos, para que hicieran las remesas al Desaguadero, en donde preveía indefectiblemente que sería su repliegue, en caso de que las reliquias de su ejército no sucumbiesen al irresistible impulso del infatigable Belgrano, que continuaba su marcha por las ciudades, villas y pueblos, bajo los inciensos y públicas aclamaciones del entusiasmo patrio.

Luego que se enteró el virrey Abascal del parte de su general en jefe Goyeneche, en el que lo relacionaba de todo lo sucedido con Tristán en Salta, se desazonó en sus designios y consiguientemente en su naturaleza. Por tanto, cuando hablaba de la batalla de Salta en su relación descriptiva de acontecimientos del Perú a su soberano, el virrey<sup>12</sup> dijo lo siguiente: «La confusión del parte indicaba los defectos y el desorden que había reinado en aquella desgraciada acción y, por sus resultas, en el convenio ajustado entre los comandantes; pero, en medio de esta sorpresa, aumentaba cada vez más mi asombro al leer el oficio del general, que, sobrecogido y lleno de temores, me anunciaba quedar enteramente ocupado de ponerse a salvo con las divisiones del ejército, situadas en diferentes puntos en el de Oruro».

Como el virrey, al recibir esta desagradable nueva, sin los detalles minuciosos de la batalla, estaba ocupado con la elección de diputados del virreinato a las Cortes, estimó reservar políticamente la publicidad de tan inesperada // [f. 117] desgracia, hasta terminar esta operación. Mas sí le contestó a Goyeneche, por el mismo extraordinario, 13 que desaprobaba la capitulación de Tristán, por ser hecha con insurgentes. El virrey añadió en la carta que le pareció preciso advertirle claro, y que acaso podría tener lugar de observarse, lo relativo a las marchas, el resguardo y la protección de los caudales del rey y de particulares; así como la elección del paraje más

<sup>12</sup> Las referencias y citas de la memoria de gobierno del virrey Abascal provienen de Andrés García Camba, Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú (1846), t. I, cap. V. Andrés García Camba y de las Heras (1790-1861) fue un militar realista que participó en la guerra de la independencia de Hispanoamérica. Asimismo, desempeñó cargos político-militares en la Península y Filipinas.

<sup>13</sup> La expresión debe entenderse como «correo especial o extraordinario que se despacha con urgencia». En este caso, se alude a que el mismo mensajero que entregó la carta se llevó su respuesta.

cómodo y defendible. Otro tanto abrazaba su contestación, por el extraordinario en que se lo comunicaba, a fin de que llegase a sus manos antes de la salida de la villa de Potosí, cuyo punto interesante convenía mantener ocupado, librando en aquella misma oportunidad las órdenes más estrechas para que los intendentes del Cusco, Puno y Huamanga reforzasen el ejército con la tropa, armas y municiones con que cada uno se hallaba en aquellas circunstancias. Pero estas indicaciones del virrey a Goveneche eran, como bien puede decirse, impracticables sobre una cosa que ya estaba realizada, como su repliegue a Oruro. Esto se hacía aún más verídico, cuando el mismo virrey vio que habían pasado diez días sin recibir más que partes aflictivos que disgustaban su ánimo respecto a los contrastes ocurridos, y para su reparación, como arduo asunto, no quiso por sí solo dictar el remedio, sino que buscó el parecer fundado de una junta de guerra. Con ese fin, convocó a esta junta el 1.º de abril, a la que dio cuenta, sin prescindencia de lo menor, de las desgracias sufridas en Tucumán y Salta; de los peligros que amenazaban a las posesiones de conquista de la España en el Perú; de la perturbación de la quietud pública por esta causa; de las disposiciones preventivas que había expedido, desde antes de la mal concebida y dirigida acción del Tucumán; y de toda la correspondencia, en aquella época, del general en jefe Goyeneche, entre la cual constaba su renuncia, con las minutas de sus respectivas contestaciones y las de otras órdenes libradas tanto al propio tiempo como últimamente. La junta reunida opinó unánimemente, con vista de los documentos presentados, que el virrey debía aceptar la renuncia del mando del ejército que hacía con reiteradas instancias el general Goyeneche y que estaba conforme con la desaprobación que había hecho de la capitulación de Tristán en Salta, en cuanto excedía sus facultades, puesto que, en calidad de jefe de vanguardia, no había podido ni debido tratar la retirada del ejército de las provincias de Potosí, Charca, Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba y La Paz. La junta demostró que ni el mismo general en jefe Goveneche se hallaba autorizado para concluir tratado alguno con el enemigo sin la previa anuencia del gobierno superior del país y, por último, dejó acordados otros puntos relativos al auxilio del ejército y a la seguridad del territorio, dejando a la acreditada inteligencia

del virrey el modo de ejecutar dichas medidas sin hacer traslucir al pueblo apuro ni agitación alguna.

De las medidas acordadas por la junta y puestas a la práctica por el virrey, la de mayor consideración a este era la de acceder a la renuncia de Goyeneche, por las mismas razones de conveniencia y de política en que se había apoyado su permanencia // [f. 118] en él v porque su reemplazo aún no estaba allanado. De aquí es que el virrey, como para probar si estaba firme en la renuncia que le había dirigido, le despachó nuevas instrucciones con fecha 5 de abril, autorizándole que previniese a Picoaga de que tratara de sostenerse en Humahuaca o Huacalera, si avanzaba por el camino de Jujuy para proteger el repliegue de la guarnición de esta villa y los dispersos de Salta, que naturalmente buscarían su abrigo, y si no en Suipacha, en Santiago de Cotagaita u otro punto ventajoso de los muchos que le ofrecería el terreno quebrado de los lugares citados, hasta recibir los refuerzos de Potosí, con los cuales, a sentir del virrey, habrían de frustrarse los planes de invasión de los independientes, si en efecto no hubiera atacado el caudillo de estos, Belgrano, a Tristán, más que con 3800 hombres de todas armas, y si en la acción de Salta hubiera perdido aquel 1200, como se decía en los partes de este último. En discernimiento de este cálculo, el virrey había traído a la vista los últimos estados del ejército real, entre los cuales resultaba contar 3000 infantes disponibles, 1000 caballos y 300 artilleros, a los que se les agregaban 500 hombres más por otros tantos fusiles que había remitido con posteridad, para que se los pusieran quienes los manejasen. Finalmente, el virrey facultaba a Goyeneche para alterar y variar sus disposiciones, según conviniese a la mayor seguridad del país, una vez reconocida esta conveniencia en consejo de guerra de los jefes del ejército, determinación indudablemente preventiva de la decisión que dicho general manifestaba en sus oficios por replegarse a Oruro, como ya lo había hecho antes de que hubiese recibido estas determinaciones del virrey, que venían de la distancia del teatro en que se le afligía a Goyeneche.

El virrey Abascal, no contento con las instrucciones recién remitidas como consecuencia de los partes que recibió de las batallas perdidas de Tucumán y Salta ni con la retirada de Goyeneche para Oruro, apuró los recursos en Lima a fin de reforzar al ejército realista y aun pensó

resolutivamente en relevar al mismo Goyeneche. Los amigos de este le escribieron avisándole de la zozobra en que estaba el virrey sobre su cambio en el comando en jefe de su ejército, a causa de las infaustas noticias que le habían participado y también en consideración a sus reiteradas renuncias y a la desaprobación que había hecho de su retirada para Oruro, abandonando Potosí, con acuerdo de una junta de guerra con oficiales generales. Goyeneche, con tal participación y sobrecogido de dolor por su varia fortuna guerrera, se dio tanto a la tristeza que, dentro de muy pocos días, se enfermó y, echándose a la cama, repitió con más vehemencia su dimisión al virrey del mando del ejército y aun le manifestó amargas quejas respecto a las órdenes que se le habían comunicado. En este estado, el virrey, que no quería otra cosa, le admitió la renuncia y, en tan complicada situación, Goveneche vio de tal manera, con un rasgo de pluma, el marchitamiento de sus laureles, a los que en verdad había cegado con duras fatigas y continuados riesgos. Este procedimiento artificioso del virrey no dejó de ser conocido por sus jefes y oficiales, que eran en su mayor parte hijos del país; // [f. 119] de modo que estos supieron que, pronto y en un orden gradual, seguirían todos la propia suerte, hasta que solo los europeos españoles se hicieran dueños de sus destinos, como llegó a suceder dentro de muy breve tiempo.

Con motivo de estas disposiciones del virrey y la defensa que Goyeneche hizo para la no nueva ocupación de Potosí sin la fuerza suficiente para batir a Belgrano, se cruzaron entre los dos algunas contestaciones. El virrey se manifestaba, por su parte, ofendido por el estilo que empleaba el general en jefe en sus oficios, con particularidad desde que los redactaba el doctor don Vicente Cañete, fiscal de la Audiencia de Charcas, que hacía de su secretario; y Goyeneche le hacía sentir que no confiaba ya en él ni en los de su entorno, desde el momento que se le había esquivado la fortuna, siendo las pruebas más incontrastables de ello la desaprobación de su retirada a Oruro y los demás partes que le había dado respecto a las acciones desfavorables de Tucumán y Salta. Este desacuerdo concluyó cuando Goyeneche fue separado del mando del ejército. Sobre este punto, «son recomendables y dignas de atención —dice el virrey al monarca de España— las órdenes en que se le comunicaba esta ocurrencia, pues nunca perdí de vista la que

se debía al carácter de su empleo y a los servicios que tenía hechos en favor de la justa causa».

Pese a esto, lo cierto del hecho fue que, cuando se hubo recibido en el cuartel general la orden del virrey para que se separara a Goyeneche del mando del ejército por renuncia suya, se tuvo como por cosa dejada al querer de este general si lo hacía o si continuaba en su puesto; pero con la condición de separar de su lado al brigadier Tristán y, más principalmente, a su secretario. Esta condición acabó de agriar el ánimo del general en jefe, que se quejó de ella con amargura y se apuró de tal modo que, a pesar de las representaciones de los jefes del ejército para que continuara en el mando, en el acto se decidió a entregarlo a su segundo, el brigadier don Juan Ramírez, 14 mientras llegaba su sucesor y se encargaba de él.

Al hablar de las representaciones suplicatorias de los principales jefes del ejército para que el general en jefe Goveneche no dejara el mando de este, es muy del caso manifestar aquí que lo hicieron fundándose en el afecto y buena opinión que tenían de él y, consiguientemente, en los temores que les inspiraba su separación en aquellas circunstancias desfavorables, de las cuales los independientes sacarían todo el partido que pudiesen en adelanto de sus ideas y procedimientos. Como en efecto luego se notó el disgusto que causaba el relevo del general, tanto entre los oficiales como entre los soldados, dejándose percibir por primera vez la tristemente trascendental idea de que los iba a dejar y de que un supuesto jefe español europeo venía en su reemplazo a mandarlos; todos se retiraron a sus casas, a la vez que perdían a su general, con quien habían sobrellevado juntos los trabajos, las privaciones y los riesgos. No pasaron muchos momentos para que este descontento y agitación cundiese hasta los soldados, hasta el punto de que, propalada la voz de que el general en jefe se había marchado, ocurrió que el primer // [f. 120] regimiento del Cusco dejó el ejercicio en que estaba y se dirigió en agolpamiento a la casa de Goyeneche, donde,

<sup>14</sup> Juan Ramírez de Orozco (1765-1851) fue un militar español que, desde 1809, estuvo bajo las órdenes de Goyeneche en el alto Perú. En 1813, asumió el mando del ejército del alto Perú durante unos meses, hasta la llegada de Joaquín de la Pezuela, quien lo sucedió en el cargo. En 1814, comandó el ejército realista en la campaña contra Mateo Pumacahua, a quien venció en la batalla de Umachiri. Entre 1817 y 1819, fue presidente de la Real Audiencia de Quito.

tras vencer la guardia, penetró en ella y recorrió las habitaciones exclamando que su general se había marchado y los había abandonado. A este tiempo, el brigadier Picoaga, coronel de este regimiento, logró contener el arrebato sensible y afectuoso de sus soldados, asegurándoles que el general había salido a pasear a caballo y volvería pronto, como sucedió no bien se habían retirado ellos de su casa. Goyeneche, a su regreso, supo el acontecimiento practicado por la tropa de aquel cuerpo y, aunque en su interior conoció la estimación que hacían de él aquellos hombres a quienes había regimentado, exteriormente manifestó disgusto por lo que habían hecho y así lo declaró en una proclama que con este motivo les dirigió a las tropas que dejaba. Esta medida apaciguó un tanto los ánimos, pero no por esto los soldados desmayaron en deplorar su separación, y lo probaron con la incontenible deserción que pusieron en práctica; de ese modo, a fines de mayo, pasaban de mil las bajas que experimentaba, en proporción, cada cuerpo, por esta inmediata causa, la cual era atribuida por los españoles a manejos ocultos de los patriotas.

Sobre este particular, Abascal le trazó al rey de España, en su relación de gobierno, lo que sigue:

> «Pero lo más temible en aquella expuesta coyuntura era la manifiesta adhesión de muchos oficiales a la persona del general Goyeneche, la cual, aparentando disgusto y sentimiento por su separación, era infundida al soldado y propagada de unos a otros hasta que uno de los batallones cometía el atentado de dirigirse con armas a la casa del general, publicando que, si este se iba, todos lo habían de seguir. El pundonor de Goyeneche detuvo prontamente el progreso de los males, ya que una falta de subordinación tan escandalosa debió haber ocasionado la total disolución del ejército; y su proclama surtió buenos efectos en los ánimos de la tropa, mas no en los de muchos oficiales, que, presentándose con la más dañada intención, en solicitud de sus licencias, estas les fueron concedidas para desterrar el pernicioso ejemplo de indiferencia, falta de constancia y de honor de aquellos individuos».

Mas el mencionado regimiento, que hizo el paso antedicho, dio después a la causa real las más relevantes pruebas de su decidida fidelidad a

las órdenes de su mismo coronel, que mandaba en jefe, el general Pezuela, español de naturaleza. No obstante el conocimiento de todos estos precedentes, si los soldados cusqueños tuvieron buena voluntad a Goyeneche, eran también consiguientemente morales para no faltar a su deber militar, sea quien fuese el superior. Esto honra a aquellos soldados en su causa para con España, ya que, de cualquiera suerte, estos llegaron a tomar parte en dicha guerra en los más de 16 años de su duración, como también los independientes lo conocieron.

El general Goyeneche permaneció algunos días en Oruro preparando su viaje para Arequipa, después de haber encargado del mando interino al brigadier don Juan Ramírez, hasta que el 22 de mayo partió para aquel pueblo de su nacimiento. Antes había dado una proclama al ejército, tanto para despedirse de sus compañeros de armas como para hacerles conocer las buenas cualidades del brigadier Pezuela, nombrado por // [f. 121] el virrey Abascal para sucederlo en el mando. A este —les decía— todos debían prestar la misma obediencia con que habían distinguido la autoridad que había ejercido y que desde luego dejaba en la persona del general nuevo, de quien les hablaba.

El sucesor interino de Goyeneche —es preciso confesar— trabajó mucho, por entonces, para conservar un ejército tocado de cierta desmoralización y disgusto por los sucesos que acababan de pasar y ver; y si no hubiera empleado aquella política, método y circunspección en saber manejar el ánimo del soldado, es cierto que el sucesor en propiedad de Goyeneche no habría encontrado ejército que comandar. Así es que, con las acertadas disposiciones de dicho Ramírez de tener a su ejército ocupado en su disciplina y de alentarlo con la idea de que pronto volverían a Potosí, que era el emporio de la riqueza, es como consiguió alejarlo, con tal estrategia, del mal que había contaminado.

Con semejantes distracciones alcanzó Ramírez que fuese cediendo la deserción que se había introducido con excesivo escándalo y repetición, pues iban desapareciendo de su cuartel general y del campo de instrucción partidas reunidas de 40 y 50 hombres. Pero, con la firme decisión de Ramírez y la sagacidad prudente de su auditor conde de Valle Hermoso, auxiliados por los jefes de divisiones y comandantes de batallones y oficialidad, pudo aquel aplacar la fuga de los soldados, que los más de los días le esqueletaban15 [sic] sus filas.

Así, pues, el encargado del mando interino del ejército, el brigadier don Juan Ramírez, sumamente contraído a sus deberes y a su innata condición de pundonoroso y trabajador, corregido que fue en tanto el mal, pensó en la recuperación de la villa de Potosí, que la deseaban todos y no le parecía muy difícil. A fin de verificarlo, reunió en junta a los jefes para someter el pensamiento a su examen y practicar la marcha a esta población mineralógica. Esto lo consultaba así porque la vanguardia del general patriota Belgrano, al mando de su segundo general Díaz Vélez, ocupaba Potosí con la fuerza de 2300 hombres con ocho piezas de artillería y extendía sus avanzadas hasta Ancacato. Además, para observar, como convenía, el camino llamado del Despoblado y recorrer los pueblos de Poopó, Huancani y Condocondo, había sido destinado en consecuencia el teniente coronel de milicias don Pedro Antonio Olañeta, 16 con algunas compañías de cazadores y un destacamento de caballería, para, según su información, obrar con seguridad. Los jefes convocados a la junta para discutir y resolver el indicado movimiento sobre Potosí se dividieron en opiniones varias. Así es que unos expusieron que era necesario aguardar al comandante en jefe Pezuela con los refuerzos que traía, antes de pensar en buscar al enemigo, pues, como estaba disminuido el ejército por la deserción, estimaban aventura-// [f. 122]do un movimiento ofensivo, acaso contra fuerzas superiores que, además, podían tomar posiciones casi inexpugnables en las cercanías de dicha villa. Otros, por el contrario, sostuvieron la conveniencia de buscar al enemigo antes que, dándole tiempo, aumentara sus fuerzas con el alistamiento mismo, el cual ya se decía que estaba haciendo con actividad. Sobre todo este último parecer —a pesar de las 62 leguas que separaban a Oruro de Potosí hacia el sur donde existe

<sup>15</sup> La expresión debe entenderse como «debilitaban, enflaquecían o se volvían esqueletos».

<sup>16</sup> Pedro Antonio Olańeta (c. 1770-1825) fue un militar español realista. Debido a sus convicciones absolutistas, se mostró contrario a la revolución liberal de España de entre 1820 y 1823. En 1824, protagonizó la rebelión de Olaneta, involucrando al ejército del alto Perú en su lucha contra la autoridad virreinal. Se negó a aceptar la capitulación de Ayacucho y, en 1825, combatió a las fuerzas patriotas en la batalla de Tumusla, México, donde fue herido fatalmente.

esta villa, de lo escabroso del terreno en sus inmediaciones y de la escasez de forrajes y pastos en algunas jornadas— no tenía mayor inconveniente más que ignorar la fuerza disponible que los independientes tenían en ella.

Pese a estos pareceres contradictorios, el general Ramírez concluyó la junta al poner en movimiento el ejército por pequeñas divisiones, no con ánimo de ir sobre Potosí, sino con el fin de probar el espíritu de las tropas, y con especial juzgamiento del primer regimiento del Cusco, que tanto le importaba conocer, a mérito del paso que había dado en obsequio del general Goyeneche al tiempo de su partida. En este concepto, salió este cuerpo de Oruro a Sora Sora el 5 de junio con su jefe, el brigadier Picoaga, a la cabeza. El 9 salió el comandante Estévez con el batallón del centro y la caballería de Tinta para Ventaimedia. El 12 se reunió en Sora Sora el coronel Marrón de Lombera con el segundo regimiento y la caballería de Chumbivilcas. El 14 se trasladó al mismo punto el cuartel general, y el 15 la caballería de Chumbivilcas pasó a situarse en Poopó, en un punto de observación sobre los patriotas. A este tiempo, se presentaron cerca de Huancani como 50 dragones de estos, que se retiraron tan luego como avistaron a la caballería realista.

En este estado de colocación, las divisiones del ejército real dispusieron con sus jefes esperar al brigadier Pezuela, quien, por efecto de las contingencias a que están sujetas las navegaciones, había demorado 40 días en trasladarse desde la bahía del Callao a la caleta de Quilca, puerto por entonces de Arequipa. Además, por este propio tiempo, y en virtud de la variedad de noticias que adquiría el teniente coronel Olañeta con referencia a los indios, el virrey había prevenido a Ramírez que a todas ellas las examinara con mayor detenimiento y obrara en su consecuencia con la más prudente circunspección, a fin de evitar todo compromiso que no le traiga la probable fijeza de vencer. Para aumentar los deseos de la toma del mineral de Potosí, se supone en estos momentos que el 18 de junio —por algunos avisos confidenciales, y por dos o tres de los prisioneros de Salta que habían sido incorporados a las filas independientes, a las que acababan de pasarse de las que antes habían pertenecido— dos divisiones avanzadas de los patriotas ya se hallaban en Potosí, compuesta la primera de 1200 hombres de tropa reglada y la otra, colecticia y sin instrucción

ni disciplina, de 2800; y que el general Belgrano, con el cuerpo n.º 1, que constaría de más de 600 plazas, permane-// [f. 123]cía aún en Jujuy, enfermo de calenturas intermitentes. Esta nueva concitó al brigadier don Juan Ramírez la intención de convocar, para otra junta de guerra, a los jefes que se hallaban en su cuartel general, a su secretario, al auditor de guerra y al ingeniero voluntario Álvarez, con el fin de volver a conferenciar sobre la conveniencia de continuar o no el movimiento hacia Potosí, para ocuparlo de un modo que no causase muchos estragos de vidas y sangre.

Reunida la junta, el jefe realista Picoaga, como el más entusiasta por esta causa, fue el primero que se mostró más decidido por la empresa de buscar a los independientes, antes de darles más tiempo para que se reforzaran y antes también de que la funesta deserción, que no cesaba, acabase de destruir las filas del ejército real. Mas el coronel Marrón de Lombera expuso que su tropa le inspiraba poca confianza, por la deserción a la que inmotivadamente se había entregado, y que, en su concepto, convenía esperar al menos el correo de Cochabamba para asegurarse del estado de esta bulliciosa provincia, a donde se decía que ya había penetrado el revolucionario Arce, con el intento de sublevarla de nuevo, diversión temible para el ejército en el caso de avanzar hacia Potosí con este azar por retaguardia. El coronel don Miguel Tacón, que desempeñaba el cargo de mayor general, el comandante de artillería Valdés y el comandante de ingenieros Mendizábal fueron del parecer unánime de conservar el ejército, única esperanza del dominio real en el Perú, hasta dar lugar a que se incorporasen los refuerzos que conducía el nuevo comandante en jefe, antes que exponerse a cualquier contraste; con ello se descubrían de responsabilidad sobre este cargo. Pero el secretario, el auditor de guerra y el ingeniero voluntario Álvarez, que no tenían en mucho la calidad de las fuerzas, apoyaron la idea de Picoaga de tomar desde luego la ofensiva contra los patriotas a toda costa, a cuyo sentir se adhirió el brigadier Ramírez, confiado en un feliz éxito, porque era lo que más se adaptaba a su acreditada bizarría en semejantes lances de honor y decisión sobre los que le negaban la obediencia a su soberano. Resuelta así la ofensiva, se dictaron consiguientemente las disposiciones conducentes a la marcha gradual de las tropas, empezando el primer regimiento por trasladarse el 20 de junio

a Poopó. Ello sucedió pese a que, por extraordinario recibido en la madrugada de este día, el virrey Abascal prevenía a Ramírez de que se limitara a mantener el ejército y dedicara sus conatos a perfeccionar su instrucción y disciplina, mientras llegaba el nuevo jefe superior Pezuela con los auxilios que lo acompañaban y con las instrucciones relativas al plan de operaciones acordado, además de habérsele concedido, como era justo, todas las amplias facultades de que había estado revestido su antecesor para abrir la campaña y obrar en ella sin restricción y como lo requiriesen las circunstancias que se le presenten.

También ocurrió que, el mismo 20 de junio citado, se vino a saber, en el cuartel general de Sora Sora, que no se había recibido en Oruro el correo de // [f. 124] Cochabamba, a causa de la nueva insurrección de esta provincia, promovida por el caudillo independiente Arce, del que se decía que había logrado tomar a las personas del gobernador intendente y del arzobispo de Charcas que, a la sazón, se hallaban en aquella ciudad; pero, fugados estos de su encarcelamiento o consigna, habían arribado a Oruro el día siguiente, 21 de dicho mes de junio. En este propio día, marchó para Poopó el segundo regimiento con su coronel Lombera y se dio orden al batallón del centro y a la caballería de Tinta de que siguiesen igual dirección desde Ventaimedia, donde se hallaban acantonados. A estos instantes de marcha, se tuvo noticia de que en Pequereque hubo el día anterior un encuentro entre los cazadores realistas y 400 dragones patriotas, que fueron rechazados y perseguidos hasta cerca de Ancacato, con la pérdida de algunos hombres, entre muertos y heridos, de una y otra parte.

El ejército real se reunió todo él en Challapata el 25, a cuya operación se retiraron los independientes de Ancacato que lo ocupaban; y el 30 se situó en Condocondo aquel, siempre reunido. Tras haber entrado el 1.º de julio, Ramírez volvió a tratar en junta de jefes, y con mayor copia de datos, si convendría continuar el movimiento que se iba ejecutando o esperar el arribo del comandante en jefe propietario y de las fuerzas que traía; finalmente, de conformidad con el parecer de la mayoría, Ramírez adoptó el último partido, por ser ya el más conveniente. Así se hizo, aunque con el resultado inmediato de que fueron consumidos, con poca economía, los forrajes y pastos, y que por su absoluta escasez vinieron a

perecer, desfallecidos, muchos caballos y mulas del servicio del ejército, con notable falta de su movilidad. El 13 de julio el batallón del centro, con algunas compañías de caballería, ocupó la posta de Vilcapugio. El 4 se tuvo noticia en Condocondo de que el brigadier Pezuela debía llegar el día 1.º de este mes al Desaguadero. El 5 se supo por otro prisionero de los de Salta, fugado del lado de los independientes, que Díaz Vélez se hallaba en la Leña con 1000 hombres; y el 9 toda la caballería realista se trasladó a Challapata por falta de forraje en donde había estado alojada.

El 20 de julio se recibió aviso, del comandante militar de Oruro, de que una persona de carácter, procedente de Cochabamba, aseguraba que se disponía allí de tropas contra dicha villa, noticia que movió a Ramírez a replegarse a Challapata, con lo que pasó de Vilcapugio a Ancacato el batallón del centro con las compañías de caballería que lo acompañaban. Por el correo del 23, se supo en el cuartel general realista que el brigadier Pezuela salía de La Paz el 18 y podría entrar a Oruro el 27, por lo que permaneció el ejército en unos cantones hasta el 31 del mismo julio. Este ejército, en virtud de orden del nuevo comandante en jefe, despachado sobre la marcha, pasó a situarse en Ancato, estableciendo el batallón del centro en Challapata, con el fin de observar el camino del Despoblado durante el movimiento que se ejecutaba.

Empero, volviendo a tomar el hilo de los procedimientos del virrey sobre el nombramiento del nuevo jefe del ejército del alto Perú, cargo que dejaba Goyeneche, y mientras todo lo aducido pasaba en este, Abascal se contraía en hallar una persona, entre los jefes que lo rodeaban en la capital, digna de reemplazar la vacante que dejaba el precitado Goyeneche. El primero a quien ofreció este espinoso y delicado destino, como resultado de una junta de guerra que hizo al intento, fue el inspector teniente general don Juan de Hinostroza, el que, para no servirle, le pidió al virrey grandes refuerzos de los que guarnecían a Lima y la retención de la subinspección general de las tropas, incompatible con sus altas funciones de general en jefe, a lo que no accedió el virrey. Pero, como al fin renunció el primero, el virrey procedió a elegir al segundo en su lugar, de un modo satisfactorio al

brigadier // [f. 125] don Joaquín de la Pezuela, <sup>17</sup> por entonces subinspector del arma de artillería. Tras tal nombramiento de uno de los militares de séquito y aspiración para hacer mayor carrera, que tenía el rey en la capital a las órdenes del virrey, fue blasonado por todos sus coetáneos, tanto por las cualidades particulares que adornaban a dicho Pezuela para con ellos, cuanto por los útiles servicios que podría prestar a la causa de su amo, con el conocido fomento que había dado a su arma, la cual había sido hasta entonces la más descuidada. Y es que, a pesar de esta inveterada desidia, había logrado sobreponerse con ella y se había formado, desde luego para sí mismo, una opinión ventajosa no menos que de probidad, constancia y firmeza, así como de un activo celo y pericia guerrera que planteó en aquellos tiempos. Pezuela fue también el afortunado en alcanzar las victorias que, consecuentes a su nombramiento, restablecieron el lustre de las armas españolas que habían sido empañadas en las jornadas de Tucumán y Salta por el vencido Tristán.

Instruido el general Pezuela de su nombramiento por boca del mismo virrey Abascal, y pese a conocer los arriesgado que iba a ser, para su vida y su opinión, ir a hacerse cargo del mando del ejército del alto Perú que acababa de dejar Goyeneche, creyó, sin embargo, que, al favor de los efectivos conocimientos que había adquirido de la revolución de América, durante su larga existencia en el Perú, podría prestar a su rey muy importantes servicios en el mando que de él se le encomendaba por el citado virrey. Cuando su nombramiento le fue comunicado de oficio, contestó aceptándolo y resignándose de la mejor voluntad a hacer cualquier servicio en aras de la felicidad y de su deber. Por otra parte, persuadido de que, al haber aceptado el cargo, la celeridad de su marcha debía ser la primera operación del desempeño de su nuevo destino, se dispuso a salir a él en el corto tiempo de cinco días y, embarcándose en el Callao, dio la vela el 18 de abril para el puerto de Quilca con 360 hombres del real de Lima y dragones,

<sup>17</sup> En el relato de Cortegana, aquí podría dar la impresión de que se está volviendo a presentar a Pezuela, cuando ya ha sido mencionado antes. Esto se produce porque Cortegana, en este párrafo, cambia de fuente para narrar los eventos: pasa de las Memorias de Andrés García Camba a la Historia de la revolución hispanoamericana de Mariano Torrente. Esta reiteración o ampliación del relato de los acontecimientos sucede también en otras partes del manuscrito de Cortegana, debido a razones similares.

con diez piezas de artillería, 400 fusiles de repuesto y un abundante surtido de pertrechos y demás artículos de guerra de los que se hallaba necesitado aquel ejército.

Pezuela, tras haber anclado en Quilca a fines de mayo, desembarcó y pasó sin demora por las ciudades de Arequipa y Puno. En estas poblaciones cortó, con sagacidad, juicio y prudencia, las desavenencias en que se hallaban envueltos sus jefes, a mérito de va-// [f. 126]rias disputas y competencias constitucionales y, dejándolos en armonía y aprecio, arribó al Desaguadero el 6 de junio inmediato. Como todos sus conatos eran reorganizar a su ejército, no hubo elogio que no hiciese ni energía que no desplegase sobre todos los militares que lo componían o que habían pertenecido a él, porque su objeto principal era la formación de este ejército radicalmente. Su primer cuidado para esto fue dar, a todos los que se le acercaban, las más sagaces pruebas de su afable trato, su suavidad de costumbres y sus generosos sentimientos, con los que llegó a ganar en breve tiempo la confianza de los pueblos a los que había ingresado; estos, por su parte, incitados por tan racional comportamiento, concurrieron también con la más dócil voluntad a ayudarlo en las campañas que iba abrir. Así es que, recogiendo de todas partes a los dispersos, formando nuevos soldados en sus filas y alejando de todos sus subordinados el desaliento que se había apropiado de ellos por los últimos reveses de las armas reales, trató de ponerse en una actitud operante y capaz de batir con suceso a los independientes, que estaban alentados por sus recientes vencimientos.

Su actividad y celo respetable no fueron menos por la causa real al presentarse en la ciudad de La Paz, en donde no fueron menos tampoco sus insinuaciones, con las que logró hacer efectivo, al tercer día, un empréstito de 50 mil pesos y excitar en aquella población un entusiasmo sobrepujante aun a sus mismos deseos. Todos de temor porque gravitaban sobre ellos el inmediato poder del ejército real y los procedimientos violentos de la guerra, existían natural y prudentemente reprimidos sus sentimientos de libertad e independencia. Hecho esto en La Paz, continuó Pezuela su marcha al cuartel general del ejército, precaviéndose con su tropa, a la que condujo formada para no ser sorprendido y, desde luego, para combatir los riesgos con que le amagaban los cochabambinos, que ya se habían

pronunciado por los independientes y pretendían impedir que se reuniera con su referido ejército. Llegó sin novedad a Oruro el 26 de julio, y el 7 de agosto, al lugar de Ancato, en el que, después de ser bien recibido honoríficamente, le fue entregado el mando de las tropas que allí tenía a su cargo acantonadas el brigadier don Juan Ramírez, cuidando de su mejor salubridad y adelantándolas en su disciplina bajo las reglas y direcciones de la táctica y ordenanza.

Tan luego como Pezuela se hizo cargo del ejército, desplegó sobre él y sobre la política militar una actividad sin cotejo; al mismo tiempo, conoció la indispensable crisis de lanzarse a dar una próxima batalla contra los independientes argentinos que se le aproximaban, pues no de otro modo le era posible arreglar la cuestión de posición // [f. 127] de conquista que él sostenía contra la revolución santa de libertad que venía sobre estos usurpados derechos para desaparecerlos. Los patriotas, sabedores de que Pezuela estaba ya a la cabeza del ejército realista en Ancacato, se apresuraron a reunir sus fuerzas. En efecto, el general en jefe don Manuel Belgrano tenía 3000 hombres de línea en Potosí, además de 300 dragones que había colocado de vanguardia avanzada en el punto de la Leña. Esto no incluía a los cuerpos nuevos que hizo levantar en las provincias que iba ocupando, como lo fueron La Plata y Cochabamba. Esta última fue la más exacta en hacerlo, tan luego como el coronel realista Marrón de Lombera la evacuó para plegarse a Pezuela y tomaron posesión incontinente de ella los caudillos patriotas Arce y el impertérrito coronel don Juan Antonio Álvarez de Arenales, como gobernador y comandante general nombrado de esta por el gobierno independiente de Buenos Aires y llevado a cumplimiento por su general en jefe Belgrano.

El resultado de la vigilancia y política militar de Pezuela fue ser instruido pronto de los males que pesaban en la moralidad de su ejército y de que era urgentemente necesario remediarlos, no solo porque ellos carcomían su orden interior, sino porque también dividían los ánimos, lo que no lo dejaba salir bien en las operaciones exteriores que se encaminaban contra los enemigos. Convencido de esto para salir airoso en la arrojada empresa a la que pronto iba dirigirse, resolvió dar principio a una nueva organización de su indicado ejército, bajo un nuevo pie de existencia y arreglo, según a sus conocimientos y método militar le convenía. Por tanto, procedió a formar dos regimientos de infantería, con dos batallones cada uno; un batallón de reserva; un regimiento de caballería de línea de los escuadrones de Tinta y Chumbivilcas, al mando del teniente coronel Zavala; tres compañías de cazadores de a pie; una montada para el servicio de avanzadas y descubiertas; y un escuadrón de partidarios ligeros. Asimismo, dividió la artillería en tres brigadas de a pie, con 4 piezas cada una; y una volante de a 6, resultando del conjunto de estas armas una fuerza efectiva de más de 4000 hombres selectos. Los mandos de estos regimientos los confirió, el del número 1, a don Francisco Picoaga, como coronel neto de él; el del 2, al coronel Marrón de Lombera; el del cuerpo de cazadores de reserva, al teniente coronel don Pedro Antonio Olañeta; el del regimiento de la caballería de línea, al indicado Zavala; el del batallón del centro (antes de Azángaro), al teniente coronel don José Antonio Estévez; el del batallón de partidarios, al coronel don Felipe de la Hera; el del escuadrón ligero, al teniente coronel don Saturnino Castro; y los de los demás cuerpos y compañías sueltas y la artillería, a sus naturales jefes y oficiales, porque no requerían reforma por la facultad de las armas y por lo bien servidas y arregladas con que se manifestaban.

Concluido este arreglo y reconocido el terreno en que se debía obrar con exactitud y decisión, Pezuela trató de trasladar su cuartel general a Vilcapugio, anticipando sus avanzadas hasta el pequeño pueblo de Lagunillas, donde quedó acantonado el 6 de septiembre y permaneció hasta el 13 del propio mes. Mas, noticioso de que Belgrano había salido de Potosí con todas sus tropas en busca de él, se contramarchó a Condocondo, remitiendo varias descubiertas por el camino del Despoblado, para mejor descubrirlo y no dejarse flanquear, y también por ser punto estimado y preferible respecto a los partes que recibía de que los patriotas avanzaban por el camino de Potosí y el de Chayanta, al paso que también los de Cochabamba amenazaban a Oruro. Era su plan, a este mis-// [f. 128]mo tiempo, alucinar a los independientes con que él se encaminaba a atacar por la espalda a la dicha ciudad de Potosí, solapando con esta aparente dirección sus efectivos intentos, la cual buscaba ganar un tiempo necesario para que se reuniera el batallón Azángaro, que desde este partido marchaba

conducido por el coronel Choquehuanca a incorporarse al ejército. A este mismo batallón se le puso en la línea el nombre de «provisional», pues no quería dejar a este cuerpo sin que estuviese atendiendo con él, ya que podía serle de alguna utilidad para descanso de las tropas veteranas, pese a que él estaba compuesto de gente colecticia y sin la debida instrucción y disciplina para que se le pudiera por sí solo empeñar a la garantía de un arduo compromiso.

El teniente coronel don Saturnino Castro, comandante del escuadrón de partidarios ligeros, situado en Terepeque, 18 fue el primero que llegó a las manos con las tropas descubiertas patriotas, a una legua de la retaguardia del cuartel general realista. Este escuadrón rechazó vigorosamente a la incursión de 2000 altoperuanos, mandados por el coronel patriota Cárdenas, poniéndolos en derrota, después de la más sangrienta carnicería en ellos.

Mediante esta ventaja se orientó el general Pezuela, por interceptación de la correspondencia de este caudillo patriota con su principal jefe Belgrano, acerca de que este tan solo esperaba, para atacar resueltamente a las tropas reales, la aproximación de un cuerpo de 1500 cochabambinos montados al mando del coronel patriota Celaya, que obraría por la espalda de ellas. Al mismo tiempo, esperaba que la sublevación general de los naturales del país concurriera a apoyar este ataque, así como le decía que serviría de mucho auxilio para el empuje que su ejército le dé frente al de Pezuela hasta conseguir la victoria, de la que no dudaba que la obtendría, como fruto de tan bien combinados planes que acabarían de destruir la fuerza, la moral y el prestigio fanático del rey.

Por lo que correspondía al querer del país en que se hacía la guerra, la situación de las tropas reales era de las más apuradas; porque, con cortas excepciones, casi nadie las quería. Pezuela, desde su llegada al ejército, tuvo que sobreponerse a enemigos más poderosos que las tropas de Buenos

<sup>18</sup> En la Historia de la revolución hispanoamericana, de Mariano Torrente, que era la fuente que Cortegana estaba siguiendo en este punto, dice «Pequereque». De hecho, este nombre era el que Cortegana había escrito al inicio, pero luego lo tachó y sobre él escribió la versión que ahora se tiene. «Terepeque» es un topónimo que aparece en las Memorias, de Andrés García Camba, pero una sola vez. Se ha mantenido el nombre que finalmente colocó el autor, al existir una intencionalidad evidente de esa variación.

Aires, los cuales eran los elementos de discordia, oposición, intriga, seducción y desaliento, ya que, a la vez y por distintos medios, los adictos a la independencia ejercían su influjo devastador en su ejército. Y la prueba de ello era que, ya en estas críticas circunstancias, habían desaparecido del campo, antes de su llegada, una gran parte de personas del cuartel general, así como varios jefes y autoridades que lo acompañaban, persuadidos de que iba a ser inevitable la destrucción de los realistas. Pero, a pesar de que Pezuela conocía estas verdades, él se resignó a aventurarlo todo, porque penetraba en sus cálculos que, si la fortuna lo visitaba, aparecería como uno de los genios, superando cosas no comunes o impracticables, que precisa-// [f. 129]mente lo llenarían de gloria y de grandeza ante el virrey Abascal en Lima y ante la misma Corte y su rey en España; y si no le favorecería, era claro que no era ya más que consecuencia de los sucesos de Tucumán y Salta.

Bien cerciorado de que el desorden interior en que estaba su ejército, por las razones antedichas, procedía del mal espíritu de algunos juramentados en Salta, que todavía habían quedado incorporados a sus filas, se deshizo de ellos con distintos pretextos, con lo que, por lo pronto, restableció la confianza en sus batallones. Pero no reparó en que, con semejante paso, echaba la semilla de un nuevo y más grande descontento que al fin daría por resultado, un poco tiempo después, otros movimientos de más funestas consecuencias para la causa que sostenía.

No obstante la impavidez de espíritu de Pezuela, este no dejó de sufrir algunas terribles angustias, cada vez que se contraía a reparar mentalmente en la suerte suya y su causa, como en la de todo el imperio del Perú que perdería, si la esquiva fortuna le negaba la participación de sus favores, no sacándolo victorioso del enemigo con quien iba a combatir pronto. Sin embargo, su osadía fijó la esperanza del triunfo sobre sí mismo. A este tiempo, los patriotas trataban de celebrar el aniversario de la batalla del Tucumán, cayendo sobre el ejército de Pezuela el mismo día 24 de septiembre en que en el año anterior habían batido a Tristán. Mas las oportunas operaciones de este nuevo general en jefe y la dispersión del cuerpo de Cárdenas disiparon aquel audaz proyecto, que pretendía llamar a la propia fortuna de aquel día a los esfuerzos de sus filas.

Pezuela dio cuenta al virrey Abascal de todas estas reformas y providencias que dictó en el ejército real, las mismas que merecieron la aprobación de este. Entre estas medidas, tampoco descuidó a la seguridad de su retaguardia. Para que fuera así, dejó de guarnición en el Desaguadero 500 infantes, 100 caballos y 12 cañones a las órdenes del coronel Goiburo, que debía mantener destacados 275 hombres en La Paz v 75 en Chulumani; v en Oruro dejó 200 hombres de infantería, 100 de caballería y 8 piezas al mando de gobernador Revuelta, con precepto de que cubriese con proporcionados destacamentos a los pueblos de Calamarca, Sica Sica y Caracollo, para que no fuera perturbada su línea de comunicación con Lima.

En su contramarcha de Vilcapugio a Condocondo, los soldados se prestaron gustosos a llevar en hombros algunas tiendas de campaña y parte de las municiones por falta de acémilas y flaqueza de las caballerías; pues las que parecían algo // [f. 130] útiles eran empleadas para el transporte de la artillería y algunos efectos de tesorería, municiones, provisión y hospital de mayor volumen y que no se podían dejar.

Ya se ha dicho antes que, cuando el general Pezuela se hizo cargo del ejército, su perspectiva era poco satisfactoria para él, y aun así se lo decía al virrey en sus comunicaciones. Pero, con las medidas que tomó para contener la deserción y hacer reclutas, y tras recibir oportunamente los refuerzos de las provincias de retaguardia, llegó en breve a reunir 4600 hombres. Al mismo tiempo, el ejército de Belgrano, según noticias inseguras, decían unos que constaba de 5000 y otros de 6000 hombres; de ellos 2500 eran veteranos y los restantes, reclutas tomados en los puntos por donde había pasado.

Como Pezuela tenía conocimiento, por las comunicaciones tomadas a Cárdenas en Terepeque, de que Belgrano tenía el pensamiento de atacar a Pezuela en Condocondo, para cuyo fin se hallaban convocados los indios de los pueblos de todas esas comarcas en el mayor número posible, para que concurrieran simultáneamente con su ejército a la consumación de este hecho; trató de inutilizar este vasto proyecto moviéndose del citado Condocondo para encontrarlo sobre su marcha. Para la mejor práctica de la operación concebida por el caudillo español, ocurrió la circunstancia favorable a su designio de que el 27 de septiembre, a las ocho de la noche, se

le presentó en Condocondo el maestro de postas de Vilcapugio, Mamani, indígena muy acreditado de fidelidad y afecto a la causa real, a participarle que aquella misma tarde había acampado en dicho punto el ejército contrario. Consiguiente a este aviso, Pezuela dispuso que el comandante de ingenieros don Francisco de Mendizábal marchase a practicar sobre él un reconocimiento en la madrugada del día siguiente. Así lo verificó y, regresando al mediodía, con su respectivo plan de sorpresa, formado para que fuera atacado al amanecer del día inmediato, se lo entregó al comandante en jefe y le probó el cumplimiento de su comisión.

Informado el general Pezuela del plan de ataque que le había presentado su ingeniero Mendizábal, determinó levantar su campo y caer sobre el enemigo al amanecer del 1.º de octubre. Al efecto, puso el ejército en marcha a las doce del día 30 de septiembre, desfilando las tropas a su vista con manifiesta alegría y repetidas vivas al rey, como alimento de su entusiasmo y de la esperanza del triunfo que podrían conseguir. Pezuela, por su parte, tampoco dejó de manifestarles igual contento y, aun llevado de un fondo de piedad y religión, dirigió sus fervientes votos al dios de los ejércitos por la victoria de sus armas y siguió dirigiendo la marcha.

Luego que ya todo el ejército estaba caminando, el brigadier Pezuela se adelantó con un buen destacamento de escolta a reconocer a los enemigos, que a la sazón se ocupaban del ejercicio y las evoluciones de sus armas; y, a eso de las oraciones, hizo campar a su ejército, sin que fuera apercibi-// [f. 131]do por los patriotas, en la altura inmediata al llano de Vilcapugio. A las doce de la noche, todavía no había acabado se subir a la cumbre su artillería, por la flaqueza y debilidad de las mulas del parque que la cargaban, y, a fin de aligerarlas, fue preciso echar mano de las de propiedad particular, para reunir con más presteza algunos cañones y municiones de previa importancia para la colocación de la línea de batalla que se había de presentar al amanecer al ejército de Belgrano. Pese a este arbitrio, apenas pudieron llegar 12 piezas al alto de aquella gran cuesta, con sus municiones y bien tarde, tanto que los realistas temían que amaneciera cuando todavía estas no estuviesen listas para hacer fuego, como se había proyectado; pero, como ya no les era del caso diferir el movimiento empezado, continuaron la marcha, bajo la firme resolución de dar la batalla a cualquier hora y

punto en que se afrontara el enemigo. Las dos y media de la mañana del día 1.º de octubre fue cuando el ejército real principió a bajar la larga y molesta pendiente que acababa sobre el llano de Vilcapugio, a donde ya ingresaron de día, cuya vista previno al ejército independiente y fue la alarma natural para prepararse a recibirlo en combate imprescindible.

Al descubrir el ejército patriota al realista, incendió los ranchos o pequeñas casas de la posta y, a la densidad del humo, se corrió hacia su izquierda para apoyar a las alas de su línea en los cerros y pantanos inmediatos. Eran ya las siete de la mañana, cuando los dos ejércitos beligerantes se presentaron frente a frente a dar la

## BATALLA DE VILCAPUGIO

Luego que el ejército real descendió al llano de Vilcapugio, su comandante en jefe Pezuela presentó la línea de batalla al ejército independiente argentino, comandado por el general en jefe Belgrano, en el orden de colocación de divisiones y de cuerpos, de derecha a izquierda, siguiente.

El regimiento de infantería de línea número 1 del Cusco, compuesto por dos batallones, mandado por su coronel don Francisco Picoaga; el batallón de cazadores de reserva, con su comandante don Pedro Antonio Olañeta; cuatro piezas de artillería; y un escuadrón de caballería formaban la derecha de la línea, a las órdenes del brigadier don Juan Ramírez, segundo en el mando de todo el ejército de Pezuela. El regimiento de infantería de línea número 2, también constante de dos batallones, dirigido por su coronel Marrón de Lombera; el batallón del centro (antes de Azángaro), mandado por el teniente coronel don José Antonio Estévez; con otras cuatro piezas y un escuadrón estaban formados al centro, a las órdenes del mismo Lombera. Y el batallón de partidarios, a las órdenes del coronel don Felipe de la Hera (hermano de don José Santos, que llegó después a elevarse hasta la clase de teniente general y que murió en Madrid), con otras cuatro piezas y con el escuadrón de partidarios ligeros, mandado por el teniente coronel don Saturnino Castro, cerraban la izquierda, a las órdenes del mayor general // [f. 132] coronel don Miguel Tacón. Más a

retaguardia y en reserva, estaban el batallón provisional, a las órdenes del coronel Choquehuanca; la artillería sobrante; y el resto de la caballería, a las inmediatas órdenes del propio general en jefe Pezuela, que se coló en el centro de la línea para dirigir la batalla. Tal fue el orden de batalla arreglado y presentado por el español a su adversario. El llano de Vilcapugio es despejado y sin piedras, árboles ni madera alguna, pues solo está vestido de pasto de puna y de [ilegible] silbido de aire helado, que hace a su temperatura rígida casi insoportable. Su dimensión es como de una legua y media de largo, contándola desde el pie de la montaña por donde bajó el ejército real hasta el de las alturas donde está el manantial de agua que da nombre a este punto. Allí también Belgrano formó su línea de batalla en columnas paralelas, con una proporcionada reserva, y, sobre los flancos, aunque un poco más a retaguardia, tenía distribuida su caballería de un modo útil y oportuno. Esta formación era, sin duda, superior a la de Pezuela; mas los resultados del combate no le correspondieron a ella.

El caudillo Pezuela, tras haber hecho ya desplegar en batalla al ejército español, mandó que avanzara de frente por un terreno ciertamente llano, aunque lo expuso a un súbito repelimiento de la caballería patriota, si esta hubiera sabido aprovechar este expuesto movimiento, sin duda más favorable por las naturales ondulaciones, consiguientes a un orden de marcha de suyo difícil y en que el alineamiento del soldado siempre fracasa y se fatiga, y le falta la unión y la libertad que constituyen la fuerza para el buen éxito de él; pero, afortunadamente para los realistas, sus contrarios lo dejaron desapercibido. Así, pues, el ejército real marchó cerca de media legua en este estado poco recomendable, hasta entrar en el radio del alcance de la artillería patriota, que por su mayor calibre empezó a ofender sin ser ofendida, dando así principio ya al combate. El general español Pezuela, aunque algo lentamente, continuó su marcha acercándose a sus adversarios y, entre tanto, también el general independiente Belgrano desplegó sus columnas en batalla; cuando unos y otros se hallaban así, rompieron el fuego. La línea española, a este instante, se presentaba de este modo: el batallón del centro, el más avanzado; un poco más atrás de su altura, el de los partidarios; después, el segundo regimiento; y así sucesivamente de izquierda a derecha. Roto el fuego de fusil por ambos ejércitos, marcharon

a la vez uno contra el otro, sin cesar de hacer fuego. El mayor choque de los independientes lo recibieron los batallones del centro y de partidarios, sufriendo esta principalmente, y con mucha prontitud, la pérdida de su coronel don Felipe de la Hera, tres capitanes, 33 soldados muertos y otros muchos heridos. Dichas desgracias, en medio de un fuego horrible, los obligaron a ceder el campo, dejando, en el hecho, descubierto el flanco izquierdo de la línea, al cual no había llegado la brigada de artillería destinada, porque sus sirvientes, atemorizados con los primeros tiros certeros de los patriotas, la habían abandonado fugándose con los caballos de tiro desde el principio del choque. Cuando esta-// [f. 133]ba avanzando el ala derecha de Belgrano, a expensas de esta ventaja que había obtenido sobre el cuerpo de partidarios, fue herido en el centro de la línea el coronel Lombera. Pese a esto, Lombera siguió esforzando a su tropa, que era el segundo regimiento, el mismo que también flaqueó y abandonó su puesto en dispersión. A este le siguió inmediatamente el batallón del centro, que tan bien se había sostenido hasta entonces. Y cayó igualmente, a este tiempo, herido y prisionero el teniente coronel Zavala, jefe de la caballería, con lo que acabaron de dispersarse, dando por perdida la batalla.

Mientras esto había sucedido en la izquierda realista, no obstante la valentía de su jefe, el mayor general coronel don Miguel Tacón, que resistió todo el empuje de las selectas tropas de Belgrano y que trabajaba incesantemente por reunirlas y encaminarlas de nuevo al campo de batalla; aconteció, afortunadamente para los realistas, que el famoso Picoaga con su primer regimiento y Olañeta con el batallón de cazadores chocaron tan fuertemente y con tal oportunidad, auxiliados por un escuadrón y la escolta del comandante en jefe desde su cuerpo de reserva con la izquierda independiente, que la lograron arrollar de una manera absoluta, a los mismos momentos que la de los realistas había sido totalmente batida. Entonces, el comandante en jefe Pezuela y su segundo Ramírez acudieron velozmente para ayudar a Tacón a contener a los dispersos, apoyándose en la reserva, la que también había huido sin disparar un tiro. En tan críticos momentos, inesperadamente reapareció el teniente coronel don Saturnino Castro con su escuadrón, que también había participado en la derrota de la izquierda y centro de la línea realista. Este jefe, de un valor acreditado

y de una resolución admirable, aun en todo el conflicto de la dispersión, había sabido conservar la unión, la moral y la subordinación prestigiosa de su persona en sus soldados, el mismo que en medio de su retroceso fue atraído por el fuego que cundía y existía en el campo de batalla. Con este motivo, Castro volvió pues de nuevo sobre Vilcapugio y apareció, inesperadamente y cuando nadie lo pensaba, con su escuadrón tocando con sus trompetas y a gran galope, a degüello por la retaguardia del flanco derecho de Belgrano, al que cargó resueltamente y lo acuchilló por la espalda, con lo que introdujo en sus filas la mayor confusión y desorden, que lo obligó a un precipitado retroceso. Este casual incidente de la fortuna de los realistas aparcó a las ventajas de su derecha y, con la aceleración de la reunión de los batallones dispersos, cambió completamente la escena, convirtiendo en tal momento vencedores a los que habían sido vencidos, los cuales fueron animados y conducidos nuevamente, por los jefes superiores realistas indicados, al campo de batalla, donde resueltamente se echaron sobre los independientes desordenados hasta apoderarse de su artillería y arrearlos a los cerros inmediatos. Apoderado Belgrano de uno de estos, hizo esfuerzos por rehacer allí el combate y resistir a las tropas reales; pero ya estas engreídas tropas, pese a que todavía logró rechazarlas hasta el pie de la montaña, supieron aprovecharse tan // [f. 134] a tiempo de la artillería apresada. Asimismo, Picoaga y Olañeta llegaron con tal oportunidad con sus cuerpos vencedores, apoyando a esta y cargando a los patriotas rehechos, que precisaron a los independientes, a eso de las tres de la tarde, a abandonar la posición con la artillería, las municiones, la porción de fusiles, todo su campamento, los víveres y cuanto pudo escapar de la diligencia que hacían por conservarlos y que no cayeran en poder de los realistas.

La pérdida del ejército independiente en esta batalla de Vilcapugio consistió en más de 600 hombres muertos, sobre 1000 heridos, muchos prisioneros y también 84 jefes y oficiales entre muertos, heridos y prisioneros. La artillería apresada se componía de cuatro cañones de a seis, ocho de a cuatro y dos obuses de a siete pulgadas; además de 1000 fusiles, 300 tiendas, banderas y cajas de guerra. La pérdida de los españoles fue de 153 hombres muertos, 257 heridos y 61 dispersos, contándose entre los primeros el coronel La Hera y varios oficiales de distintas graduaciones, y entre los segundos el coronel Lombera, el teniente coronel Zavala y otros oficiales de menor graduación.

Afianzado completamente el triunfo, Pezuela pasó la noche del 1.º de octubre sobre el campo de batalla y el día siguiente regresó a Condocondo, destacando las tropas ligeras por el camino de Potosí, en seguimiento de Díaz Vélez, segundo de Belgrano, y dejando también en Vilcapugio el batallón del centro para que acabara de reunir los despojos que habían dejado los vencidos. Olañeta, que mandaba la tropa perseguidora, después de algunas correrías en las que se proveyó su gente de víveres y cabalgaduras, retrocedió igualmente a aquel pueblo, donde ya se hallaba el resto del ejército con el cuartel general preparándose para buscar de nuevo a Belgrano, en el partido de Chayanta. Allí, con asombrosa celeridad, Belgrano había reunido como a 4400 hombres de todas armas de sus derrotadas tropas y a 1500 caballos que de Cochabamba le había mandado el coronel Zelaya, así como auxilios de gente y numerario que le mandaron Díaz Vélez de Potosí y sus comandantes de Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, con la más decidida voluntad. Esta actividad y pronta reunión de un nuevo ejército independiente improvisado le hizo mucho honor a Belgrano y a todos sus jefes, oficiales, comandantes de provincias y autoridades civiles que se las facilitaron. Solo el que sabe experimentalmente lo que es un ejército batido, vencido y derrotado puede valorar el mérito que contrae, y el servicio que hace al estado al que pertenece el jefe y los subordinados, que puedan verificar una tal operación trabajosa, peligrosa y salvadora de sí misma, en circunstancias tan apuradas, y cuando la fama de la victoria por todas partes anonada y neutraliza aun a las acciones más activas. Así, pues, cuando la mayor parte de los soldados de Belgrano, rotos y dispersados en Vilcapugio, se dirigían a sus hogares, fue también cuando el activo caudillo y digno de todo elogio, valiéndose de buenos comisionados, de los gobernadores de los partidos y de los alcaldes de los distritos y de las cortas guarniciones con que había cubierto a los pueblos del camino de las provincias abajeñas, logró detener a los fugitivos y reunir tal nuevo ejército en el punto de Macha del dicho partido de Chayanta, adonde él se retiró con la pequeñísima fuerza que salió del campo de batalla.

Luego que el general victorioso Pezuela ocupó el pueblo de Condocondo, donde permaneció un mes, después de la batalla que ganó en Vilcapugio, // [f. 135] se contrajo ante todas las cosas a dar parte al virrey Abascal de la jornada que había superado milagrosamente. Por su parte, Belgrano supo aprovechar este tiempo en prepararse para probar nueva fortuna. A la vez, el expresado general en jefe Pezuela, que no estimó prudente o no pudo continuar por sí mismo desde Vilcapugio la persecución del batido contrario, supo utilizar también aquel descanso, haciendo reducir el tamaño de los cajones de municiones para poderlos transportar en burros, en llamas (carneros de la tierra) y en hombros de los indígenas, únicos medios de conducción de los que disponía, si había de buscar al enemigo resuelto ya a esperarlo y entrar en nuevo combate con él.

El parte de la victoria de Vilcapugio dado por Pezuela al virrey Abascal ocasionó públicas y generales aclamaciones. Y las grandes demostraciones de júbilo que se hicieron hacer a los pueblos y, señaladamente, a la capital de Lima y del virreinato de este nombre; el repique general de campanas, las iluminaciones, los solemnes cánticos entonados en los templos, los convites y toda clase de regocijos a que se entregó el partido realista por tan fausto acontecimiento; y la sucesiva dispensación de gracias y la creación de escudos y medallas para los vencedores de Vilcapugio hicieron ver la importancia de esta batalla, que indudablemente salvó por entonces a los realistas de que dejaran de ser los dominadores del Perú. Por su parte, Belgrano tampoco dejó de dar parte a las provincias abajeñas y aun al mismo gobierno de Buenos Aires, sosteniendo la ilusión de que la batalla de Vilcapugio había sido, por su lado, una verdadera victoria, donde había quedado bien puesto el honor y las armas independientes. Con esa noticia se hicieron, igualmente y a la misma vez que los realistas, fiestas públicas por todas partes, demostrando el más puro regocijo por el progreso de su causa.

En todo el mes que se mantuvo el general Pezuela en su cuartel general de Condocondo, arregló también la seguridad de los prisioneros y la conducción de los heridos y enfermos a la villa de Oruro, así como se preocupó en establecer expedita la comunicación entre todos los pueblos del territorio de su retaguardia hasta el Desaguadero. Asimismo, buscó

saber el estado en que se hallaban las provincias del Cusco, Arequipa y Puno, por los recelos que se habían concebido de conspiraciones en estas, y más cuando una de las cuales había estallado en Tacna, partido de la segunda provincia, a impulso de las proclamas de Belgrano y dirigida por sus emisarios a levantar en masa a todos los esclavos de las haciendas de su costa. Esta conspiración fue sofocada prontamente con la derrota de los que se lanzaron en esta empresa, por los arequipeños y moqueguanos, cuyo espíritu se les había fortalecido con la citada victoria, como muy adictos a la causa del rey. Tanto estos motivos como los de limpiar de sus inmediaciones las varias partidas de cochabambinos y de los caudillos Cárdenas y Lanza, entretuvieron al ejército español en dicho cuartel general todo lo restante del referido mes de octubre.

Para la causa de los españoles fue sin duda de inmensas consecuencias // [f. 136] la victoria de Vilcapugio, y fueron también grandes los merecimientos de sus locales que a ella concurrieron. Así que, para perpetrar su memoria, fueron promovidos por el virrey Abascal a mariscales de campo los brigadieres Pezuela y Ramírez; a brigadieres Tacón, Picoaga y Lombera; y a coroneles Olañeta, Estévez, Castro y Zavala; así como fueron premiadas sucesivamente las demás clases, como correspondía a la importancia del señalado triunfo que habían conseguido. Sobre ello, el mismo Abascal dice a su soberano, en la relación motivada que le hace de sus concesiones en este particular, lo que sigue: «Bien considerado todo, no parecerán excesivas las gracias y los premios que se concedieron y a los que se hicieron acreedores los héroes de Vilcapugio, excediéndose y emulándose los unos a los otros en todas las clases y destinos del ejército en el cumplimiento de sus respectivos cargos, y aún más allá de lo que por ellos eran obligados. Así, aunque las cortes nombradas extraordinarias me habían privado del único arbitrio capaz de fomentar el entusiasmo prohibiendo la facultad de conceder grados, yo no pude excusarme de darlos liberalmente, pero sin prodigalidad, en aquella crítica y aventurada ocasión en que tan bien los habían merecido, como lo califica la aprobación de todos a los que me dirigí, sin pérdida de tiempo al gobierno». Y con ello queda concluida la historia de la batalla de Vilcapugio y expeditas las tropas reales para buscar de nuevo a los independientes.

Como se deja dicho, el general español Pezuela hizo sus aprestos en el mes de descanso que dio a sus tropas en Condocondo, para abrir la nueva campaña sobre el ejército patriota, que se había rehecho en Macha. Con tan resuelto propósito, el 29 de octubre dejó él su ejército a este pueblo, y acampó el 4 de noviembre en Ancacato, donde había tomado el mando de él. Por los alrededores de esta población, sus comisiones le recogieron más de 600 burros y muchas llamas para que levantaran las cargas de municiones, víveres y equipo de sus tropas. Arreglada esta movilidad, el general salió de Ancacato y, tomando por Ancocruz y los altos de Libichuco, fue a pernoctar el 8 en el llano de la posta de Callampallami, en cuyo campamento descansó tres días esperando que se le reuniera el parque y demás convoy que aún no había podido seguir las cortas jornadas que hacía con su ejército, considerando la clase de transportes que le servían. Cuando le fue incorporado el cargamento, continuó su marcha y acampó el 12 en los altos de Taquiri, después de haber sufrido un terrible temporal de nieve, granizo y lluvia que entorpeció mucho su camino; desde esos altos descubrió al ejército independiente en los altozanos de Ayohuma, a dos leguas de distancia. El 13 reconoció su posición y observó que, al fin de la llanura, tenía un río de frente, una áspera montaña a su derecha y otra menor y accesible a su espalda. Como el auxilio del anteojo así se lo demostraba, con esta percepción y con los exactos informes a voz viva y señalamiento con los brazos de un altoperuano habitante de aquellos // [f. 137] parajes, procedió a formar su plan, el cual comunicó en este mismo día a sus respectivos jefes, con una instrucción por escrito de lo que cada uno debía hacer para que tuviera buen éxito la batalla que al siguiente día iba a dar.

Asimismo, dispuso que, para poder obrar con más desembarazo y encaminar libre y desprendidamente a las fuerzas adonde lo exigiese la necesidad del ataque, se colocasen reunidas todas las cargas sobrantes del parque, hospital, ramo de hacienda, equipajes y demás enseres, enfermos, mujeres y otros individuos inhábiles para llevar las armas, en la cima de una próxima montaña, formando un cuadro para su custodia con la poca fuerza que mandaba el comandante del batallón del centro don José Antonio Estévez y también con los asistentes, empleados del ejército, vivanderos y

cuantos hombres útiles quedasen en este precautorio campo, repartiéndoseles las armas necesarias a los que estuvieran sin ellas.

El ejército real tenía, para entrar en esta nueva batalla, más de tres mil infantes, 500 caballos y 18 piezas de artillería, todo lo cual pasaba de cuatro mil hombres disponibles, con el prestigio de haber sido vencedores en Vilcapugio. Los patriotas esperaban a los realistas en sus posiciones con cerca de tres mil fusileros, los más recién tomados de recluta; 1200 de caballería del paisanaje de Cochabamba; 500 más de lanza; 10 cañones mal servidos y alguna indiada forzada y curiosa que solo les servía para aparentar bulto de hombres, porque no eran de la calidad necesaria para ayudarlos en el combate. 19

Tomadas todas las disposiciones anteriores y llegada las seis de la mañana del día 14 de noviembre, el ejército español se puso en marcha, desfilando por delante de su caudillo. Este los exhortaba, al paso de cada cuerpo, a que se comportasen con valor, firmeza y honor en la pelea, a lo que estos le contestaban, a su andar, con vivas al rey y manifestándole en sus semblantes, tanto los oficiales como los soldados, que llevaban entusiasmo y animosa alegría al peligro, para el sacarle la victoria. Pezuela bajó con sus tropas en desfilada la cuesta Blanca y entre estas su artillería fue tirada por los indígenas de Condocondo, Ancacato y demás pueblos, más especialmente los de Coroma, con su cura, que los dirigía, probándole así al general español ad effectum videndi su decisión por la causa real.

Entre tanto, el caudillo independiente Belgrano, con sus huestes colecticias y de poca esperanza para alcanzar el vencimiento, a causa de la inferior calidad de estas y de la imposición que habían experimentado en Vilcapugio, los esperaba, lleno de firmeza y con ellas formadas en batalla, al frente del camino real. Defendía su línea con zanjas y fosos, excepto

<sup>19</sup> En la Historia de la revolución hispanoamericana, de Mariano Torrente, que era la fuente que Cortegana estaba siguiendo en este punto, dice que la fuerza realista estaba formada por 2850 infantes y 250 caballos. El autor aumenta los números, de tal modo que al final llega a afirmar que los hombres disponibles eran más de 4000, aunque esto no se condiga con lo que él mismo señalaba inmediatamente antes. Por otro lado, en la fuente de Torrente se indica que los patriotas tenían 3400 fusileros; en este caso, el autor reduce el número. Es probable que Cortegana haya hecho estas modificaciones con la intención de darle más valor a la gesta de los independentistas, lo cual es una estrategia común y visible sobre todo desde los manuscritos seleccionados en este volumen.

su costado izquierdo, de donde su caballería tenía que salir a cargar por la espalda a los realistas, tan luego como se empeñasen; pero este plan de Belgrano sufrió alteración, a causa de la encontrada dirección que dio Pezuela en sus batallones y artillería. Siempre le darán ho-// [f. 138]nor a Belgrano todos estos esfuerzos por sostener una causa justa, pese a que, por entonces, la fortuna estaba en las banderas de sus contrarios. Mas es va el momento de detallar la

## BATALLA DE AYOHUMA

El caudillo español Pezuela, tan luego como tocó el pie de la bajada, formó en columnas a sus cuerpos, a fin de prevenir cualquiera inesperada zalagarda de la crecida caballería patriota, que se divisaba inmediata, con sus demás batallones, formada en línea, apoyando su izquierda en una altura y extendiéndose luego por el llano del terreno. Ordenó sus líneas en tres columnas paralelas, con la caballería en sus flancos, su centro y su retaguardia, y distribuyó la artillería en cuatro partes en la vanguardia. Así rompió la marcha el ejército real, desde el pie del descenso que había vencido por el llano, buscando a su enemigo; sus divisiones eran mandadas por los mismos jefes superiores que los encaminaron al choque en Vilcapugio. Como, para llegar a las manos, hubo el obstáculo del río, el ejército realista lo atravesó por los dos brazos que por allí corre dividido, junto a la loma inmediata que este tenía por la izquierda del camino real, por donde hizo adelantar algunos cazadores para llamar la atención por aquella parte. Esta operación entendida no solo obligó a Belgrano a cambiar de frente y variar de plan, sino que libraron también a los realistas de las defensas levantadas contra ellos y proporcionaba otras más ventajas para combatir con libertad.

De este modo, ya se había introducido el general Pezuela con todo su ejército al frente del costado derecho del ejército independiente, de manera que ambos beligerantes estaban a distancia de tiro y medio de fusil. Pezuela, posesionado de la loma de este flanco, como se propuso, formó en el llano inmediato en batalla con el mismo orden que en Vilcapugio. A la derecha, el batallón de cazadores; y a la izquierda de este, en la prolongación de la

línea, los dos del primer regimiento, el del centro, los dos del segundo regimiento y el de partidarios, que cerraba la izquierda. El batallón provisional fue de nuevo destinado a la reserva, porque era el de menos confianza; razón que, por cierto, no es admisible entre experimentados militares, porque la reserva debe ser, cuando no de lo mejor, al menos de confianza, para reparar pronto cualquier desfallecimiento o para decidir la victoria. De cada uno de los citados dos batallones, se sacaron 30 hombres con un oficial, con el nombre de guerrilla; cuyos destacamentos, al mando del teniente coronel don Manuel Valle y sostenidos por el batallón de partidarios, ocuparon una altura a la izquierda de la línea española, que se comunicaba con la derecha de los independientes. Entre tanto que así en batalla permanecía el ejército real, aunque cubierto con la primera loma de la que se ha hecho mención; también el independiente se extendía en su nuevo cambio, en igual orden, sobre un terreno elevado, teniendo a la izquierda a la caballería, en el espacioso llano por el que terminaba la posición, lo que le facilitaba cargar como lo querían, a fin de desconectar a las tropas reales. // [f. 139] En este estado, serían poco más de las diez del día cuando parte de la artillería de Pezuela, avanzada algo de la línea, rompió un vivo fuego sobre sus contrarios, que lo aguantaron con bastante firmeza por cerca de media hora, contestándolo con algunos disparos con la suya.

Belgrano, harto de sufrir con fría indiferencia el daño que le causaba la artillería española, se lanzó de frente con resolución y, a medio tiro de fusil, rompió el fuego sobre la línea real, que, adelantada también a la loma de su frente, le contestó con mucha firmeza y muy buena dirección. Y, como al mismo tiempo el comandante Valle, con sus destacamentos guerrilleros y el batallón de partidarios, descendió de la altura de la izquierda y acometió por flanco y retaguardia la derecha de Belgrano, apenas pudo este mantener su línea media hora más en formación. Belgrano, al ver a los suyos vacilantes, mandó cargar a su caballería, pero esta —tras ser recibida con serenidad por los infantes de Pezuela, incluso por el batallón provisional que entró por la derecha muy oportunamente en acción; ofendida terriblemente por la batería que dirigía un oficial valiente llamado Remigio; y aun amenazada por el escuadrón de cazadores a caballo, reforzado por la escolta del general en jefe— tuvo que volver caras con pérdida, lo que

aumentó el espanto y la confusión en todos los suyos. Entonces, toda la línea realista avanzó con impetuosidad y puso en desordenada fuga a los patriotas, a quienes se les persiguió con calor y actividad por el espacio de dos leguas, ya por el camino de Potosí, ya por las distintas direcciones que tomaron los derrotados. Belgrano, siempre valiente (aunque vencido), tomó el camino de Potosí con su segundo Díaz Vélez y 500 hombres, restos de su caballería; les advertía, a los dispersos infantes suyos que encontraba, que los esperaba en aquella villa y que todos se replegasen a ella. Fueron trofeos de armas del afortunado Pezuela, en esta batalla, 70 oficiales y 800 soldados prisioneros, incluso los heridos de ambas clases; asimismo, más de 400 muertos, 8 piezas de artillería (del calibre de a 1 y de a 2), 1533 fusiles, todo su parque y municiones, y hasta el mismo equipaje de Belgrano y su correspondencia. Por parte de los realistas, no hubo más pérdida que la de dos oficiales y 40 soldados muertos, así como 8 heridos de los primeros y 88 de los segundos, los que hacen el total de 138 hombres fuera de combate; pérdida poco considerable, atendida la importancia del suceso y del trastorno que causó en las armas independientes.

El general Pezuela, experimentado de su falta de persecución después de la victoria que consiguió en Vilcapugio, lo que dio lugar a que su adversario se rehiciera y le presentara una segunda sesión, se curó bien de no dar lugar a otra tercera. Así, lejos de dar por esta vez descanso a los vencedores, destinó, el mismo día 14 y sobre la marcha de la conclusión de la batalla, a su segundo, el general don Juan Ramírez, para que, con los cuerpos de cazadores, partidarios, dragones y una compañía de gra-// [f. 140] naderos del primer regimiento, persiguiese a los fugitivos en la dirección de Potosí con el mayor empeño. Ramírez cumplió, como acostumbraba, esta comisión y entró en aquella villa pocas horas después de haberla evacuado Belgrano, quien se llevó de ella cuanto le fue posible y aun quiso hacer volar la Casa de Moneda, pero no lo hizo para no arruinar a la población. El siguiente día 15 de noviembre, Pezuela se marchó del campo de batalla, con el resto de su ejército, al pueblo de Macha. El 19 fue enviado a Chuquisaca el brigadier Lombera con 500 hombres y dos cañones, a fin de que se encargase interinamente del mando de la provincia de Charcas; al efecto, le reforzó luego el batallón del centro con otros dos cañones, pese a que su gobernador

independiente Ocampo ya la había evacuado anticipadamente. El segundo regimiento y seis piezas de artillería pasaron de guarnición a Potosí. El primer regimiento y lo restante del parque permanecieron en Macha hasta el 29, cuando tomaron la dirección de Chuquisaca, para donde se encaminó el 30 del mismo noviembre el cuartel general. Ello sucedió después de que Pezuela dio el parte circunstanciado de la batalla al virrey de Lima y de que remitió al mariscal de campo don Francisco Picoaga a las provincias del Cusco y Puno, para reunir a los desertores y hacer nuevos reclutas hasta la fuerza de tres mil hombres que necesitaba el ejército para reemplazar sus bajas, producidas por las dos batallas que se habían dado y aún más por la deserción desarrollada con toda fuerza desde la victoria de Ayohuma, por una particular tendencia que tienen los peruanos y castas a las costumbres de sus ascendientes, los indígenas, de volverse a sus casas apenas es concluida la guerra, en razón de que este comportamiento era ley inviolable en tiempo del gobierno imperial de los incas.

Habiendo salido el general en jefe Pezuela de Macha el 30 de noviembre, como se deja dicho, llegó a la ciudad de Chuquisaca e hizo su entrada pública el 4 de diciembre, con mucho contento y aplauso de las gentes realistas, pero con manifiesta tibieza e indiferencia de la masa del pueblo. Por esto es que necesitaba nuevos refuerzos para guarnecer en estado formal las provincias de Charcas, Cochabamba y Potosí, especialmente las dos primeras, que habían dado pruebas positivas de su adhesión al sistema de independencia. De aquí era pues que el arreglo radical y permanente de esta provincia y de todas las del alto Perú ofrecía cada día mayores dificultades, tanto por la extenuación que habían sufrido con las tropas patriotas, como por las frecuentes variaciones de gobierno y de funcionarios públicos que habían tenido. Así, el general vencedor Pezuela, para obrar con algún acierto en la elección de sujetos que inspirasen confianza a la causa del rey, ordenó que se estableciera una junta de purificación, bien parecida a las que se habían formado en la Península después de la guerra de la independencia; de estas juntas siempre salen bien todos los que tienen influjo y mal los que carecen de él o les tienen preparación gratuita. Esto sucede en todas partes.

Sin embargo, Pezuela —después de haber tomado estas y otras más dis-// [f. 141] posiciones conducentes al buen gobierno de esta provincia y expedidas las prevenciones correspondientes al primer regimiento y al batallón del centro para que, siguiendo la vía de Puna y Vitiche, fueran a reforzar la vanguardia que se establecía en Tupiza— salió de la ciudad de La Plata para Potosí el 17 de diciembre y entró en esta villa el 21, en medio de las aclamaciones de un numeroso pueblo cuyo temor, y no amor, los hacía vivar a sus propios esclavizadores. Con su arribo a esta villa, el general Pezuela tomó las mismas medidas que en Chuquisaca con respecto al arreglo de las autoridades y los empleados de esta provincia, en donde hasta las señoras principales se declararon partidarias del realismo. Por otra parte, una de las primeras providencias que expidió Pezuela en favor de Potosí —después de haber restablecido el orden real, a lo que había contribuido poderosamente Ramírez, que lo había precedido en su marcha—fue restaurar el giro y movimiento de la Casa de Moneda, aboliendo lo que circulaba, por llevar los signos de la revolución y el emblema del sol, del que habían hecho uso los patriotas para excitar en los naturales del país los dulces recuerdos de su antiguo imperio y sus costumbres. Después de esto, el 28 de este mismo mes, hizo marchar al segundo regimiento de Potosí a Tupiza, y el general Ramírez, con la división de vanguardia, preparó su movimiento sobre las provincias de abajo. Terminó así el año de 1813 para los vencedores realistas y Pezuela permaneció todavía en Potosí, mientras su vanguardia de tal modo avanzaba a las órdenes de su segundo en el mando del ejército.

El parte recibido por el virrey Abascal del general Pezuela, de su segunda victoria conseguida en Ayohuma, volvió a causar otra repetición de satisfacción y demostración públicas en el corazón de los realistas, pues el mismo citado virrey, al hacerse cargo de estos felices sucesos, para dar cuenta a su soberano le dice en su relación lo que sigue: «Los límites de este papel no me permiten hacer más dilatada relación de esta campaña memorable; pero, por lo mismo, no puedo excusarme de hablar, aunque con rapidez, de los premios y gracias que fue necesario dispensar a los beneméritos jefes, oficiales y soldados que tuvieron parte en ella, según las recomendaciones del general. Aun él mismo, por su conducta militar y

por la entidad del servicio que acababa de prestar sujetando una extensión considerable del país, que facilitaba los medios de subsistir al ejército real y privaba de ellos al enemigo, fue propuesto como acreedor para ser recompensado con la orden de San Fernando, que designa el artículo 8.º del decreto de su erección para los jefes, por estar íntimamente convencido, según tengo ya expuesto en otros lugares, de que tanto alienta el premio oportunamente dado, como amortigua el olvido o la menor retardación en distribuirlo».

El general vencido Belgrano continuó su retirada con los restos de su ejército hasta Jujuy y, de allí, como consecuencia a la aproximación de la vanguardia de Pezuela, lo hizo sobre Salta y Tucumán. Belgrano // [f. 142] concluyó aquí su carrera militar sobre el alto Perú, y no se le vio figurar más en las campañas sucesivas que hicieron los ejércitos porteños sobre estas provincias últimamente, pese a la valentía y a su acreditado entusiasmo y celo por el triunfo de la causa de independencia que sostuvo.

Entre tanto que todo lo anteriormente expresado sucedía en el alto Perú, tuvo lugar en la ciudad de Ica, y en lo que comprendió del Perú bajo, un fuerte terremoto el 30 de mayo de este año de 1813, que causó víctimas lamentables en sus edificios. Se concluyó la reedificación y acrecentamiento del seminario de Santo Toribio. El 24 de junio murió en Lima el doctor don Andrés Quintián, obispo de Cuenca del Ecuador. Se publicó el 23 de septiembre la extinción del horroroso Tribunal de la Inquisición, en cuyo local el pueblo manifestó su odio contra él y sus temerarios hechos. El 24 murió el padre Marimón. El 31 de diciembre dio la vela, desde el puerto del Callao hasta uno de los de Chile, la expedición comandada por el brigadier don Gabino Gaínza, remitida por el virrey Abascal, el cual se había tomado a cargo el sofocamiento de la revolución independiente de dicho reino.

El virrey Abascal no podía existir concretado solo a la conservación del territorio de su virreinato, sino que era más bien la fragua de Vulcano de donde partían todos los rayos de destrucción de los independientes que aparecían en los demás virreinatos, presidencias y capitanías generales de Sudamérica. Era celoso por el sostenimiento del dominio real y español en todos ellos, pues difícilmente podía presentarse, a la corona de

Fernando VII, un representante suyo en esta parte de la América meridional que fuese tan adicto o más trabajador que él en cuanto a conservarle, por entonces, estos estados, que por derecho de conquista habían sido sus dominios.

Así es que dicho virrey, como se dejó expresado en el anterior capítulo que en este se explicaría la parte que había tomado sobre el sostenimiento del brigadier Pareja, remitiéndolo a la cabeza de una expedición armada a Chiloé para que, por convencimiento o por la fuerza, redujera desde allí a los patriotas del reino de Chile a la obediencia del rey de España, las Cortes y la Constitución que estas habían dado para el gobierno de toda la monarquía española, lo verificó en todo este año de 1813.

De aquí es pues que el plan que había trazado el virrey Abascal desde Lima, para que el brigadier Pareja levantase un ejército en Chiloé y Valdivia e hiciese una expedición sobre los independientes de Santiago y demás provincias de su devoción<sup>20</sup>, llegó a sufrir alguna alteración, porque, en aquel intervalo, esta plaza de Valdivia cayó en poder de los patriotas. Pero, como los propios militares que la guarnecían habían hecho una reacción en favor del realismo, se removieron todos los obstáculos para que lo pensado y acordado tuviese su más cumplida ejecución. Con este objeto se reunieron pues, en dicho pun-// [f. 143]to, 2400 hombres que se embarcaron durante los últimos días de febrero y se apoderaron del puertecito de San Vicente, contiguo al de Talcahuano. Atacada al día siguiente la guarnición de dicho puerto, apostada ventajosamente en las alturas que lo dominaban, fue derrotada y puesta en fuga a pesar de su empeñada resistencia, dejando abiertas las puertas del referido punto, distante dos leguas y media de la ciudad de Concepción, capital de la provincia, adonde proseguía su marcha la división expedicionaria del enunciado brigadier realista Pareja para fijar en ella sus primeras bases de reconquista.

Como en efecto había emprendido su marcha, Pareja reconoció que esta ciudad se hallaba defendida por un batallón de infantería y por un regimiento de dragones, los mismos que cedieron a las primeras intimaciones

<sup>20</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Chile en 1813, Cortegana sigue a Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana (1829), t. I, cap. XXVIII.

que este les hizo, sin duda por su debilidad de fuerzas, estipulando una capitulación que tenía por base la amnistía y olvido general de los desaciertos en que habían incurrido hasta la suscripción de ella. Consecuente a esta, el jefe realista tomó posesión de la ciudad, incorporó a sus filas las tropas rendidas y dio nuevo poder e importancia a su ejército, con más de 60 piezas de artillería, 600 fusiles, considerable cantidad de armas blancas y abundantes pertrechos y útiles de guerra que halló en el parque de la plaza entregada. Hasta aquí Pareja por todas partes recogía repetidos triunfos y bondadosos halagos de su fortuna guerrera.

Al término de tres días, llegó a la capital de Santiago, distante 150 leguas, la noticia de todos estos triunfos del brigadier Pareja, como del primer teatro de sus operaciones; y, algún tiempo después, la de haberse sublevado en Valparaíso las tripulaciones de la corbeta Perla y el bergantín Potrillo, armados por los chilenos independientes, al tiempo que salían a dar caza a un corsario de Lima que cruzaba delante de aquel puerto. Estos hechos, funestos como inesperados, introdujeron luego la mayor consternación en la capital, cuyos gobernantes creían infalible la ruina de su partido, vista la adhesión casi general de los habitantes de la provincia de Concepción de Penco a la causa del rey, y la desprevención del país para poder contener el torrente de los recientes sucesos que acababan de verificarse y que iban a venir sobre todos ellos muy prontamente.

Los más habitantes de Santiago y aun los de las demás provincias, imbuidos de estas inequívocas pruebas de desconfianza respecto del gobierno y las fuerzas patriotas para sostenerse y llevar a éxito el sistema de independencia, se dieron todos a un manifiesto abatimiento, excepto el supremo magistrado don José Miguel Carrera, <sup>21</sup> cuya fortaleza de espíritu se mostró, por entonces y en todos los demás de sus actos posteriores, muy superior a los golpes de la adversidad y, desde luego, le permitió saberlos contradecir y superar. Para ello, en tan críticas circunstancias y en medio del desaliento general, este gran caudillo de la libertad de su patria supo desplegar extraordinarios talentos y una energía desconocida hasta

<sup>21</sup> José Miguel Carrera (1785-1821) fue un político, militar y prócer de la independencia de Chile. En 1811, asumió las riendas del proceso independentista, con lo que definió un rumbo plenamente separatista respecto a la Corona española.

entonces entre sus paisanos. Tomó tan rápidas y tan acertadas providencias, desde el momento que recibió la desagradable // [f. 144] nueva del aparecimiento del general realista Pareja con su ejército, que dentro de pocos días se puso en marcha buscando a este su enemigo natural, quien, dueño ya de la citada provincia de la Concepción, se dirigía a su vez a ocupar la de Santiago, con motivo de la ocupación por las armas reales de la provincia antedicha y con vista del parte del general Pareja. A este respecto, el virrey Abascal dice lo siguiente.<sup>22</sup> //

> [f. 151] Proclama del virrey del Perú a los habitantes de LAS PROVINCIAS DE LA CONCEPCIÓN DE PENCO DE CHILE

Nobles, leales y generosos habitantes de Concepción:

Acabo de ver, con un placer inexplicable, que habéis restablecido los vínculos más estrechos con la inmortal nación española, que si en algún tiempo creísteis perdida su causa por los progresos de los ejércitos franceses, hoy la veis elevada a la clase de redentora de Europa, oyéndose el nombre español con entusiasmo en todas las partes del mundo. Ya están cumplidos vuestros constantes deseos, propios de un pueblo valiente, leal y de nobles sentimientos, de sacudirse de la usurpación y la violencia, y de defender siempre los derechos de Dios y la patria. Ya ha desaparecido la horrible disensión y discordia que dilaceraban la más fértil y hermosa provincia de la América del Sur. Ya en las villas, pueblos y casas de sus habitantes reina la unión, la paz y la tranquilidad, supremo bien de los pueblos. Ya habéis arrojado de vuestro seno aquellos pocos egoístas que, abrigando ambiciosos planes de mando, encendían en su patria las rivalidades y partidos, llevándola a la ruina y desolación. Ya habéis recibido en vuestros brazos a vuestros hermanos, franqueándoles todos los recursos que conducen a consumar el plan de unidad, integridad y conservación de la gran nación española, uniéndoos al ejército expedicionario, poniéndoos entre sus filas, obedeciendo

<sup>22</sup> La última oración y la segunda parte de la penúltima oración de este párrafo habrían sido agregadas posteriormente por Cortegana, al parecer en una revisión que hizo de su texto. Al final de las mismas, se anuncia un comunicado del virrey Abascal y se agrega un asterisco, a manera de llamada de nota al pie de página. Dicha nota figura más adelante en el capítulo, entre los folios 151 y 154. Para facilitar la lectura, a continuación, se han colocado las proclamas referidas.

a su digno jefe y exhortando a vuestros compatriotas a que todos formen una familia, y se vea en ella aquel antiguo orden y armonía social, bases de la pública felicidad.

Leales y valerosos habitantes de Penco, gozaos de vuestra propia felicidad. Vínculos indisolubles os unen a esta insigne capital del Perú y, con ella, a la gran familia española, a su nombre inmortal, a sus glorias, a sus loables instituciones, usos y costumbres, y a su rey. Ya están adoptados sabios y generosos principios que fijan las relaciones en todas las partes de la nación. Representadme sin embarazo lo que convenga a vuestra felicidad y contad con todos los recursos de mi poder para apartar lo que obstruya vuestra navegación, agricultura y comercio. Un nuevo código de dirección al gobierno político y civil, y tendréis parte en el arancel que arregle vuestros derechos, y en todo lo que conduzca a la particular y pública prosperidad. Ayudadme, nobles y valerosos penquistas, a consolidar la unión; acompañad a vuestro activo y valiente general, que no empuña la espada para derramar la sangre de nuestros hermanos, sino para que no se despedacen las entrañas de nuestra patria común y se dilacere su integridad. For-// [f. 152]memos una casa, una familia, una nación, y no permitamos que sea sojuzgada y despreciada por la usurpación y violencia. Si algunos imprudentes usurpadores del mando quieren conservarse en él, a expensas de una guerra civil, rasgando el seno de su patria, armando el reino contra el reino, manchando la tierra con la sangre de sus conciudadanos y aniquilando el orden público; hacedles ver que la felicidad de los pueblos no está vinculada a la persona de uno o dos, sino a la armonía social y la paz interior. Decidles que una guerra civil de pueblo a pueblo y de ciudadano a ciudadano es el mayor de los males, como el mayor de los bienes es el sacrificio que se haga en obsequio de la unidad, la integridad y la conservación de un estado constituido; mayormente cuando no podrá sacarse otra ventaja de la división más que ensangrentar la historia del Nuevo Mundo con páginas de horror y desolación. No dudo del triunfo del gran esfuerzo que hará esa provincia valerosa y leal, a fin de sostener la independencia de la nación española en todas las partes del mundo.

Lima, a 22 de abril de 1813.

Firmado El marqués de la Concordia Otra proclama del mismo virrey del Perú a los habitantes de la capital de Santiago de Chile. Con motivo de la MISMA OCUPACIÓN DE CONCEPCIÓN POR LAS TROPAS DEL REY AL MANDO DEL BRIGADIER PAREIA

Nobles habitantes de Santiago de Chile:

¿Será posible que aún insistáis en aniquilar y consumir la quietud y tranquilidad interior de la que gozaba ese reino en el pasado? ¿Aún pensáis en destruir el orden público y trastornar la armonía social con guerras y disensiones civiles que rompen los lazos de la unidad y traen a los pueblos a su última ruina y degradación? ¿Aún meditáis atacar la autoridad soberana del pueblo español, cuando, en la lucha más gloriosa que ha visto el mundo, ha inmortalizado su nombre y ha roto ya las cadenas que le había remachado la mayor, la más horrible y la más escandalosa de las perfidias? ;Aún trataréis de dirigir el puñal a las entrañas de vuestra propia patria, abrirle el seno y arrancarle el corazón? ¿No habéis visto, en el círculo de dos años, entregada la independencia y la libertad a que aspirabais a la dirección y capricho de dos jóvenes, cuya arbitrariedad y licencia abominaba mucho tiempo antes vuestra religiosidad y // [f. 153] pundonor?; No era esa capital el domicilio del envidiable reposo y tranquilidad, y hoy se siente herida mortalmente, corriendo por sus miembros un veneno corrosivo que la hace homicida de sí misma?; No notáis que no hay una propensión al desorden y al desprecio de lo más sagrado, bastante para inutilizar las más sanas intenciones y sofocar la fuerza moral, para que presida en todo la oligarquía o la anarquía? ¿Veis otra cosa que la ambición, el odio y la venganza, destruyendo el orden público, levantando partidos y conspiraciones, y dejando sin protección legal a vuestras personas y propiedades? ¿Veis acaso arreglada vuestra administración interna, amplificado vuestro comercio, quitados los obstáculos que obstruyen vuestra agricultura y aumento de población, multiplicados los establecimientos científicos, extendidos los ramos de industria; o halláis que todo es un desorden y que los empleos y recompensas del mérito son exclusivos de una familia depositaria de la fuerza y dispensados a su arbitrio y voluntad? ;No estáis, por último, convencidos de que los más audaces sobrecogen a los tímidos y les dan la ley; que la fuerza y la osadía son el alma que arregla los movimientos del cuerpo político, proscribiendo y desterrando a los vecinos más honrados, armando el reino contra el reino, familias contra

familias; y que en este contraste se aniquila el orden público y se pierde el reposo interior?

Es preciso, nobles chilenos, que dejéis ya descansar a un pueblo que siente todos los dejos de la nobleza y no goza de ninguna de sus ventajas, y que se halla derramado en los campos, trabajando sin gozar de nada y viviendo de la compasión de otros. Observad que la fidelidad al rey es natural y está acendrada en sus pechos, y que solo el artificio y el engaño los conducen a empuñar la espada y la lanza contra sus hermanos, abandonando a sus familias y hogares, con lo que se les hace sentir un nuevo género de vida en lo político, que puede ser la ruina del orden y la desolación de los pueblos. Considerad que os halláis sin armas, sin erario, sin caudillos militares, sin disciplina y sin ideas para consumar un plan atrevido, extenso y destructor de vosotros mismos. El general que de mi orden ha entrado en vuestras tierras, y que tiene de su parte a la más noble, leal y valerosa provincia de ese reino, lleva la oliva; y se penetrará mi corazón del más vivo sentimiento, si lo ponéis en la triste necesidad de ensangrentar su espada. No es la opinión política la que castigará, ni las convulsiones ni movimientos pasados, efectos de una preocupación; a todos mirará como hermanos, aun a los mismos caudillos que dan dirección a vuestras efímeras fuerzas. Pero si la obstinación se empeña, si la razón no gobierna, si un espíritu aniquilador propende a destruir la integridad de la más grande nación de nuestra patria común, despreciando sus nuevas instituciones y sus principios nobles y liberales a favor de estos dominios; todo el rigor de la justicia se dejará ver en plazas // [f. 154] y calles, y desaparecerán muy luego aquellos pocos enemigos de la humanidad, integridad y conservación del inmortal imperio español.

Lima, a 22 de abril de 1813.

## Firmado El marqués de la Concordia //

[f. 144]<sup>23</sup> Carrera, conociendo que en tan apremiantes circunstancias no había otro medio de hacerse respetar por los vacilantes chilenos más que el investirse de una energía aterradora, puso cuatro expiatorios en los cuatro ángulos de la plaza para que en ellos fuesen ejecutados todos los que se atreviesen a contradecirle y no obedeciesen sus órdenes; colocó cañones en

<sup>23</sup> Se vuelve a la narración de Cortegana que estaba antes de la llamada de la nota sobre las proclamas del virrey Abascal.

las bocacalles y en las principales avenidas de la ciudad; hizo poner en seguridad a todos los sospechosos o enemigos de la causa de la independencia; publicó bandos y echó proclamas conminando en ellas la pena capital por cualquiera transgresión a sus convenientes y absolutas medidas; cerró el puerto de Valparaíso; levantó una contribución de un millón de pesos que debía hacerse efectiva al término de tres días; convocó las milicias de la provincia; puso en movimiento todas las tropas; y, dando un indecible vigor a sus planes de defensa, salió para la ciudad de Talca a disputar a los realistas el paso del Maule, con el mayor entusiasmo y actividad.

Así, fue tanto y tanto el empeño activo que tomó Carrera en adelantar sus fuerzas que, sin que hubieran transcurrido cuarenta días desde que recibió la primera noticia del desembarco de Pareja en San Vicente, este ya contaba con un ejército de 9000 combatientes, los cuales, aunque colecticios y sin disciplina, respiraban todo el ardor patriótico y decisión que, por defensa de ella, su esforzado general había sabido inspirarles hasta el más exaltado entusiasmo. Se ha dicho, con bastante generalidad y crédito, aun por los mismos enemigos de la independencia, que pocos revolucionarios han habido que hayan prestado servicios más distinguidos a la sagrada causa de emancipación americana que este célebre ciudadano chileno; y menos todavía los que hayan experimentado una ingratitud más horrorosa de parte de aquellos mismos, por cuya libertad, seguridad e intereses, había expuesto repetidas veces una vida que, consagrada a objetos más reconocidos, le habría asegurado un lugar de preferencia en el templo de la fama y en el corazón de los justos y de los agradecidos.

Puestas en ejecución todas las providencias que dictó, quedaron pues todos admirados de los grandes recursos físicos y morales que desplegó este joven guerrero en obsequio del sostenimiento de su causa y de la seguridad pública; por consiguiente, creció el prestigio a su favor. Los tímidos y desconfiados creyeron invencible a aquel genio privilegiado; de aquí que siguieran ciegos el impulso que les diera y lo auxiliaran con toda clase de recursos que pudiera necesitar para abrir la campaña hasta pretender concluir con los realistas aparecidos con Pareja.

Este general realista, siguiendo las operaciones de su parte, a fines de abril se hallaba ya muy cerca de las orillas del Maule // [f. 145] con

su ejército, con su parque y toda clase de útiles concernientes a la guerra que practicaba y en disposición de cruzar dicho río y tomar cuarteles de invierno en Talca, según sus planes que a este intento en sí mismo se había concebido y trazado. Con este objeto, se había situado a cinco leguas distante de aquella población, el día 28 del mes indicado, en un paraje llamado Yerbas Buenas, cuando el intrépido Carrera, ansioso de ejercitar a su tropa en la estrategia y arte de la guerra, dispuso que una columna compuesta de 300 hombres escogidos con otros tantos milicianos, al mando de un jefe valiente, pasasen el río y sorprendiesen a los realistas en aquella misma noche de un modo que ellos fuesen destruidos. Esta empresa fue ejecutada con tanta destreza que, cuando cayó la antedicha columna patriota sobre el campo realista una hora antes de amanecer, introdujo en él la mayor confusión y desorden, al paso que también causó considerables quebrantos. Pero, desengañados los españoles con la luz del día de su error de haber creído que habían sido atacados por todo el ejército de Carrera, tomaron las armas con nuevo aliento y vigor en sostén de la causa y en desagravio del ultraje que se les acababa de hacer.

A este tiempo, el regimiento de caballería de Rere, que se hallaba acampado a tres cuartos de legua, se puso sobre las armas apenas oyó las descargas de Yerbas Buenas; y, como al amanecer vio cruzar por el camino una columna de tropas con artillería, se dirigió en su auxilio, teniéndola por realista. Mas los independientes, que se creyeron a su vez atacados por aquel cuerpo, abandonaron los cañones y se entregaron a una fuga desordenada. Entonces fue cuando su comandante trató de sacar un partido favorable de las circunstancias, pero su mencionado regimiento no se hallaba dispuesto en regla como para dar un impulso rápido a aquella maniobra; así, tan solo pudo alcanzar a algunos atrasados, a los que acuchilló con furor, acreditando su sanguinaria condición con hombres que no le podían contrarrestar. La mayor pérdida de los patriotas fue de 120 hombres, que habían quedado emboscados en el acto de la sorpresa con la mira de proteger la retirada, quienes, al carecer de órdenes y noticias de su jefe, permanecieron inmobles en el mismo sitio en el que fueron hallados a la mañana siguiente y hechos prisioneros con todos sus oficiales por los realistas.

Pese a las mejores ventajas que ofrece una sorpresa ejecutada con felicidad y no obstante la pérdida de 100 realistas, entre ellos 30 muertos y el intendente del ejército Vergara; no pudieron los independientes contar como una absoluta victoria a la expresada sorpresa en la que estos tuvieron mayor descalabro que sus contrarios. Mas ella fue, sin duda, el origen de todas las desgracias que experimentaron sucesivamente las tropas reales, porque la muerte del intendente Vergara le fue de mucha falta en las operaciones del brigadier Pareja, en razón del // [f. 146] trastorno que recibió su ramo de contabilidad y la seguridad de la hacienda y los artículos de provisión de su ejército. Este, por consiguiente, creía que la experimentada sorpresa había sido obra de la traición y, de ningún modo, del arrojo y audacia de los patriotas conducidos por Carrera. Esas anatematizadas sospechas recayeron sobre el penquisto don Juan Urrutia, vecino del Parral, por ser sujeto de muchos conocimientos y relaciones en el país, el cual, desde la entrada de Pareja en la Concepción, le había prestado los servicios más importantes, por lo que era inadmisible la conjura con que se le revelaba. Pero hay casos, como el presente, en que la inocencia y la honradez del hombre llega a sufrir por las ilusiones y caprichos de los mismos hombres atemorizados.

Estos recelos y desconfianzas de los soldados no solo se redujeron a Urrutia, sino que pasaron hasta el extremo de figurarse que había doblez, engaño y perfidia en todos los pasos que daban sus respectivos comandantes, echando así por tierra la moralidad y la buena fe con que debían creer ciegamente en ellos. Así fue que, en tal estado de alarma y confusión, Pareja levantó el campo al día siguiente, con intención de atravesar el río y buscar al ejército patriota. Pero el gran rodeo de tres días que hubo de dar por caminos poco practicables, desprovistos de agua, a fin de evitar nuevas emboscadas, fraguadas por su no menos aprensiva imaginación, acabó por disgustar a los chilotes y valdivianos, los mismos que, alegando que dicho río era el término de sus empeños, se rehusaron a pasar adelante y se propasaron al desconocer los mandatos de sus jefes. Y más así lo acreditaron cuando vieron incendiarse algunos cajones de cartuchos de cañón, cuyo accidente, si bien producido de casualidad por el frote de las balas desprendidas con el trote de las mulas, fue atribuido, como prueba de sus

recelos, a ocultos manejos de supuestos traidores que estaban de acuerdo con los independientes. Lo mismo sucedió cuando la pérdida de los 14 hombres, que fueron víctimas de aquel desgraciado suceso, fue considerada igualmente como el resultado de las expresadas infernales maquinaciones, creadas tan solo de sus delirantes aprensiones contra los que querían que se les atribuyera su autoría. Semejante reunión de hombres no presentaba ya desde entonces en todo el ejército realista que mandaba Pareja sino desorden e indisciplina. El batallón Valdivia, en particular, se declaró abiertamente contra el citado don Juan Urrutia, que inocentemente era el objeto de sus sospechas y persecución, y lo obligó a salvarse con la fuga de la triste suerte que le esperaba en manos de una soldadesca que se había propuesto templar con su sangre una parte de sus infundados temores, como distantes de toda probabilidad de lo que habían presumido de él.

Para distraer y calmar de estos sus fascinadas concepciones, fue insuficiente toda la actividad y energía que desplegó Pareja en tan críticas presunciones de las que se hallaba poseído el ánimo del soldado, pues este había llegado al último grado de descontento e insubordinación. Por otra parte, Pareja se hallaba fuera de su centro con la falta de sus dos principales guías, como lo habían sido // [f. 147] Vergara y Urrutia; su acalorada imaginación le hacía ver anticipadamente los tristes efectos de aquellas conmociones. Desconcertado su ejército en el momento más favorable para haber cantado la victoria, Pareja preveía su ruina, cuando más debía contar con un vencimiento seguro. En efecto, ya se creía estar envuelto entre las bayonetas de un enemigo astuto que, aprovechándose de aquel fatal contratiempo, no tardaría en consumar con un golpe de intrepidez la derrota principada por la insubordinación y desconfianza plagada en el espíritu de sus suspicaces tropas. Muy pronto, estos graves cuidados, y el duro pasar de los reveses que había experimentado, principiaron a lacerar su corazón, hasta el extremo de alterar formidablemente su salud. Así, el asalto de una maligna fiebre inflamatoria, desde que cayó a la cama, le hizo desconfiar de su vida; porque cuantos llegaban a verlo así lo confirmaban.

Al general independiente Carrera, un incidente irreparable como este le ofreció una ocasión propicia para adquirir la gloria de concluir con unas huestes que se hallaban grasadas<sup>24</sup> de todas las horrorosas circunstancias que se dejan descifradas. Noticioso del desorden del campo realista, salió este sin trepidar de Talca y, a las pocas jornadas, empezó a dar alcance a las muchas partidas de rezagados del ejército realista, de las que tomó 300 prisioneros hasta el día 15 de mayo. Forzando entonces su marcha, entró en la villa de San Carlos, distante cinco leguas de Chillán, al mismo tiempo que salía de ella el enfermo brigadier Pareja con muy poca fuerza reunida, pues la mayor parte de esta se le había adelantado en dispersión hacia dicho punto de Chillán. Apenas habían caminado una legua los realistas, cuando Carrera llegó a picarles la retaguardia. Viéndose en aquel conflicto, los jefes y oficiales realistas le rogaron al general Pareja que se sirviese a designarles un jefe de su confianza que ejerciese dignamente sus funciones y tome el comando en jefe sobre todos ellos, puesto que se comprometían a obedecerlo y sostenerlo como a su propia persona y autoridad superior.

Al oír Pareja este pedimento, en medio de sus dolencias y conociendo lo imposibilitado que estaba para poder seguir dirigiendo las operaciones del ejército sobre el cual gravitaban la conservación de las posesiones y los intereses reales en el reino chileno, convino en conciencia y salvó en esta parte su responsabilidad para con el virrey de Lima y aun la Corte española al aceptar el pedimento que se le hacía. Don Juan Francisco Sánchez,<sup>25</sup> que aún no era, a la sazón, sino comandante del batallón de Penco, había adquirido, sin embargo, por aquella época, tan brillante opinión por su decisión y arrojo, que apenas fue pronunciado su nombre, cuando todos se sometieron gustosos, aun los que tenían mayor graduación, a ser mandados por este realista sin sospecha, cuya bizarría como jefe y como español le daba las más halagüeñas garantías de salvar al moribundo general y a las desordenadas reliquias de su ejército, que hasta entonces marchaba en su retirada, como estas querían caprichosamente. Sánchez, investido así con

<sup>24</sup> La expresión debe entenderse como «perjudicados por la propagación de una epidemia». En efecto, la forma verbal «grasar» es registrada por Juan de Arona, en su Diccionario de peruanismos (1883), con la definición «cundir, propagarse una epidemia».

<sup>25</sup> Juan Francisco Sánchez (1757-1821) fue un militar español que comandó el ejército real de Chile en los períodos 1813-1814 y 1818-1820, con el que sufrió múltiples derrotas contra el ejército patriota.

la autoridad superior militar para mandar al ejército y los pueblos que sus armas picasen, y deseoso al mismo tiempo de corresponder // [f. 148] al alto concepto que todos se habían formado de él, tomó en el acto aquellas medidas más conducentes que le sugirieron su celo y su buen desempeño para contener al audaz Carrera, que lo perseguía. Todas estas medidas fueron las de concurrir sin detención alguna a colocar en buena posición dos cañones sostenidos por 200 hombres, en tanto que él cruzaba un pequeño río cenagoso para formar, como se hizo en seguida, a sus orillas, un cuadro con 500 hombres de los que se componía toda su fuerza, cubriendo el frente y sus flancos con 20 piezas de campaña, colocadas con el mejor arte y proporción, con lo que impuso a sus persecutores una trinchera inexpugnable y de muerte. Con tales preparativos, tuvo lugar la

## BATALLA DE SAN CARLOS

Antes de romper los fuegos, Carrera se detuvo delante del muro impenetrablemente preparado por el activo realista Sánchez, para hacerle la más valerosa resistencia; pero, reunida ya toda su fuerza, que no bajaba de 3000 soldados disciplinados y 6000 caballos manejados por el paisanaje, principió la refriega a las once y media del día 23 de mayo. Todas las cargas que dio Carrera simultáneamente por los flancos y por la retaguardia, además de ser impetuosas y de un ardimiento extraordinario, se estrellaban en los cañones de bronce que defendían a los pocos soldados de Sánchez, resueltos a no permitir penetrar a los independientes sobre sus posiciones sino por encima de sus cadáveres. El imperturbable Sánchez recorría sus líneas infundiendo aliento con la presencia de su ánimo y con los esfuerzos de su brazo. Viendo Carrera y los suyos esta terca resolución de los realistas, que sus heroicos acometimientos habían sido infructuosos y los grandes claros que abrían en sus columnas los acertados fuegos de la artillería realista, los independientes se resignaron a retirarse a la villa de San Carlos, aunque en dispersión, no obstante la entereza de tan bizarro caudillo patriota, porque de tal manera no lo hicieron, sino con el mejor orden y unión, pues

pensaban volver a la pelea tomando otras nuevas providencias para superar la barrera que le había puesto su ingenioso contrario.

Como, por esta operación del ejército de Carrera, Sánchez quedó, con el suyo, milagrosamente dueño del campo, sin experimentar más pérdida que la de dos muertos y nueve heridos; como estaba asegurado de que los independientes no podrían salir en su persecución, por hallarse en el reparo del gran número de muertos y heridos que habían tenido; y como su jefe estaba activando y practicando la nueva reorganización de su ejército, por habérsele también desertado mucha gente en aquella noche de su retirada después de la batalla; el caudillo realista Sánchez abandonó tranquilamente sus posiciones y se dirigió para Chillán, ya sin persecución alguna. Si en esta marcha de Sánchez se le hubiera aparecido Carrera con su // [f. 149] ejército a las orillas del río Nuble, habría sido inevitable la destrucción de los realistas, pese a sus ventajas impuestas en sus posiciones de San Carlos, a causa de que este río venía tan crecido que imposibilitaba el paso franco de su artillería. En efecto, para trasladarla fue preciso emplear cinco horas de extraordinarios esfuerzos de la tropa, la cual, decidida y a despecho de la furiosa rapidez de la corriente y de la frialdad y profundidad de las aguas que llegaban hasta los pechos, pudo poner la artillería en la otra parte, admirablemente. Así fue como esta empresa, de las más arriesgadas y penosas, consiguió Sánchez que fuera desempeñada del modo más arrojado como brioso y constante, puesto que solo dos cañones naufragaron en el referido paso de aguas tan estrepitoso. Pero Carrera no lo hizo y los realistas se salvaron.

A pesar de ello, esta batalla, denominada de San Carlos, se anunció en los periódicos de la capital de Santiago de Chile de un modo victorioso para el ejército patriota, que comandaba su jefe supremo Carrera. Mas el impávido Pareja, que existía postrado en una cama casi exánime, no se excusó, por su parte, de que se le pusiera en el campo de esta batalla, porque decía que quería hallarse en ella y morir con sus compañeros si el cielo no era propicio a los ardientes votos que le disipaba por la prosperidad de las armas españolas; en ello se le complació colocándolo en una parte donde podía presenciar el combate a todo riesgo. De aquí fue que, tras haber participado este entusiasta guerrero realista, achacoso y anciano de las glorias adquiridas por sus tropas en la mencionada jornada, se retiró con ellas a Chillán, en donde rindió su alma el 24 del mismo mes de mayo, al rigor de sus males, de la intemperie de las estaciones y de los sucesos varios de la guerra.

Luego que ocupó Sánchez la población de Chillán, trató de reunir a los dispersos, con los que tuvo una particular condescendencia y disimulo, porque así lo exigía su crítica posición y el aumento de sus fuerzas. Era cierto que los puntos de Concepción y Talcahuano le ofrecían un asilo más seguro y mayores ventajas para hacer una pertinaz defensa; pero él no quiso abandonar el de Chillán, tanto por hallarse más en el centro cuanto por no manifestar a los independientes un temor y desconfianza que estaban en contradicción con su espíritu, su denuedo y la reciente defensa que había hecho en las posiciones de San Carlos, paralizando las operaciones de estos. También lo hacía porque, como había muerto Pareja, él era ya el constituido de derecho y el jefe superior de las fuerzas reales que existían en Chile; en el interín, podía comunicarse con el virrey de Lima, de quien el fallecido había dependido.

Entre tanto, el general patriota Carrera se preparaba en San Carlos para abrir de nuevo la campaña; pero, previendo que era muy necesario dar principio a sus operaciones no por Chillán, donde estaba reunido todo el ejército realista y donde también se habían fortificado con atrincheramientos y fosos, sino por las provincias que le suministraban recursos, se encaminó // [f. 150] para Concepción y Talcahuano, cuyas guarniciones se le rindieron con muy poca resistencia. Aquí fijó Carrera su cuartel general y acabó de organizar su ejército con los abundantes elementos que le proporcionaba la provincia y con los que recibía de Santiago por caminos deshechos y desusados, los cuales evitaban, por sus extravíos y ocultamientos de la vía real, que cayesen en manos de las partidas de Sánchez, destacadas por todas direcciones desde sus atrincheramientos de Chillán. Allí era donde, por su parte, Sánchez había dado a sus soldados aquel tono y descanso vital para defenderse y emprender, según la moralidad y la disciplina que había ya conseguido introducir en las mal avenidas y aprensivas condiciones de estos. Es innegable que esta fue la época en que sufrieron inmensos desastres aquellos desgraciados pueblos. Los dos ejércitos

los recorrían alternativamente en requisición de dinero, víveres, gente y caballos; sucedió más de una vez que, en el mismo día, un pueblo fuese apremiado por las tropas de uno y otro partido a pocos momentos de desocuparlo uno de ellos. Con las tomas de estas plazas, Carrera mejoró sin duda su posición; y aun se le hizo mucho más lisonjera, desde que tomó no solo estas, sino también tres embarcaciones que se hallaban surtas en el puerto de Talcahuano; y aún más desde que cayó a su poder la fragata Thomas que el virrey Abascal desde el Callao había mandado con auxilios para el ejército del brigadier realista Pareja, en mérito de que su desprevenido y poco cauto comandante entró en aquel puerto con la seguridad de que estaba ocupado por la tropa del rey y de ninguna manera, como lo estaba, por los independientes y sobre todo por el mismo general Carrera.

La toma de la fragata Thomas fue uno de los golpes más terribles para los realistas fortalecidos en Chillán. Los cincuenta mil pesos, gran número de vestuarios, mucha pólvora y municiones, 32 oficiales y el secretario del virrey fueron los preciosos secuestros con que la fortuna por sí misma vino a corroborar y fomentar al ejército y a las operaciones del intrépido Carrera. Sánchez, sabedor de estos contratiempos, no se dio por entendido con los suyos ni amortiguó su entusiasmo y valentía para dejar de dar impulso a su sostenimiento y causa real; sino que, por lo mismo, de la fatalidad del contraste ocurrido desplegó nuevos bríos y lo fio todo a la suerte de sus armas, que se apoyaban exclusivamente en los rasgos de su valor, discreción y entendimiento. Sánchez estableció la guerra de guerrillas por todas las direcciones de la ciudad en la que se había fortificado y creía que se asomarían los de Carrera. Entre estas, tuvo las formidables del coronel don Ildefonso Elorriaga y las que formó el teniente coronel de milicias don Luis Urréjola, que, en unión con su hermano don Francisco, tenía a su cargo la provisión de víveres del ejército, a cuya comisión se le había agregado la de los bagajes y caballería para montar la tropa, desde la retirada de Urrutia por las injustas sospechas con que se le agobió para que lo hiciera.

Sánchez nunca pudo negar ni dejar de confesar que, gracias al favor y los servicios constantes de estas partidas, se vio abundantemente provisto el ejér-// [f. 155]cito real encerrado en Chillán, que recibía las más puntuales y exactas noticias de los movimientos de los independientes, siendo

esto fruto del buen espionaje que también Sánchez había establecido con su partido. Tampoco fueron solo estas las ventajas que proporcionaron dichas guerrillas a la causa del rey, sino asimismo el nuevo aliento que infundieron a las demás tropas de Sánchez, las cuales fueron gradualmente perdiendo aquella fatal alarma nacida en Yerbas Buenas, que tantos males había producido al progreso de dicha causa. Cuando los jefes realistas estaban ya bastante persuadidos de que sus tropas estacionadas en la plaza de Chillán estaban moralizadas, subordinadas y disciplinadas, así como de que eran capaces de emprender operaciones arriesgadas, por el tiempo que había trascurrido mientras ellos solo se ocupaban de este trabajo, para alcanzar con ellas un tal estado de adelantamiento; proyectaron con su caudillo Sánchez salir a sorprender al coronel patriota don Luis Cruz, que se hallaba apostado a cinco leguas al norte de la referida plaza de Chillán, con el objeto de mantener expedita la comunicación con la capital y de escoltar los convoyes que desde ella fueron remitidos a su general en jefe Carrera. Esta ardua empresa se trazó de la forma siguiente.

Sánchez, para dar el mando de esta comisión importante, hizo una junta de guerra de sus jefes, con el fin de evitar celos y de que no se dijera que él privilegiaba a personas determinadas, sino que se hiciese el nombramiento por votación de todos los que la componían, en la que solo consideraran a la persona más capaz de desempeñar el cargo, con los mejores resultados para la causa real y para todo el ejército que lo sostenía. Hecha la votación, resultó confiada la expedición, por mayoría de votos, al referido don Luis Urréjola, el mismo que al instante se puso a su cabeza. Urréjola, posesionado de su nuevo puesto, tomó las medidas que le sugirieron su saber, su prudencia y sus cálculos trazados sobre la topografía del terreno que conocía a palmos, para salir airoso y con buen resultado en ella. Por otra parte, Urréjola, afianzado por los avisos frecuentes que le daban sus inmejorables espías, sacados de entre los dependientes de sus ricas haciendas, salió con 200 hombres al mando del expresado coronel Elorriaga, con ánimo de cruzar el río por la noche y arrojarse sobre Cruz antes que pudiera tener aviso del movimiento que se hacía de parte de los realistas contra él. A pesar de este exquisito cuidado, un fuerte aguacero que cayó al llegar la expedición a dicho río, su repentina creciente y la

oscuridad de la noche contuvieron su marcha. Así, no obstante desconfiar de la posibilidad ya de la intentada sorpresa por el contratiempo ocurrido, pasó al otro lado antes del amanecer, con el intento, aunque no de lograr el completo objetivo de la sorpresa planteada, siquiera al menos de causar algún daño al jefe independiente, cuya destrucción era lo principal de la empresa puesta en ejecución de tal manera.

La columna realista, cuando ni bien había andado una media legua de la otra parte del río, se encontró con el caudillo independiente que venía a la cabeza de 200 hombres a relevar las guardias que tenía colocadas del modo más torpe y desordenado, y criticable por los realistas, en los vados del río. Como // [f. 156] los realistas llevaban el caso pensado de combatir, luego que lo divisaron, lo acometieron vivamente, causándole a Cruz una extraña sorpresa en su marcha, ya que iba desprevenido y sin pensar en que de tal modo se vería atacado. Así, se le desbandaron sus soldados y él fue perseguido hasta la villa de San Carlos, con la pérdida de 40 muertos y 60 prisioneros de guerra, que fueron conducidos al cuartel general realista de Chillán.

Este triunfo conseguido por Urréjola y Elorriaga sobre el coronel independiente Cruz, que en sí fue de poca importancia, produjo, en su caso, el mayor engreimiento y reposición de lo perdido a la causa del rey. Sucedió que, así como la sorpresa de Yerbas Buenas había sido la parte esencial del desaliento de los realistas y de los reveses que le subsiguieron, de la misma manera esta pequeña acción ventajosa que se consiguió llegó a levantar el ánimo abatido de todos ellos e hizo que se entregasen a las más ligeras esperanzas de salir triunfantes de tan porfiada lucha en los sucesivos encuentros que con los patriotas, sorprendidos y corridos, volvieron a tener. Asimismo, el feliz y pomposo aparato con que el comandante en jefe Sánchez dispuso que los vencedores de Cruz fueran recibidos en Chillán contribuyó poderosamente al cambio de la opinión expresada, pues su objeto era realzar el valor recuperado de sus soldados. En efecto, los valientes que dieron el acometimiento a dicho Cruz fueron recibidos con repique general de campanas y con incesantes y repetidas aclamaciones de vivas y encomios, en medio de las cuales entraron estos en la citada población, hasta el extremo de que con tal paso se crio en el soldado un grado de sublime entusiasmo

que, desde entonces, este concibió que, en una futura vez, sería extensamente invencible sobre los altivos independientes.

Cruz, reorganizado en San Carlos tras la dispersión que había sufrido por Urréjola, conoció que le era de necesidad reforzar su división, a fin de evitar otro golpe de mano de la plaza de Chillán, para cuya recuperación se alejó de ella hasta la distancia de doce leguas a la hacienda de don José Manuel Arriagada, en donde subió al número de 400 fusileros en su infantería, además del regimiento de milicias de San Carlos, al que también le hizo tomar las armas. En esta posición —por la mayor distancia desde la plaza de Chillán hasta donde se había puesto; por la necesidad de vadear el río Nuble, acaudalado por los aguaceros del invierno; por lo penoso del camino, lleno de pantanos y arroyos; y por la confianza que tenía este referido coronel Cruz en sus espías— se vino a considerar exento de ulteriores ataques sorpresivos, como el que había acabado de sufrir. Empero su infatigable competidor Urréjola, halagado por su primer feliz ensayo de armas, ya no vivió desde entonces sino asechándole y pensando el modo como se apoderaría de su columna; hasta que al fin llegó a formar un plan, cuyo acierto recomendó a su previsión y arrojo, como para su verificación del modo siguiente.

Urréjola pidió a Sánchez 250 hombres escogidos de todos los cuerpos de su ejército; se le agregó a estos la guerrilla del sargento Chávez, que se hallaba acciden-// [f. 157] talmente en la plaza; y se le proveyó también de los mejores caballos para el servicio de tan importante incursión. Convino Urréjola que el buen resultado de la expedición que iba a practicar dependía del sigilo y de saber deslumbrar al enemigo con los preparativos de movimientos distintos a lo que se iban a verificar. Por entonces, existía entre los realistas una señora llamada doña Manuela Isasi, conocida como muy adicta a la causa de la independencia y relacionada con sus principales sostenedores. Por su conducto, Urréjola concibió que serían comunicadas todas las noticias más importantes del ejército realista a los patriotas y, bajo esta convicción, le dijo a esta señora, en gran reserva y manifestándole confianza y sagacidad de que no lo descubriera a nadie, ya que estaba revestida de toda la astucia capaz de inspirar seguridad en su ánimo, que la expedición que se iba preparando para salir de la plaza tenía por objeto

hacer una correría sobre los Ángeles, dirección muy distinta a la posición que ocupaba Cruz en la hacienda de Arriagada.

Como, en efecto, salió dicha expedición a vista tanto de la señora iniciada en el secreto como de todos cuantos quisieron verla por el camino fingido y que había indicado a aquella Urréjola, mientras que los espías de la citada patriota corrían por todas partes a comunicar sus avisos, los mismos que producían una gran alarma en los puntos que menos debían tenerla; el coronel Cruz carecía de esas advertencias y estaba inspirado de toda la seguridad y confianza de que no sería atacado, por lo tanto, era natural su desprevención. A la algo alejada columna expedicionaria de la población de Chillán, Urréjola la hizo contramarchar y tomar el camino del Noble; así, pasó este río sin el mayor tropiezo y, no obstante hallarse bien crecido y continuando su marcha sin interrupción, llegó una hora antes de amanecer a situarse a poco más de tiro de cañón de las casas de Arriagada, en las que estaba acuartelado el comandante Victoriano, segundo en el mando de las tropas patriotas que encabezaba el nominado coronel Cruz. En tanto se disponía el asalto, el coronel don Antonio Quintanilla fue enviado con 80 hombres contra el referido Cruz, que se hallaba acampado a media legua de distancia con una pequeña guardia de infantería y caballería; y, tan pronto como fue desapareciendo la oscuridad de la noche, Elorriaga y Urréjola se dirigieron contra el dicho jefe Victoriano, que ya se había puesto en alarma.

Por mucho que los soldados realistas cuidaron de arrojarse con violencia sobre los independientes, no pudieron verificar la sorpresa premeditada, porque, alarmados estos con los primeros tiros de la avanzada y con el ruido de los caballos, se alistaron a la defensa, de modo que en su primera descarga mataron a ocho hombres, entre ellos al famoso guerrillero Chávez. Así, sobre los cadáveres de sus caídos, los realistas se esforzaron más en continuar la lucha hasta tomar los corredores de la parte exterior de aquel edificio, desde donde se encarnizó más y más el más sangriento combate. A este tiempo, llegó la noticia de que Quintanilla había hecho prisionero al co-// [f. 158]ronel Cruz y a toda la tropa que tenía a sus inmediatas órdenes, a cuya nueva salió Elorriaga a combinar con Quintanilla el modo de hacer los últimos esfuerzos para domar el terco y desesperado valor

de Victoriano, que se defendía heroicamente. Mas, en estos momentos, un arrojado realista chilote trató de prender fuego al edificio, como se lo había prometido al ya coronel Urréjola. Tomando un tizón encendido en la mano, sin dejar su fusil de la otra, se trepó hasta el tejado, con lo que hizo huir a algunos de los patriotas de aquel techo elevado, tan pronto como vieron caer muerto a uno de sus compañeros al primer tiro que descargó aquel resuelto chilote. De tal suerte, dueño ya este de las cumbreras de la casa, él fue al que se le vio usar una destreza tan admirable, que hacía creer que sus maniobras no podían ser ejecutadas sino por muchos hombres reunidos en el mismo sitio, cuando no era más que él solo: él levantaba las tejas y las arrojaba al patio sobre donde estaban los independientes; él prendía fuego a las maderas que quedaban descubiertas; él procedía a cargar y descargar su fusil como si no tuviera otra cosa que practicar; y, en fin, él era el de tantas y tantas operaciones que se sucedían unas a otras en su desempeño, con tanta voluntad, maestría y acierto, que llegó a obligar a los independientes a que temiesen ser ahogados por las voraces llamas que salían del irresistible ingenio y brazo del increíble chilote que había sido capaz de hacer, casi a un mismo tiempo, todos los hechos relacionados.

Así, pues, Victoriano, acosado al mismo tiempo por las puertas y ventanas, y estando ya muy próxima la partida de Quintanilla, pidió una honrosa capitulación para rendirse, la que le fue otorgada por Urréjola y los coroneles Elorriaga y Quintanilla, que ya habían llegado. De este modo, quedó prisionera toda la división, sin que se hubiera escapado un solo hombre por las bien concertadas medidas con que atacaron dichos iefes realistas.

Concluido el tratado, la columna realista regresó al cuartel general de Sánchez e hizo su entrada triunfal en Chillán. Después de haber andado 24 leguas en 23 horas, cruzado dos veces el río Nuble y una gran porción de zanjones y arroyos cenagosos, y superado todos los obstáculos del camino cubierto de agua, que cayó copiosamente en aquella noche; acabó de poner el sello a la confianza de las tropas realistas y serenó completamente la intempestiva aprensión de la que habían estado poseídas hasta entonces por sus desgracias anteriores.

Este hecho feliz de las armas reales dejó aislado en la Concepción al general en jefe independiente don José Miguel Carrera, sin más apoyo que el de su hermano don Juan José, que se hallaba situado con su división en Caimaco, a 18 leguas de distancia; y ofreció a Sánchez nuevas ventajas para extender la línea de sus operaciones con libertad, para que estuvieran dedicadas a más importantes operaciones.

Pese a este apropicionamiento<sup>26</sup> [sic] que de un día a otro le había brindado la suerte de las armas, Sánchez pensaba siempre en que tenía que habérselas todavía con un formidable enemigo, que a nadie cedía en esfuerzo, actividad y energía, que se arrojaba con confianza a las más arries-// [f. 159]gadas empresas, que jamás se abatía en la adversidad y que hallaba siempre recursos en su ingenio para salir con honor de los lances más apurados: tal era el genio de Carrera en todas sus empresas. Así fue que, cuando se le creyó aislado en Concepción y sin fuerzas para tomar la ofensiva, más se le vio correr a poner sitio a Chillán, incorporando a sus filas la mentada división de Juan José, a pesar de lo riguroso de la estación y de cuantos obstáculos pudiera oponerle la constancia y decisión de las tropas del rey, a fin de que no lograra sus intentos.

Es necesario advertir aquí al lector que, antes que Carrera emprendiese su movimiento desde Concepción a poner el sitio de Chillán, los jefes realistas Urréjola, Elorriaga y Quintanilla tuvieron nueva ocasión de acreditar su lealtad y firmeza, obligando con sus bien concertadas maniobras a volver a Talca a una columna de 300 hombres, que con 4 piezas de artillería gruesa se dirigía a tomar parte en el referido sitio de Chillán. Pese a este contratiempo, no suspendió Carrera la ejecución de sus planes, ya que el día 26 de julio rompió el fuego contra la citada plaza, que había sido fortificada de antemano con baterías, fosos y trincheras bien dispuestas y formalmente trabajadas. La fuerza de los sitiados no pasaba de cerca de dos mil hombres, ni su artillería de 18 piezas de campaña. Los sitiadores contaban con triples fuerzas y con un tren numeroso de artillería de batir, que habían llevado de Concepción y Talcahuano. A favor de esta última,

<sup>26</sup> La expresión debe entenderse como «favorecimiento de las condiciones». Es una sustantivación de «hacer más propicio».

Carrera pudo estrechar el sitio y tomar una actitud imponente sobre los sitiados, hasta reducirlos a solo los bastiones de sus atrincheramientos. El mismo fue como sigue:

## SITIO DE LA PLAZA DE CHILLÁN

Deseando Sánchez convencer a Carrera de que sus amenazas y todo el aparato de su poder no eran capaces de arredrarlo a él ni a sus tropas, y menos de hacerlos retroceder de la línea que les marcaba el honor y el deber para con su causa y su rey, se resolvió a practicar una salida sobre la línea avanzada de los independientes. Para esta operación, Sánchez arregló a 500 hombres del más acendrado realismo, a los que ordenó que, conforme saliesen de la plaza, intrépidamente cargasen a los orgullosos chilenos sin detenerse por nada. Así lo hicieron y los rechazaron en sus primeros impetuosos ataques. Pero, vuelto de su primera alarma el ejército independiente, la columna de los 500 realistas se vio precisada a replegarse a la ciudad, en la que entró confundida con sus mismos perseguidores y en combate incontenible. Pero el astuto Sánchez, que para este caso había prevenido con anticipación tener formado el resto de sus tropas que guarnecían y defendían la plaza, y también había entusiasmado al vecindario para que secundara sus impulsos defendiendo el suelo patrio, hizo con uno y otro la defensa más resuelta, hasta el extremo de que fueron muy pocos los de la población que pudieron retirarse por no poder tomar parte en el choque introducido hasta las calles de ella. Así, el resultado fue de bastantes muertos, heridos y prisioneros de todos los que no pudieron conseguir un retiro seguro hasta la línea de sus principales fuerzas. Otra de las acciones de los realistas en este referido sitio fue // [f. 160] la salida que hizo el realista Cañizares con 25 hombres escogidos a libertar el presidio de la Florida, distante quince leguas a retaguardia de los sitiadores. Este cayó al amanecer sobre aquel presidio, en el que se hallaban detenidos por los realistas más de 100 hombres de los principales de aquellas provincias, entre ellos varios eclesiásticos, comerciantes y hacendados. Aterró a la guarnición compuesta de 30 fusileros y 100 milicianos, los que, entregándose

a una fuga precipitada, dejaron todo en poder de Cañizares, quien regresó a Chillán con los confinados, sin que nadie le hubiera puesto el menor tropiezo en su tránsito y sin dejar de conducir cosa alguna a la presencia de Sánchez en el intento de su comisión.

Así que, el comandante en jefe de los realistas Sánchez, entusiasmado con la buena suerte de sus armas, destacó a los pocos días al mismo Cañizares, para que con 30 hombres saliera al encuentro de un gran convoy de pólvora y municiones, que había salido bien escoltado de Concepción para el campo de los sitiadores. El oficial realista, tras haber tomado buena posición en un vado del río Itata, nueve leguas a retaguardia del enemigo, batió y dispersó su más que triplicada fuerza. Se apoderó de dicha pólvora y, arrojando al río la que no podía conducir, entró en Chillán con la restante, prestando con este artículo, del que ya escaseaba la plaza, el más importante servicio para continuar la defensa de ella sin que los patriotas lo apercibieran por la falta tan grave en que estaban.

El general en jefe Carrera, confiado en que la superioridad numérica de su ejército le haría triunfar por encima del realista fortificado en Chillán, redobló sus ataques con mayor empeño y, colocando una fuerte trinchera en la altura más próxima a la plaza, rompió un vivo fuego que causó los mayores y terribles daños a los edificios y a los habitantes. Por entonces fue que el comandante del batallón Valdivia don Lucas de Molina, a quien fue confiado el arriesgado encargo de arrojar a los patriotas de aquella posición, salió el 2 de agosto a la cabeza de su cuerpo, despreciando el horroroso fuego con el que trataban estos de ahogar sus notorios esfuerzos. Ya se hallaba próximo a saltar el foso cuando una bala de las muchas que le enderezaban vino a cortarle la carrera de sus días, dejando lleno de sentimiento a los realistas por la pérdida de uno de sus valientes jefes. Retrocedió entonces aquella columna en buen orden, después de haber causado bastante mal a los independientes, pero sin haber logrado el objeto crucial de su salida.

Esta ventaja fue casi insignificante para Carrera, porque ella de ninguna manera resarcía las pérdidas que sufría su ejército con las repetidas salidas de los realistas, con el rigor de la estación y aún más con la escandalosa deserción que se había establecido en su campo, sin saberse el motivo

de un procedimiento tan reparable. Así, pues, Carrera, temiendo quedarse sin tropas si no decidía con un pronto golpe de mano // [f. 161] la suerte de las armas, dispuso dar un asalto general a aquella fortificación. Tomadas a este efecto las más eficaces medidas, se lanzó al amanecer del día 5 del modo más impetuoso contra ella por un flanco que presentaba hacia la parte del norte como de fácil acceso. Mas el impávido Sánchez recibió con la mayor serenidad aquel brusco ataque y replegó a toda su gente a un cuadro parapetado que de antemano había formado en la plaza, dejando que los sitiadores se diseminasen por las calles y casas, con el afán de saqueo que naturalmente es propenso al soldado que entra a viva fuerza a un pueblo. Así fue que, cuando los vio desunidos y cebados en el botín, destacó partidas a cortarles la retirada por las bocacalles de los arrabales y se arrojó con toda la guarnición a atacarlos de frente sin conmiseración. Este acertado plan le fue coronado a Sánchez con el más feliz suceso, pues el pueblo quedó sembrado de cadáveres, y los pocos que pudieron salvarse de aquella mortífera acción llevaron el terror, el asombro y el desorden por todas partes respecto a lo que eran los realistas en Chillán, dirigidos por su jefe Sánchez, que por esta vez se hizo de la fama del más cruel y más famoso sanguinario.

A pesar de este contraste, los independientes eran todavía dueños de aquella altura, de donde habían bombardeado y aún seguían cañoneando a la plaza. A esa altura fue el malogrado Molina a arrojarlos de ella, porque convenía su apoderamiento por los realistas. Además, la gravedad del peligro de esa misión, ya que continuaba dañándolos, ofrecía los mejores medios de distinguirse a quien se encargase de llevar a éxito esta difícil empresa, que era también gloriosa para los realistas que llegaran a conseguirla. Así, Sánchez, como deseaba tener un jefe resuelto en su desempeño para tomarla, aceptó la comisión del comandante de guerrillas don Ildefonso Elorriaga, quien, puesto a la cabeza de 400 hombres que voluntariamente quisieron seguirlo, avanzó sin disparar un tiro hasta el mismo foso y, empeñando un reñidísimo combate, hizo que abandonasen aquel puesto las tropas patriotas que lo guarnecían, matando a mucha gente y a los tres mejores oficiales que en ella tenía Carrera. Pero, como de repente todo el ejército cargó sobre el victorioso realista Elorriaga, hubo de dejar

aquella batería sin haber tenido tiempo para destruirla y retirarse herido con el apoyo de los fuegos de la plaza, quedando siempre la altura y sus cañones en poder de los independientes que se establecieron.

Esta ventaja de Carrera sobre Elorriaga no le proporcionó ganancia alguna de terreno, porque todas sus operaciones militares se estrellaban en los atrincheramientos de Chillán. Estando en ese estado, le vino a caer sobre la pólvora, que había mandado exponer al sol en la explanada de su batería, una mecha encendida, que comunicó rápidamente el incendio al retén de pólvora de la principal trinchera, causando bastante estrago, desmontando algunos cañones e introduciendo la confusión y espanto entre // [f. 162] todos los que lo presenciaron. Pero el comandante en jefe realista Sánchez, aprovechando este desorden en que concebía que estaba Carrera, hizo una vigorosa salida sobre él, hasta convencerlo de que se hallaba en la necesidad de abandonar aquella empresa, la que prometía un funesto resultado, desde que el hostigamiento continuo de los realistas le había inutilizado todos sus caballos y le había arrebatado cuanto se hallaba fuera de su línea, que nadie se atrevía a franquear por temor de caer en manos de las partidas que de día y de noche recorrían el campamento en todas direcciones y a todos momentos. Por su lado, Carrera aparentó también con Sánchez la abundancia de medios que tenía para suplir cualquiera baja que hicieran en su ejército los imprevistos accidentes de la guerra; por tanto, repetía sus intimaciones a la plaza, acompañadas de las más halagüeñas ofertas para seducir a su jefe y a sus compañeros de defensa, todas las cuales eran desechadas por Sánchez con arrogancia española, si bien eran tratados con respeto los encargados de comunicarlas, pues no podía ser de otro modo por tan resistidas circunstancias.

Así, el último que fue comisionado para conmover la firmeza de los realistas en la plaza fue un oficial de naturaleza española, secretario de Carrera, que había desertado de las banderas del rey, con el cual el general realista debía haber procedido como lo disponen las ordenanzas para los que cometen semejante delito, pero se abstuvo de ello por la investidura que traía como representante del caudillo patriota. Por esto es que, informado Sánchez de la venida de este emisario, solo trató de deslumbrarlo con ardides y estratagemas permitidas en la guerra. Al objeto, reunió a toda

la plaza Mayor para recibirlo, después de haber puesto a todas sus tropas por las calles por donde aquel había de transitar. Tras hacer comparecer su número inmensamente mayor con sus evoluciones y repetidas salidas por varios puntos y con distintos vestuarios, el parlamentario fue recibido con la mayor serenidad y entereza, y conducido a su regreso con los ojos vendados por varios puntos en los que se habían apostado numerosos retenes y cuerpos de guardia, por los que era detenido hasta que se hacían los reconocimientos que suelen practicarse en servicio con el enemigo al frente. Restituido el emisario a su cuartel general, dio a su superior Carrera unos informes tan exactos de las tropas del rey que había visto en la plaza y con las que había tropezado a su paso, que hizo ascender su número a cinco o seis mil hombres por lo menos. En vista de ello, aquel ya no pensó sino en levantar el sitio, como lo verificó en la noche del día siguiente, por lo que amaneció acampado a distancia de dos leguas, al pie de un cerro fortificado por la naturaleza, y con el intento de sacar a los realistas de la // [f. 163] plaza en su seguimiento, lo que no dejó de suceder como él lo quiso al siguiente día, cuando fue reconocido su movimiento.

El general Sánchez, defensor de la plaza, apenas tuvo el conocimiento de este inesperado suceso verificado por Carrera, el comandante en jefe de los independientes, destacó sobre él 1000 hombres de infantería y caballería para que lo persiguiera. Pero el mayor general don Julián Pinuer, a quien Sánchez le confió el mando de esta fuerza, perdió en inútiles contestaciones el respectivo tiempo del que debía haberse aprovechado para arrojarse impetuosamente sobre las tropas patriotas, a favor de una densa niebla que les habría ocultado su aproximación para sorprenderlos. Pero este jefe realista, viendo que Carrera respondía con indignación y soberbia a sus intempestivas intimaciones de que se rindiera, tomó el partido de retirarse a Chillán sin atreverse a venir a las manos con un caudillo tan arrogante que desafiaba con impavidez los más terribles trances de la guerra, no obstante haber sido acosado por sus repetidos contrastes.

Carrera continuó su retirada a Concepción, con el fin de rehacerse y volver de nuevo contra la plaza de Chillán; porque lo penoso de este sitio, en el que Carrera señaló su bravura y su pericia militar, además de una manifiesta constancia en sufrir las fatigas de tan trabajosa guerra, era que

no le había coronado el vencimiento. Es cierto que tales servicios importantes que hizo en él a su patria debieron haberle asegurado un lugar de preferencia en el templo de la fama independiente. Pero le sucedió que estos mismos servicios brillantes suyos, que no pudieron ser mirados con indiferencia por los genios envidiosos y medianos, y esa misma elevación de espíritu que le daba una superioridad bien pronunciada sobre cuantos aspiraban al poder supremo de la república chilena fueron la causa para que lo desprestigiaran y lo arruinaran. Porque es sabido que, mientras el guerrero se está sacrificando por la libertad de una causa, los que no juegan su vida a este azar no hacen otra cosa más que estar acechándolo para destruirlo con sus gratuitas recriminaciones y aprovecharse de sus trabajos. Son los linces de los artificios, así como también los positivistas de la política y de la guerra en todas circunstancias.<sup>27</sup>

Es verdad que Carrera no triunfó en dicho sitio de los esforzados españoles; pero si se consideran las cosas con la más estricta imparcialidad, vendrá en conocimiento que el partido que defendía le debió tantos y tantos motivos de gratitud y respeto, como si efectivamente hubiera ceñido su frente de laureles, porque en todo se comportó siempre con fe, dignidad, honradez y patriotismo, y solícito de gloria. Muy notorios fueron los trabajos que sufrió en la referida campaña; aunque fue solo de quince días, fueron ellos superiores a toda descripción. Un campamento inhabitable por la humedad; la más rigurosa estación por la helada neblina y el aire filtrante de la cordillera; lluvias continuadas; los caminos convertidos en verdaderos atascaderos, cuyo barro llegaba a la rodilla; caballos // [f. 164] muertos a centenares; cadáveres insepultos de infinitos guerreros; ataques no interrumpidos a la plaza; perpetuo estado de alarma; un formidable enemigo a su frente, disfrutando de las necesarias comodidades y abundante en toda clase de provisiones de guerra y boca. He aquí los terribles

<sup>27</sup> En las dos últimas oraciones de este párrafo, Cortegana deja de seguir la fuente Historia de la revolución hispanoamericana de Mariano Torrente, que venía refiriendo, y expresa sus propias demandas. En efecto, existe un paralelismo entre la situación del general patriota Carrera y la suya propia, ya que Cortegana también había participado en las guerras por la independencia y luego, cuando ingresó a la vida civil, no recibió las recompensas ni el reconocimiento de los que se consideraba merecedor. Esto evidencia la manera como, sobre todo desde este manuscrito, las condiciones del lugar de la enunciación empiezan a influir en el relato de la historia.

escollos con que siempre luchó Carrera sin haberse amedrentado, ya que a cualquier otro caudillo que no hubiese sido del temple de alma de este le habrían desanimado, al verse tomado por tantos embarazos y contrastes; así, de todos ellos Carrera se hizo superior, con una fortaleza y una fibra inexplicables sobre tan grandes males. Por otra parte, si bien él no logró su intento contra dicha plaza de Chillán, causó no pequeños daños al ejército del rey; además, acreditó en todos sus empeños un valor sin igual y no menos en inteligencia en el arte de la guerra, al paso que, por último, salvó con gloria las reliquias de su ejército, sobre el cual había de engrosarse otro para renovar las hostilidades, como sucedió y lo vieron sus propios malquerientes.

Con su ausencia de la capital de Santiago, Carrera había perdido aquel imanizado [sic] prestigio, que encadenaba las voluntades hasta de sus mismos enemigos. Fiados estos en la seguridad de que aquel jefe no abandonaría su ejército, ejecutaron con felicidad una contrarrevolución, cuyas tendencias eran la disolución de la suprema junta, de la que Carrera era presidente, y la instalación de otra nueva más numerosa, compuesta de sujetos decididamente contrarios a su partido, con el fin de deponerlo del mando del ejército, para dárselo, como tuvo efecto después, a la persona de sus convenios para su sostenimiento.

De aquí, Carrera experimentó que, en vez de que sus esfuerzos y empeños fueran auxiliados por el nuevo gobierno y de que sus distinguidos servicios fueran apreciados dignamente, no recibió las gracias por nada, sino que más bien vio con frente serena levantarse contra su cabeza, en aquel expresado gobierno, una terrible tormenta de amenazas, contradicciones y faltas para arrojarlo de su puesto. Halló, con tales animosidades prevenidas, obstruidos los medios que necesitaba para abrir de nuevo la campaña y esparcida toda clase de lazos insidiosos para su sacrificio. Su genio atrevido, sin embargo, se empeñó en luchar contra el mismo destino, que se le declaraba a toda prisa contra él. Por tanto, aunque dicho gobierno le había negado el refuerzo de los 300 veteranos que habían regresado de Buenos Aires y aunque a su entrada en Concepción halló que una parte de la guarnición se había dispersado y que la restante proyectaba una reacción favorable a los realistas, sofocó a esta última a favor de sus

activas providencias y, con igual energía e infatigable celo y constancia, aumentó y organizó otro ejército sobre los restos // [f. 165] que sacó del sitio de Chillán, en términos de poderse presentar de nuevo al enemigo a los treinta y cinco días de su retirada y de su vista.

Carrera, para mejor operar contra la plaza de Chillán y las tropas de su caudillo, el general realista Sánchez, había situado una de sus entusiasmadas divisiones en el punto llamado el Membrillar, a la orilla del río Itata, como posición sumamente importante, en la que las tropas del rey hicieron sucesivamente los más halagüeños ensayos de su decisión y arrojo sobre los patriotas. Es el caso del español don Juan Mackena, comandante de ingenieros de los independientes, que había sido enviado por el camino de Quirihue a Cauquenes con 4 piezas de artillería y 200 hombres a esperar los auxilios que debían llegar de la capital para abrir la nueva campaña anunciada. Así, tras haberse encontrado con la guerrilla del realista don Juan Antonio Olate, mandada por Sánchez a sorprenderlo, esta lo atacó en dicho punto, cuando estaba principiando a fortificarse; pero allí tuvo Olate su no pequeño descalabro, como una prueba de que no siempre la fortuna mira con sonrisa a los que se entregan a ella con demasiada confianza y sin prever desde luego sus desaires y contrariedades. Pero, a pesar de la ventaja obtenida por Mackena en esta refriega —sin ser ella menor, puesto que se había fracturado una de las piernas de su contrario, el arrojado Olate, que como denodado chilote quiso forzar en aquella acción al dios Marte para que le diese los honores del triunfo, como lo había hecho cuando se mostró tan terrible ante los soldados de Victoriano en la hacienda de Arriagada, destechando la casa, incendiando el techo del edificio y haciendo fuego continuo con su fusil—, este pasó el río Maule y se encerró en Talca para recibir allí, con seguridad y sin sobresalto, los refuerzos ofrecidos, con cuyo objeto se le había de tal suerte destacado. Mientras tanto, los restos dispersos de Olate se replegaron también sobre la plaza de Chillán, que era el centro de todos sus procedimientos.

Con este encierro que se procuró Mackena en Talca con su división y la permanencia de Carrera en Concepción, Sánchez se vio libre del poderoso enemigo que con tanto tesón y empeño había acometido a la plaza de Chillán. Asimismo, Sánchez, consolado con la esperanza de que dependía del virrey del Perú, quien pronto le remitiría auxilios, sabedor del heroico sostenimiento que iba haciendo de la causa real, trató de extender la línea de sus operaciones mientras las circunstancias del estado en que se hallaba se lo permitieran.

Cuando así permanecía el caudillo realista Sánchez, sosteniendo la guerra en el estado de Chile solo con los recursos de su valor, el virrev Abascal se desvelaba en averiguar y saber de la suerte y destino de las tropas reales que había hecho levantar con Pareja. En efecto, carecía de noticias de estas desde que // [f. 166] Carrera se había apoderado de Concepción y Talcahuano, porque ni siquiera Sánchez había podido mandarle el parte de la muerte del citado brigadier Pareja en la plaza de Chillán. Pero dicho virrey, sumamente celoso por la prosperidad de las armas reales por aquella parte donde también había extendido su protección y tenía fija la vista, a fin de que el dominio de su rey no se perdiera en ella, alcanzó a admitir benignamente el ofrecimiento que le hizo el cura de este último punto, que se hallaba emigrado en Lima y era nombrado doctor don Juan de Dios Bulnes, para evacuar la delicada comisión de introducirse en las costas de Concepción y traerle noticias verídicas de la existencia de las tropas reales, si se le proporcionaba transporte para ello. El virrey no solo oyó y acogió con placer la propuesta que le hizo el expresado cura, sino que inmediatamente lo hizo montar en el bergantín de guerra Potrillo, en el cual ingresó el referido eclesiástico en poco tiempo a la costa de Arauco y supo, por comunicaciones de un padre misionero, de la existencia del ejército real en Chillán y las ventajas que en aquellos días había conseguido sobre los independientes. Alucinado de estas noticias, Bulnes regresó a Lima; pero no satisfizo bien al virrey, quien no halló en ellas todo el carácter de autoridad que se requería, ni aquellos pormenores tan útiles para concertar operaciones militares y, lo más esencial, tampoco encontró la nueva de haberse puesto en contacto con Sánchez y sus jefes. Por ello, Abascal lo despachó de nuevo a la verificación de todos estos objetos y su buena ventura quiso que, en este segundo viaje, Bulnes lograse ponerse en comunicación con el mencionado caudillo realista Sánchez, por haber hallado afortunadamente sublevada a la guarnición de Arauco y llevar a los defensores de Chillán algunos auxilios, aunque cortos, de ropa, tabaco y municiones. Con él,

al fin, Sánchez remitió al virrey un parte circunstanciado de todo lo que se deja relacionado. Y, después de haberlo despachado, continuó con más vehementes esperanzas en el desarrollo de nuevas operaciones, a las que las deserciones intestinas de los mismos chilenos que querían ser independientes le dieron el campo y la tregua más que suficiente para practicarlas.

Por este tiempo fue cuando el incontrastable Sánchez organizó dos divisiones. A una de ellas, compuesta de 400 hombres escogidos al mando del coronel Elorriaga, la encaminó a situarse en los Ángeles y partido de Rere, con el fin de atender a la conservación de Arauco y la frontera del Biobío, mantener por aquella parte expeditas las comunicaciones y llamar la atención de las tropas de Concepción, para que no desplegasen todos sus recursos contra la otra división que había sido puesta a las órdenes del coronel Urréjola. Esta última división estaba colocada en la misma plaza para obrar como lo exigiese la más urgente necesidad; además, la guarnición de la plaza de Chillán estaba completa para su defensa

Elorriaga no solo conservó los puntos y comunicaciones que se confiaron a su cuidado, sino que, con el auxilio de sus jefes Barañao // [f. 167] y Quintanilla, extendió la línea de sus operaciones, cortando todos los recursos a los patriotas y destrozando varios destacamentos que habían sido enviados contra él con bastante tenacidad. Por la parte de Urréjola, este tenía medio sitiada a la división de don Juan José Carrera en la ventajosa posición del Membrillar, ya que le había cerrado con sus partidas todos los caminos conocidos que desde Talca y Concepción se dirigían al referido punto; pero todo esto no tuvo resultado más decisivo que el de una común hostilización.

A esta sazón, don José Miguel Carrera determinó reconcentrar todas sus fuerzas para sitiar de nuevo la plaza de Chillán. Se puso en marcha con las tropas que tenía en Concepción y las dividió en dos divisiones, de las cuales una, mandada por don Bernardo O'Higgins, tomó el camino de la Florida e hizo un semicírculo por Cerro Negro, para dejarse caer sobre el Roble, que era el punto señalado de reunión. A la vez, el mismo Carrera, a la cabeza de la otra, se aproximaba a Ranquil, para proteger el paso del río que debía verificar la tercera división situada en el Membrillar, como punto militar ventajoso.

Como en Concepción había muchos adictos a la causa real, había también muchos espías gratuitos que con frecuencia comunicaban a Sánchez los movimientos que Carrera pretendía hacer contra él. Así es que, desde antes que este se moviera de Concepción, ya aquel había traslucido todos sus planes y, por tanto, ya Sánchez, por su parte, se estaba preparando para la más obstinada defensa. Una de las providencias de Sánchez fue el repliegue de Elorriaga; al mismo tiempo, le comunicó instrucciones a Urréjola para que sostuviera el campo en cuanto fuera posible sobre las orillas del Itata y que, en último apuro, se replegase también a la plaza de Chillán. Empero, haciéndole ver este jefe la conveniencia de atacar la división de O'Higgins antes que pudiera reunirse con la de don Juan José Carrera, se le autorizó para que lo hiciera. Además, se le envió cuatro cajones de cartucho de fusil para asegurar su resultado y órdenes a Elorriaga, a fin de que, a su paso por la hacienda de San Javier, distante nueve leguas de la posición que ocupaba Urréjola, destacase de su columna 160 hombres en su auxilio a toda prisa.

Tan luego como dicho Urréjola recibió estos avisos, hizo salir a su ayudante don Pedro Asenjo para que condujera el prometido refuerzo desde el citado punto de San Javier, con el recomendado encargo de que estuviera con él al anochecer del día siguiente en un bosque que se hallaba a media legua de la posición de los patriotas, en la banda opuesta del río Itata. Urréjola, que deseaba encubrir mejor este movimiento, dejó al efecto una guardia en el vado de dicho río y algunos tambores para que al rayar la aurora hiciesen los toques acostumbrados. Pero, tras haber emprendido la marcha por el paraje convenido, tuvo la desgracia // [f. 168] de ver malograda su primera empresa, por no haber concurrido hasta poco antes de amanecer el refuerzo de San Javier. Ello le previno ya a permanecer emboscado, por tal causa, todo aquel día, en que tuvo tiempo O'Higgins de reunirse con Carrera, formando entre ambas divisiones un total de 1300 hombres, con los que avanzaban sobre los realistas.

A pesar de la superioridad de estas fuerzas, y no obstante las ventajas de la posición de ellas, defendidas a retaguardia por el río y a los costados por enormes peñascos, era tan resuelto el espíritu de las tropas de Urréjola, que resolvieron a lanzarse sobre los independientes. Esperaban que la sorpresa

de sus denuedos, con tan impertérrito arrojamiento, acabaría de coronar sus frentes de laureles, los cuales serían más arriesgados en cuanto iban a ser alcanzados en un campo cubierto de abrojos y otras malezas que entorpecían sus libres acometimientos.

Urréjola había determinado que la señal de ataque fuera el toque de diana de las bandas de los patriotas. La primera carga dada por los realistas fue irresistible: las guardias avanzadas fueron pasadas a cuchillo, toda la caballería fue tomada, Carrera fue herido y sustraído a la muerte por la velocidad y firmeza de su caballo, que lo condujo a la otra parte del río para volverlo a pasar muy pronto, a fin de reunirse con la división de su hermano Juan José, situada tres leguas más abajo. Desconcertado su campo e introducidos en él todos los horrores de la confusión y el desaliento, los realistas creían ya tener atada a su carro la victoria, cuando el valiente O'Higgins, lleno de todo el furor que sugiere la misma desesperación, y despreciando las heridas recibidas en el combate, tomó un fusil en las manos y, arengando a sus soldados con el más ardiente entusiasmo, logró reunir una parte de ellos y sostener el ataque detrás de los peñascos que rodeaban su campamento, sin que pudiera penetrarlo todo el arrojo con que se lanzaron a él los enunciados realistas mandados por dicho Urréjola.

La desesperada resistencia hecha por O'Higgins parecía que no debía tener más resultado que el de aumentar el mérito del vencedor Urréjola, quien, al ver que su tropa había consumido casi todas las municiones que llevaba en las cartucheras, mandó abrir los cajones que le habían sido remitidos desde Chillán. Mas ¡cuál fue su sorpresa cuando halló todos los cartuchos sin bala, ya que por equivocación le habían dirigido los cajones destinados para ejercicios doctrinales o de fogueo! Tan fatal contratiempo le arrancó de las manos un triunfo que había sabido asegurar con sus acertados movimientos y con la intrepidez de sus tropas, que le obedecían. Precisado por tan intempestivo motivo a retirarse, lo ejecutó con el mayor orden, sin que el valeroso O'Higgins y los suyos se bajasen a perseguirlo o a ponerle el menor obstáculo en el paso del río, que lo hizo con toda tranquilidad.

Esta expedición de Urréjola, aunque no tuvo en todas sus partes el feliz resultado que se prometía el jefe que la había dirigido, pese // [f. 169] a los

graves daños que había causado a los independientes al tomarle su caballada y a muchos soldados y oficiales, herir a los dos comandantes principales e introducir el mayor desorden en sus filas, desalentó a Carrera hasta hacerlo desistir de su nueva tentativa. Así, se replegó a su vez a Concepción, para esperar los refuerzos que se le habían ofrecido de la capital, que no eran otros sino el poseer tropas en Talca, bajo el pretexto de parte del gobierno de intimarle su deposición al mando del ejército. Pero, entre tanto, todo el peso de la guerra fue cargado sobre la dependencia de aquella ciudad y hacia la frontera, por estar todo este terreno y sus poblaciones ocupados por ambos beligerantes.

Los enemigos de Carrera, por esta época, acabaron de descubrir toda la hiel que abrigaban sus corazones contra su persona. Sin que hubiese sido completamente destruido, hicieron correr las especies más injuriosas sobre sus relevantes servicios y sobre su opinión; en consecuencia, desenvolvieron completamente el proyecto de sacrificar a aquel benemérito ciudadano a la ambición de sus rivales, solo porque era infatigable en hacer independiente a su patria y porque, según su constancia incontrastable, temían que alcanzase una gloria digna de su pericia, honor y valentía. El gobierno fue el primero que tomó parte en esas intrigas y le exigió la renuncia del puesto que con tanto honor y lustre había desempeñado, alegando los peligros que corría la república de ser mandada por una sola familia de tanto influjo y poder. Recelando de que aquel genio resuelto a todo no cediera a tamanas intimaciones, sus contrarios habían tomado la precautoria medida de reunir tropas en Talca —estas sostendrían al nuevo gobierno, le obligarían a él a la dimisión y paralizarían los formidables esfuerzos de los partidarios de este y sus hermanos, reforzados con la opinión de sus talentos y con su bien combinada política, por medio de la cual eran los tres hermanos adorados por sus tropas—, para que este no se sostuviera en su puesto, como todos ellos lo deseaban.

Pero, por un destino que forzaba lo que tiene que suceder, se presentaban inútiles todas las providencias dictadas para contener la indignación del partido de Carrera. Su jefe principal, antes de preferir hacer una manifiesta profesión de sus virtudes cívicas, se resignó tranquilamente a respetar a aquel fatal decreto de su deposición. No estaban contentos sus rivales con

esto, porque desconfiaban de sus protestas, y temía en particular alguna acechanza don Bernardo O'Higgins, que había sido nom-// [f. 170]brado para sucederlo en el mando; por ello, Carrera no se atrevió a presentarse en dos meses delante de dicho jefe. Pero, empeñado en dar al mundo una prueba luminosa de su fortaleza de ánimo al vencerse a sí mismo, Carrera logró inspirar tal confianza al expresado O'Higgins, que se verificó finalmente la entrega de las armas, desmintiendo con este hecho el alto concepto que se tenía formado de sus talentos políticos y militares.

Para el expresado Carrera, fue ciertamente un error clásico el que cometió por entonces al entregarse inerme a sus ambiciosos y despiadados enemigos, y desatarse del auxilio de 3000 veteranos, que tenía a sus órdenes y que estaban prontos a sacrificarse por su conservación y por reponer las cosas a como estaban cuando él había salido de Santiago. Pero Carrera era noble, valiente y verdadero republicano: creía dar con su resignación una efectiva prueba de su desprendimiento y de querer verdaderamente la independencia de su patria, lo que sus contrarios no apreciaban. Por ello mismo, él descollaba con la manifestación de semejantes virtudes suyas, hasta el extremo de sacrificarse primero en aras de evitar las gratuitas observaciones y venganzas que él temía que le enrostraran, diciéndole que él era un embarazo para no conseguirlo.<sup>28</sup> Ignoraba dicho Carrera que, en tiempos de la revolución, es víctima del partido triunfante quien depone las armas. Creyó, sin duda, que nadie podría reemplazarlo dignamente en su elevado puesto y que no pasaría mucho tiempo sin que la república, envuelta en nuevos conflictos, le hiciera de árbitro de sus destinos, que era todo el objeto de sus ansias y lo que necesitaba. Aunque todo se redujo a ilusiones, porque todo le falló sin que le sirviera después ni su remarcado desprendimiento ni su acreditado patriotismo. Las razones antedichas no le permitieron dar curso a las vivas representaciones de sus tropas y del ayuntamiento de Concepción, para que le fuera devuelto el mando y

<sup>28</sup> En las dos últimas oraciones antes de esta llamada, Cortegana vuelve a exaltar la figura del general Carrera, para incidir en el paralelismo entre este patriota y él mismo. Resalta el calificativo de «verdadero republicano» que le atribuye, porque revela que Cortegana utiliza el vocabulario republicano liberal en su discurso, aun cuando es un militar y veterano de las guerras de la independencia.

continuara desempeñándolo a satisfacción de todos ellos. Pero la fatalidad de su destino lo condujo a negarse a todo.

Con el curso de sus días, salieron fallidos todos sus cálculos. No es este el único caso que han ofrecido los gobiernos de la revolución de las secciones hispanoamericanas o del Viejo Mundo en la historia, de haber sido frustrados los designios sinceros del positivo patriotismo por los arteros y fingidos alucinamientos de ambiciosos e hipócritas mandones que, por lo regular, son el azote de los pacientes pueblos.<sup>29</sup> Asimismo, Carrera ignoraba que el partido que se ensalza sobre las ruinas del caído trata de asegurarse en el poder sin escrupulizar en los medios, y considera el bien de la patria como el último eslabón de sus proyectos, y solo para dar un barniz mal tocado con él a sus malhadados procedimientos. Tal fue lo que sucedió por entonces en Chile: todos los amigos de Carrera fueron perseguidos; los oficiales que más se habían distinguido a su lado fueron acechados con la mayor desconfianza; aun los más indiferentes que habían servido a sus órdenes // [f. 171] quedaron postergados; se dio libertad y protección a los que habían sufrido persecuciones durante su gobierno; el mismo don José Miguel Carrera y su hermano Luis vinieron a ser insultados por sus adversarios, por lo que se vieron obligados a dirigirse a la capital, persuadidos de que en ella se les guardarían no las consideraciones debidas al puesto grandioso de mando que acababa de dejar; pero siguiera las que se les debía otorgar al ciudadano patriota y honrado. Pero todo salió al revés de lo que los hermanos se habían imaginado.

Así, el emprendedor jefe realista Sánchez, sabedor del estado agitado y contradictorio en que se hallaban los independientes, y, aún más, de que le habían quitado la necesidad de habérselas en lo sucesivo con el audaz Carrera, pudo mover las tropas con seguridad y avanzarse hasta las costas de Arauco, con el objeto de tener allí abiertas las comunicaciones con el virrey Abascal y de recibir de Lima sus auxilios para continuar la campaña con mejores probabilidades de un buen resultado. Pero también ocurrió con él que, al mismo tiempo que los chilenos maquinaban la ruina de su

<sup>29</sup> En la última parte de esta oración, Cortegana modifica el texto de su fuente y añade su queja contra los gobernantes injustos. De ese modo, se expresa una contraposición entre el soldado republicano y realmente patriota, y la autoridad abusiva y falsa.

general Carrera, los suyos fraguaban igualmente otros planes de la misma naturaleza contra su persona. Es decir, todos aquellos realistas que notaban con celos su gloria o que eran ambiciosos de su mando, disgustados por su nervio y rectitud en él, tales como lo fueron su mismo secretario, el padre Almirall, el intendente don Matías la Fuente, el auditor de guerra don José Antonio Rodríguez y otros, informaron al virrey suposiciones que desmentían los mismos hechos honrosos del acusado. Como no pudieron mancillar su opinión por la parte del valor personal, pues había dado pruebas de poseerlo en grado heroico, lo pintaron, a los ojos y entender del mencionado virrey, como un hombre sin talento para llevar a cabo las grandes empresas, como lo era la reasunción de Chile al cetro español. El mismo comisionado que salió para Lima era un oculto agente de los enemigos envidiosos de Sánchez y supo esforzar, con tan feliz suceso, los recursos de su ingenio y de su persuasión, a fin de conseguir que lo relevaran del mando de aquel ejército que bajo su dirección se había moralizado, sostenido y dado días de gloria a la causa de España. Estas malas informaciones dieron mérito para que fuese nombrado, por el virrey Abascal, el coronel del fijo de Lima, brigadier don Gabino Gaínza, general en jefe de la expedición de Chile, que zarpaba del Callao para Talcahuano; en efecto, Gaínza debía ponerse a la cabeza de todas aquellas tropas que existían bajo las órdenes de Sánchez. Pero, como los hechos de esta expedición corresponden a la historia del año siguiente, irán referidos en él cuando nuestra pluma se ocupe de describirlos en su respectiva cuerda y colocación. Así, es de notar aquí que Carrera y Sánchez, después de haber servido digna y gloriosamente a sus respectivos partidos, fueron a una misma vez calumniados y removidos.

Habiendo así el virrey Abascal dictado sus providencias sobre las operaciones militares y el mando político de la presidencia de Chile, tuvo también noticias de la de Quito, en donde el presidente don Toribio Montes, que // [f. 172] también era su protegido, no se había descuidado en trabajar y acabar de someter a los independientes al yugo de sus armas.

El virrey estaba satisfecho con las comunicaciones que había recibido de este, su presidente del Ecuador, en que le decía que, después de la batalla de San Antonio de Carangui, ganada por su teniente, el brigadier

don Juan de Sámano, 30 había acabado de poner el sello a la seguridad del dominio español en el reino de Quito; es más, le aseguraba todavía haber hecho ahorcar al cacique Chambi, gobernador de indígenas de Quito, y a Lumiña, teniente gobernador de la parroquia de San Blas, porque se les acusó de que ellos habían cooperado en las ejecuciones, en el ejército de Ouito en el año 11, del oidor Fuentes y del administrador de correos Vergara, que fueron los que sentenciaron a los presos y políticos asesinados el 2 de agosto del año 1810 en el cuartel, Salinas, Morales, Quiroga, Riofrío, Arenas, Olea y otros. Por ello, el virrey se complació en alto grado de todo lo así verificado, persuadido de que estos sacrificios le radicarían la paz en lo sucesivo.

Pese a lo así comunicado por Montes al virrey Abascal, ocurría por aquel territorio de Quito<sup>31</sup> que, cuando Sámano estaba destruyendo a los patriotas, arribaba a Barbacoas una fuerza militar de Panamá, la que, teniendo noticia de los referidos triunfos y considerando ya como inútil proseguir su marcha, se había detenido en dicha ciudad, en donde prestó muy buenos servicios a la causa realista. Del mismo modo, una companía de las veteranas de Maynas se había puesto en movimiento con igual objeto, aprehendiendo a varios de los patriotas fugados de la capital, entre ellos a un tal Peña y a su esposa llamada la Canoba, ambas personas pasadas por las armas de orden también de dicho presidente Montes.

Después de estos acontecimientos, Sámano permaneció en Quito retirado por sí mismo del servicio de armas, sin injerencia alguna en la política; porque Montes había principiado a mirarlo con algún desapego, causado por la emulación por los gratuitos aplausos que el público le dispensaba o, más bien, por la aspereza y orgullo de dicho jefe, pero lo más cierto era por el temor que les tenían a los dos. Mas, noticioso Montes de la aproximación del francés míster Servieres con una fuerte expedición por

<sup>30</sup> Juan de Sámano (1753/1754-1821), militar español, fue el último virrey de Nueva Granada. En 1811, fue designado pacificador de la Real Audiencia de Quito, puesto en el que sirvió al presidente Toribio Montes y logró, en 1812, asegurar el control sobre la región. En 1817, fue nombrado virrey de Nueva Granada, cargo que desempeñó desde 1818 hasta 1819, cuando tuvo que huir debido a la derrota realista en la batalla de Boyacá.

<sup>31</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Quito en 1813, Cortegana sigue a Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana (1829), t. I, cap. XXIX.

la parte del reino de Nueva Granada, depuso sus resentimientos privados en obsequio de la causa real, que era la suya propia. Persuadido Montes de que solo con Sámano colocado en la cabeza de una de las divisiones de su ejército daría un nuevo aliento a sus soldados, que ya lo conocían y que tantas veces habían sido testigos de su extraordinaria valentía y decisión, le comisionó para tomar el mando de las destinadas a contener a los citados independientes que se asomaban por la Nueva Granada.

Sámano, tras recibir las correspondientes instrucciones de Montes, se puso en marcha contra Servieres desde Quito, en cuya vía recorrió una carrera de pueblos contaminados de la causa independiente, sobre las cuales obtuvo muy fáciles triunfos. Su principal dirección era hacia la ciudad de Popayán, por lo que se reforzó en Pasto con 1200 voluntarios, a cuya // [f. 173] sola vista desampararon los patriotas aquella ciudad y se retiraron al valle de Cauca, en orden y sin dejarle nada útil a Sámano. Pero este, persiguiéndolos de cerca por el citado jefe realista, se apoderó de Cali, Buga, Cartago y Anserma, y los alcanzó al fin el día 6 de agosto de este año de 1813 en el sitio de las Cañas, en cuyo punto, a pesar de las inaccesibles posiciones que ocupaban aquellos, consiguió Sámano derrotarlos completamente e hizo que los fugitivos, que pudieron salvarse, atravesaran la áspera montaña de Quindío, en la cual perecieron los más de hambre y cansancio. Quedó así terminada la campaña que trajo desde Quito a Popayán.

Desaparecida así esta fuerza de Servieres, todos creyeron que, con la actividad y energía en esa actualidad desplegada por los realistas en la terminada campaña, se había reestablecido sólidamente el orden español a mediados de año en todas las provincias situadas entre Guayaquil y Patía, así como en todo el Chocó Bajo, la isla de Tumaco, el istmo de Panamá, toda la costa de Buenaventura, Esmeraldas, Montecristi y Manabí, y desde Cuenca por el interior hasta los límites de Loja y Piura. Por efecto de esta pacificación general, regresó a Quito el Tribunal de la Real Audiencia, que desde el año de 1811 había ejercido funciones en la referida ciudad de Cuenca, sin interrupción y con tranquilidad. Asimismo, se reestablecieron en la capital todas las oficinas públicas y volvió la administración militar y política al estado en que se hallaba en 1808, aun cuando todavía no había aparecido la revolución.

Tal estado de recuperación de casas presentaba todas las apariencias de que fuera duradero el dominio del rey, a pesar de haber quedado todavía libres, aunque sin fuerza alguna, los caudillos patriotas marqués de Selva Alegre, su hijo don Carlos de Montúfar y el maestre de escuelas Miranda, en sus retiros y ocultamientos. Así fue que Montes, atendiendo a la estabilidad que debía dar a los negocios públicos y la administración real, hizo que se retirase el mariscal de campo don Melchor Aymerich a su gobierno de Cuenca. Además, ordenó la licencia de varias tropas auxiliares de las milicias del país, entre ellas las de Pasto, para no gravar al erario real y a los pueblos con recargadas contribuciones para mantenerlos, quedando el ejército reducido a solo los soldados necesarios en número de 600 hombres para las guarniciones de la capital y de los corregimientos limítrofes que exigían indispensablemente a estos para la conservación del orden y la respetabilidad de las autoridades reales.

Pero, como el sistema de los patriotas no era otro que el de independencia o muerte, nada importaba que los realistas se creyeran, por ciertos periodos, los apagadores de este fuego simulado que ardía en los corazones de los americanos, cuando estos no eran más que la tregua indispensable para una nueva reacción y para comenzar con más entusiasmo la cuestión que por esos momentos críticos la dejaban. Como era así pues la conducta que llevaban en observación los patriotas, estos volvieron a fines de este año de 1813 de Santa Fe a aparecer en ejército arreglado y teniendo a la cabeza a don Antonio Nari-// [f. 174]ño, al intento de ejecutar el proyecto de hacer desocupar a Sámano del Cauca y que se retirase para la presidencia de Quito, a la que dependía como teniente de Montes. Así es que Nariño, al ocupar la ciudad de La Plata, ofició al brigadier Sámano, indicándole los medios de reconciliación y de paz que podrían adoptarse entre los realistas europeos y los realistas americanos, que sin variar el dominio real solo querían la emancipación de la España. A esa propuesta no acudió el caudillo realista, con lo que evitó toda discusión con Nariño sobre una materia que decía que menoscababa la dignidad española y en la que, a su modo de ver, no cabía otra clase de transacción sino que se rindiese a discreción

como súbdito rebelde, dejando así desecha aquella entendible invitación conciliadora y fiando en su orgullo su decisión a la suerte de las armas, que hasta entonces le había sido tan propicia en todas sus campañas y correrías bélicas, desde Cuenca hasta el Cauca y Popayán, donde él se hallaba.

Viendo pues Nariño que el terco de Sámano no entraba de ningún modo a lo que le proponía, dio la orden al coronel Rodríguez para que se adelantara hacia Cartago y llamase la atención de los realistas por aquella parte, en tanto que él, con el grueso de su ejército, se dirigía a tomar Popayán. Se dio principio a este movimiento el 20 de diciembre, con una parte de la artillería y municiones necesarias para la citada empresa, ya sin esperar arreglo alguno. Esta ocupación la reconocía el caudillo patriota de mucho interés, cuanto que, para desempeñarla rápidamente, hizo que su tropa dejase en el mencionado punto de La Plata todos los equipajes y cuanto podía embarazar la marcha ligera que se iba a verificar. Así es que, al practicarla, los soldados de caballería y aun los oficiales de infantería caminaban a pie para que sus caballos llegaran frescos al lance de la pelea. Y, pese a que tuvieron que atravesar el páramo de Guanacas y trasladar por aquellos empinados cerros la gruesa artillería, lo superaron todo por medio del entusiasmo de la gente de los pueblos, que gustosos y entusiastas los ayudaron en su conducción. En la noche del 26 llegaron estos a lo más elevado y lo más frío del enunciado páramo, en donde tuvieron que acampar sin tiendas, sin abrigo y con escasos víveres, por no haber creído que en tal sitio pudiera hacerse de noche. Pero, tras haber pasado esta como mejor pudieron, se continuó la marcha al día siguiente, reunidas todas las tropas y sufriendo con extraordinaria constancia y resignación todas las fatigas de tan penosa campaña. Llegaron el 29 al alto de Paniquirá, en donde su campamento contó con todos los preparativos para resistir el ataque que temían de parte de Sámano, empecinado en derramar la sangre americana, quien los estaba acechando para empeñarlos de un modo arrojado y decisivo. //

[f. 175] En este estado sucedió que, al amanecer del día 30, se pusieron sobre las armas y, llevados de un celo religioso incompatible con el denuedo y el valor marcial que sabían tener en tales horas, convirtieron su campo en un extravagante confesionario de preocupados penitentes.

Las piedras y los fardos de las tiendas, así como los troncos de los árboles, sirvieron de asientos para los capellanes, que oyeron en penitencia a sus respectivos batallones, a quienes, en consecuencia de todo, exhortaban animosamente para que arrostrasen gustosos la muerte por la legitimidad de la causa de la independencia de América. Así, la conclusión de este acto fue repartirles una absolución general para que ella fuera la precursora de la gloria con que serían premiados por el dios de los ejércitos como mártires de la patria si llegaban a morir, y si no morían y vencían, serían los libertadores de ella. Concluido este periodo preparativo, que ponía ya en franquía a los guerreros patriotas para recorrer la carrera de los peligros y la gloria, rompieron la marcha para encontrarse con los realistas que todavía no se habían avistado, no obstante su aproximación a ellos, para dar la

## BATALLA DE PALACÉ

Eran las once de la mañana cuando estos se presentaron sobre las alturas opuestas del puente de Palacé. Esta posición era importante: su río que corre con rapidez forma una gran profundidad y el camino que desciende está compuesto por callejones tortuosos en los que apenas caben dos o tres hombres de frente; pero, a cambio de este mal camino, las tropas de Sámano tenían al lado de su campo una llanura pequeña que dominaba la subida, al frente de la cual había un áspero bosque capaz de ocultar a cualquier tropa. En la expresada llanura, Sámano situó una columna de infantería con dos piezas de artillería y algunos escuadrones de caballería; otra de sus divisiones guarnecía el puente; e hizo que la tercera fuera encubierta por el bosque referido, con el intento de sorprender a los patriotas en su oportunidad.

En este estado, ni bien Nariño había colocado sus fuerzas en una eminencia descubierta, se rompió un vivo fuego por la gente que se hallaba emboscada en el monte y al lado del puente. A pesar de esto, los patriotas avanzaron para impedir que aquel fuese cortado; al llegar a la mitad de la bajada, aumentó el tiroteo y continuó con tal ardor que ya los independientes habían consumido los paquetes de cartuchos que tenían de

dotación. En este caso, el general Nariño dio orden de cargar la bayoneta y, a vista de esta operación, los soldados popayanejos de Sámano fueron arrollados, hasta el caso de que, por este contraste, él mismo se vio precisado a retirarse, sostenido por las tropas que había llevado del ejército de Montes desde la capital de Quito.

Alentados los patriotas, y muy expresamente Nariño, con este triunfo sobre Sámano, que se le pintaba como el genio guerrero de esos puestos, lo persiguieron tanto a él como a sus tropas hasta el llano donde tenían la artillería, que consiguientemente cayó en el poder de los citados independientes victoriosos. Sin embargo, en medio de este revés de los realistas, Sámano se retiró con sus tropas aguerridas, que le habían // [f. 176] sido fieles y no lo desamparaban con bastante orden y con muy poca pérdida de gente, hacia el puente de Cauca, que fue igualmente tomado por los patriotas, con lo que obligaron a Sámano a retirarse de nuevo con mucha precipitación sobre Calibío y abandonaron asimismo la ciudad de Popayán, después de haber hecho volar todos los barriles de pólvora que tenía en aquel punto de repuesto para la continuación de la guerra.

Si esta batalla no produjo mayores quebrantos a las filas realistas, es cierto que sí fue de mucha utilidad para las de los patriotas, en razón de que desde entonces le dio un grado de fuerza superior a sus cálculos y esperanzas para el porvenir, así como les cimentó la opinión y el prestigio de su valor y sus armas a los pueblos. Asimismo, la batalla les dio a conocer a estos que el general realista Sámano no era invencible y se deshicieron desde ese entonces de ese temor y desconfianza que los había retraído de tomar parte con los independientes. Las mismas tropas de estos cobraron mayor aliento con esta primera victoria y, alucinando que la suerte les había de ser constante y propicia a sus armas, ansiaban que llegara el momento de adquirir nuevos laureles. En efecto, marcharon con tal intento en solicitud de Sámano y de su segundo Asín, a los que veían que se replegaban sobre la hacienda de Calibío, de cuya batalla se dará razón en el capítulo consignado a la historia del año de 1814, por ser al que pertenece y no al presente del año de 1813, que concluyó solo con lo que se deja especificado.

Todo este desarrollo de cosas bélicas y políticas, por esta parte del norte, entre Montes en Quito y sus tenientes avanzados sobre el territorio del virreinato de Santa Fe, que ya se había pronunciado por su independencia, era también sostenido y promovido por el virrey Abascal de Perú; pues solo su influjo y poder por sostener el dominio real le hacían operar de tal modo desde Lima hasta sobre estos extraños territorios. No obstante los triunfos y arreglos de Montes y los progresos de sus tenientes en la recuperación de Quito, de los que estaba inteligenciado; a la conclusión de este año de 13, el virrey no llegó a saber el contraste en Palacé de Sámano, ya que, por esos días, toda su atención estaba ocupada en despachar la expedición de Gaínza a Chile, como lo verá el lector en el capítulo que sigue.



## [**f. 437**] Capítulo 5

## **AÑO DE 1816**

En pocos o ninguno de los años del gobierno del virrey Abascal en el Perú, conservando el orden de su mando y dirigiendo la política guerrera sobre los demás virreinatos y presidencias de la América del Sur, se le presentaron los resultados más halagüeños y preponderantes a su posición social y a la restauración del dominio del rey de España, como a la entrada de este año de 1816. Pues, al intento, pasó que la fortuna desde el año 10 hasta el 15 se había movido radicalmente a los estandartes reales para desairar a los patriotas que, en repetidos lances, honrosamente lo habían solicitado. El virrey Abascal, trabajando y protegiendo sus dominios por todas direcciones, desde el centro de la capital de Lima, había conseguido por el sur someter del todo a la obediencia real al proveedor reino de Chile; con sus armas, en el alto Perú, acababa de humillar al ejército argentino y en el interior de su virreinato había extirpado las convulsiones independientes; y si por el norte el general Montes, presidente de Quito, su protegido, le había comunicado la ruta de su comandante en jefe Vidaurrazaga en la batalla del río del Palo, el general en jefe Morillo le había escrito que ya marchaba con sus columnas expedicionarias a verificar la pacificación de todo el virreinato de Santa Fe, después de haber ya reducido a la Margarita, ocupado Cumaná, Caracas y Puerto Cabello, tomado por asalto la plaza de Cartagena, y hecho que Bolívar desapareciera de la superficie de Costa Firme por haberse marchado en [ilegible] de emigrado para Jamaica, entregando sus fuerzas al gobernador Castillo, que defendía a la enunciada plaza de Cartagena de la Nueva España (México). Asimismo, Abascal sabía que había sido vencido el cura Morelos y su capellán mayor Morales, y también ejecutados por las armas reales, dirigidas por el virrey Calleja y sus tenientes, cuya noticia le prestaba una mejor garantía de que el gobierno español era ya inalterable en la América del Sur, sin que pudieran los patriotas llevar adelante el triunfo de su causa de emancipación.

La república de Buenos Aires, que era la única que permanecía sin estar completamente sometida, se hallaba dividida en partidos por Alvear, Paso, Rondeau, Pueyrredón, Álvarez y otros, además de que Artigas continuaba en la banda oriental en su estado de insubor-// [f. 438]dinación. El gabinete de Brasil le amagaba con una próxima invasión. El doctor Francia ejercía por su cuenta su despótico proceder en el Paraguay, despreciando todas las proposiciones y amenazas que le hacía el gobierno de dicho Buenos Aires. La provincia de Santa Fe se hallaba, asimismo, altanera y sin quererse adherir a la unión de la capital de la república. Pero, a cambio de todos estos terribles males, apenas podían tener con felicidad la instalación del Congreso en el Tucumán y el cambio del supremo director interino Álvarez por el supremo magistrado electo por él en la persona del nominado Pueyrredón. Este estado de cosas ponía al virrey del Perú en la actitud más lisonjera para participar a la Corte de España que sus colonias de la América del Sur consolidaban su sumisión al cetro de su soberano y también estas se habían entregado a las mayores celebraciones de acontecimientos excesivamente faustos para él y los realistas por entonces. De ello resultó que también desposó a su única hija, doña Ramona Abascal, con el brigadier don Juan Manuel Pereira, comandante general de la división europea que había regresado el año anterior a la capital de Lima.

Todas estas satisfacciones del virrey fueron un tanto interrumpidas, a principios de enero de 1816,<sup>32</sup> con el aparecimiento repentino de la

<sup>32</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Perú en 1816, Cortegana sigue a Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana* (1830), t. II, cap. XV; a José María de Córdova y Urrutia, *Las 3 épocas del Perú o compendio de su historia* (1844), Época 2, cap. XLIII;

escuadra independiente, compuesta de cuatro buques de guerra y mandada por el vicealmirante don Guillermo Brown de Buenos Aires, en las aguas del Callao, para bloquear este puerto y los demás de la costa, pese a las catástrofes que habían sufrido en el alto Perú. Este escuadrón se había armado y preparado en el Río de la Plata, después de la pérdida de la Española, que auxiliaba ventajosamente la defensa de Montevideo, y consiguientemente fue destinada al mar Pacífico a bloquear los puertos que en las costas perteneciesen al dominio español. Por esta razón es que hubieron de presentarse, al principio del año de 1816, a la boca del citado puerto del Callao y por el frente de la isla de San Lorenzo, primero la fragata Hércules y después los demás buques, que estuvieron por varios días entrando a la rada y tiroteándose con los castillos. En ese corto tiempo, el inglés Brown tuvo la fortuna de apresar dos fragatas realistas mercantes: la Consecuencia, procedente de la Península, y la Candelaria, de Chile. En la primera, ricamente cargada, fueron puestos prisioneros varios pasajeros, entre ellos el brigadier don Juan Manuel de Mendiburu, nombrado gobernador de Guayaquil por S. M. C., los cuales, poco después, debieron su libertad al temerario arrojo de Brown de haber entrado sin práctica // [f. 439] a la ría de Guayaquil. Como el comercio de la capital de Lima se vio perjudicado con los apresamientos hechos por Brown, el virrey Abascal trató de alistar un armamento que saliese en persecución de dichos buques, a cuyo efecto se reunió el 20 de enero una junta de dicho comercio y se resolvió que se armasen seis buques, por lo que el Consulado exhibió 300 000 pesos para sus aprestos y el 13 de febrero dio la vela el armamento, al mando del capitán en jefe don Isidro Couseyro, para las costas de Chile. Pero el 25 de febrero le llegó un expreso al virrey del gobernador de Guayaquil, brigadier don Juan Vasco y Pascual, comunicándole que el inglés Brown, comandante en jefe de los buques porteños, cuando había forzado el río y estaba a tiro de cañón de la ciudad en disposición de batirse, había varado con su bergantín. Así, tras ser tomado prisionero por los hijos del país, Brown fue sentenciado a muerte, pero no se le ejecutó porque se entró luego en

y sobre todo a Andrés García Camba, Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú (1846), t. I, caps. IX y X.

estipulaciones de canje con los prisioneros españoles que había tomado. El virrey de Lima ya sabía, desde marzo de 1815, el apresto y destino de esta escuadra al mando de Brown, como él mismo confiesa en la relación de su gobierno:

> Parecíame imposible que los independientes de Buenos Aires se hubiesen decidido a semejante empresa al no contar sobre seguro con la variación de destino del ejército expedicionario del mando del general Morillo, cuya noticia tuvieron con anticipación, pues, debiéndose oponer las fuerzas, se habían debilitado las que debían obrar sobre el agua; pues sus agentes, seguramente, en Europa penetraron el misterio del destino de las tropas para comunicarlo a sus comitentes con la mayor anticipación, y que ha sido tan útil a los revolucionarios como perjudicial a este virreinato.

Este fue el convencimiento indudable para haber operado con la libertad experimentada.

Mas, entrando en los pormenores de este acontecimiento, sepa el lector que la primera noticia que se tuvo en Lima de que una escuadra enemiga cruzaba entre las islas de las Hormigas y el Callao, aunque sin dejarse ver desde tierra, la comunicó al virrey el subdelegado de Chancay, con referencia a los prisioneros que, venciendo gravísimos peligros, habían logrado escaparse de dichas islas y aportar en una lancha a dicha costa. El virrey expidió inmediatamente las órdenes oportunas para la vigilancia y posible defensa de la costa, reforzó las observaciones [sic] de caballería del país con destacamentos de los escuadrones de húsares y dragones peninsulares, aumentó la guarnición de los castillos del Callao con la tropa de Extremadura, mandó que los buques surtos en el puerto se apoderasen de la manera más conveniente a juicio del jefe de apostadero. Abascal puso en vigilancia una goleta correo en las islas de San Gallán y el falucho de rentas a sotavento del puerto para dar avisos y, finalmente, apeló al acreditado patriotismo del Consulado para el levantamiento de la armada especial precitada, por las circunstancias de que la marina // [f. 440] de guerra no podía prestar auxilio alguno, por su notoria escasez de fuerzas, y la hacienda real tampoco podía hacer erogación, por pequeña que fuese, por su absoluta [ilegible].

Apenas transcurrieron dos días de haber recibido el virrey la expresada noticia, cuando, a eso de las tres y media de la tarde del día 21 de enero, se avistaron, como a 4 leguas al oeste del Callao, los cuatro buques argentinos con banderas largas y en toda facha, amenazando sus proas sobre la rada. A este espectáculo que ya [ilegible], dado que eran buques independientes, el virrey repitió sus prevenciones y muy particularmente a los buques que se hallaban en el puerto, con el fin de precaver que pudiesen ser incendiados por sorpresa, como se suponía que era uno de los puntos de [ilegible] que Brown trajo por instrucción. En efecto, este atrevido marino atacó la bahía a eso de las cuatro de la mañana del día 22 con seis botes armados, sosteniéndole los fuegos con una fragata y un bergantín; pero fue contestado bravamente por un lanchón y algunos botes también armados de los realistas, pero sin ventaja alguna. Repitieron los independientes el ataque en la noche del 27 de enero, bajo la protección de uno de sus buques mayores a la vela; mas, después de un largo fuego de cañón y de fusil, fueron también [ilegible] con 29 hombres muertos, considerable número de heridos y no pocas averías en el buque que más sostuvo el fuego, y [ilegible] igual pérdida la parte de los realistas.

Viendo el inglés Brown, jefe de la escuadra argentina, que eran infructuosos sus esfuerzos sobre el Callao y cuidadoso de que las fuerzas sutiles del puerto se empleasen contra su escuadrilla, puesto que a su vista se trabajaba de día y de noche en su apresto, igualmente que en el de los buques del comercio; sus fuerzas dieron la vela después de algunas presas que la casualidad les proporcionó en la entrada de la rada, ante cuyo impedimento no pudo alcanzar el recurso de las embarcaciones apostadas en los puntos de recalada. Pero no fue sin fruto esta medida, que libró al navío de la compañía de Filipinas, nombrado San Fernando, cuyo valioso cargamento, procedente de Panamá, era de sumo interés para este comercio.

Hasta el 6 de febrero no pudieron evacuarse en el Callao los aprestos de la armadilla, compuesta de seis buques, con la fuerza de 126 piezas de calibres proporcionados a sus portes y 980 hombres de tripulación y guarnición, incluso los artilleros e infantes que se consideraron necesarios para su auxilio. Así, quedaron por fuerza sutil, para defender el puerto, cuatro lanchas cañoneras, un lanchón con un cañón de a 18 y la lancha de la fragata Piedad con uno de a 12, además de los botes de fuerza de su dotación, los del comercio, que se hallaban en estado de rendir provecho o hacer algún servicio en la bahía. //

[f. 441] Es que desaparecieron los buques independientes bloqueadores de las aguas del Callao, por lo que, a pesar de que las probabilidades inclinaban a creer que hubiese hecho rumbo al norte, el Consulado despachó la armadilla hacia el sur, dándole las instrucciones a las que había de sujetarse contra las previsiones del virrey y a las que esta tuvo que ceder porque había sido aprestada a su costa y para resguardo de sus intereses. Así fue que, a los pocos días de haberse hecho a la mar estos buques, el virrey recibió parte de que la escuadra patriota había sido avistada sobre la costa de Tumbes, con lo que fue preciso despachar un alcance a la armadilla realista para que regresase al Callao y de allí pudiese seguir luego en demanda de la de Brown, con más certidumbre de hallarla. Pero dicho Brown, más arrojado que previsivo y prudente, se lanzó en las aguas de la ría de Guayaquil con un bergantín y una goleta; rindiendo la batería de Punta de Piedras, pasó el día siguiente sobre la batería de las causas que también venció por su cortísima guarnición y falta de municiones; y subió continuamente hasta ponerse frente al fuerte de San Carlos. Allí sufrió el bergantín, a tiro de fusil, una pérdida considerable de su tripulación y, obligado por el fuego de cañón de las baterías de dicho San Carlos y la Planchada, y el de una partida de 50 hombres de infantería y otra con que fue socorrida aquella, le siguió la [ilegible] del río que le varó el buque, rindiéndose a las armas del rey con el principal jefe de la escuadra independiente de entonces, que se hallaba a su bordo. Al otro día se presentó el resto de la armada patriota, batiéndose con el fuerte de San Carlos, que se había formalizado por la actividad del coronel don Jacinto Bejarano, natural de Guayaquil, en un paraje avanzado más de 900 varas al de San Carlos.

Así, el acertado fuego de esta batería hizo fondear a la fragata negra fuera del tiro, para repararse de los daños que había recibido en el casco y arboladura; y, convencido su capitán de la imposibilidad de vencer este punto, desistió de su empresa y pasó a tratar con el gobernador sobre el

canje del general de aquella cuadrilla con los prisioneros que traía a su bordo, tomados en el puerto del Callao y que venían de pasajeros desde Cádiz en la fragata Consecuencia. Según esto, los realistas no dudaban de que sería desechada semejante proposición, porque, como era ventajosa la situación del gobernador de Guayaquil, este estaba en el caso forzoso de dictar la ley a los independientes. Pero, pese a la sorpresa de ellos, del comercio y del gobierno del virrey del Perú, fueron concedidas sus proposiciones y, por consiguiente, devuelto el caudillo principal Brown, para que continuara sus hostilidades en toda la extensión del Pacífico, como era consiguiente que debía suceder cuando desempeñara la misión en la que estaba encomendado.

Reestablecido Brown al mando de su escuadra, a consecuencia del canje de prisioneros acordado por el gobernador de Guayaquil, hizo rumbo hacia la costa de Panamá, mientras los buques armados españoles se hallaban en la de Chile. El virrey Abascal decía que, si hubiera él // [f. 442] tenido fuerzas navales competentes, o no se habría realizado esa atrevida expedición de Brown, o habría sido este prontamente perseguido y acaso provechosamente escarmentado. Aun así, lo consideraba fundadamente, al ver que el puerto del Callao, en el estado de acometimientos navales en que se encontraba, era, por su posición central, el más propio y adecuado para mantener en él todo el armamento marítimo, por las circunstancias de guerra reclamadas en sostén de la causa realista. Pero esta necesidad, reconocida y representada al gobierno supremo por todos los jefes superiores del país, no pudo nunca llegar a ser útilmente satisfecha, pues aún quiso su desgracia que los buques de guerra españoles que pasaron al Pacífico fueran solo para aumentar el poder naval de los independientes, de la manera que, en el curso de los sucesos de la revolución americana, tuvieron que pertenecerles a cada uno de ellos, en la parte que fueron tomados, rendidos o capitulados.

Por este tiempo, el virrey Abascal, convencido de que la causa real estaba en un estado preponderante en el Perú y en todas las demás secciones en que él había tomado parte, repitió su renuncia del virreinato al rey, con el fin de trasladarse con su hija y su yerno, el brigadier Pereira, a la costa de Madrid. Pero, mientras el rey Fernando VII le proveía a este su

pretensión, continuó desempeñando el mando político y militar en toda la extensión del territorio de la América del Sur que influían sus armas y su protección. Así es que con este motivo se contrajo a impulsar al general Pezuela para que, acabados los arreglos que estaba haciendo en las provincias recuperadas del alto Perú con sus laureles de Viluma, pasase a abrir la campaña contra el mismo Rondeau, que había batido y se hallaba del otro lado del Potosí. Con este importante motivo, el lector verá que pasamos la pluma a la descripción de los sucesos de estas nuevas operaciones bélicas, en el orden que sigue.

Habiendo entrado el año de 1816 ya, las tropas realistas vencedoras en Viluma se hallaban, a principios de enero, por las provincias de Potosí y La Plata y el general en jefe Pezuela, como se le dejó en el capítulo anterior, en Cochabamba. Pero [ilegible] este en que le era de necesidad extender con prontitud la línea de sus operaciones, emprendió su marcha el 12 de enero de dicho Cochabamba, por Caraca, Capinota, Sicaya, Caquiri, Sacaca y Chayanta, para salir a Ancacoto y de aquí por Vilcapugio, Tolapalca, Lagunillas, La Leña, Llocalla y Tarapaya. Superó un camino sumamente escabroso, con quebradas y ríos, exponiéndose al reino de las intemperies de la estación lluviosa y a la falta absoluta de víveres, y cubierto todo él de tropiezos capaces de causar toda clase de mortificaciones y pérdidas, sin excepcionar ni siquiera la de la vida, en sus resbaladizos y peñascosos precipicios. Por todos estos pueblos de su tránsito, Pezuela pasó más tranquilizado y dando señales de que trataba de considerarlos. Pero le sucedió que, cuando llegó el día 31 de enero a la hacienda de Mondragón, distante 4 leguas de la villa de // [f. 443] Potosí, cayó directamente a la cama enfermo, como consecuencia de las penalidades que había sufrido en su campaña vencida. Para reestablecer su salud, dispuso permanecer algunos días allí para brindarle comodidad, a este objeto, a su benigno temperamento, y también porque este era el lugar más central para estar en contacto con todos sus subordinados y para la expedición próxima de sus órdenes y operaciones sucesivas sobre sus contrarios. Tras Pezuela, dos días después de su salida de Cochabamba, habían tomado el mismo camino el batallón de granaderos de reserva, el de voluntarios de Castro y el segundo escuadrón de cazadores. Estos marcharon desde Capinota por Arque y

Quirquiabi, y salieron a Sorasora sobre el mismo camino real, a fin de evitar el paso de los ríos y demás inconvenientes de la dirección anterior. Como se dijo, el Estado Mayor pasó a Potosí y los cuerpos ya mencionados entraron a este punto el 11 del siguiente febrero, junto con la artillería y el parque.

Entre tanto que todo lo dicho sucedía con Abascal y Pezuela, el brigadier don Pedro Antonio Olaneta, comandante general de la vanguardia, continuaba al sur de Potosí la persecución de Rondeau y sus tropas derrotadas en Viluma. Así, tras haber arribado a Sarapalca, participó a Pezuela, con fecha 4 de enero, que, según las noticias que recibía con repetición, el general patriota Rondeau se hallaba en Tupiza con mil hombres que había reunido de sus dispersos. Este aparentaba detenerse y hacía, al efecto, preparar cuarteles; mas, sabedor de la aproximación hacia él de la vanguardia española, había cesado de apurarlos y se había puesto en retirada para Suipacha, aunque dejando, a las órdenes de su mayor teniente don Agustín Martín Rodríguez, a 250 hombres de observación en la angostura de Salo y con orden de retirarse sin perder de vista a las descubiertas españolas. Por lo mismo, Olañeta trató de maniobrar con sagacidad para sorprender este destacamento y lo consiguió tan absolutamente pocos días después. Así, además de causar a los patriotas argentinos la pérdida de algunos muertos, hizo 74 prisioneros, entre ellos a su teniente general don Ignacio Reglas, que había sido oficial del rey en Montevideo y jefe en aquella [ilegible], y cogió 70 fusiles, 50 lanzas, 200 caballerías, tres cajones de municiones, mucho y cuidado, y cantidad de comestibles, que se distribuyeron en los batallones de cazadores y partidarios. El jefe patriota Rodríguez trabajaba incesantemente en mantener siempre la opinión a favor de su causa entre los habitantes de los pueblos que pisaba; pues, para mantenerlos firmes en ella, les comunicaba noticias de halagüeñas esperanzas, les derramaba a manos llenas papeles públicos seductores y entraba en comunicaciones con algunos oficiales realistas, especialmente con el capitán Baspiñeiro, incitándolos a que abandonasen el servicio realista y se pasasen a incorporar a las filas y banderas de la patria.

Tras la sorpresa impetuosa que hizo Olañeta con toda su fuerza, al favor de la poca luz de la luna, sobre los soldados de Rodríguez, que existían descuidados y en la mayor desprevención; los arrolló completamente sin darles lugar para defenderse, distinguiéndose en esta operación, más que ningún otro cuerpo, el primer escuadrón de cazadores. Así, Olañeta coronó sus desvelos con un triunfo propicio a sus combinaciones, aunque con el sentimiento de no haber podido alcanzar al principal jefe de dicha fuerza, que con 70 hombres había podido retirarse hacia el pueblo de Moraya, donde ya se hallaba el cuartel general del persistente Rondeau.

Entre tanto, Pezuela, desde su estancia de Mondragón, procuró dar un fomento protector al real banco, la Casa de Moneda y las minas de Potosí, que habían sido enteramente inutilizados por los independientes. A falta de fondos para este interesante objeto, excitó el celo de las autoridades eclesiásticas, a fin de que en tan imperiosas circunstancias se desprendiesen ge-// [f. 444]nerosamente de la plata labrada y alhajas de las iglesias que no fueran absolutamente necesarias para los oficios divinos; además, les ofreció para su reintegro hipotecas seguras sobre los mismos ramos en que se trataba de hacer productivo con aquel necesario acudimiento de fomentación. Pezuela les hizo también presente las ventajas que debía producir esta habilitación llevada a efecto con el debido celo que requería el negocio, el que se evitaba consiguiéndose otra no menos importante, la cual era la de sustraer dichos intereses de la apropiación que los patriotas pudieran hacer de ellos en sus apuros [ilegible], dado que existían en poder de manos muertas.<sup>33</sup> Así pues, el mayor general don Miguel Tacón, gobernador intendente de la expresada villa de Potosí, quedó recomendado de llevar a cima esta tan interesante comisión, que tuvo todo su puntual cumplimiento aun con exceso de lo que se le había instruido. El cabildo eclesiástico de la ciudad de La Plata dio, en esta ocasión, las más desprendidas y liberales pruebas de su adhesión a esta providencia de fomento, remitiendo toda la plata labrada que tenía a disposición del general Tacón para que lo invirtiera, como lo había dispuesto el general en jefe Pezuela, en la restauración de los ramos manifiestamente paralizados por escasez de numerario.

<sup>33</sup> La expresión debe entenderse como «poseedores de unos bienes y tierras que no podían ser vendidos legalmente, por pertenecer a la iglesia».

Por parte de los patriotas argentinos, se había proseguido la retirada a mérito del contraste que llegaron a experimentar en Salo; pues el general Rondeau se replegó a Jujuy, y Olañeta ocupó a Suipacha y Libilibi, con toda su vanguardia. El general en jefe Pezuela, viendo que esta estaba a 56 leguas de distancia de él, la reforzó con el primer regimiento, que era mandado en este tiempo por el coronel don Antonio María Álvarez, ascendido recientemente al grado de brigadier por su concurrencia a la batalla de Viluma. A este se le encargó la persecución de los dispersos del citado general Rondeau y de las partidas gruesas de los guerrilleros patriotas que molestaban los valles de Santa Elena, Ingahuasi y Culpina, con mucha repetición. En las inmediaciones de la hacienda que lleva este nombre y cuyo terreno es a propósito para el arma de caballería, lo esperaba el valiente comandante La Madrid, con un escuadrón y una numerosa muchedumbre que capitaneaba el jefe guerrillero Camargo.<sup>34</sup> El 31 de enero, se trabó en dicha localidad un acalorado combate, en el que se consumieron bastantes municiones, cuando no contaban los soldados realistas con más repuesto que el de las cartucheras, descuido verdaderamente notable en el jefe de ellos. Por esta falta, la situación de Álvarez se puso delicada, pues tenía enemigos fuertes que combatir y, por la reunión progresiva de los hijos del país, había de aumentar su número, sin víveres y escaso de municiones, como se ha dicho. Así, adoptó la determinación de replegarse sobre Cinti, por el camino más corto que le ofrecía la profunda y escarpada quebrada de Uturungo, lo que verificó, sosteniendo repetidos y temerarios choques, el 2 y 3 de febrero, con alguna pérdida, aunque conjeturando que la de los independientes debía de ser mayor. Estos engreídos // [f. 445] persiguieron a los españoles hasta el mismo pueblo de Cinti y, pocos días después, entró Álvarez en Santiago de Cotagaita para reponerse de armamento, de calzado y de municiones, desde donde marchó luego a acantonarse en Moraya y Mojos, como de observación sobre los argentinos.

Al ingresar el general Rondeau a Jujuy, se encontró con el jefe French y como con 1000 hombres de los 2000 remitidos de Buenos Aires en su

<sup>34</sup> Vicente Camargo (c. 1785-1816) fue un líder guerrillero rioplatense que dirigió la republiqueta de Cinti, guerrilla independentista que luchó en el alto Perú, entre 1813 y 1816.

auxilio, porque había experimentado en la marcha la deserción que se deja inferir: la hay siempre en esta por soldados poco o nada decididos a vencerla. Sabida es la aversión que tienen al servicio militar los naturales de la América y, por entonces, lo era mucho más. Así, pues, aun contando con los gauchos de Güemes, muy buenos para hacer la guerra en su propia provincia, y con la reunión de algunos dispersos más de la derrota de Viluma, Rondeau no podía reunir fuerza suficiente para sostenerse en Jujuy, en caso de que el ejército vencedor avanzara. Pero a los independientes les servía de garantía la reconocida circunstancia de que los jefes españoles no estimaban conveniente la invasión de Salta sin todos los medios necesarios para continuar la ofensiva con ventaja, después de dejar aseguradas las provincias de retaguardia, cuyo sentir era acertado, a fin de no tener que experimentar que fueran cortadas sus comunicaciones y fueran reducidos a solo tener el terreno que pudiesen ocupar sus armas, según el incremento de adhesión que iban tomando los pueblos a la revolución contra ellos.

A fines de enero, había salido también de Chuquisaca para Potosí el teniente general don Juan Ramírez, dejando el mando interino de aquella ciudad y provincia al coronel don José Santos de la Hera, con solo 300 hombres y un cañón, para que guarneciesen y defendiesen la plaza de los ataques que siempre ocasionaban los guerrilleros patriotas. Tomando así su camino, Ramírez entró el 8 de febrero a Potosí con el segundo regimiento, cuyo cuerpo continuó su marcha para Santiago de Cotagaita; él se reunió con el general en jefe Pezuela para acordar, como su segundo en el mando del ejército, respecto a las operaciones militares que habían de practicarse en la nueva campaña que se disponían emprender. Dicho general Ramírez había sufrido una demora de 9 días en el río Pilcomayo, porque los patriotas habían inutilizado el puente, al cual tuvo que reparar para poder pasar, con el trabajo de su tropa y de algunos hijos del país que concurrieron a él obedeciendo sus órdenes.

Con motivo de la llegada del general Ramírez a Potosí, el 18 de febrero levantó también el general en jefe realista Pezuela a su cuartel general de la hacienda de Mondragón, después de haber arreglado las provincias, recuperado su salud y comunicado a todos los cuerpos del ejército las órdenes convenientes para emprender y abrir las operaciones militares de campaña.

Pezuela entró públicamente a la citada villa de Potosí, en donde dictó sin pérdida de instantes las más activas providencias para dar // [f. 446] sólida consistencia a sus triunfos; además, hizo urgentes excitaciones a los capitalistas ricos para que se reunieran a facilitarle por lo pronto 45 000 pesos, como lo hicieron, con los que podría satisfacer las perentorias necesidades de su ejército y continuar sus avances sobre las provincias abajeñas. En acción de su mismo prestigio y autoridad, y de la energía de las órdenes ejecutivas que expidió al efecto, se levantó sin demora alguna un nuevo batallón de aquel partido sobre la base de algunos oficiales y tropa de línea que se destinó a este fin, cuyo mando fue confiado al coronel Rolando. Se formó igualmente una compañía de 50 infantes y otros tantos caballos, para que, bajo la dirección del teniente coronel don Ángel Francisco Gómez, los cuidase del exterminio de los guerrilleros patriotas que solían reunirse de continuo en el distrito de Tinquipaya. Finamente, se organizó la compañía de empleados de Potosí a las órdenes del contador de las reales cajas don Mariano Sierra. Todo esto se hizo con el fin de mantener cuidada y resguardada la villa, así como de tener absolutamente desembarazada la fuerza efectiva del ejército, para que ella pudiera concurrir libre y prontamente adonde el caso de las urgencias militares lo requiriera, según el último plan de campaña determinado por su convalecido general en jefe.

La guarnición de la ciudad de La Plata era cubierta entonces, como se tiene dicho, por el batallón del centro, y su coronel don José Santos de la Hera se había encargado interinamente de la presidencia de Charcas, al mismo tiempo que el caudillo patriota Padilla<sup>35</sup> aumentaba considerablemente sus gruesos cuerpos guerrilleros con oficiales y soldados de los dispersos de Viluma. Así, a fin de aprovechar el vacío que dejaba la salida del segundo regimiento, Padilla principió a moverse con notable actividad contra Chuquisaca y la acometió con tanta confianza que no tardó en penetrar osadamente algunas de sus calles, fiado de su corta guarnición y del llamamiento que le habían hecho sus habitantes, ofreciéndole su cooperación para asegurar el triunfo sobre ellos. Pero el astuto La Hera,

<sup>35</sup> Manuel Ascencio Padilla (1774-1816) fue un guerrillero boliviano que participó en una guerrilla independentista desde 1810 hasta su muerte, con la que apoyó a la Junta Revolucionaria de Buenos Aires y combatió a las fuerzas realistas en el alto Perú.

noticioso de estas comunicaciones en su perjuicio, no se descuidó en tomar las más eficaces medidas para su defensa, ni perdió tiempo en pedir en su auxilio y con aprecio nuevos refuerzos al general en jefe [ilegible] por si el caso llegaba de ser vencido. Finalmente, reunió el 9 de febrero una junta de guerra en su alojamiento para afirmar con su apoyo la idea de no perdonar medio alguno de resistencia, y tuvo la satisfacción de observar que el espíritu de los convocados era uniforme, marcial y decidido a obrar contra el referido Padilla. Pero, todavía no se había disuelto la junta, cuando este se presentó con sus tropas informes, avanzando hasta donde queda dicho. Pese a que la ciudad carecía de defensas artificiales y sus defensores eran pocos, la resistencia que se opuso, auxiliada de navíos paisanos armados, fue bizarra y animada con la presencia del enunciado coronel La Hera, quien, acompa-// [f. 447]ñado del ayudante don Felipe Rivero y de algunos soldados, acudía diligente y valeroso adonde le parecía más preciso, hasta que los esfuerzos de los realistas lograron rechazar a Padilla y sus [ilegible] gentes, causándoles bastante pérdida y alejándolos por todos los cerros inmediatos.

El general en jefe Pezuela, por la interceptación de los caminos y por los rodeos que daban los expresos por marchar con seguridad, no supo lo que sucedía en la capital de los Charcas hasta el día 14 de febrero, en que recibió los oficios de La Hera. Con ese motivo, dispuso que inmediatamente saliera de Potosí para Chuquisaca el batallón titulado del general, compuesto de 300 hombres y del escuadrón de cazadores, todo al mando del ya mentado coronel Rolando. Pero, por mucho que se esforzó este auxilio en su rápida marcha, no pudo llegar a tiempo para tomar parte en la entusiasta defensa que hizo La Hera de la ciudad en los días 10 y 11, contra 4000 hombres colecticios del paisanaje de los pueblos, sin más armas que algunos fusiles y escopetas descompuestas, varias lanzas, hondas y macanas, con las que nunca pudieron destruir a sus contrarios, diestros en el empleo de sus armas y preparados para todos los casos en que se veían repeliéndolos.

Reunido el refuerzo de La Hera, pudo ya este salir en persecución de Padilla, quien con valentía se atrevió a esperarlo en la Laguna y fue de nuevo arrollado en esta villa; pero no dejó, pese a ser batido, su nombre,

el honor de sus armas y el sostenimiento de su causa bien puesto. En la nominada población, el caudillo español se detuvo algunos días para esperar la reunión de sus partidas, que había remitido en persecución de los derrotados de Padilla; y, al mismo tiempo, con el fin de favorecer las operaciones de Aguilera<sup>36</sup> en Valle Grande, que avanzaba sobre Santa Cruz de la Sierra. Mas, no obstante los dos golpes que La Hera acababa de dar a los patriotas, como había sucedido en las calles de Chuquisaca y en la Laguna días después, la revolución crecía con [ilegible] y su causa en toda la provincia de Charcas. Por esta razón, las comunicaciones con la capital estaban obstruidas y, por consiguiente, en la Laguna escaseaban los víveres, las municiones y demás recursos que desde luego necesita una tropa que está operando en campaña. Para buscar algún remedio a estas perentorias necesidades, La Hera mandó a Chuquisaca la compañía de tiradores del centro, la cual, después de haberse batido casi todo el día con un número crecido de guerrilleros montañeses patriotas, tuvo que regresar al punto de su partida, manifestando que era de necesidad ir con más fuerza para el destino al que se le había designado. La Hera, conociendo la oportunidad del reclamo, vino a encargar la misma comisión al comandante don Pedro Herrera con el medio batallón del general, quien demasiado arrojado llegó a comprometerse de un modo tan imprudente que, aunque se batió con el mayor valor mientras duraron las municiones de las cartucheras de su tropa, se vio al fin obli-// [f. 448]gado a capitular y entregarse prisionero al jefe patriota Serna. Este último, en represalia porque los españoles no le daban cuartel a ninguno de los suyos, hizo pasar a Herrera por las armas, con otros oficiales más que también habían sido tomados, y a la tropa, por enemiga de sus paisanos americanos, también la [ilegible] a sus filas para que empezaran a ser patriotas, haciéndose así por ambos bandos una guerra destructora.

Por los momentos en que el jefe guerrillero Serna de los independientes disponía, con la severidad explicada, de la suerte del comandante español

<sup>36</sup> Francisco Aguilera (1779-1828) fue un militar realista que, en 1816, luchó contra la guerrilla de Manuel Ascencio Padilla. Apoyó a Pedro Antonio Olañeta en su rebelión contra el virrey La Serna. Luego de la derrota realista en Ayacucho, organizó una guerrilla leal a la Corona española, en la que combatió hasta su captura y muerte.

Herrera y de sus subordinados; Padilla volvió a rehacerse y, con un nuevo número ingente de los suyos, se lanzó a atacar al batallón del centro que con La Hera permanecía en la Laguna. Pero este cuerpo, con su acostumbrada pericia y valentía, lo rechazó fácilmente, pues sucedía siempre que, con la misma facilidad que se arrojaban los patriotas al ataque, también se dispersaban cuando se les acometía en serio; así, volverse a juntar, [ilegible] y huir era todo hecho por ellos con asombrosa prontitud. Después de haberse vencido dos días tras el acontecimiento del desgraciado Herrera, es decir el 2 de marzo, La Hera tuvo esa noticia, que le fue sumamente sensible; por ello, decidió dejar la Laguna y se resolvió a replegarse a todo trance a Chuquisaca. En los seis días que duró su marcha, ninguno de ellos dejó de batirse con los miles de guerrilleros que los asaltaban en las crestas, cimas y desfiladeros de los cerros, en donde también siempre consiguió derrotarlos. Para premiar el entusiasmo desplegado por La Hera y sus constantes tropas en los repetidos ataques que dio el formidable patriota Padilla a la plaza de Chuquisaca, la Laguna y otros puntos, fue creado un escudo de honor con las armas reales y con la inscripción de «al valor leal en La Plata», como un testimonio indeleble de su fidelidad y bizarría; y a su benemérito gobernador, además de ascendérsele a la clase de brigadier, se le confirió la Cruz de San Fernando por la heroica resistencia y defensa que había hecho de aquella.

Como los jefes patriotas del alto Perú estaban encargados por el general argentino Rondeau de hostilizar constantemente al ejército realista, sucedía que, al mismo tiempo que Padilla hacía sus correrías por Charcas y luchaba con La Hera en la propia capital y pueblos de sus suburbios, su compañero Camargo había vuelto a reunir a los altoperuanos del partido de Cinti, protegido por algunos caballos del comandante La Madrid, a quien su general Rondeau le había dado la comisión de recoger dispersos de los de Viluma e insurreccionar el país por todos medios. A la vez, un destacamento del primer regimiento persiguió con tanta actividad y constancia a La Madrid, que lo obligó a replegarse con pérdida hacia Tarija. Mas el brigadier Olañeta, comandante general de la vanguardia española, noticioso de que este atrevido y resuelto jefe patriota se disponía a marchar a Jujuy, cuartel general de Rondeau por entonces, destacó una columna

de sus tropas para que le saliera // [f. 449] al encuentro, la cual tuvo la suerte de alcanzarlo y batirlo con nueva pérdida de hombres y armas. Pese a ello, él pudo continuar su repliegue defendiéndose siempre con entereza y serenidad.

Viendo el general en jefe realista Pezuela, durante los días de su estado en Potosí, la necesidad que tenía de operar contra los independientes argentinos que ocupaban Jujuy y la multitud de guerrilleros que en todas direcciones se levantaban a hostilizarlo; para lo primero, aceleró la marcha del resto del ejército hacia Santiago de Cotagaita, a donde ya había partido el general Ramírez; y, para lo segundo, hizo también salir sigilosamente de Potosí hacia el valle de Cinti al comandante don Buenaventura Centeno con el batallón de Castro y con la mayor parte del escuadrón de su guardia, con órdenes de que se lanzasen sobre el jefe patriota Camargo y sus huestes hasta destruirlo, porque no cesaba de causar a los realistas todos los destrozos que podían ser compatibles a sus fuerzas y poder. Al mismo tiempo que Pezuela ordenó al comandante general de vanguardia don Pedro Antonio Olañeta que dejase guarnecido el río de San Juan para cortar la retirada a Camargo, Centeno emprendió su marcha por La Lava, Vilacuya y San Lucas. Y, como dicho Olañeta había prevenido esta operación, enviando anticipadamente 330 infantes y 40 caballos al citado punto, ambos pudieron de nuevo sorprender y atacar a La Madrid, que ya separado de Camargo se dirigía a dicho Tarija con 200 soldados de infantería y 150 de caballería para reunirse con otros 300 hombres que habían llegado en su auxilio por la orilla opuesta, procedentes de la citada villa de la que era gobernador el acreditado patriota Arévalo. El teniente coronel González, que mandaba la columna realista, se echó impetuosamente sobre las fuerzas de La Madrid, en tanto que una parte de aquella entretenía a los 300 auxiliares en el paso del río. No pudo La Madrid resistir por sí solo a tan furiosa carga y, en su estado de desorden y confusión, no le quedó más arbitrio que arrojarse a la corriente de las aguas para salvarse a nado de la irremediable ruina con que los realistas lo acoquinaron. Así, todos los patriotas que se sustrajeron de los furiosos golpes de los sables de los españoles y no supieron nadar perecieron ahogados en las corrientes del río; pero estos fueron muy pocos, pues los más superaron esta dificultad y salieron libres de esa mortífera y asaltante refriega con que fueron sorprendidos.<sup>37</sup> El jefe realista González quedó dueño del campo, de una gran parte de los equipajes de los patriotas, de algún número de fusiles y aun de su misma correspondencia y de cabalgaduras y ganado que conducían.

Mientras así Olañeta y Centeno batían y perseguían a los independientes, se recibió en Potosí el 26 de febrero el correo de Lima, y por él la noticia de quedar bloqueado el Callao por cuatro buques de guerra, pertenecientes // [f. 450] a Buenos Aires, al mando de su vicealmirante Brown, cuva historia va se tiene anteriormente demostrada.

Apenas acababa de saber esta noticia el general Pezuela, mientras continuaba su permanencia en Potosí y se proporcionaba los aprestos del movimiento iniciado hacia el extremo austral de esta provincia, cuando le llamó la atención la posición del guerrillero patriota Betanzos, apostado con su partida sobre el camino de Chuquisaca, cuyas comunicaciones obstruía. Estas interesaban mucho como para que Pezuela las descuidara y, por ello, destacó inmediatamente algunas compañías para asegurar aquellas, las cuales salieron de Potosí el 10 de marzo, con el sabido objeto de acabar con aquel guerrillero y desde luego dejar expedita la franca comunicación entorpecida. Por otra parte, la frecuente aparición de caudillos nuevos para hacer esa clase de guerra de guerrillas montañosas y la consiguiente interceptación de los caminos eran otros no menos interesantes asuntos que no podían de dejar de entrar en los pensamientos y cálculos del general en jefe realista, que, al intento de sus operaciones mayores contra su adversario Rondeau, estaba también más que ningún otro interesado en el sosiego del país y en que subsistiera la libre comunicación de los pueblos. Por esto es que la mayor tranquilidad de estos era de la mayor importancia para él, porque si no la había, no le era posible practicar sus operaciones de mayor escala; y, para conseguirla y asegurarla, Pezuela pensó en organizar una columna de mil hombres de todas armas, con el exclusivo objeto de que persiguiera a las partidas de los guerrilleros patriotas que se levantaban

<sup>37</sup> En esta oración, Cortegana modifica lo narrado en la fuente Historia de la revolución hispanoamericana, de Mariano Torrente, que venía refiriendo, para exaltar el valor de los patriotas. En este caso, le aumenta un final a la anécdota que no se encuentra en la versión original.

con los naturales de los pueblos, los que a cada paso obstruían las comunicaciones y perturbaban el sosiego de los mandatarios realistas. Mas este pensamiento, sumamente útil a sus tendencias y causa, no llegó a tener efecto como lo había pensado, sino que, distrayéndose con otros asuntos, no lo hizo pasar de idea, de pensamiento y nada más.

Como para moverse de Potosí adelante el general en jefe Pezuela necesitaba entretenerse en la búsqueda y proporción de los medios para sacar a su ejército de los apuros de necesidad en que se encontraba por la falta de dinero constante para el pago de sus haberes y para su caja militar, le fue indispensable crear los fondos necesarios, porque sin ellos no podía continuar la campaña ni podía proceder a exterminar a la muchedumbre de guerrilleros sembrados por todas direcciones y con apoyo manifiesto de la gran parte de sus habitantes, para proteger sus correrías en el país o punto en que existían las fuerzas españolas. Por otro lado, no eran menos sus cuidados por el ejército independiente de Buenos Aires, existente en Jujuy y Salta ya reforzado como queda dicho; por tanto, Pezuela discurría que era de la mayor importancia dar un golpe decisivo a Camargo, que iba fomen-// [f. 451]tando su partido con mucha sagacidad y crecimiento, en mérito de las simpatías que había en los pueblos por la causa del patriotismo. Así, pues, para asegurar el feliz resultado de Centeno, al que tenía en una expedición por el partido de Cinti, Pezuela le mandó en protección desde Potosí, a principios de marzo, al coronel don Francisco Javier de Olarría con dos compañías de cazadores y el escuadrón de su mando, con orden de tomar 200 infantes más a su paso por Cotagaita y de marchar con una y otra fuerza recibida hasta situarse en la Palca Grande, cuatro leguas distante de Cinti, y combinar desde allí sus operaciones con el referido Centeno, de modo que salieran sus operaciones exactas y sin falla para concluir a Camargo y sus adeptos.

A este tiempo, Centeno ya le había probado a Pezuela que era activo y celoso para que la causa del rey fuese triunfante, pues, en sus marchas operativas, se había batido en Tiraboyo, Tamaquira y Sacaca contra los guerrilleros patriotas, armados de algunos fusiles, palos y hondas, mandados por sus caudillos Méndez, Gómez, Cuiza, Manuel Palacios y José Villarrubia. Ante estos, dispersándolos, como continuamente sucedía con

esta clase de guerrillas montañosas, Centeno había logrado posesionarse de Cinti el día 12 de marzo, sin más pérdida que la de 4 muertos y 8 heridos. Mas, como se reunieron con los citados comandantes guerrilleros, su comandante general Camargo y otro de igual clase a los mencionados llamado Mariano Delgado, los independientes volvieron a poner sitio a Cinti con sus fuerzas reunidas, las cuales ascendían a más de tres mil personas, y llegaron a estrechar fuertemente a Centeno, tomándole todas las [ilegible] avenidas de la población. Pero, ni bien supo el coronel realista Olarría de la situación apurada de Centeno, apuró su marcha de socorro sobre este; mas, al presentarse cerca del pueblo, durante el amanecer del día 14, los sitiadores patriotas, noticiosos de su aproximación, se habían replegado a Culpina, a cinco leguas de distancia de dicho vecindario de Cinti. Centeno, alentado con los refuerzos que le habían sido remitidos por su general en jefe Pezuela, salió luego a buscar a los independientes, mientras Olarría tomaba el camino de San Juan para cortar aquel paso indicado para su retirada. Pero estos movimientos, si bien fueron bien pensados, combinados y ejecutados, no los hicieron así felices a ellos, porque no produjeron los resultados que los enunciados jefes realistas se prometieron alcanzar, a causa de lo encontrado en las marchas de los patriotas. Así, tan solamente pudieron empeñar algunos tiroteos lejanos con las partidas sueltas que se avanzaban de uno y otro lado a explorarse y reconocerse recíprocamente.

Por este tiempo, había ya recibido Pezuela en Potosí el parte de La Hera, presidente interino de Chuquisaca, acerca del fin desastroso del comandante // [f. 452] Herrera y de la tropa que mandaba; por ello, el estado convulsivo de la provincia de Charcas le reclamaba un pronto y eficaz auxilio. Con este objeto, dicho general en jefe remitió a Chuquisaca a su mayor general, gobernador intendente de Potosí, mariscal de campo don Miguel Tacón, con una división a la ligera. A su llegada a Chuquisaca, este general incorporó a su columna al batallón del centro y a los restos del batallón del general, y dispuso seguidamente varias batidas a los independientes, en las que continuó distinguiéndose el cuerpo que mandaba La Hera. Sin que pareciera tan triste como se había creído la situación de dicha provincia, regresó luego a Potosí, tras cumplir con lo que le había ordenado Pezuela sobre este particular.

Hasta entonces, el general en jefe Pezuela había acabado de organizar en todos sus ramos productivos a la provincia y villa de Potosí, muy especialmente en su banco de rescate, en el trabajo de sus minas y en la puntual amonedación de las piñas, para que no escaseara el numerario al ejército y a los demás pagos de empleados y necesidades de la administración gubernativa. La provincia de Cochabamba permanecía sometida y conservada por una fuerte guarnición que, al intento, había sido dejada por Pezuela desde antes de su separación de ella. El batallón Fernando VII se había situado en Valle Grande con su coronel Aguilera y dos piezas de artillería en estado de avanzar sobre Santa Cruz de la Sierra, tan luego como las aguas pasasen. La ciudad de La Plata le inspiraba toda la confianza de mantener su obediencia, desde que el atrevido Padilla había sido rechazado por La Hera y acabado de [ilegible] por Tacón. Por la parte del norte, en la villa de Oruro y sus dependencias, en las partidas de Carangas, en Tarapacá y en la costa no aparecían elementos de subversión alguna y menos de ser opuestos a los mandarines realistas; por lo tanto, parecían asegurados en su tranquilidad con 150 soldados que la primera tenía de guarnición, bajo la orden de su gobernador y comandante general coronel don Manuel Fernández. El subdelegado de Sicasica, teniente coronel don Francisco España, hacía respetar la autoridad del rey en su partido con los 60 hombres que también tenía de resguardo; el de Chayanta se hallaba al parecer suficientemente guarnecido con otros 50 hombres que tenía igualmente su jefe político. La ciudad y provincia de La Paz estaba, asimismo, con más de 500 hombres de guarnición y con ella se mantenía en el más completo sometimiento.

Tocándole ahora al Desaguadero, veía que este punto estaba guarnecido solo con 80 hombres, por hallarse absolutamente libre de independientes que lo acometiesen. En la provincia de Puno, los mandatarios realistas habían logrado la completa destrucción de los patriotas, mandados por sus jefes Leandro Bustios, Miguel San Román, el cura Muñecas // [f. 453] y otros. A las acertadas disposiciones de su intendente don Tadeo Gárate y a la actividad del teniente coronel don Agustín Gamarra, hijo del Cusco, se habían debido la aprehensión de dichos generales Bustíos y San Román, e igualmente la de seis caudillos más y varios individuos de tropa. De este tan afortunado golpe fue una consecuencia la presentación al mismo Gamarra de otros trece caudillos, incluso el cura de Ayata, y la impetración del indulto del cura Muñecas. Parecía que debían disiparse todos los temores de los realistas a los que estos dependían.

Así, pues, el general en jefe Pezuela, viendo asegurada en gran parte la tranquilidad por las provincias de retaguardia, se resolvió a ponerse en marcha, con todo su cuartel general y campo de tropas, de Potosí a su vanguardia el día 18 de marzo. Se dirigió por La Lava, Tuctapari, Vitiche, Ramada, Las Cabezas, Tumusla y Escara; y llegó a Santiago de Cotagaita el 24 del propio mes. El ejército real de operaciones constaba, por entonces, de 4433 hombres armados y de 640 sin armas. Las guarniciones de las provincias ascendían a 3519 de todas armas sin incluir las milicias acuarteladas, por juzgarlas como meramente transitorias.

De parte del general patriota Rondeau, su ejército contaba por entonces con todos los dispersos que había podido reunir después de su derrota de Viluma y con los regimientos n.º 2 y n.º 3, que en auxilio había acabado de recibir en Jujuy de Buenos Aires, con el coronel French. Todo el ejército consistía de 3800 hombres con 6 piezas de artillería, a los que podían agregarse otros 400 que mandaba el valiente gobernador de Salta don Martín Güemes. Era, pues, así sabido que el ejército realista, superior en fuerza al patriota, tenía mucha parte de su tropa dividida en guarniciones y desde luego en el indispensable desempeño de destacamentos y columnas expedicionarias. Por otra parte, no eran menos los cuidados del general Pezuela respecto de los caudillos patriotas Padilla, Camargo y otros, puesto que aún no los había podido extirpar y también porque estos, entre gente armada y naturales del país con lanzas, garrote y honda, habían llegado a reunir 8000 hombres nuevamente en los partidos de la Laguna, Puna, Cinti y Tarija, sin que poder realista alguno hubiese podido impedirlo.

Con motivo de la muerte del comandante realista Herrera<sup>38</sup> por el caudillo patriota Serna, la reconcentración de La Hera a Chuquisaca, en donde quedó por segunda vez de presidente, y la pronta retirada que hizo el general Tacón para Potosí; La Hera volvió a tener en frente de él a los

<sup>38</sup> En el original decía «Hernández», pero se trata de una evidente equivocación. Se ha corroborado, además, con la *Historia de la revolución hispanoamericana* de Mariano Torrente, que es la fuente que el autor está siguiendo en este punto.

guerrilleros patriotas con alzamiento de algunos pueblos en favor de la causa patriota. Así, viéndose de tal manera amenazado, La Hera solo se ciñó a estar // [f. 454] a la defensiva, hasta que el general en jefe Pezuela, a quien le había participado su azarosa existencia, dispusiese lo conveniente para su protección. Este, orientando de lo que así le decía, mandó que el batallón de granaderos, que estaba en marcha para el cuartel general, retrocediese a la villa de Potosí, intimado por sus superiores a salir sin demora a las órdenes del general Tacón hacia Chuquisaca, a fin de poner aquella ciudad en estado de respeto y de proteger a la división de La Hera, como ella lo apetecía. Al mismo tiempo que el general Pezuela dispuso esta expedición sobre el expresado Chuquisaca, trataba de situar su ejército en Moraya y su vanguardia más allá de Yavi, hasta que recibiese los refuerzos que debían llegarle muy pronto de las tropas peninsulares existentes en la capital de Lima; sin estos auxilios a todos les parecía muy arriesgado extender sus operaciones, tanto por los nuevos e inesperados recelos que ofrecían las provincias de su espalda como por haber recibido ya el general patriota Rondeau otros 2000 hombres de auxilio, muchas armas y municiones de su gobierno de Buenos Aires. El brigadier don Pedro Antonio de Olañeta fue encargado de la segunda operación, la cual, pese a su importancia por aproximarse al ejército argentino, daba menor inquietud al general en jefe, en comparación con la marcha del general Tacón sobre Chuquisaca, para efectuar su nuevo favorecimiento.

Dicha inquietud aumentó en el ánimo de Pezuela con los primeros avisos remitidos por el indicado Tacón, que pintaban en el estado del mayor apuro la ciudad que formaba el objeto de su expedición y presentaban la suerte de La Hera bastante problemática sobre su existencia. Esta angustia creció más con las noticias que recibió, al mismo tiempo, de los fundados temores de los potosinos de ser atacados por el caudillo patriota Betanzos, confiado en la poca guarnición de la plaza desde la salida de Tacón para Chuquisaca. Los partes de Vitiche anunciaban que los comandantes guerrilleros patriotas Cuiza, González, Fuente y Martínez se aproximaban a aquel punto, por el cual eran dirigidos todos los auxilios al cuartel general; y que ya habían entrado en Vilacaya, distante cinco leguas de dicho pueblo de Vitiche, destruyendo una partida de 20 hombres que se hallaba allí de avanzada. Por este hecho, Pezuela se convenció de la necesidad que tenía de cortar oportunamente la arrojada intrepidez de los patriotas por aquella parte; a este intento, envió fuerzas suficientes para darle un golpe decisivo que restableciese las comunicaciones realistas, de las que tanto necesitaba, puesto que sin ellas no le era posible existir tranquilo ni deliberar lo que conviniera a las operaciones y a la subsistencia de su ejér-// [f. 455]cito.

Cuando así se veía cogitabundo Pezuela, en medio de tan graves cuidados que lo rodeaban, tuvo el lenitivo de saber que su comandante Centeno había derrotado el 3 de abril al formidable Camargo en un cerro espeso y de difícil acceso, cerca de la quebrada de Santa Elena. Este último había sido conducido allí desde Culpina por los desertores de las partidas de este caudillo independiente, que se le presentaron el día 2 a darle un minucioso conocimiento de la fuerza que tenían, de la enorme posición que habían elegido, de sus preparativos de defensa y de sus miras hostiles. Entonces, uno de ellos se le ofreció de guía para conducir a las tropas realistas en silencio por donde pudiera ganar la cumbre del cerro cerca de Culpina, donde estaban acampados Camargo y todos sus tenientes. En esta confianza, Centeno, jefe del batallón de Castro, se puso en movimiento a las ocho de la noche del mismo día, previniendo al jefe de caballería la ruta que había de seguir hasta apostarse a la entrada de la llanura sobre la que se levanta el referido cerro. A la madrugada del siguiente 3 de abril, había logrado situarse en dominación sobre el campamento de los descuidados guerrilleros, que aún no habían sentido el menor aviso ni presumían que la alevosa traición de dos miserables desertores suyos los había entregado al fuego y cuchillo exterminador de los realistas. Bajo esta inocente e inerme actitud indefensa, los patriotas recibieron de improviso el impetuoso ataque sorpresivo que le hicieron los españoles, por el que no acertaron a defenderse ni pensaron más que en huir despavoridos en la dirección que les era posible adoptar en tan críticos momentos de perder sus existencias, traidora y alevosamente. Dejaron en el campo, en que se creían seguros, un crecido número de muertos y heridos; entre los primeros se contaban el coronel comandante general de ellos, Camargo; su segundo, el comandante Villarrubia, y 11 oficiales más de menor graduación, así como algunas armas de poco mérito. Luego, la muerte del infatigable Camargo

fue corrida por los pueblos donde él hacía sus correrías, defendiéndolos del despotismo realista, y estos lo sintieron de grado manifiesto; y esto fue tan más cierto, cuanto que el comandante realista Centeno tuvo la bárbara bajeza de degollar él mismo a Camargo, Villarrubia y demás oficiales tomados, a quienes no dio cuartel de ningún modo. Luego de cortarle la cabeza, la remitió con un expreso y el parte oficial a la vista de Pezuela, que ya tenía su cuartel general en Moraya. Este, tras recibir el [ilegible] presente que le hacía su comandante Centeno, de haber muerto al caudillo patriota Camargo, que lo tenía en ascuas, lo expuso al público por largo tiempo, como diciéndole que todo patriota tomado sería tratado de tal manera. Así, pues, esta muerte del partidario excelente de la independencia, a quien el general en jefe argentino Rondeau había nombrado como comandante general de las fuerzas hostilizadoras del ejército real, se sintió mucho por este general y por todo su ejército, que juraron vengarlo oportunamente, no solo por la pérdida // [f. 456] de su persona, sino por la constante actividad y la notoria influencia del citado [ilegible] todos los pueblos que siempre lo seguían con la más buena voluntad.<sup>39</sup>

Así, este triunfo vino a ser, para los realistas, el precursor feliz de otros acontecimientos que hicieron variar de aspecto el estado de los sucesos bélicos y los negocios políticos del gobierno y de sus causas; fue también el que más previno a los patriotas para encender la [ilegible] contra los realistas. Las tropas de Rondeau, que amagaban un movimiento sobre Yavi, quedaron reducidas a una corta partida, que con el capitán Rojas iba vagando por aquellos puntos. Los guerrilleros independientes de Vilacaya se retiraron tan luego como vieron aproximarse los refuerzos enviados por el general realista Pezuela. A este tiempo, el mayor general Tacón había entrado sin ocurrencia alguna a Chuquisaca, en cuya ciudad habían estado incursionando los patriotas, pese a que La Hera, aunque concentrado en ella, se había sostenido y defendido con inteligencia y arrojo. Pero, con el ingreso de Tacón a ella, las presentaciones de los patriotas se calmaron nuevamente y La Hera respiró sosiego durante su permanencia, en razón

<sup>39</sup> En la segunda parte de este párrafo, Cortegana modifica lo narrado en la fuente Memorias, de Andrés García Camba, que venía refiriendo, para exaltar la figura del comandante patriota Camargo.

de que, con la división que le había llevado este general, se volvió su fuerza respetable y, desde luego, se apresuró a fomentar la suya, a fin de tener la suficiente para cuando esta llegue al caso de dejarlo.

Pese a todos estos sucesos varios que le ocurrían al general en jefe Pezuela y sus tenientes en el alto Perú y en el territorio del otro lado del Potosí con los sostenedores del patriotismo y la independencia de América, existía el extenso virreinato de Lima en la más completa tranquilidad. Las provincias de Buenos Aires desde el Desaguadero hasta Tarija y Santa Cruz de la Sierra, denominadas del alto Perú, estaban ocupadas por la superioridad de las armas españolas, que perseguían en todas direcciones a los caudillos patriotas que eran obstinados y constantes en fomentar y mantener la revolución por la independencia de América. Los importantes reinos de Chile y Quito obedecían al gobierno español, bajo la protección e influencia del virrey Abascal. El valiente e infatigable general realista Morillo hacía grandes progresos en el sometimiento del virreinato de Santa Fe de Bogotá, después de haber dejado Costa Firme y ocupado el 6 de diciembre anterior la plaza de Cartagena, si bien a costa de pérdidas considerables en las tropas europeas, diezmadas por la terrible influencia de aquel insalubre clima. Tampoco era menos que, en el vastísimo imperio de México, la revolución se viese ya como vencida; ni que en el mar Pacífico, después de la desaparición de Brown, ondease el pabellón independiente, tan funesto, ciertamente, más tarde para la España y para // [f. 457] los realistas que estaban con las armas y el bastón en las manos, puede decirse, en el más lisonjero apogeo, lo que les ofrecía por consiguiente un porvenir de ventajosas esperanzas para ellos y para la España en el continente del Nuevo Mundo. Es cierto que, en cuanto a fuerzas navales realistas por este año, el virreinato del Perú no contaba sino con muy pocas y aun estos eran de muy poco valor; sin embargo, la Corte de Madrid habría prometido al virrey remitirle de todo prontos y eficaces auxilios, los mismos que esperaban que de un día a otro ingresasen al Callao.

Preciso es aquí advertir que, además de las ventajas guerreras antedichas en favor de los realistas, la administración del virrey Abascal en el Perú no era la que hacía feliz a sus hijos, porque no podía hacerlo; ciertamente, su contracción estaba ocupada en buscar el bienestar de su patria natal, el de su soberano y el de sus compatriotas. Abascal, conservando y sosteniendo el dominio suyo a nombre de su rey, era al menos consistente y ordenado según las leyes de su tiempo, por lo que se conducía con tranquilidad. De aquí era, pues, que el virrey marqués de la Concordia, conociendo en su cuerda que semejante marcha era debida tanto a su rectitud y acreditada experiencia como a los victoriosos resultados de las campañas del general Pezuela, se permitió pensar que este debía llevar las operaciones ofensivas a la provincia de Salta, a fin de sacar con este avance todo el partido posible del efecto que naturalmente había de haber producido en ella la derrota de Rondeau en Viluma. De aquí fue que el virrey procedió a oficiarle, con fecha 26 de febrero, al general en jefe Pezuela, las prevenciones que a su concepto prudente creyó estimar decirle, en obsequio de los referidos adelantos. Pero Abascal siempre dejó sus prevenciones a la conveniente discreción del general operante respecto de su cumplimiento, atendiendo a que, a distancias tan enormes, todo varía con el tiempo, y más en la América del Sur, en que la inconstancia del soldado originario del país, que no alcanza a contenerse los estímulos del premio y del castigo, hace cambiar casi diariamente la fuerza del cuerpo de operaciones, al paso que engendra en el ánimo del jefe y del oficial una fundada desconfianza de la no permanente constancia de ellos.

Mientras la expresada orden preventiva vencía la gran distancia que separa a Lima de Santiago de Cotagaita, una comunicación del general en jefe Pezuela, del 21 del mismo febrero, hacía igual camino en dirección inversa para el virrey. En ella, el general le exponía la escasez de fuerzas con que podía contar para dar mayor extensión a las operaciones, y concluía pidiendo que se remitiesen al ejército las tropas peninsulares que se hallaban en Lima y habían formado la cuarta división del ejército de Morillo desde su salida de España. Mas de esta tropa solo pudo hacer marchar a los dos escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión, después de la estación de las aguas, usando el arbitrio de que fueran por tierra a jornada de tropa y llevasen los caballos de [ilegible] tirados de la mano, como en verdad se hizo // [f. 458] en la primera oportunidad que presentó la estación que se aguardaba.

Por otra parte, de la expedición de 2000 hombres que debió salir de Cádiz en noviembre de 1815 en derechura para el Callao, se encontraron en la mar con la orden de dirigirse a Portobelo. Para el transporte de estos, el virrey se hallaba habilitando con gran trabajo los buques que debían transportarlos desde Panamá y, en esta virtud, dispuso que los cuerpos de Burgos y Gerona, con todo el número de plazas de que se componían, navegasen en derechura hasta Arica y de allí marchasen al cuartel general. Además, ordenó que el cuerpo de Cantabria, destinado a reforzar el real de Lima (que luego se convirtió en infante don Carlos), fuese al Callao, a cuyo arribo el de Extremadura debía seguir al ejército de Pezuela en las propias embarcaciones, pues no había otro modo cómo ponerlas en los puestos que necesitaban de sus servicios. Así fue que, por lo pronto, le era imposible al virrey tomar otra determinación más que la de recomendar con eficacia, como lo hizo al presidente del Cusco, el envío de reclutas de esta provincia, mientras que Morillo, dueño de Santa Fe, disponía remitir al Perú el sobrante de tropas de su expedición, como al fin lo hizo más tarde mandando al batallón Numancia. Sobre la aglomeración de tropas al Perú, dice en sus memorias García Camba: 40 «Véase, pues, si los partidarios de la dominación española, que positivamente entonces eran en gran número, merecían disculpa si se lisonjeaban con la idea de la próxima pacificación de la América meridional. Pero no es dado a los mortales el poder leer en el gran libro de los destinos». Eso decía en el libro de la emancipación de todos los Estados americanos.

El general en jefe Pezuela —con sus activas providencias ante los graves peligros que de continuo amenazaban a sus divisiones destacadas contra los patriotas guerrilleros, que con inmensa muchedumbre y por distintas direcciones hostilizaban a su ejército; cuando estaba ya por este mejoramiento de complicadas y difíciles atenciones en el pensamiento de poner en práctica sus mayores operaciones, desarrollando en gran escala los planes que tenía concebidos y trazados para emprender; y cuando para ello tan solamente esperaba la reunión de los batallones de Extremadura

<sup>40</sup> Andrés García Camba, *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú* (1846), t. I, cap. IX.

y demás fuerzas que había pedido al virrey Abascal, en consecuencia de sus reiterados ofrecimientos para levantar su campamento general y caer súbitamente sobre el ejército de Rondeau— había logrado ocupar las provincias de Salta y el Tucumán y los valles de Tacamarca y La Rioja, entrar en comunicación directa con el reino de Chile y obrar en combinación con las fuerzas que su presidente hiciese salir para Mendoza. Entre tanto así se preparaba la realización de estos planes, hubo de llegar a Lima por la vía de Panamá un correo de la Península con correspondencia pública, y se recibió con ella la real orden de 14 de octubre de 1815, por la que el rey Fernando VII mandaba que el general Pezuela relevase interinamente al // [f. 459] marqués de la Concordia, Abascal, en los cargos de virrey y capitán general del imperio del Perú. Al mismo tiempo, eligió para el mando en jefe del ejército del alto Perú, que dejaba el expresado Pezuela, al mariscal de campo don Estanislao Sánchez Salvador; cargo que debía tomar interinamente hasta que este arribase a él —a fin de que Pezuela ingresase a Lima a tomar posesión del indicado mando del virreinato y capitanía general— el teniente general don Juan Ramírez y Orozco, destinado en propiedad para la presidencia de Quito. En efecto, sus disposiciones reales se recibieron el 10 de abril por extraordinario en Santiago de Cotagaita, con prevención expresa del virrey cesante marqués de la Concordia, para que Pezuela entregase el mando del ejército al dicho general Ramírez hasta la llegada de Sánchez Salvador, que debía salir de la Península en noviembre último con los dos mil hombres, de los que se ha hecho ya mención, y se trasladase lo más pronto posible a la capital [ilegible] para tomar pública posesión de su nuevo elevado destino y para que puedan también Abascal y su familia embarcarse en el Callao para la Península, como lo deseaba hacer cuanto más antes y restituirse a su patria natal.

Una noticia tan grande para el general Pezuela y sus compañeros de armas fue luego propalada hasta la tropa, y todos en verdad la recibieron con celebración, porque veían que el rey había sabido premiar los servicios de un general tan afortunado en todos los campos, que los había conducido a la victoria. Al mismo paso, sentían, por otra parte, y como era natural, quedarse sin él, después de haber estado ya acostumbrados a obedecerlo y a que él los conociese en sus personas y en los servicios que habían verificado

a sus inmediatas órdenes. Lo sentían también por la fundada inquietud que les causaba el recelo de que las operaciones de la guerra se resintiesen por falta de quien era un exquisito conocedor del terreno, de los pueblos, de todos los individuos de su ejército y especialmente de los procedimientos políticos, estratégicos y belicosos de los independientes argentinos que tenía al frente; y ellos fuesen expuestos sin estas garantías a sufrir un inesperado contratiempo por esta invasión, en mérito de la ninguna práctica y entereza de ánimo sabida de su sucesor en propiedad, al que no conocían y que tal vez no habría salido aún de la Península. Pero, en cuanto a la inmediata sucesión interina de su segundo, el general Ramírez, cuyo celo y aptitudes le estaban acreditados tanto más que los de Pezuela desde la época de Goyeneche, esta los pasó a todos a la conformidad, por lo que se prepararon a dar el último adiós a su general en jefe [ilegible] de virrey del imperio en que servían.

La real orden venida para el relevo del virrey Abascal con el general Pezuela había emanado de la Corte por reiteradas súplicas que este le había dirigido al rey, en solicitud de un sucesor. El marqués de la Concordia había gobernado más de nueve años el Perú con probada fortuna en todo este transcurso de tiempo y, por lo tanto, había llegado a adquirir una distinguida reputación en la administración de su gobierno, al paso que se había hecho querer y respetar muy // [f. 460] especialmente en Lima, como sus buenas prendas lo merecían. Su recurso se había fundado en lo avanzado de su edad, que le impedía poder continuar en el desempeño del mando del virreinato, con el acierto y la lisonjera suerte que había logrado hasta entonces; así, el monarca, accediendo a sus instancias, nombró, para que lo reemplazara, al general Pezuela, que capitaneaba con gloria el ejército real de operaciones, hasta antes de haber recibido la última disposición de su citado soberano.

Como se deja dicho que el general Pezuela había recibido el 10 de abril los títulos de virrey interino del Perú y la exigencia de Abascal, al propio tiempo, para que bajara a Lima a recibir el mando, este dispuso salir de Santiago de Cotagaita, que era su cuartel general, en vía hacia esta capital. Para el efecto y ante todas cosas, llamó al general Ramírez, le entregó el mando del ejército y lo reconoció, en formación y también en la orden general, como general en jefe interino; y, en los cinco días que le quedaron expeditos, hizo sus preparativos para romper su larga marcha sobre el norte. El ejército que Pezuela le entregó a Ramírez constaba de 7284 hombres de todas armas. Mientras así se alistaba el viaje de Pezuela, ya el nuevo general en jefe interino el 13 de abril recibió en el citado cuartel general una nota del brigadier Olañeta, en la que le participaba haber entrado en la villa de Tarija, evacuada por los independientes a quienes perseguía; que un ayudante de dragones de Chile, que se la había presentado, afirmaba que el gobernador de Salta Güemes y el general de la república argentina Rondeau se habían hostilizado por espacio de nueve días en los bosques de dicha provincia; pero que se hablaba ya de haber llegado a entenderse, y que las tropas de Buenos Aires, aunque reforzadas con 200 dragones de Santa Fe y ocho piezas de artillería de a cuatro, ningún cuidado debían dar al ejército español por su frente, por estar este bien posesionado y las tropas de Rondeau a bastante distancia.

Sin embargo, por este propio tiempo, no parecía tan pacífico el estado de algunos pueblos de las provincias de retaguardia, donde de nuevo había principiado a pulular el partido de independencia y libertad, entre sus patrióticos moradores. Apoderados algunos de estos de una fuerte posición en el partido de Ayopaya, provincia de Cochabamba, el subdelegado la atacó con 70 fusileros, pero, respecto a la manera de guerrear de los indios, no supo resguardarse de las muchas galgas, grandes piedras, que hicieron rodar sobre su gente al atacar su posición, de manera que le mataron 16 hombres y pusieron al resto en precipitada fuga. Sumamente alebronado el mismo gobernador subdelegado con semejantes pérdidas, no paró hasta Oruro, abandonando su tropa a la merced de los paisanos, // [f. 461] que en defensa propia de tal modo le habían maltratado. En el partido de Chayanta también se había levantado otra partida de 200 guerrilleros, armados de macana y honda, pero el subdelegado de este punto, más recatado y previsivo que el de Ayopaya, consiguió dispersarlos con la guarnición que tenía, de una manera fácil y escarmentándolos por sus armas de ningún valor en comparación con la fusilería que empleó contra ellos.

Llegó, pues, el 15 de abril y en este día finalmente salió de Santiago de Cotagaita para la capital de Perú el general Pezuela, electo virrey interino,

como queda dicho. El general Ramírez, los jefes y oficiales francos, y las demás personas empleadas en el ejército categóricamente y las de la población marcharon también con él hasta bastante distancia, acompañándolo. Se despidió de la tropa y les dirigió la palabra personalmente y en orden general, asegurándoles su protección y recomendándoles la subordinación, la moral, la disciplina y toda constancia y valor contra los patriotas enemigos de su rey. Siguiendo el curso del camino, se vino recorriendo desde Potosí, Oruro y La Paz, las provincias de esta parte del Desaguadero, Puno, Cusco, Huamanga, Huancavelica y Tarma, hasta llegar a Lima. Logró así tomar conocimientos topográficos de todos estos países y personales de sus respectivos jefes, para, en mérito de cada uno de ellos, tenerlos presentes para recomendarlos a la Corte de Madrid. Por entonces, se hallaba mandando en el Cusco el coronel de Extremadura don Mariano Ricafort, quien con su celo y actividad por el progreso de la causa real había eliminado 400 soldados realistas, de los hijos de la provincia de su mando, instruyéndolos y uniformándolos. A estos, el indicado virrey Pezuela, al verlos bastante robustos y unidos, los declaró como el segundo batallón de dicho cuerpo de Extremadura, ordenando que en seguida se dirigieran al cuartel general de Santiago de Cotagaita, después de haberle dado el completo de 620 plazas y haber adelantado un poco más su disciplina.

Por entonces, el ejército que acababa de dejar el general Pezuela en el cuartel general de Santiago de Cotagaita no podía emprender operación alguna de importancia por su frente, ya por tener empleada una parte de su fuerza en la persecución de las guerrillas patriotas y en la pacificación de los pueblos sublevados a retaguardia, ya también por escasez de municiones, al punto que el primer pedido del general Ramírez al virrey Abascal, estando ya encargado del mando del ejército, fue de 500 000 cartuchos de fusil. El expresado virrey satisfizo esa necesidad al remitir inmediatamente a Arica 300 quintales de pólvora, para que, ejecutándose allí la cartuchería y las balas, por el menor costo del plomo, se ahorrase, además de la conducción, la diferencia que hay en el precio desde 12 o 14 pesos, que cuesta en Lima el quintal de plomo, hasta 12 reales (plata fuerte), que es al que allí se expende, sir-// [f. 462]viéndose al propio tiempo de los envases de la pólvora para depositar los cartuchos. Asimismo, este virrey determinó

reforzar el precitado ejército de operaciones con los escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión, a los cuales hizo prevenir que se aprestasen a marchar al alto Perú en la primera orden que él tuviese por conveniente darles.

Consiguientemente, se supo en el cuartel general realista que una gran reunión de altoperuanos de Puná y de San Lucas se habían apoderado de nuevo del famoso cerro de Ñugui, y que habían atacado la primera población de donde fueron rechazados, causando la pérdida de un oficial realista. El cerro de Ñuqui dista cinco leguas de Vitiche y, por lo tanto, les era fácil a los patriotas aparecidos invadir el camino real de Potosí al cuartel general, apoderarse de los auxilios de dinero, vestuarios, municiones y toda clase de provisiones que se remitían al ejército, y aun estrechar a dicha villa cortándole los víveres. Para impedir estos inconvenientes, volvió a salir el 25 de abril, contra aquella reunión, el ejercitado batallón de Castro y voluntarios chilotes en esta clase de empresas.

El 27 del mismo abril llegó al cuartel general el correo de Lima y se supo por él que se hallaba en Panamá, con destino al Perú, un refuerzo de tropas europeas. También se supo que con otras tropas no menores había salido de Cádiz el mariscal de campo don José de la Serna, nombrado general en jefe del ejército real del alto Perú, en lugar del general Sánchez Salvador. El deseo de los que suspiraban por ver terminada aquella guerra hacía ascender a 3000 hombres ambos refuerzos considerados en marcha.

Tan luego como el batallón de Castro salió de Cinti, volvieron a reunirse los enunciados altoperuanos con más empeño y tenacidad. Entonces, el subdelegado, con más arrojo que prudencia, marchó contra ellos con poca tropa y algunos paisanos armados; mas, habiéndose temerariamente adelantado, cayó en una emboscada, fue derribado del caballo de una pedrada y, abandonado de su gente, quedó en poder de los encolerizados independientes, que lo acabaron de matar, mutilándolo bárbaramente. De ese modo, la triste nueva de su muerte se recibió inesperadamente en el cuartel general el 2 de mayo recién entrado. Así que muchas de las desgracias acaecidas en esta larga lucha de dominar por la fuerza los españoles en América y no dejarse subyugar los americanos por ellos casi siempre provenían de exceso de valor y de necia confianza de ambos beligerantes.

Era sensible observar la facilidad con que se olvidaban tan desastrosas y sangrientas lecciones, pues siempre o dentro de muy poco tiempo se comprobaba, con otro igual o nuevo suceso, que de estas no habían aprovechado nada, porque ni se cuidaban siquiera para evitarlos naturalmente.

No obstante todo esto, el 4 de mayo el general en jefe Ramírez recibió parte del comandante del batallón de Castro, en el que le avisaba su vuelta a Vitiche después de haber desalojado dos veces del cerro de Ñuqui a los patriotas [ilegible] en él, haciéndoles algunos prisioneros y cogiéndoles porción de gana-// [f. 463]do. El parte decía también que había mandado prender fuego al pueblo de San Lucas por la rebeldía de sus moradores y dar muerte a los prisioneros. Este cuerpo entró dos días después en el cuartel general, pero dejó en Vitiche una corta guarnición para que sirviese de avanzada contra los independientes de cerro de Ñugui y los habitantes de San Lucas, juzgándolos de incitados por todo lo que las tropas reales acababan de hacer con ellos.

Mientras que todas estas cosas iban aconteciendo en el cuartel general y con las columnas que andaban en comisión, también por la parte del virrey Abascal se hacía cumplir la marcha de los escuadrones preventivamente, ya advertidos para el cumplimiento de esta operación. Así que los días 6 y 7 de mayo los escuadrones de húsares de Fernando VII y dragones de la Unión salieron de Lima para el alto Perú, montados en bagajes y llevando de mano a los caballos que les habían de servir para la campaña, después de una marcha de más de 500 leguas, la mayor parte por entre cordilleras. El virrey Pezuela traía el mismo camino desde Santiago de Cotagaita, atravesando las provincias ya descritas, y, noticioso de la dirección de dichos escuadrones, les mandó suspender la marcha hasta nueva determinación, bien fuese con el fin de revistarlos, como lo hizo, bien, lo que parece más probable, porque no quería que le embarazasen en la suya, atendida la escasez, particularmente de forrajes, que se experimentaba en la mayor parte de los pueblos del tránsito. Los húsares de Fernando VII recibieron la orden para suspender la marcha el 8 de junio en Tambo Cangallo y permanecieron allí hasta el 10, en que, por falta absoluta de forrajes, retrocedieron a Huamanga seis leguas ya avanzadas. En el recibimiento del virrey en esta capital de provincia, los escuadrones europeos se formaron

y Pezuela se manifestó muy satisfecho de su brillante estado; mas el 27 del citado junio volvieron a seguir su camino los húsares mandados por su coronel don Joaquín Germán y los dragones de la Unión dirigidos por el de igual clase don Vicente Sardina, cuya fuerza era de 280 hombres. El virrey electo había continuado antes su camino para la capital del virreinato, en la que hizo su entrada el domingo 7 del siguiente julio, con la pompa y solemnidad de costumbre. El mismo día, se hizo cargo del mando por la entrega que le hizo de este el virrey saliente Abascal, marqués de la Concordia, quien partió para España el 13 del mismo mes, pues para el efecto ya tenía el buque aprestado que lo había de conducir. Su ausencia fue bastante sentida en Lima, por la afabilidad de su carácter y lo benéfico que había sido con algunos en el país, y también porque desplegó, más que ningún otro virrey en todo el tiempo de su mando, los multiplicados y fecundos recursos que le suministraron sus talentos políticos y militares, además de sus desvelos, superiores a todo encarecimiento, para hacer más duradero y estable el dominio colonial y para que desapareciese en lo absoluto todo paso y pensamiento de patriotismo e independencia en los hijos del país. Esto fue sin duda lo que le hizo sentir al partido realista, pero a los verdaderos americanos no hubo de hacerlo, porque ellos se llenaron de ese sentimiento que solo lo tenían por // [f. 464] la sangre americana que había hecho derramar en todas direcciones, por solo sostener el mando suyo y el de su rey. El virrey nuevo, pocos días después de haberse posesionado del gobierno, mandó salir también de Lima al regimiento de infantería Extremadura para el ejército de operaciones.

Así, pues, don Joaquín de Pezuela y Sánchez, caballero Gran Cruz de la orden americana de Isabel la Católica, teniente general de los reales ejércitos, quedó recibido en público por todas las corporaciones y presidió la Real Audiencia el 17 de agosto de 1816 como tal virrey interino del Perú, en su capital de Lima. Después de la etiqueta y los cumplidos de exaltación al gobierno del virreinato, se ocupó, con el mayor tesón y energía, del inmediato arreglo, a su modo, de todos los ramos de la administración pública. Y, aunque los halló bastante decaídos y con una deuda de once millones de duros, pudo acudir con puntualidad al pago de los gastos ordinarios, enviar considerables auxilios al ejército del alto Perú y aun

llevar a cabo costosísimas expediciones sin apremios violentos y sin exacciones vejatorias que, por lo regular, agrian los ánimos y predicen funestas animadversiones para el mandatario, de parte de los gobernados, que los experimentan y sufren.

Fue, asimismo, uno de los primeros actos del virrey Pezuela ejercer su autoridad para que se llevara a ejecución la sentencia pronunciada por el consejo de guerra nombrado para el juzgamiento de los principales motores de la asonada del regimiento de infantería de Extremadura. Después que fueron castigados, les dirigió a los demás una enérgica alocución, con lo que quedó reparado el desmán cometido y la subordinación y moral realista en este cuerpo completamente impregnado. Asimismo, hizo establecer en septiembre un consejo de guerra permanente para juzgar a los salteadores que infestaban los caminos.

Mientras de tal manera el virrey Pezuela seguía arreglando su gobierno, también las tropas realistas del alto Perú iban peleando casi frecuentemente con los sostenedores de la independencia. El coronel don José Santos de la Hera había nuevamente logrado sorprender en el mes de junio al cuerpo principal del guerrillero patriota Padilla, en el pueblo de Quinteros, distante tres leguas de la ciudad de La Plata, valiéndose del auxilio de un desertor de Padilla, que había sido hecho prisionero con otros cuatro altoperuanos paisanos, en uno de los ranchos inmediatos a dicho pueblo. Con estos individuos que le sirvieron de guías, La Hera se arrojó con impetuosidad y rapidez sobre el campo del caudillo Centeno, segundo de Padilla, antes del amanecer, causando una horrorosa mortandad, de la que pudo escapar aquel jefe independiente con su precipitada fuga hacia el de Padilla, que se hallaba poco distante. Este, con la presentación de Centeno y muchos de sus dispersos, formó inmediatamente su tropa, que se componía de 150 fusileros, de igual número de caballería y de mil altoperuanos armados con lanzas, palos y hondas, y emprendió su marcha para atacar a los realistas. La serenidad con que Padilla y su segundo Centeno condujeron a sus soldados y empeñaron el ataque no dejó de causarles, al principio, algún respeto a La Hera y sus subordinados, que todos eran de línea y veteranizados [sic] en los frecuentes combates que habían arrostrado. Pero estos mismos fueron en-// [f. 465] tusiasmados por el referido La Hera

con el ejemplo que les dio de ser el primero en ir delante de ellos a dar resueltamente las repetidas cargas a los independientes, hasta precisarlos a replegarse a las alturas inmediatas, de cuyas ventajosas posiciones no fue ya fácil desalojarlos, con la poca tropa que tenía entonces el citado coronel realista La Hera. En mérito de que este no podía avanzar más, determinó retirarse a la ciudad, después de haberle causado a Padilla la pérdida de más de 100 muertos, entre los cuales se contaban sus dos comandantes don Feliciano Asurdani y don Pedro Herrera, 15 prisioneros, algunas armas y caballos. Por parte de los realistas, tan solo se contaba una contusión de bala recibida por el capitán de caballería don Francisco Rondeau, pariente por el apellido del general patriota de la república argentina, que mandaba en jefe el ejército independiente.

Cerca del cuartel general de Santiago de Cotagaita, los guerrilleros patriotas de Cinti volvieron a apoderarse del cerro de Ñugui, y aun llegaron a amenazar la guarnición de Vitiche, cuyo comandante dio parte el 9 de mayo al general en jefe de que, noticioso de la aproximación de estos independientes, había hecho salir a su encuentro a parte de su guarnición, la cual había logrado batirlos y cogerles 15 prisioneros, que fueron seguidamente muertos a palos. Asimismo, le participó que, persiguiendo a los batidos, estos emprendieron a resistir, favorecidos por la escabrosidad de la inmediata quebrada; que también fueron aquí batidos y dispersados; y que, habiéndoles hecho 11 prisioneros con uno de sus comandantes, sufrieron todos la misma clase de muerte que los anteriores. He aquí la muestra indudable del carácter y la ferocidad de la clase de guerra que hacían los realistas con todos los prisioneros patriotas que tomaban, a quienes no solo les quitaban la vida, sino que al hacerlo todavía los martirizaban inhumanamente con el rigor y crueldad de los palos con que les hacían exhalar el último aliento de vida.

A este tiempo, los naturales del partido de Larecaja, seducidos por los realistas, usaron la traición contra sus propios jefes patriotas y, tras prenderlos, los entregaron a ellos, es decir, a los mandatarios españoles de La Paz. Esto sucedió muy especialmente con el cura Muñecas, que estaba incluido en este número, que llegaba hasta 30, de personas aprehendidas. Todos fueron pasados por las armas, menos el cura Muñecas, a quien el

virrey Pezuela mandó conducir de La Paz al Cusco, para que fuese allí degradado antes de sufrir la pena de muerte a la que había sido condenado por los mismos. Mas, en el camino, Muñecas fue muerto de un tiro, el cual, se dijo, casualmente se le había escapado a uno de los soldados de la escolta que lo custodiaba, según aviso que dio el comandante de ello. Mas todos los que saben la tradición del suceso tienen que se le ejecutó de tal modo por mandato expreso.<sup>41</sup>

Ya estando a mediados de mayo, el brigadier Olañeta recibió en Yavi una comunicación del general en jefe independiente Rondeau, fechada en Jujuy el 30 de abril. En ella exponía que, como las circunstancias no habían permitido dar cumplimiento al canje, acordado el año anterior, de la esposa del brigadier Olañeta y dos oficiales más por el mayor general Rodríguez, remitía en el presente a dicha señora con la escolta correspondiente y esperaba en consecuencia que Olaneta señalase el punto al que quería que fuese conducida, para que se realizase su // [f. 466] entrega. Así se verificó pocos días después en Yavi, cuando la acompañó su tío don Domingo Iriarte y seis dragones patriotas. Esta señora era natural de la ciudad de Salta, donde Olañeta se había desposado con ella. El día 22 de mayo, llegó igualmente a Yavi el gobernador de Cochabamba, coronel Goiburo, que había sido conducido prisionero a las provincias de abajo con el ilustrísimo Moxó, arzobispo de Charcas, remitido también por Rondeau para completar el canje de Rodríguez. Manifestaba Goiburo que corría entre los patriotas que los portugueses movían tropas desde Brasil hasta Montevideo y que en Buenos Aires habían depuesto al director supremo Álvarez y nombrado en su lugar a Pueyrredón, lo que en efecto era así, según el orden de la política que había superado en el Congreso que se había reunido en el Tucumán.

El comandante general de la vanguardia realista, el brigadier Olañeta, pocos días después de lo ocurrido, pasó de Yavi al cuartel general de Santiago de Cotagaita para conferenciar con el general en jefe Ramírez sobre las

<sup>41</sup> En este párrafo, Cortegana modifica lo narrado en la fuente Memorias, de Andrés García Camba, que venía refiriendo, sobre la muerte del cura Muñecas. En efecto, se trata de una reinterpretación del evento, en el que los naturales no traicionaron a sus líderes motu proprio porque estaban cansados de sus abusos y del desorden que generaban, como dice el general García Camba.

noticias recibidas del país que ocupaban los independientes. Aparecían también entre esas nuevas que, en la división de French, reunida en Jujuy, servían más de 300 españoles europeos, a quienes se les hizo advertir que, tratándose de avanzar al Perú, se deseaba saber si querían continuar en el servicio de la patria como hasta allí, y que al efecto diesen algunos pasos al frente los que estuvieran por la afirmativa, ante cuya prevención, solo cuatro hombres se movieron con sorpresa de los independientes. Reconvenidos entonces los demás, respondieron que habían tomado partido en Buenos Aires porque se les hizo entender que aquella guerra se emprendía por una querella particular con el virreinato de Lima; pero, convencidos ahora de que se trataba de atacar los derechos del rey de España, de ningún modo querían continuar sirviendo, cualquiera fuese su suerte. A consecuencia de esta respuesta, fueron seguidamente desarmados, despojados del vestuario, puestos en prisión y conducidos poco después al Tucumán. A su trámite por Salta, la señora de Lezama, compadecida por el estado de desnudez en que iban esos desgraciados, pidió permiso a Güemes para socorrerlos y, obtenido este sin dificultad, los exhibió generosamente para que atendieran sus principales necesidades. La desavenencia entre Güemes y Rondeau había sido tan seria, que el primero amenazó con unirse con su gente al ejército real, si el segundo lograba sobre él algunas ventajas. Güemes y Pananá, su segundo, habían hecho despojar a algunos patriotas de lo que se habían habilitado en el Perú y entre ellos el mayor general Rodríguez, que se había enriquecido en Chuquisaca. Finalmente, las provincias de Santiago del Estero y el Tucumán estaban casi en hostilidad abierta, porque los pueblos se iban cansando del estado de inquietud en que vivían y aborreciendo el gobierno inestable de Buenos Aires.

Pero todas estas noticias no pasaron de ser convenientes solo para distraer en conversaciones y conjeturas que se hacen de continuo en tales casos; en efecto, solo para eso // [f. 467] sirvieron a todos los que se ocupaban de la política en los campamentos realistas. Mientras tanto, no había ningún resultado positivo, pues hubiera sido muy obvio que los jefes españoles de las referidas desavenencias habrían sacado mucho partido, en caso de que estas fueran ciertas y si ellos hubiesen tenido fuerzas suficientes para avanzar al país en que, se decía, existían las indicadas desavenencias.

Pero, como los realistas carecían de tan necesario medio y no podían dejar desatendidas las provincias de retaguardia, donde las partidas inmensas de guerrilleros patriotas no cesaban de aparecer y crecer, se vieron obligados a esperar que estas les llegaran de Lima. Con tanta mayor prudencia debían hacerlo, ya que la súbita aparición de destacamentos independientes del ejército de Rondeau por el frente de la vanguardia realista estaba en contradicción con las noticias que el brigadier Olañeta había recibido y acababa de comunicar al general Ramírez. Y más cuando era máxima de dichos independientes hacer preceder sus operaciones ofensivas de especies favorables a los realistas, con el objeto de descuidarlos y así tomarlos bajo el peso de sus armas.

El general Ramírez, receloso por este conocimiento que tenía de las operaciones de los patriotas argentinos, acordó, con precaución, la reconcentración de sus fuerzas, arrostrando el inconveniente que ofrecía el respiro que se les iba a dar a los guerrilleros independientes del interior, cuando les retiraran las columnas que de continuo los perseguían. De manera que no quedara más tropa que el batallón del centro en la provincia de Charcas que mandaba el coronel La Hera y un escuadrón denominado de la Laguna, el infatigable independiente Padilla creyó muy favorable la ocasión y, redoblando su notoria actividad, se aproximó a Chuquisaca con sus fuerzas casi hasta las puertas de la ciudad. Mas, como le salió al encuentro el tantas veces nombrado coronel La Hera, con 500 hombres del batallón del centro que mandaba y una compañía del escuadrón de la Laguna, alcanzó a dispersar a Padilla en la madrugada del 28 de mayo, causándole alguna pérdida y sin desgracia de consideración por la parte de los realistas.

A los tres días de la citada refriega, Padilla tuvo el arrojo y la sangre fría de volver a atacar la ciudad de La Plata, manifestando así que la audacia y la perseverancia eran la divisa de la causa de la independencia nuevamente progresada. El jefe patriota Padilla había engrosado asombrosamente sus partidas y no solo por esto interceptaba los caminos de la provincia de Charcas, sino que llevó su impávido denuedo hasta intimar la rendición de la plaza de dicha capital. El coronel realista don Rufino Vercolme gobernaba la provincia como presidente de la Audiencia, relevando a La Hera, que la había estado presidiendo interinamente, y tenía a sus órdenes

siempre el batallón de línea el centro, que era mandado por el mismo coronel La Hera. Vercolme, contraído con este a la conservación y defensa de la enunciada ciudad, la guarnición y el vecindario sufrían graves fatigas, trabajos y privaciones. Este penoso estado llamó la atención del general en jefe Ramírez, quien hizo salir de // [f. 468] Cotagaita para Chuquisaca el 18 de junio al general Tacón, que, con la anuencia del virrey Pezuela, había entrado en el ejército a ocupar el lugar de Ramírez, con los granaderos de reserva, autorizándole que hiciera tomar la misma dirección a un batallón de nueva creación, formado en el Cusco sobre la séptima compañía de Extremadura, del cual era comandante don Manuel Ramírez, y que debía llegar de un día a otro a Potosí. Este era el mismo al que Pezuela, a su paso por el Cusco, le puso el nombre de segundo de Extremadura.

Entre tanto que así el general Tacón caminaba a Chuquisaca, el gobernador de Charcas Vercolme adoptó la resolución que le proponía La Hera, permitiéndole hacer algunas salidas, de las que le resultaron varios encuentros ventajosos, particularmente en la del 20 de junio, en que fueron más decididamente arrollados los bloqueadores del Chuquisaca, es decir, Padilla y sus tropas, noticia que causó mucha satisfacción en el cuartel general, donde se recibió el 27 del mismo mes. Mas, siguiendo estos en la carrera de sus triunfos, alcanzaron otros no menos positivos contra el comandante guerrillero Lorenzo Eranieta, dependiente de la división de Padilla, que había tomado posición en Quilaquila y Tipoyo, de la que fue desalojado con pérdida muy considerable. Pero, aun en medio de estas ventajas obtenidas por los realistas de Chuquisaca, no quedaban nunca expeditas las comunicaciones de Charcas en todas sus direcciones, hasta que el mencionado general Tacón entrase a Chuquisaca y procediese a operar contra Padilla constantemente.

Puesto en marcha el general Tacón, obró por el frente del ejército el primer escuadrón de cazadores, que formaba parte de la división de vanguardia, y sorprendió a principios de junio una tropa descubierta patriota de 16 hombres, de los cuales dos fueron muertos y el resto, prisioneros. Estos declararon que el general independiente Rondeau estaba en Jujuy con 1500 hombres y que Güemes estaba en Salta, mandando con independencia de aquel general en jefe. Dijeron que, en la quebrada de

Humahuaca y cerca de Tumbaya, habían construido una batería de cuatro cañones de a 6; en el mismo pueblo de Humahuaca, había como 40 dragones; y, en el puesto del marqués, 30, de los cuales 20 estaban armados de fusil y los otros 10, de lanza. Agregaron que el marqués del Tojo se hallaba en Casavindo, reunido con el paisanaje de sus estados, pero que experimentaba mucha deserción sin poderla contener. Por consecuencia de estas noticias, el general en jefe realista Ramírez dio orden a su vanguardia para que se moviera sobre Casavindo, a fin de alejar de allí al expresado marqués y tener expedita esa posición.

Con motivo de la ocupación que hizo Olañeta de la villa Tarija, tuvo que quedar en ella de gobernador el coronel de ejército don Melchor José Lavin, el mismo que, a principios del mes de agosto, alcanzó un hecho de armas favorable sobre unas partidas de guerrilleros patriotas situados en los llanos de Canasmoso. Fueron los trofeos de este feliz esfuerzo suyo 30 fusiles, un par de pistolas, 26 cadáveres, 33 prisioneros, 87 caballos y un rico botín, así como varias especies de dinero, oro y efectos. Antes que Lavin hubiera dado este golpe, el general // [f. 469] en jefe, receloso con la aparición de partidas independientes por el frente de la línea realista, ya que buscaba la conservación de Tarija, que formaba la izquierda y se estimaba importante, dispuso que saliese el 17 de junio para dicha villa el segundo regimiento y el escuadrón San Carlos, que debía quedar en ella de guarnición. El 24 de este propio mes se recibió en el cuartel general de Cotagaita la noticia de que el marqués de Tojo se había retirado de Casavindo y que se le había dispersado mucha parte de la gente colecticia al saber el movimiento de la vanguardia realista, de cuyas resultas había regresado esta a su posición en Yavi, sin haber tenido otra ocurrencia.

Cuando el general Ramírez se hallaba ocupado en estas participaciones de sus tropas, también le llegó a su cuartel general una comunicación del general patriota Rondeau, concebida con sentimientos de humanidad y extendida en términos muy atentos. Proponía en ella un canje de prisioneros, que podría verificarse, añadía, sin etiquetas y hombre por hombre. Ramírez, por su parte, no fue menos urbano en su contestación, indicando desde luego que el canje habría de efectuarse según las prácticas de la guerra y por clases; pero que aun para esto necesitaba la autorización previa del

virrey, de quien dependía el ejército de operaciones. En el cuartel general se daban las más favorables interpretaciones a los buenos términos que había usado el caudillo independiente en su comunicación, porque se habían concebido grandes esperanzas del casamiento del rey don Fernando y de su hermano don Carlos con dos princesas portuguesas, cuya Corte residía en el Brasil. Las esperanzas citadas eran que, de este imperio, se acumulasen tropas sobre Buenos Aires, así como que las testas coronadas de la Península y Portugal formasen una misma familia en Europa y América y también unos mismos intereses políticos en ambos hemisferios.

Entrado el mes de julio, en Tarija se trató de verificar la expedición del segundo regimiento, batiendo y dispersando a los guerrilleros patriotas que se presentaron a hostilizarlo. Su persecución la continuó el escuadrón de Blandengues, el mismo que impidió la reunión que los agrupados dispersos de aquellos pretendían hacer para volver al combate. Con ese acontecimiento, toda la provincia de Tarija, hasta el río Bermejo, parecía por entonces que quedaba tranquilizada. Bajo esta persuasión, el referido segundo regimiento dispuso su regreso al cuartel general, como se le había últimamente ordenado por el general en jefe; pero el sosiego de Tarija no era efectivo, sino aparente, y esta simulación de las circunstancias no fue de larga duración, porque pronto volvieron los independientes sobre ella.

Como el correo de Lima llegó al cuartel general el 24 de julio, se supo por él que se hallaba en Portobelo un nuevo refuerzo de tropas peninsulares con destino al Perú, y que el batallón de voluntarios de Gerona, de la misma procedencia y que mandaba el teniente coronel don Alejandro González Villalobos, había zarpado del puerto de Panamá con rumbo al de Arica, como se le tenía prevenido por el virrey del Perú.

A este tiempo, le llegaron comunicaciones al virrey Pezuela de la Corte // [f. 470] de Madrid y, entre ellas, de parte del rey, le vino la ratificación de las audiencias de Lima, Cusco, La Plata, Chile y Quito, en esta forma:

### REAL AUDIENCIA DE LIMA

Excelentísimo señor don Joaquín de la Pezuela, virrey gobernador y

capitán general del reino del Perú Presidente interino

Regente señor don Vacante

### **Oidores**

Señor doctor don Domingo Mateo Arnáiz de las Revillas y Ortiz

Señor doctor don Francisco Javier Moreno

Señor doctor don Manuel María del Valle Postigo

Señor doctor don Tomás Palomeque

Señor doctor don Manuel Genaro Villota

Señor doctor don Diego Miguel Bravo del Rivero, marqués de Castel-Bravo

Señor doctor don Gaspar Antonio de Osma

Señor doctor don Josef de la Iglesia

Señor doctor don Juan Bazo y Berri

Señor doctor don Pedro Mariano Goyeneche

#### Alcaldes del crimen

El marqués de Casa Calderón

Señor doctor don Santiago Aldunate

Señor doctor don Antonio Caspe y Rodríguez, ministro honorario del Consejo de Indias

Señor doctor don Juan de Mata Ramos

Señor doctor don Manuel Plácido Berriozábal

## Fiscal de lo civil

Señor doctor don José Pareja

# Fiscal de lo criminal

Señor doctor don José Irigoyen

## **AUDIENCIA DEL CUSCO**

Señor doctor don Bartolomé Cucalón

Presidente

## **Oidores**

Señor doctor don Manuel Pardo Regente Señor doctor don Pedro Antonio Cernadas Señor doctor don Manuel de Vidaurre Señor doctor don Manuel Galeano Señor doctor don Miguel Otermín Señor doctor don Santiago Corbalán //

# [f. 471] Fiscal de lo civil

Señor doctor don Bartolomé Bedoya

# Fiscal de lo criminal

Señor don Martín José Mujica

# **AUDIENCIA DE CHARCAS**

Señor doctor don Vacante	
Señor doctor don Francisco Tomás Anzoátegui	Presidente
Regente	

## **Oidores**

Señor doctor don Josef Agustín Usoz y Mozi Señor doctor don Manuel Josef de Reyes Señor doctor don José Félix de Campoblanco Señor doctor don Francisco Javier Manzanos Señor doctor don \_\_\_\_\_ Vacante

## Fiscal de lo criminal

Señor doctor don Juan Antonio Zavala

# Fiscal de lo civil

Señor don Vacante

# AUDIENCIA DE CHILE

Presidente interino señor don Francisco Marcó del Pont, gobernador y capitán general del reino.

Regente señor doctor don Juan Rodríguez Ballesteros

### **Oidores**

Señor doctor don Santiago Concha Señor doctor don José Félix Bazo y Berri Señor doctor don Francisco Valdivieso y Prada Señor doctor don José Antonio Rodríguez

#### Fiscal de lo civil

Señor doctor don Luis Moxó y Francolí

#### Fiscal de lo criminal

Señor doctor don José Antonio Navarrete

# **AUDIENCIA DE QUITO**

Presidente teniente general don Juan Ramírez y Orozco, gobernador y comandante general de las provincias del reino

Regente señor doctor don Francisco Javier Esterripa

#### **Oidores**

Señor doctor don Juan Nepomuceno Muñoz

Señor doctor don José	Joaquín Rodríguez
Señor doctor don Ped	ro López de Segovia
Señor doctor don	Vacante
Señor doctor don	Ídem

#### Fiscal de lo civil

Señor doctor don Antonio María Izquierdo //

# [f. 472] Fiscal de lo criminal

Señor doctor don Vicente de Rodríguez Romano

Así se le comunicaban al virrey del Perú estas razones de las audiencias de esta parte de la América del Sur, en virtud de que las mayoría de las presidencias dependían de él no solo en cierto modo, sino en el todo, desde que principió la revolución de independencia, porque él era el único jefe superior realista que, a costa de sus naturales recursos, sostenía a todo trance el dominio real en todos los reinos referidos, a fin de que le sirviera de gobierno respecto de los oidores aprobados últimamente por el rey, por si hubiesen sido alterados con otros sus colocaciones en tiempo de la Constitución española, y también para que estuviera con el celo conveniente sobre sus conductas en la causa política que se ventilaba con las armas entre españoles y americanos. Por este tiempo, también se le participó al virrey del Cerro de Pasco que había empezado a operar una de las cuatro bombas de vapor traídas de Inglaterra para el desagüe de las minas de este afamado mineral, las mismas que habían sido conducidas meses antes con ingentes gastos y con sumo cuidado.

Al concluir el mes de julio, los comandantes de los cantones de Vitichi y de Cinti hicieron, como operaciones del ejército del alto Perú, algunas correrías sobre las partidas de los guerrilleros patriotas que se les presentaban a molestarlos. En estas diligencias suyas, el resultado siempre era dispersarlos y quitarles una porción de ganado de sus pertenencias, que para ellos era de mucho sentimiento y también el mayor castigo que podían recibir después del de la muerte, esto es, una tal insoportable hostilización. El primer comandante sorprendió, en el pueblo de San Lucas, a un capitán

y 16 hombres, y a todos los hizo prisioneros. Tan penoso servicio tenía que ser frecuente en las tropas realistas, tanto por el estado de conmoción del país como para procurarse recursos de subsistencia. Este era el carácter singular de esa guerra generalmente poco conocida y menos apreciada por los paisanos de los realistas en sus respectivos países.

Se descubrieron igualmente, por el frente de Yavi, algunas partidas de tropa reglada de los independientes y, por dos prisioneros que se hicieron a principios de agosto, resultaba que Rondeau se replegaba de Jujuy a Salta, receloso de los movimientos de la vanguardia realista y de las tropas expedicionarias a Tarija. Interpretaban estas acciones, decían, como preparativos de alguna operación general, que no se hallaban en estado de resistir y, por lo tanto, con prudencia querían de tal manera precaucionarse.

A este tiempo sucedió, después de haberse retirado de Tarija el segundo regimiento, el suceso de armas practicado por el coronel realista Lavin, que ya se deja referido con anterioridad en otra parte de esta historia, con los escuadrones de San Carlos y Blandengues, sobre un grueso de caballería patriota, la mayor parte compuesta de gauchos pertenecientes a todas esas partes de las provincias de Jujuy y Salta. En efecto, el parte de ese evento llegó al cuartel general el 21 del mismo mes. Pero, como esta clase de guerrilleros se volvían siempre a reunir con admirable prontitud, Lavin nunca pudo estar en sosiego y, por lo tanto, tuvo siempre ocasiones para acreditar su actividad y valentía, en frecuentes correrías y choques que cruzaba con ellos, causándose recíprocamente señaladas pérdidas en hombres, armas y animales. //

[f. 473] El general en jefe Ramírez, tras haber estado ya bastantes meses estacionado en Santiago de Cotagaita, se decidió dejar este pueblo y trasladó su cuartel general el 25 del citado agosto al punto de Yavi, donde se hallaba Olañeta con la vanguardia. Su ánimo era pasarle una revista y hacerla avanzar a Humahuaca, con el fin de adquirir noticias de Jujuy y también para recoger ganado para la mantención del ejército que se hallaba sin él. El comandante del cantón de Vitiche, con el segundo escuadrón de cazadores y dos compañías de infantería, salió por el mismo tiempo contra los guerrilleros patriotas que se le acercaban, a los cuales alcanzó y dispersó, haciendo 35 prisioneros, tres de ellos comandantes. Mandó fusilar a estos

y a todos los primeros, llevando así crudamente la guerra a muerte<sup>42</sup> contra los naturales del país que no querían ser dependientes de los españoles.

En este mismo tiempo, acaeció que, estando el escuadrón de la guardia del general en jefe acantonado en Cinti por la mayor proporción de forrajes de este valle, tenía a sus caballos al pasto, a excesiva distancia, con la escolta respectiva de un oficial y seis hombres de tropa, ajena de ser molestada por los patriotas. Pero estos, que tampoco perdían instante alguno de hacerles males a los realistas, en represalia por los frecuentes fusilamientos que hacían de ellos cuando los tomaban prisioneros, cayeron de sorpresa sobre la escolta, mataron al oficial y se llevaron a los caballos y soldados, los primeros de botín y los segundos como prisioneros. En tanto lo supo el comandante realista en Cinti, acaso habría podido evitar esta notable pérdida, si no hubiese despreciado el aviso que se le dio acerca de la aproximación de los independientes por distintas direcciones. En el curso de esta guerra, han sido varias las desgracias que los realistas han experimentado por iguales o semejantes causas de dejar desapercibidos sus destacamentos. Al mismo tiempo, el desprecio acostumbrado a los guerrilleros patriotas ha sido casi por lo general el primer paso frecuente para que recibieran una derrota. Ha sucedido en la revolución de toda la América que, cuando más confiados han estado los españoles de su superioridad y de su buena suerte, es cuando con indudable certeza, más de una vez, han experimentado sus temeridades el más triste desenlace en los campos de batalla contra los americanos.

Mas, volviendo a tomar el hilo de la marcha del general Tacón, que había salido del cuartel general de Cotagaita del modo que ya queda

<sup>42</sup> El 15 de junio de 1813, Simón Bolívar firmó el Decreto de Guerra a Muerte en la ciudad venezolana de Trujillo, en el marco de la campaña admirable. Mediante esta declaración, los españoles que aportasen a la gesta independentista serían perdonados, pero los que no ayudasen a este propósito serían inmediatamente pasados por las armas. Por su parte, los americanos serían amnistiados, incluso si cooperaban con los realistas. Tras esta proclama, las batallas tomaron un cariz todavía más cruento, lo que derivó en las cuantiosas muertes de los soldados de uno y otro bando. Habría que agregar también que, si bien el Armisticio de Trujillo —que anulaba el decreto de 1813— llegó recién en noviembre de 1820, ya en julio de 1816 Bolívar declaraba en Ocumare: «La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte: perdonaremos a los que se rindan, aunque sean españoles». El Libertador venezolano se había percatado de que la guerra a muerte, finalmente, había sido más perjudicial que beneficiosa.

anteriormente expresado, llegó a Chuquisaca sin novedad, no obstante que en su trámite tuvo que hacer una correría sobre la provincia que reconoció infestada de los comandantes guerrilleros de Padilla, puesto que también de paso conducía a la ciudad de La Plata un rico convoy. Dicho general supo en aquella tarde, por el comandante militar de Siporo don Juan Alcaraz, de la entrada del caudillo patriota Betanzos en el mineral del mismo nombre, sin que lo hubiera podido impedir la columna de 200 hombres de infantería a cargo del teniente coronel don Francisco García, que se hallaba en sus inmediaciones, quien hubo de replegarse atendida la inferioridad de su fuerza y las ventajosas posiciones que ocupaban los patriotas, llegando a incorporarse con la división de Tacón al día siguiente. Este general se quedó con la mitad de esta fuerza, remitió la restante a Potosí y, en se-// [f. 474] guida, se dirigió al pueblo de Bartolo, donde tuvo aviso de que los independientes se corrían por la izquierda sobre el camino de Potobamba. Cuando se acercó a la ranchería de Ticoya, descubrió un cuerpo de 300 guerrilleros hijos del país, a los que, con una guerrilla de 50 granaderos de reserva mandada por el capitán Arauso, ahuyentó y les causó el estrago que de continuo hacían los realistas con ventaja sobre sus indisciplinas.

Al mismo tiempo, el general Tacón, informado de que la mayor parte de los patriotas había tomado la dirección de Pilima, continuó su marcha hasta que, al bajar la cuesta del río Pilcomayo con la mayor parte de su convoy, que consistía en más de 1000 acémilas, su retaguardia fue acometida de improviso por más de tres mil independientes, quienes, si bien solo contaban con algunos fusiles útiles, dieron terribles pruebas de un ciego valor, que se estrellaban en los pechos y fuegos de las tropas que los combatían. Sin embargo, se retiraron sin haber sacado más provecho que el haber sido rechazados por las tropas de línea de dicho general realista Tacón. Mas el siguiente día volvieron con más fuerza a atacar la misma columna realista que encabezaba el enunciado general en la estrecha quebrada de la Calera. Pero, aunque rompieron el fuego por varios puntos, fueron al fin repelidos y puestos en dispersión por varias sendas, dejando empapado el campo de sangre y tendidos muchos de ellos en el mismo, inermemente sacrificados. Así fue que, siguiendo el general realista Tacón su marcha sobre La Plata, halló en la hacienda de Cachimayo unos 600 patriotas de las guerrillas de Padilla, preparados para obstruirle el paso, contando con el apoyo de los restos de las batidas en el día anterior, que muy pronto rehechos se presentaron por su retaguardia e izquierda. Pero este imponente aparato no tuvo más resultado que el de recibir los independientes otros nuevos rechazamientos y, con ellos, un triste desengaño de lo infructuoso de sus esfuerzos para arrancar de las sienes de los realistas los laureles que habían recogido en todo el camino, no tan sin haber también sufrido pérdidas irreparables; porque en toda guerra el que gana y el que pierde jamás dejan de experimentar desgracias entre los suyos.

El feliz combate sorpresivo que dio, a principios de septiembre, el coronel realista don Antonio Vigil, comandante del destacamento de Vitiche, contra los comandantes de guerrillas patriotas González, Cardoso, Fuentes y Carreño, no fue menos trascendental, ya que llegó a cruzarles los planes que estos tenían trazados para atacar a aquel citado punto la noche siguiente en que estos fueron sorprendidos en sus campamentos. Los mencionados jefes patriotas, por este inesperado movimiento del comandante realista sobre ellos, fueron desordenados completamente; pues huyeron llenos de la mayor confusión y dejaron, por la sorpresa, 63 cadáveres en el campo y 50 prisioneros, de los cuales 17 fueron pasados por las armas por la temeridad de Vigil, sin atender a que era americano como aquellos que peleaban por la emancipación de su patria y pese a que, después de hecho esto, había de venir a figurar en el derroche de los patriotas como general de la república peruana.

El 9 de septiembre, el general Ramírez regresó de Yavi a Santiago de Cotagaita y se encontró con el parte de Vigil de lo que había verificado en Vitiche y también con comunicaciones del coronel Aguilera, que le decía que // [f. 475] aún permanecía en Valle Grande, adelantando los preparativos para invadir con esperanza de buen éxito la provincia de Santa Cruz de la Sierra, de donde era natural, y esperaba por momentos los auxilios que se le habían prometido para dar principio a las operaciones de ocuparla. A la sazón, todas las probabilidades parecían a favor de Aguilera, porque no solo el país se hallaba alucinado con los triunfos conseguidos por los realistas en Viluma y otros puntos, sino que el espíritu de novedad de hacer más por un paisano suyo, como lo era el esperado Aguilera, sostenido

por las fuerzas y por el gobierno del rey, hicieron que no solamente vivieran disgustados con el gobernador patriota Warnes, que había vuelto a tomar el mando de la provincia después de la pérdida de Viluma, sino que también, agitados por un hermano de indicado Aguilera para levantarse a favor de este, bajo el apoyo de una partida que se había levantado en pro de la causa realista a cuyas tropas conducía el referido coronel Aguilera, estaba resuelto a auxiliarlos en la compañía que hacían y a hostilizar de todos modos a los del gobernador patriota Warnes. Asimismo, Ramírez supo aquí, por el correo de Lima, que el regimiento Extremadura se había embarcado en el Callao y dado la vela para Arica el 7 de agosto próximo pasado, y que habían arribado felizmente a este puerto los voluntarios de Gerona, procedentes de Panamá. Los dragones de la Unión habían entrado el 15 de agosto en Santiago de Cotagaita y los húsares de Fernando VII en el mismo día fueron acantonados en Vitiche. Luego, destinaron también los dragones a Cinti, por la comodidad de sus alfalfares y por la necesidad de cuarteles para la tropa.

Como consecuencia del regreso del general en jefe Ramírez a Santiago de Cotagaita, el brigadier Olañeta volvió a situarse en Yavi con la vanguardia realista, después de la expedición a Humahuaca ya indicada; y, a su aproximación a este pueblo, se plegaron sobre Jujuy los patriotas que observaban la quebrada. En las cercanías de esta ciudad, el marqués de Tojo permanecía con poco más de 300 hombres, y se decía que Belgrano reclutaba gente con empeño en el Tucumán y que, a pesar de sus violentas medidas, había tenido mucho trabajo en reunir como 3000 mil hombres, cantidad que disminuía diariamente por la deserción, como propensión característica a todo conscripto americano.

Igualmente, en estos mismos días, a Ramírez le llegó parte del coronel Lavin respecto de la expedición que había practicado desde Tarija hasta las inmediaciones de Baritú, habiendo dejado marcados todos los pasos de su marcha con señales del valor de las armas y la causa que sostenía. Estas fueron más remarcables en el valle de la Concepción, Pilaya, Orozas, Campanario, Chiriguano Muerto y en la encumbrada cuesta de Cullambuyo. Se hallaba esta defendida por 500 patriotas, quienes, pese a lo terrible de su posición, fueron desalojados a las dos horas de fuego

y arrojados a los montes del Porongal. Por todas partes, las armas de la columna realista de Lavin fueron coronadas del más feliz suceso. Los independientes quedaron escarmentados cuantas veces dieron // [f. 476] frente en estos choques. Muchos muertos patriotas y, entre ellos, los comandantes Lorenzo Ruiz y Mariano Segovia; 24 prisioneros, incluso el caudillo Juan de la Cruz Tarraga; algunos caballos, varias armas de chispa y corte; y el rescate de 4 soldados realistas fueron el fruto principal de esta mentada expedición de los españoles por estos valles y montes en la que, como queda indicado, persiguieron a los independientes.

Pocos días habían pasado de dichos acontecimientos, y aún el jefe realista Lavin no había descansado bien, cuando se vio en la necesidad de empuñar de nuevo las armas contra 250 patriotas que concibieron la esperanza de triunfar sobre un destacamento de sus cazadores montados en los campos de Yeseda. Tres furiosos ataques dados con muy poca interrupción acrisolaron la serenidad de estos soldados suyos, acostumbrados a estos choques. Más de 100 patriotas muertos —incluso uno de sus caudillos—, 6 prisioneros, varios fusiles y lanzas fueron los trofeos de este combate parcial, en el que tuvieron asimismo los soldados del rey algunos heridos y mayor número de contusos. Pero, no por estos contrastes que recibían con frecuencia los patriotas, quedaban totalmente destruidos, sino, por el contrario, las vidas que se perdían y la sangre que de ellos derramaban los españoles eran la semilla más segura para que aparecieran resonando con más fuerza en la escena guerrera otros y otros americanos en sus reemplazos, defendiendo la misma causa.

Cuando así se hallaban incrementadas las cosas políticas y la guerra en las provincias del alto Perú, llegó por extraordinario, el 19 de septiembre, a Santiago de Cotagaita la noticia de haber arribado el día 8 del mismo mes a Arica la fragata de guerra Venganza, conduciendo a su bordo al mariscal de campo don José de la Serna, nombrado (como se tiene ya dicho), por el rey, general en jefe del ejército del alto Perú. Le acompañaban, con destino al Estado Mayor, el teniente coronel don Jerónimo Valdés y los capitanes don Bernardo de la Torre y don Antonio Seoane. El capitán de ingenieros don Elogio Santa Cruz venía en clase de secretario; el teniente coronel don Fulgencio de Toro y el teniente de artillería don Miguel Aráoz, como sus

ayudantes; y el capitán don Valentín Ferraz mandaba una escasa compañía de caballería. El general La Serna halló en Arica al batallón de Gerona, preparándose para emprender su marcha para el ejército. Con el desembarco de este nuevo jefe en el territorio del Perú, dio principio a una nueva era, como el lector se instruirá adelante en esta historia.

De parte del virrey Pezuela, concibió a este mismo tiempo que le era indispensable —para dar un nuevo impulso a las operaciones militares con el nuevo general en jefe que había arribado al puerto de Arica de tránsito al alto Perú para encargarse del mando del ejército real, así como para habilitar dicha fragata de guerra y dos bergantines más, con el objeto de que saliesen a batir a los corsarios y dirigirse en seguida contra la escuadrilla de Buenos Aires, que se decía haber sido destinada contra las // [f. 477] costas de Chile— abrir un préstamo de 500 000 pesos, que no tuvo todo el resultado que se había prometido conseguir.

Entre tanto, llegó a fallecer también el obispo Olave de Huamanga, así como las tropas del alto Perú siguieron haciendo sus parciales correrías hasta la llegada de su nuevo general La Serna. Una de estas fue, a esta sazón, la de haber sostenido el teniente coronel don Joaquín Lira, unido con el capitán don José María Arce, un choque bastante ensangrentado contra el jefe guerrillero patriota Mendieta, a quien le causó un destrozo de 60 muertos y 6 prisioneros sin más pérdida por su parte que la de 11 caballos con sus huestes.

También tuvo lugar que, mientras el nuevo general en jefe expresado y las tropas desembarcadas en Arica se dirigían al alto Perú, unos 60 hombres de las milicias de Chichas, situados en Talina, se adelantaron a Abrapampa y, después de un ligero tiroteo, ahuyentaron de allí a la partida del comandante patriota Urdininea. Mas, entregándose a un abandonado descanso el jefe de los chicheños, estos fueron sorprendidos en la noche de aquel día, muertos dos oficiales y algunos soldados, otros prisioneros y los demás dispersados, debiendo su salvación a la oscuridad y a ser muy prácticos de esos terrenos, como naturales que eran de ellos.

Aconteció también, por este tiempo, que los naturales de Vilacaya que se habían levantado se le presentaron al comandante del cantón de Vitiche y le manifestaron que querían someterse al gobierno del rey y vivir tranquilos en sus hogares como antes, y que negociarían a la partida de González para que adoptase igual resolución, o la hostilizarían en caso de negarse. La proposición fue francamente admitida como era regular, y esta patente muestra de cambio en la opinión de unos habitantes tan tenaces como los de Vilacaya y demás pueblos inmediatos se atribuyó a la ausencia de las tropas de Buenos Aires y a la noticia de los peninsulares que se esperaban y habían empezado ya a llegar algunos a los cantones del ejército, como ellos mismos lo sabían y aun las habían visto entrar al cuartel general.

Se recibieron a principios de octubre, en Santiago de Cotagaita, los pormenores de los últimos encuentros que el coronel Lavin había tenido con los independientes de Tarija, pues decía que les había causado la pérdida de 106 hombres, entre muertos y prisioneros, mientras que la de los realistas era de un capitán y muchos soldados heridos. Sin embargo, Lavin fue reforzado con el segundo escuadrón de cazadores, que se hallaba en Vitiche a las órdenes de Vigil, quedando de jefe de este cantón el comandante de húsares de Fernando VII don Joaquín Germán. Se vino también a saber, a este propio tiempo, que, a mediados de septiembre, el general realista Tacón se hallaba en Chuquisaca listo para maniobrar contra el coronel comandante general de las guerrillas independientes Padilla, en combinación con el coronel don Francisco Aguilera, situado en Valle Grande, de donde debía salir para la Laguna, // [f. 478] a fin de cortarle su acostumbrada retirada a las montañas de Pomabamba, en donde siempre hacía ilusorias las persecuciones que le hacían los realistas.

Cuando así se trazaban los planes para destruir al independiente jefe Padilla, llegó el correo de Lima a Santiago de Cotagaita el 10 de octubre, por medio del cual los jefes realistas recibieron la satisfactoria noticia de que las tropas del general realista Morillo habían ocupado el 6 de mayo la ciudad de Santa Fe de Bogotá, capital de este virreinato, después de haber pasado el páramo de Cachirí y vencido a los patriotas de esas partes en las acciones de Chire y las alturas de Bálaga. Por esos resultados, muchos pueblos de Costa Firme se sometieron ya al gobierno realista. Por otro lado, los independientes de Popayán habían sufrido una completa derrota en Tambo por Sámano y habían sido perseguidos por Warleta, quien, tras salir por la ciudad de los Remedios, Ceja Alta, Caucan, Medellín, Nóvita,

y Citará, se dirigió a Cali y luego a San Buenaventura, donde se unió con la columna de Bayer, que venía de Quibdó, capital del Chocó, sobre Popoyán con destino a reunirse con él. En el indicado punto de San Buenaventura, se habían refugiado los más de los patriotas comprometidos con el rico tesoro de islas, consistente en un millón de pesos fuertes y alhajas de las iglesias. Así, buscando dónde ponerlo en seguridad, se encontraron en el puerto con el bergantín de guerra argentino que montaba Brown, que se hallaba allí con el objeto de tomar noticias del ejército de Morillo y de expender el cargamento de la Consecuencia, tras lo cual lo embarcaron a su bordo apresuradamente. Brown admitió esos caudales con protesta del tenerlos a disposición de sus actuales dueños o conducirlos adonde ellos ordenaran; mas, una vez puestos sobre sus tablas, el tal protestador, se dijo, desapareció del puerto una noche, dejando así burlados a los que habían cometido la ligereza de fiarse de un aventurero sin responsabilidad alguna en el puesto al que se lo encomendaron. Igualmente, supieron por el propio correo que el regimiento Extremadura había desembarcado en la caleta de Quilca y entrado en Arequipa, y que parte del batallón de Génova quedaba ya en Oruro. Los refuerzos de tropas europeos que el ejército real había recibido e iba a recibir llenaban de gratas esperanzas a los amantes de la causa de España, porque los negocios públicos en general presentaban en el alto Perú un aspecto bastante lisonjero a esta y a todos sus sostenedores, pues por todas partes así les hacía creer el comando de triunfos que habían conseguido con sus armas.

El plan de ataque acordado de Tacón y de Aguilera contra el caudillo patriota Padilla se había verificado, partiendo el primero del Chuquisaca y el segundo de Valle Grande sobre él y todas las partidas gruesas que generalmente comandaba en jefe. El general realista Tacón llevaba contra dicho Padilla tres batallones, dos escuadrones y dos piezas de artillería; y Aguilera, el batallón de Fernando VII, un escuadrón de caballería de Valle Grande y dos cañones de montaña. Estas dos fuerzas respeta-// [f. 479] bles y combinadas rompieron la marcha, superando todas las dificultades con que uno suele tropezarse en la ejecución de las operaciones militares así mancomunadas a largas distancias. El resultado de estas dos expediciones, que por direcciones opuestas avanzaron a un mismo objeto, fue feliz, y el

13 de octubre llegó al cuartel general de Santiago de Cotagaita el parte oficial de la derrota y muerte del célebre patriota Padilla, que tanto había dado que hacer a los realistas en mucho tiempo, siendo indudablemente, en la historia de la emancipación de América, uno de sus héroes mártires, sacrificado a las furias y venganzas del monstruo americano realista Aguilera.43

Fue, pues, principiada esta campaña contra dicho Padilla por el batallón del centro, que mandaba el coronel español La Hera, sorprendiendo y haciendo prisionero a un destacamento patriota en Tarabuco. Como consecuencia de este suceso, Padilla continuaba su retirada de las tropas de Tacón hacia la Laguna y, muy ajeno de tener noticias de la celada sobre ese punto de Aguilera, súbita y repentinamente se encontró con la columna de este. Luego, este empeñó con él la acción y la sostuvo casi sin cesar por espacio de dos días sin lograr decididamente la victoria, sino tan solamente mucho valor y energía en la oposición de los independientes. Pero, al tercer día, disminuida la fuerza de Padilla, por el hambre y por la dispersión hecha por la inconstancia que siempre es el norte de las tropas no bien arregladas, y receloso en vista de esto, el caudillo patriota, a causa de un nuevo ataque que calculaba irresistible, adoptó el partido de fugarse acompañado de su sargento mayor y de un capellán religioso franciscano que le servía. Sus huestes disminuidas seguían siempre de cerca la dirección por la que iban sus referidos jefes, lo cual le servía al cruel Aguilera de señal en su obstinada persecución sobre ellos. Sin perder de vista a estos, Aguilera siguió a Padilla con un destacamento de caballería bien montado y le dio alcance en el pueblo del Villar. Su gente se hallaba en el mayor estado de desorden y confusión, porque creía tener sobre sí toda la columna de Aguilera para quitarles la existencia. En semejante conflicto de no poder detener a los suyos ni infundirles aquella serenidad tan necesaria para estos casos, volvió a entregarse a la fuga con los enunciados mayor y capellán que le eran

<sup>43</sup> En la segunda parte de la última oración de este párrafo, Cortegana deja de seguir la fuente Memorias, de Andrés García Camba, que venía refiriendo, para exaltar la figura del comandante patriota Padilla, sobre todo en contraposición con el coronel realista Aguilera, a quien empieza a calificar negativamente. En efecto, además de «monstruo americano realista», luego le atribuye los epítetos de «cruel», «terrorista» y «desnaturalizado». Valiéndose de este personaje, Cortegana evidencia su desprecio por la tiranía militar, consecuente con su postura republicana.

inseparables. Aguilera lo persiguió sin reparar en nada, dando rienda a su brioso caballo; así, alcanzó al mayor y lo mató de un pistolazo, derribó con otro en igual forma a Padilla y cogió prisionero al franciscano.

Entre tanto, la columna de Aguilera completó la derrota de los patriotas con la muerte de 700 hombres y 75 prisioneros, que fueron inmediatamente pasados por las armas por el inhumano y feroz caudillo realista. La esposa del famoso Padilla, que se halló en la refriega, se retiró al paraje donde // [f. 480] tenía su residencia y sus intereses computados en más de 60 000 duros, de los cuales se apropió después el citado Aguilera, dejando a la mujer en la completa orfandad. Después de muerto Padilla, Aguilera le cortó con sus propias manos la cabeza y se la llevó como principal trofeo de su victoria, junto con 3 banderas, un cañón, 150 fusiles, 30 sables, algunas cargas de municiones y varias cabalgaduras. Luego, pasó a perseguir al comandante independiente González en el mismo territorio, causándole la pérdida de 150 muertos y varias armas, así como provisiones de guerra y boca; pero no pudo aprisionarle, porque este, más previsivo que Padilla, supo eludirse de su furioso enemigo.

Como consecuencia de estos horrorosos sucesos de parte de los realistas para con los patriotas, quedaron sometidos al dominio español los dilatados partidos de la Laguna, Yamparaes, y Porco, y, al mismo tiempo, sojuzgada la opinión de los pueblos, malogradas sus fundadas esperanzas que abrigaban de ser independientes por entonces y decretada por los mismos la próxima destrucción total del gobernador patriota Warnes, que todavía se mantenía dueño de la provincia de Santa Cruz de la Sierra. En efecto, eran de manifiesto las señaladas adquisiciones que habían hecho los realistas Tacón, La Hera y el nunca bien nombrado degollador de los independientes, el terrorista Aguilera.

Así, pues, para los españoles, la destrucción de Padilla fue de la mayor importancia, porque les proporcionó la sujeción de dichos partidos. No tenían ellos voces con qué expresar la actividad y decisión de su coronel americano Aguilera, y ninguno de ellos entonces pudo imaginar que más tarde viniese a ser este mismo jefe uno de los sostenedores más fuertes de la rebelión del general absolutista Olañeta, para, por ese sagaz medio, precipitar el anonadamiento del domino español en el Perú, con su falta de

cooperación a la campaña del virrey La Serna, que se estrelló en Ayacucho. No obstante este triunfo de Aguilera, el general Tacón continuó la marcha hasta la Laguna. Desde esta villa, los cuerpos realistas tomaron distintas direcciones para perseguir a los grupos de dispersos de los guerrilleros del finado Padilla y volver oportunamente a los puntos de donde habían salido las tropas de Tacón a Chuquisaca y la columna de Aguilera a Valle Grande, que era el cantón permanente de este mal americano, hasta que se pudo marchar sobre su país Santa Cruz de la Sierra.

Preciso era, por este tiempo, que también les llegara su vez a los soldados europeos húsares de Fernando VII, acantonados en Vitiche, para que se lanzasen a hacer su primer ensayo en esta guerra de realistas y patriotas, empapando y derramando la sangre americana con los sables que habían traído desde la Península. Lo hicieron, con dos compañías de batallón de Chichas, que mandaban los capitanes Baspiñeiro y Medinaceli, contra los naturales de San Lucas, a mediados del mes de octubre. Estos realistas, tras haberlos alcanzado en las cercanías de su pueblo vitoreando a la patria y a la independencia, los acuchillaron con un destrozo de horror, excitando // [f. 481] así la represalia de ellos con sus heridos y prisioneros, que también en su oportunidad no los perdonaron.

El gobernador y comandante militar de la villa de Tarija, el coronel realista Lavin, casi a este mismo tiempo, acababa de ganar una acción sobre los independientes que se habían dirigido a tomar ese punto. Un tiro de cañón disparado en el campo en la madrugada del 14 de octubre enteró a Lavin la proximidad de los patriotas y, reunida la tropa realista, tomó dicho jefe 90 caballos y algunos infantes convalecientes, de los enfermos que había dejado en Tarija el segundo regimiento, y salió en busca de los contrarios con toda su acreditada decisión, encargando a su segundo en el mando el resto de la tropa para el cuidado y defensa de las trincheras levantadas en la población. Se hallaban no a mucha distancia de esta, formados en batalla, como 500 caballos y 700 fusileros independientes con un cañón de a 2. Lavin contaba, por un lado, con la mejor calidad de su tropa, engreída además con las repetidas ventajas conseguidas anteriormente, y, no consultando por otro más que su propia valentía, acometió a los patriotas que lo esperaban con firmeza y lo pusieron en apuros. Pero

logró por fin arrollarlos con la muerte de más de 100 hombres, haciendo muchos prisioneros y cogiéndoles 73 fusiles, el cañón de campañas y considerable número de caballos ensillados. Se contaban, entre los cadáveres, el del comandante de ellos, don Manuel Peredo, y otros de sus tenientes; así como 25 sables, 3 cajas de guerra, multitud de flechas y algunas municiones y monturas.

Con triunfos tan consecutivos por parte de los realistas, en esa época todo parecía que concurría a dar solidez al dominio del rey en esta parte de América. Había desembarcado, a fines de octubre, en Huacho, una compañía de artillería realista europea, que luego pasó a la capital de Lima a disposición del virrey Pezuela, quien daba razón de que tras ella venían otras tropas peninsulares más.

Entrado el mes de noviembre, los húsares de Fernando VII y las dos mencionadas compañías de Chichas volvieron a salir de Vitiche en persecución de las reuniones de los patriotas naturales del país, que por lo regular siempre se presentaban por el lado de Tambillo y el cerro de Nuqui, a los cuales lograron alcanzar y dispersar, causándoles alguna pérdida de hombres y ganado que le quitaron de sus pertenencias. Esa conducta era lo más indigno para ellos y el motivo más crucial por que siempre vivían irritados contra los españoles.

Al fin de tanto esperar, el 12 de este mes de noviembre entró en Santiago de Cotagaita el nuevo general en jefe del ejército real mariscal de campo don José de la Serna, y con él el batallón peninsular de voluntarios de Gerona. La Serna tomó posesión de su importante mando en el mismo día de su ingreso, y el teniente general don Juan // [f. 482] Ramírez y Orozco, que también lo había desempeñado interinamente desde la separación del general Pezuela, partió a los dos días para su destino como presidente de Quito, donde el rey lo había colocado por reparación del periodo cumplido del teniente general don Toribio Montes, que había estado ejerciendo el cargo desde que el virrey Abascal lo remitió allí a mediados del año 12. El citado nuevo general en jefe La Serna había sido recibido con especial distinción en todos los pueblos del tránsito, y en todos ellos había dejado los más gratos recuerdos por su afabilidad, por su llaneza, por su digno porte y favorable aspecto, y por los sentimientos de humanidad y justicia que sus

labios expresaban; aunque sus acciones después no correspondiesen con sus palabras emitidas, que tan bien sentaron esta artificial política suya, en provincias y regiones remotas, en los funcionarios superiores representantes del gobierno supremo. Bajo tan favorables auspicios, inauguró su mando militar el mencionado nuevo general en jefe del ejército real del Perú, que desde el principio de Goyeneche había estado operando en las provincias del alto Perú contra los ejércitos independientes de Buenos Aires, y las convulsiones y guerrilleros de las mismas, en donde había ganado las batallas campales de Huaqui, Sipe Sipe, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, y Viluma.

Días antes de la llegada del nuevo general en jefe La Serna, se había trasladado el brigadier Olañeta con la mayor parte del batallón de cazadores y alguna caballería, y el resto de su cuerpo y el de cazadores se hallaban en una expedición de ganado, cuando empezaron a correr voces de que los enemigos, en número de 6000 hombres, avanzaban sobre las posiciones del ejército realista. Entonces, el general en jefe se propuso salir a su encuentro con las tropas disponibles, reuniéndolas con las de la vanguardia que ocupaban a Yavi, y al efecto hizo marchar a Tupiza el 15 y 16 de noviembre a los batallones de Gerona y voluntarios de Castro que estaban en Cotagaita y el 17 trasladó a su cuartel general al mismo pueblo. Mas aquellas voces eran esparcidas de intento por el marqués de Tojo, que avanzaba sobre Yavi con 600 hombres de a pie y el escuadrón de dragones infernales de Güemes. A su aproximación a aquel punto y en el concepto de que era Belgrano con todas sus tropas —el segundo regimiento, el batallón de partidarios y una brigada de artillería— los que estaban allí, se replegaron a Moraya y abandonaron sus equipajes y pertrechos por hallarse las bestias de carga pasteando a larga distancia. Los independientes entraron seguidamente en Yavi, saquearon los equipajes que encontraron y se entregaron a un total descuido, persuadidos de que la precipitada retirada de los realistas no les permitiría detenerse hasta Suipacha o Cotagaita, en cuya confianza no se cuidaron // [f. 483] de establecer avanzadas ni observaciones para su propia seguridad. Avisado de esto con anticipación, el brigadier Olañeta regresó rápidamente a Moraya y, tras haber unido a su división el primer regimiento que había adelantado hasta Mojos para sostenerla, se marchó

con la mayor prontitud sobre Yavi. El marqués de Tojo, que no contaba con la posibilidad de tan pronta visita, quedó del todo sorprendido, se levantó de la mesa en que estaba almorzando, tomó un caballo en pelo y echó a huir, y, con su ejemplo, hicieron otro tanto la mayor parte de los suyos. El resto tomó posición en un cerro vecino, donde, con su resistencia, causó la pérdida de un oficial y algunos soldados; pero pagaron todos con la vida este temerario empeño, pues los realistas no desistían de llevar adelante la guerra de exterminio para todo patriota que tomaban en el campo de batalla, ya sea rendido, prisionero o acusado. Entre tanto, continuaba la más activa persecución sobre los fugitivos, de los que se hicieron 350 prisioneros, incluidos el comandante general marqués de Tojo, el comandante Quesada y el caudillo natural del país Caba, que fueron inmediatamente pasados por las armas, a excepción del marqués de Tojo y Quesada, quienes fueron conducidos al cuartel general de Tupiza con algunos otros oficiales de graduación y presentados a La Serna con el parte de tan fausto acontecimiento para los realistas. Los presos fueron recibidos y puestos bajo buena guardia y custodia, y al marqués, por haber sido coronel de milicias del rey, se le hizo abrir un juicio en el que se le caracterizó de traidor pasado a los patriotas insurgentes, enemigos del rey.

El dichoso Olañeta, después del feliz suceso que acababa de practicar, supo por sus bien ganados espías que unos 100 hombres de los dragones infernales habían ido al pueblo de Tojo, conduciendo algunas cargas de fusiles y otras armas, con el designio de introducirlas a los pueblos irritados y movidos contra los realistas, a causa de las hostilidades que de continuo recibían de ellos en sus pueblos, sus ganados, sus familias y, por último, sus vidas. Acto continuo y sin distraerse a demora alguna, destacó la fuerza competente del batallón de partidarios contra ellos al mando de su sargento mayor, quien desempeñó tan acertada y diligentemente su encargo, que consiguió sorprender a los referidos dragones y cogerles 90 hombres y todas las cargas de armas, logrando solo escapar hacia Libilibi el comandante Lanza con los pocos que cubrían una avanzada. Esta completa derrota destruía las esperanzas de los independientes formadas sobre el gran prestigio del marqués de Tojo ya cautivo; desalentaba a los patriotas; y debía influir mucho en el sometimiento a las armas reales de los vastos

estados de dicho marqués, puesto que con su aprehensión era muy obvio y natural de tal manera concebirlo.

El general en jefe realista La Serna creyó por entonces muy del caso revistar por sí mismo los cuerpos de la vanguardia de su ejército // [f. 484] y darles las debidas gracias por su excelente conducta. Así lo verificó en Yavi el 26 de noviembre, tras haber dejado Tupiza el 24. La Serna pasó el 27 a Tojo y Libilibi, adonde llegó Gerona y una compañía del segundo regimiento, y resolvió marchar con esta fuerza a Tarija con el doble objeto de reconocer la topografía del país y las tropas que mandaba, y volver a ocupar aquella villa y provincia que el escuadrón de San Carlos y el segundo de cazadores, mandados ambos por el coronel graduado don Antonio Vigil, habían abandonado en el concepto de que todo el ejército de Belgrano avanzaba sobre el realista. Con este motivo, el general en jefe emprendió su movimiento el 28 de noviembre y acampó el 30 en los molinos de Tolomosa, a cuatro leguas de Tarija. A medianoche volvió a ponerse en marcha con el ánimo de sorprender al gobernador patriota Uriondo; pero este, de antemano, había enviado a Salinas su gente y equipajes, y aquella misma noche se retiró él también con muy pocos caballos, frustrándose así el proyecto del general. Entró este, sin embargo, el 1.º de diciembre en Tarija para poner orden realista en los negocios de la provincia y, en el mismo día, llegó también del valle de San Juan el escuadrón de cazadores que mandaba Vigil.

Así, todas las tropas destinadas al sometimiento de los pueblos conmovidos a la izquierda y la retaguardia de la línea del ejército correspondían dignamente a la confianza que se tenía de ellas; y sus jefes y oficiales, sin excepción, se esforzaban por que las armas españolas llevasen lo mejor en las repetidas acciones parciales que con frecuencia tenían que sostener. El escuadrón de húsares de Fernando VII y las dos mencionadas compañías de Chichas, que mandaban los acreditados capitanes Baspiñeiro y Medinaceli, dejaron el 22 de noviembre el cantón de Vitiche para maniobrar contra los naturales patriotas de la subdelegación de Porco, que, desde el ya nombrado cerro de Ñuqui y la famosa Abra de Chanchalla, hacían continuas y molestas correrías a los pueblos circunvecinos. Los ahuyentaron de esas posiciones después de alguna resistencia y ocuparon el pueblo

de San Lucas, sufriendo en las cinco leguas que los separan de la citada Abra el fuego de algunas partidas de estos guerrilleros patriotas, sin que por la calidad del terreno los pudieran perseguir. Los principales sostenedores del espíritu patriótico, que obraban contra los realistas, sus feroces enemigos, eran por esta parte los heroicos y bizarros caudillos Cardoso y Fuentes. El primero era sumamente distinguido por la cruda guerra que llevaba hecha a la causa española y, como lo mismo era el segundo, constante los hechos y la opinión de patriotismo y libertad, se les perseguía a ambos con cuanta diligencia era posible por los realistas, a fin de desaparecerlos.

Pero, como todas las cosas tienen su fin, no tardaron los españoles en encontrar un medio de conseguirlo, protegidos por la casualidad // [f. 485] o fatal suerte de los citados caudillos independientes. Y es que aconteció que, al ponerse el sol del 25 de noviembre, fueron hechos prisioneros dos guerrilleros de la partida de Cardoso y, amenazados de muerte si no descubrían el paradero de sus jefes, ofrecieron conducir la tropa al punto que ocupaba con poco más de 100 hombres reunidos. Fueron nombrados para el desempeño de esta comisión, por el Estado Mayor, el capitán de húsares de Fernando VII don Andrés García Camba, con 20 hombres de su compañía elegidos entre lo mejor de ella y bien montados, y también 20 soldados de Chichas, en mulas, con el capitán Medinaceli, muy práctico en el terreno y conocedor del idioma quechua, como natural del país. Estos marcharon aquella misma noche para caer de sorpresa sobre el caudillo patriota, que existía descuidado y muy distante de persuadirse de que la traición y el temor lo conducirían al término de sus días. Asegurados los dos guías que habían de servir para llevarlos al punto de su mención, Camba logró su objeto al amanecer del día siguiente 26, en una rinconada a dos leguas del pueblo de Tiraoyo, matando 15 hombres, cogiendo a Cardoso con siete prisioneros y apoderándose de una porción de maíz, harina, 60 cabezas de ganado vacuno y como 5000 de lanar que tenían de sus bienes legítimos. Tres días después fue alcanzada y derrotada la partida de Fuentes, quedando prisionero este caudillo independiente; estos acontecimientos pusieron a esos pueblos enteramente sojuzgados y sometidos por la fuerza al dominio español. Remitidos los afamados patriotas Cardoso y Fuentes al cuartel general de Tupiza, fueron allí luego pasados

por las armas, bajo la orden del general en jefe La Serna. Luego que terminaron los húsares de Fernando VII esta sangrienta comisión, recibieron la orden de incorporarse a su escuadrón y con él marchar para Culpina, distante 50 leguas, a reunirse con el brigadier O'Relly, encargado de dirigir la expedición aprontada contra el partido de Santa Elena, que se había pronunciado contra el dominio español. Así lo ejecutaron, poniéndose en vía para este nuevo destino suvo los referidos húsares y su capitán Camba, que habían sacrificado a los jefes guerrilleros patriotas que se dejan nominados.

A más de la mitad de este mismo mes de noviembre, desembarcaron en el puerto de Huacho, a 30 leguas al norte de Lima, poco más de 100 hombres de infantería procedentes de la Península, por el istmo de Panamá, con destino al regimiento del infante don Carlos, que debía formarse sobre el antiguo real de Lima. Algunos días después, llegaron al Callao 200 hombres más de la misma arma, varios oficiales y su coronel don Juan Antonio Monet, que completaban el cuadro. El capitán ayudante mayor don José Ramón Rodil era de ese número. Por desgracia de los peruanos vino este monstruo al país de estos, para formar en el Callao el cementerio de más de diez mil almas con su temerario sostenimiento y, en todo el curso de su permanencia, levantando cuerpos, como el infante, el regimiento Arequipa y otras más operaciones, para hacer otras tantas víctimas, con palos, con azotes y con fusila-// [f. 486] mientos frecuentes.

En este propio mes de noviembre, había llegado ya el caso de que Aguilera abriese su campaña contra el gobernador patriota Warnes de Santa Cruz de la Sierra y, como sabía de su acantonamiento de Villa Grande con su columna vencedora de Padilla y González sobre dicha provincia, se avistó con el contrario al que acometía el 27 del citado mes, y empeñaron ambos una sangrienta refriega. Los patriotas con su jefe Warnes hicieron una desesperada defensa, pero más afortunado Aguilera alcanzó sobre estos una completa victoria, apoderándose de su artillería y de muchas armas después de causar un destrozo horrible en las huestes independientes. Ochocientos de ellos quedaron tendidos sobre aquel campo de sangre y desolación; el formidable Warnes exhaló el postrero aliento entre montones de cadáveres; nueve cañones, una porción considerable de fusiles y lanzas, y cuanto poseían aquellos entusiastas defensores de los derechos

patrios y la naturaleza cayeron en poder del vencedor desnaturalizado de Aguilera, quien, en medio del gozo que rebosaba su alma despiadada por su horrible acción victoriosa, sufrió también por su parte no poca pérdida de sus soldados, si no en escala mayor de lo más selecto de ellos. Así, pues, compró este triunfo suyo al caro precio de la mucha sangre realista que capitaneaba para el horrible nombre suyo y para el mal de su patria; pues sucumbió en la pelea la mitad de su gente, es decir, cerca de 500 hombres, y tuvo siete oficiales fuera de combate. Esto sucedió porque el terreno favorecía mucho a los patriotas, que, aunque sin disciplina, hicieron cuanto pudieron por sostener y dar una dura lección al tirano altoperuano que se había echado sobre ellos a exterminarlos. No obstante este suceso contradictorio a la causa de la independencia, por esa parte, las comunicaciones continuaron aún interceptadas, a causa sin duda de los grupos de dispersos que se dirigieron a los valles de Mizque y el río Grande. A los realistas, con esta jornada destructora, les pareció que la causa de la emancipación había quedado exterminada y que, si había todavía algunos caudillos obstinados con vida, eran ya tan solamente aquellos que, llenos de temor, pánico y asombro, se habían refugiado a las sierras y parajes más escabrosos para salvarse de la victoriosa espada de los españoles. Así es que, cuando estos los conceptuaban inermes y destituidos de su antiguo prestigio, y como más fácil su destrucción, volvieron a aparecer de nuevo en el teatro de sus antiguas incursiones, con más número de gente y aun con más entusiasmo y resignación contra sus dichos opresores.

Los prisioneros de la sorpresa de Yavi, que vinieron con el marqués de Tojo al cuartel general de Tupiza y quedaron vivos, quedaron desde su arribo a él bajo la inmediata autoridad del nuevo general en jefe La Serna. Este dio orden de que a ninguno de ellos se le quitase la vida sin su aprobación e hizo igual prevención a todos los comandantes de cantón, columna // [f. 487] o partida dependiente del ejército de su mando, todo con el fin de hacer cesar la carnicería que acababa de ver que se había hecho entre Aguilera y Warnes en Santa Cruz, y también porque creyó propio de la humana civilidad del siglo regularizar con tal procedimiento la guerra a muerte que se estaban haciendo entre realistas y patriotas.

Cuando tal era el estado de cosas a fines de 1816, tan lisonjera a la causa real como iban apareciendo la situación del Perú, al virrey Pezuela se le presentaba como de melancólico y triste agüero el reino de Chile con la organización de un ejército patriota amenazador en Mendoza, bajo el inmediato mando del general San Martín, natural del virreinato de Buenos Aires y antiguo oficial del ejército de la Península, donde había servido con distinción al principio de la guerra de la independencia<sup>44</sup> de esta monarquía del poderío de Napoleón. Era, pues, presidente de Chile por este tiempo el general Marcó del Pont, y el virrey Pezuela le había remitido los auxilios de mar de los que pudo disponer. Persuadido el virrey de que el ejército real del Perú, con los refuerzos que había recibido, podía ventajosamente invadir el territorio argentino hasta el Tucumán, prevenía la pronta realización de ese movimiento, con el cual se proponía también efectuar en los inmediatos cantones de San Martín una oportuna diversión de consecuencias favorables para el amenazado reino de Chile, atrayéndole la atención hacia las provincias del norte de la república a que pertenecía. Pero, para decidir con probabilidad de buen éxito un movimiento tan trascendental, era preciso tomar en cuenta los inútiles y aun funestos resultados de las invasiones al mismo país que el ejército había hecho en época anterior; era preciso calcular ese movimiento sobre los progresos del enemigo, tanto en su organización militar como en el espíritu público de sus pueblos, porque suponerlos estacionados en medio de tan singular agitación sería un error gravísimo; era preciso calcular las fuerzas con que se había de invadir el país independizado por su voluntad y las que era necesario emplear para mantener la comunicación con el Perú, cuya pérdida había sido y no podía menos de ser de perniciosa influencia, y para continuar el sostenimiento y

<sup>44</sup> La guerra de la independencia española fue un conflicto bélico acaecido entre 1808 y 1814, e iniciado por la sublevación de los españoles en Madrid contra el primer imperio francés, en el contexto de las guerras napoleónicas. En efecto, las tropas francesas habían ocupado España, en su pretensión por invadir toda la península Ibérica, y habían logrado imponer como su monarca al hermano de Napoleón, José Bonaparte. Luego de múltiples encuentros y tras recibir el apoyo de las fuerzas británicas y portuguesas, los guerrilleros españoles pudieron forzar la retirada del ejército galo. Para España, este evento significó, además de una devastación en relación con las vidas humanas perdidas, una crisis socioeconómica, debida a las hambrunas, los empréstitos pedidos y la complicada recolección de impuestos; a lo que se le sumó las independencias de los territorios en América.

conservación de los pueblos conmovidos en una vasta extensión de territorio; era preciso reflexionar que la dirección, que había de llevar el ejército real a cientos de leguas de distancia de Mendoza, poco o nada influiría, o influiría muy tarde, en la alteración de los planes de San Martín; y, por último, era preciso tener muy presente que una desgracia en aquella situación podía ser de incalculables consecuencias, según su naturaleza. Por todas estas razones, el general realista La Serna no perdonaba medio para instruirse de cuanto podía concurrir a la formación y acuerdo de un plan seguro de campaña; además, era común la idea de que su correspondencia con el virrey Pezuela sobre este punto contenía observaciones del mayor interés y peso, sin descuidar las prevenciones conducentes a que pudiera moverse el ejército real a la primera orden que recibiera, estando todo previsto y combinado.

Fue siempre notorio y aun el mismo general La Serna jamás esquivó decir cuán repugnante le era verificar un movimiento hacia el // [f. 488] sur, sin tener una probabilidad de salir bien con el ejército que a él conducía. Y esto era más cuando esta repugnancia estaba hasta cierto punto justificada por las noticias que recogía de los expresados puntos, tanto en lo concerniente a lo enorme de las distancias, la calidad del terreno, la naturaleza del temperamento propenso a calenturas especialmente intermitentes y lo despoblado del país, como a la clase y decisión de sus habitantes y a su sistema peculiar de hacer la guerra. Todas las noticias concurrían a persuadir la detenida circunspección con que debía emprenderse, a fin de no salir con desaire de ellas. Lo primero que parecía evidente era que el ejército real al mando del nuevo general en jefe La Serna no reunía fuerza bastante para invadir con probabilidad de buen éxito el país que se quería y para continuar al mismo tiempo la reducción de los pueblos de retaguardia, cubriendo y manteniendo expeditas las comunicaciones con el Perú, de donde natural y precisamente se le acudía al ejército los recursos de su existencia. Por otra parte, era fácil alcanzar que un movimiento ejecutado a una gran distancia de Mendoza, sin fuerza para asegurar la posesión del país que se ocupara, no paralizaría las operaciones que preparaba allí San Martín contra Chile, y que, al contrario, si llegaba a influir en algo, sería precisamente en activar la invasión de aquel reino, porque San Martín

no podía desconocer que, invadiendo a Chile con sus tropas, si llegaba a poner su planta en las playas del Pacífico, obligaría forzosamente al ejército de operaciones del Perú a retroceder, como sucedió, lo que no tiene cómo desmentirse por ser hecho experimentado sobre tabla por todos.

Parece que, por entonces, las reflexiones que expuso el general en jefe La Serna al virrey Pezuela sobre los medios y la manera de poner en ejecución el pensamiento de avanzar hacia el Tucumán en semejantes circunstancias fueron bastante poderosas. Pero, recién llegado al país, la prudencia le aconsejaba y la dependencia en que se hallaba de dicho virrey le prescribía que los subordinase a su experiencia y superior autoridad realista, para que la mala voluntad no los interpretara siniestramente. Así hubo de decidirse al fin a practicar un movimiento de cuya utilidad no estaba persuadido, pues no creía que el ejército del que acababa de encargarse, por su número ni por su organización, estaba en conveniente estado de ejecutarlo, sino que tan solo lo hizo por acreditarle al referido virrey que cumplía sus deseos.

Así, pues, siguiendo sus operaciones, es de decirse que, arrojado el caudillo patriota Uriondo de las salinas y de las fronteras de los indios chirihuanos por el coronel Vigil, que lo perseguía con el escuadrón de cazadores y dos compañías de infantería, y adoptadas las disposiciones conducentes a una mejor administración de la provincia de Tarija, el general en jefe anunció, por medio de una proclama, las paternales intenciones de su soberano don // [f. 489] Fernando VII y su vivo interés por la pacificación de sus dominios en la América del Sur. Además, concedió indulto amplio a todos los comprometidos por opiniones políticas; levantó el destierro a las personas que lo sufrían por igual causa; y prohibió terminantemente a todos los jefes militares que pudiesen en lo sucesivo mandar ejecutar sentencia alguna de muerte ni imponer esta pena sin que procediera su superior aprobación. Pero, aunque estos fueron sus buenos intentos, siempre se vieron después quebrantadas estas garantías exhibidas. Pese a esta disposición alucinante, que reclamaba de consuno la justicia y la política, le valió al general La Serna el más alto concepto en el país, aunque no dejaron algunas gentes apasionadas de interpretarla con ligereza por una censura de la tolerancia de sus antecesores, cuando las circunstancias eran

sin duda distintas, pero no lo eran el abuso despótico de sus subordinados, que siempre fueron lo mismo hasta que concluyeron en Ayacucho.

Sin perder momentos y continuadamente, el general en jefe La Serna dio orden al brigadier Olañeta, que se hallaba en Yavi, para que, sin pérdida de tiempo, marchara sobre Humahuaca con los batallones de cazadores, de partidarios, el primero del segundo regimiento, de voluntarios de Castro, el primer escuadrón de cazadores, de dragones de la Unión y cuatro piezas de campaña, cuyas tropas, partiendo simultáneamente desde Tupiza, Talina y Yavi, debían reunirse en los campos del marqués. El general en jefe, después de encargar el mando de la provincia de Tarija al brigadier don Antonio María Álvarez, se puso en marcha por Tojo y Sococha para Yavi, adonde llegó el 24 de diciembre, previniendo para este punto la reunión de los demás cuerpos que habían de concurrir al movimiento comenzado por Olañeta, incluso el peninsular de Extremadura, que se hallaba ya en la Quiaca, venciendo su camino desde Arica.

Empero, entre las medidas regulatorias para abrir una campaña en extremo interesante para los realistas y de trascendencia para los intereses de la causa, hubo alguna poco feliz y ciertamente sensible para La Serna, por el fruto que los patriotas ocultos y los émulos de este nuevo general en jefe sacaron de ella inmediatamente. Esta fue la reforma que hizo de los cuerpos, empezando por el primer regimiento del Cusco, el más acreditado y preferente del ejército desde su creación, que resistió la peligrosa seducción del sacrificado y valiente coronel don Saturnino Castro, quien pidió marchar hacía dos años contra la noble y justa insurrección de la provincia de donde eran naturales sus individuos, y ya se tiene indicado cómo su lealtad supo cumplir y corresponder a la confianza que se había hecho de él sobre el desempeño de tan peligrosa empresa.

Así, pues, el general La Serna tuvo, por este regimiento, la poca fortuna de empezar las reformas que, para su modo de obrar, juzgaba // [f. 490] convenientes y que hacían también indispensable los numerosos cuadros de jefes y oficiales que abundaban y lo reducido de la fuerza con que la mayor parte de los cuerpos contaban, siendo además el intento del general mezclar en unas mismas filas a los europeos y los del país para que, tratándose unos y otros con mayor inmediación, pudiese sacarse de todos mayor

partido en la unión de amistad, de servicio y de uniforme modo de obrar y pensar. Esta medida, recibida con disgusto por los del país, concitó de pronto bastante prevención contra el nuevo general y ofreció a los desafectos vasto campo a las conjeturas de que sagazmente se valían para atizar la discordia, fomentando la desconfianza y acarreándole por este sesgo positivos malquerientes. El enunciado general en jefe La Serna, sabedor de esta crítica perniciosa que había contra él, se curó de hacer ver que su procedimiento no emanaba por mero capricho suyo, sino de las conveniencias de política militar, ya que estaba encarecido por la Corte que de tal manera organizara los cuerpos de su ejército, a fin de consultar todas las seguridades del orden real y la estabilidad de su dominio. Y tanto más le había sido necesario hacer así el arreglo censurado, cuanto que, como su antecesor le había recomendado todos los jefes y oficiales del ejército en relación al afecto y sin que constaran en ellas, según se dijo entonces, los del primer regimiento, debía esta omisión llamarle naturalmente la atención, y así vino a suceder, como también se llegó a justificar con lo que el general don Jerónimo Valdés, entonces jefe de Estado Mayor del ejército, expuso sobre este punto al rey el 12 de julio de 1827 desde Vitoria, diciéndole:

> «Al hacer la reforma, se decidió a refundir los batallones llamados primero y segundo del Cusco. Esta elección la aconsejaba la circunstancia de haber Pezuela remitido a La Serna una relación de los méritos, servicios y aptitud de todos los jefes del ejército, sin nombrar en ella a los principales de los cuerpos indicados. Y ¿quién, señor, en los casos de La Serna, de no conocer a ninguno, no habría hecho otro tanto? Es decir, reformar los cuerpos de aquellos jefes que el general anterior, que los conocía, no recomendaba a la consideración del sucesor, cuando lo hacía con todos los demás».

Como quiera que hayan sido los motivos del procedimiento, sí sucedió que el primer regimiento, aunque más adelante volvió a crearse, recibió entonces orden de pasar a Yavi para entregar su tropa al batallón de Gerona. En su cumplimiento, llegó a fines de diciembre con considerables bajas ocasionadas por la deserción que promovía indudablemente la malevolencia con que era comentada la reforma y hasta por las circunstancias de

unir la tropa a un cuerpo peninsular, no obstante ser este acto consumado, como se deja dicho, una mira de grandes tendencias y resultados políticos, según el pensamiento de la Corte para resguardar y conservar // [f. 491] de un modo más duradero el dominio real en las regiones de América y muy particularmente en el Perú, siendo de aquí la ejecución solidaria de su estado general en jefe.

Para mayor aumento de la desazonada censura, concurrió, desgraciadamente para La Serna, a robustecer a tan bastante prevención la mucha ligereza a que solía dar lugar la emulación y los celos, por un lado, y, por otro, el atolondramiento propio de los pocos años y la inexperiencia, y acaso el porte más marcial de los europeos comparado con la apostura menos garbosa de los veteranos del país, que parecían deslustrados, por lo tanto, respecto a los primeros. Los militares europeos, atenidos a esta compostura suya y a la juventud en que se encontraban, ufanos por otra parte con el recuerdo de la guerra a que habían concurrido en la Península, engreídos algunos con haberse hallado en Vitoria, en San Marcial, en el paso de Vidasoa y en Tolosa de Francia, midiendo la superioridad que se atribuían hasta por su continente y el mayor lucimiento de su uniforme, se permitían a veces chanzas poco meditadas sobre los vencidos, a que les daba lugar la vista de los vencedores, las cuales, cuando entendidas, era desagradablemente comentadas y, por consiguiente, preparaban los ánimos de los militares americanos a tener la correspondiente revancha en su oportunidad.

Ha sido en América muy notorio que en estos y otros más errores han solido incidir generalmente los europeos recién llegados a las provincias americanas, de los que no se curaron, ni previeron jamás que estos impremeditados errores podrían venir a influir mucho en el desenlace fatal para ellos en la revolución de América, pese a ser el país más pacífico del mundo, cuyos habitantes manifestaban por los españoles un afectuoso respeto que parecía inextinguible si no se hubieran despertado, con el maltratamiento europeo, sus tranquilos sufrimientos. Sin embargo, el tiempo y la reflexiva experiencia fueron modificando convenientemente los huraños efectos de las primeras impresiones que recibían los españoles en los pueblos de América, tan desemejantes a los de la Europa; y los americanos se hacían también a la vista y costumbres de los que habían ingresado a sus

hogares desde tan lejanas tierras. Pero todo esto, no podía ya remediar lo que había verificado, puesto que el disgusto cundía con rapidez, los ocultos desafectos atizaban las disensiones y el general en jefe realista La Serna, que se apercibió pronto de lo que pasaba, no pudo menos que adoptar cuantas medidas aconsejaban la razón y la justicia distributiva para atenuar al menos su discordante tendencia. En efecto, conocía bien que una companía en la que unos y otros tuvieran ocasión de distinguirse y aun necesidad de auxiliarse mutuamente no podía dejar de reportar gran utilidad a la causa española que le estaba encomendada, por lo que restableció la unión y la confianza entre todos los individuos del ejército, encargados de defender con lealtad unos mismos intereses y a ellos mismos // [f. 492] en sus especiales conservaciones. Fue acaso esta la mayor esperanza que tuvo el general en jefe realista La Serna para haber emprendido un movimiento ofensivo sobre los independientes de Jujuy y Salta, contra su opinión y solo en cumplimiento de las terminantes prevenciones del virrey Pezuela, al objeto de que en ningún tiempo se le acusara de que no había obrado con lo prevenido por este representante de su soberano en el imperio del Perú.

Así, pues, a fines de este año de 1816, habían tomado todo vigor las tropas destinadas con el general La Serna a batir a los citados independientes, cuya operación fue comunicada por el virrey Pezuela a todas las provincias de la espalda de dicho La Serna. El general don Pío Tristán, presidente interino del Cusco, por no haber llegado el propietario Cucalón, había organizado muy cuerdamente su provincia, hasta el caso de hallarse en estado de suministrar ingentes socorros, como lo verificó para que se hiciera efectiva la llevada de la guerra a Buenos Aires, por el expresado La Serna. El coronel de Extremadura don Mariano Ricafort, que acababa de dejar la presidencia interina del Cusco que había estado desempeñando, por lo que había sido trasladado al gobierno de la intendencia y comandancia general de La Paz, había llegado a sujetar aquella ciudad indómita en su patriotismo. Como allí estaban la especiosa ostensibilidad del desagravio de la vindicta pública y aun la misma conveniencia política de que no quedasen impunes los prisioneros patriotas que habían hecho y que habían sido presentados sin un severo y ejemplar castigo, procedió a celebrar un rápido simulacro de consejo de guerra militar, para que los sentenciaran a la pena de muerte a 15 de ellos, al presidio a 44, y a la confinación a 19, lo que se ejecutó en el mes indicado de noviembre. Varias mujeres, que habían tomado, asimismo, una parte activa en pertenecer y no abandonar a sus maridos, también fueron multadas, encerradas y expuestas a la afrenta pública. Semejantes procedimientos bárbaros de parte de los españoles no podían menos que reclamar venganza para exigir represalias, a su vez, de las familias y pueblos peruanos.

Satisfecho el virrey Pezuela de que así ya se había movido el ejército del alto Perú y de que sus tenientes en provincias habían castigado a los patriotas y estaban listos para acudir con los auxilios al fomento de la guerra, envió socorros al reino de Chile, proveyendo las necesidades del presidente Marcó del Pont, que con urgencia se los había pedido al verse amenazado por las tropas que había levantado San Martín en Mendoza. Sobre ello, conociendo lo conveniente que era tener bien defendidas las costas de aquel reino, así como no contento con la escuadrilla que a este efecto igualmente había mandado en el mes de octubre a Valparaíso, hizo armar la corbeta Veloz y el bergantín Cicerón, que luego tomó su mismo nombre, habiendo tenido el Consulado de Lima la obsequiosidad de encargarse de su primer costo y manutención, como prueba inequívoca de adhesión al gobierno del rey y de que también correspondía a sus in-// [f. 493] tereses el conservar el comercio franco con aquel estado próximo a perderse.

Como se habían, pues, así acelerado los preparativos y movimientos bélicos de uno y otro partido —entre las fronteras de Jujuy y por el sur del Perú, por los realistas españoles, mandados por el general La Serna, contra Belgrano que iba por los independientes, en razón de haber sido el general Rondeau llamado al Congreso del Tucumán como representante; y por el lado de Mendoza sobre Chile, por los patriotas argentinos, al mando del general don José de San Martín, contra el presidente español general don Francisco Marcó del Pont—, era el virrey Pezuela informado sobre el estado de estos dos países, cuyas provincias iban a ser pronto el teatro de lo más fuerte de la guerra. Sabía igualmente que, en Buenos Aires, 45 se había

<sup>45</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Buenos Aires en 1816, Cortegana sigue a Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana* (1830), t. II, cap. XIV.

depuesto al supremo director interino Álvarez y nombrado en su lugar, por el ayuntamiento, al famoso Pueyrredón; y que, por más que este nuevo director se había esforzado en calmar los ánimos de los naturales de aquella capital y en zanjar de un modo político y conciliador las desavenencias de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se encontró con que los efectos estaban muy lejos de corresponder a las ardientes y sanas intenciones que empleaba. Pero, no obstante esto y que su elección no había sido de la aceptación general de los partidos y mucha parte del pueblo, no por eso dejó de trabajar con igual esmero en la ardua empresa de asegurar su felicidad, consagrándose enteramente a tan noble objeto, muy del caso para alcanzar el crédito y prestigio de buen magistrado público, de los que carecía. De aquí fue que, como uno de los cuidados que más agitaban su espíritu eran las disensiones ocurridas en Salta entre paisanos y soldados, se dirigió desde el seno del primer Congreso argentino, reunido ya en la ciudad de Tucumán y que confirmó su nombramiento, a cortar con su presencia una tan odiosa exasperación que perjudicaba no solo a sus empecinados contrincantes, sino a los intereses positivos de la patria.

Así, consiguientemente, el virrey Pezuela supo que, terminada felizmente esta parte de su empresa, Pueyrredón se había dedicado a reconocer su ejército, a examinar la línea que ocupaba y a inspeccionar sus fortificaciones; y que, desempeñado dicho reconocimiento a toda su satisfacción, había regresado al Tucumán para abreviar la solemne publicación de la gran acta de su independencia, apoyada en los fundamentos más sólidos y convincentes del derecho natural y de gentes, y en los motivos de coloniaje, esclavitud y maltratamiento en que la América era conservada por el gobierno español, después de haberles usurpado su soberanía, independencia y libertad nacional por las bárbaras armas de su injustificada conquista sobre gobiernos pacíficos e indefensos en // [f. 494] su permanencia, como lo eran los de los incas en Perú, Chile, Buenos Aires y Quito. 46 De ese

<sup>46</sup> En la segunda parte de esta oración, Cortegana deja de seguir la fuente Historia de la revolución hispanoamericana de Mariano Torrente, que venía refiriendo, para elaborar una defensa de la independencia de América. De esta manera, el autor hace explícita la necesidad de describir incluso la historia de los incas para justificar este evento, del que él mismo fue parte en sus años juveniles. A la vez, este comentario de Cortegana sirve también como argumento para la elaboración de esta abarcadora y extensa Historia del Perú.

modo, tras dirigirse desde aquel punto a la ciudad de Córdova, en donde lo esperaba el general San Martín, en reemplazo de Rondeau, retirado por enfermo del mando del ejército independiente del norte de Buenos Aires, para combinar los planes de invasión a Chile con mejores probabilidades de vencer, emprendió su marcha de vuelta a Buenos Aires, encargando la dirección del ejército del norte al citado general Belgrano.

En este primer magistrado Pueyrredón, pese a las graves atenciones que lo rodeaban, muchas de ellas de una magnitud que podía acobardar al ánimo más atrevido, Pezuela entrevió, por los informes que le daban de sus trabajos, uno de los más activos y terribles de los independientes contra la causa española. Vio en él que, no obstante que los puntos interiores de aquella república estaban envueltos en interminables discordias y que la misma capital era devorada por las más viles pasiones de egoísmo, ambición, rivalidad, competencia y encono de partidos, era Pueyrredón el que se había presentado con todo el pulso, cálculo y vigor necesario para rivalizarle en sus disposiciones de sometimiento de los países sobre los que hacía operar a sus tropas. Pueyrredón, pues, había aparecido en el mando supremo de Buenos Aires cuando los más decantados patriotas daban muy pocas señales de poseer aquella elevación de sentimientos que excita a sacrificar privados miramientos en obsequio del bien general, cuando las rencillas y la envidia ejercían todo su poder y cuando, finalmente, algunos hombres de juicio y sensatez se retraían de tomar parte en su gobierno, que no había tenido fuerza para enfrenar la osadía popular ni para someter a la más escandalosa insubordinación que todos experimentaban. Veía, pues, Pezuela que, a pesar de que eran tan públicos todos estos males y que las corporaciones más respetables los marcaron en repetidos documentos que salieron de sus manos con la idea de atajarlos, Pueyrredón se había sobrepuesto a todo con sus acertados trabajos; por lo tanto, el virrey vino a mirarlo como el rival más terrible que tenía la causa realista para su destrucción.

Por otra parte, en las varias representaciones del mismo pueblo que le hicieron a Pueyrredón, vio consignada su desconfianza, su aprensión y su duro pesar de que fuera igualmente desastroso el estado de los negocios en su tiempo, a pesar de la instalación del Congreso general y del

nombramiento de su persona sola para el desempeño del supremo poder de la república. Y esto fue tanto más terrible para él, cuanto que seguía viendo que las provincias aún subsistían en la misma clase de dependencia que repudiaban, de manera que se agriaron los ánimos de cívicos y veteranos en la capital, para ofrecerle el más amargo trastorno de división y anarquía militar. Pero Pueyrredón, superior a todo mal, se dio traza para poner remedio en cuanto le fue posible hacerlo y lo consiguió con severa fortuna.

La prueba de esto fue que la noche del 18 de junio había estado // [f. 495] destinada para cubrir de luto aquella patriótica población, con un acontecimiento suyo completamente inconcebible como criminal. Los primeros trataban de sorprender a los segundos con el auxilio de dos oficiales de estos cuerpos que habían prometido allanarles el camino para la perpetración de tamaño atentado. El regimiento n.º 8, prevenido con tiempo por Pueyrredón, se puso en actitud hostil, y lo mismo hizo la artillería, esperando, con mechas encendidas y con todo el aparato de la guerra, el desenlace de aquel drama alarmador. No obstante que de tal modo los veteranos prevenidos evitaron por entonces el golpe de exterminio indicado, no se extinguió por eso la animosidad entre ambos partidos, la cual prometía hacer tarde o temprano su explosión, mas el hecho sí hizo ver a los realistas del Perú, respecto a Pueyrredón, que era no un hombre común el que se había puesto al frente de la dirección suprema de Buenos Aires.

Así, pues, en medio del cúmulo de tantas contradicciones que debilitan considerablemente la acción y fuerza moral que necesita un gobierno para dirigir grandes y arriesgadas empresas, el impertérrito Pueyrredón tuvo el nunca bien ponderado atrevimiento de dar ejecución a dos de ellas, de las más importantes, ya que no se habían visto ni presentado otras iguales en los anales de la revolución argentina por conseguir la independencia de su país y demás secciones españolas de la América del Sur. La una fue activar la expedición del general San Martín contra Chile, que se verificó a principios del año entrante, desafiando todo el poder de un gobierno consolidado por su reconocimiento y estabilidad de trescientos años, y por las bayonetas de bizarras y numerosas tropas, que tenían sus frentes orladas con los laureles de Huaqui, Sipe Sipe, Vilcapugio, Ayohuma, Chillán, Rancagua, La Paz,

Umachiri, [ilegible], Viluma y otros encuentros y choques frecuentes por distintas direcciones, adquiridas por ellas sobre los independientes, por lo que tenían justos motivos para esperar que la fortuna no había de volverles las espaldas, sino que más bien todo el esfuerzo de los independientes sería concluido por ellas. Y la segunda fue la de haber sabido reforzar el ejército independiente de Salta para resistir y hacer parar a los furiosos ataques que le diera el nuevo general en jefe realista del alto Perú don José de la Serna, a quien suponía ansioso por hacer célebre su nombre en los primeros combates de los héroes de la independencia de España con los héroes de la independencia del Nuevo Mundo.<sup>47</sup>

Para practicar un par de empresas tan grandiosas y de tanta trascendencia como estas, era necesario, pues, tener un temple de alma fuerte, como lo tenía el impávido e infatigable Pueyrredón que, entregándose a tantos y tan arriesgados lances que se ofrecían simultáneamente, daba todo el impulso necesario a estos dos formidables propósitos suyos. Sabido era que todas las probabilidades obraban contra él: las discordias interiores embarazaban sus operaciones; el ejército del presidente Marcó del Pont en Chile era muy superior al del general San Martín en Mendoza, en cuanto al número y la disciplina; el del general La Serna en las fronteras de Salta era del mismo modo que el de Belgrano, y estaba engreído // [f. 496] con sus anteriores hazañas y persuadido de tener vinculada en sus manos la victoria, desde luego, sin que nada de lo que se hiciese contra él le fuese nuevo ni de temor.

Bajo esta perspectiva, a la vista del virrey Pezuela y sus demás jefes españoles y americanos realistas, la república de Buenos Aires se presentaba a la orilla de precipicio; mas esta fue salvada por Pueyrredón con la práctica de sus acertadas empresas. Desde entonces, a los ejércitos del rey les persiguió la fatalidad del justo destino, y esa fortaleza vinculada en sus estandartes supo ser trasladada a los bravos campeones del ejército de los Andes, comandados por el invicto San Martín. Hasta entonces, el general en jefe realista La Serna, pese a su movimiento sobre Jujuy, aún no había

<sup>47</sup> La independencia de España no debe confundirse con la del Nuevo Mundo. La primera refiere al conflicto bélico librado entre los españoles y el ejército francés, mencionado en una nota previa; mientras que la segunda, a la lucha entre los americanos y la monarquía española.

podido abrir resueltamente la campaña para penetrar al Tucumán, por la falta de acémilas y otros útiles de guerra que esperaba que se le reuniesen mandados por el virrey Pezuela desde Lima, llevando a cabo así los proyectos de este. Mientras, San Martín ya se iba arrimando al paso de la cordillera de los Andes, y su penetración feliz hizo que los genios contradicientes [sic] y bulliciosos rectificasen su opinión y sus censuras, al ver unos progresos tanto más apreciables cuanto menos esperados en el curso de acontecimientos favorables para ellos en la revolución. Ya desde entonces fue tomando solidez y consistencia la autoridad del director supremo Pueyrredón; creció el aliento de los independientes; se disipó el abatimiento y el desorden, que era un efecto de su bamboleante posición; y fue tomando rápidamente aquel gobierno cierto vigor y energía de los que sus émulos no lo creyeron capaz; pero la verdad es que solo fueron los hechos que se dejan referidos. Estos sucesos públicos de gobierno y de guerra del director supremo Pueyrredón para con la invasión de Chile y la defensa de Tucumán y Salta, a fines del presente año de 1816, fueron el estado de la república argentina, que se sostenía en oposición al virrey del Perú general Pezuela, quien divisaba también que por todas las partes del norte les sonreía ya la fortuna a los independientes, pese a no serlo así por la banda oriental, donde Artigas siempre permanecía en su estado de rebelde insubordinación. Pero, no obstante esto, los bonaerenses desde entonces empezaron a concebir más fundadas esperanzas de ser triunfantes en sus famosas empresas a favor de las sabias disposiciones de la representación nacional, que se había instalado ya en Tucumán, dando impulso prodigioso a los proyectos gigantescos que había puesto en práctica su primer magistrado Pueyrredón.

Pero, como al concluir este año de 1816 los negocios públicos y guerreros llamaban la atención sobre Chile, 48 cuya conservación al dominio del rey dependía en todo y por todo del virrey Pezuela del Perú, supo este, en medio de los auxilios que remitía a su presidente Marcó del Pont para que se defendieran y rechazaran a su amenazador San Martín, que dicho

<sup>48</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Chile en 1816, Cortegana sigue a Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana (1830), t. II, cap. XVI.

Marcó del Pont había sido muy diferente en su gobierno a su anterior transitorio, el brigadier don Mariano Osorio. Este, en tiempo de su administración, si creyó por lo pronto // [f. 497] ser enérgico, también decidió luego que la sólida pacificación de Chile debía ser obra no de la dureza y la crueldad, sino de la clemencia, la prudencia, la afabilidad y la dulzura de su gobernante y de sus demás representados en los pueblos. Mientras que aquel, al través de esta sagaz política, opinó y puso en ejecución que solo el rigor y la prontitud en el castigo podían desarmar el brazo de los tercos revolucionarios, llamados patriotas o independientes. Al extremo imbuido en estos severos principios, estableció un tribunal de purificación para que se juzgase en él a todo el que hubiese tenido alguna parte en el sistema revolucionario, o que hubiera dado pruebas de su adhesión a él, sin que pueda ser absuelto por razón alguna, si siquiera se vislumbrase la menor sospecha de estar incurso en cualquiera de los especificados casos.

Por cierto, había, entre los muchos comprometidos, varios sujetos de gran valimiento, dueños de haciendas muy extensas, de las que dependían infinidad de familias identificadas con ellos mismos. Estos eran enemigos muy temibles y era preciso atraerlos con halagos y promesas, y de ningún modo convenía exasperarlos con prisiones, secuestros o cualquier otro vejamen, ya que, por lo regular, al hacerlo, no resultaba otra cosa que activar el incendio y acabar de destruir la causa real como en efecto por esta impolítica vino a suceder. Por el contrario, Osorio, conocedor de esto y sin desconocer la complicidad de ellos, pero mejor informado de la verdadera política que debía seguirse, y bien convencido de que, pronunciándose contra aquella clase de personas, se acarrearía la odiosidad de la mayor parte de la población, había tenido el discreto discernimiento de mitigar la severidad con que el virrey de Lima Abascal había mandado que algunos de ellos fueran castigados, haciendo que volviesen de sus destierros a disfrutar libremente las delicias de su vida rural, obedeciendo tan solo al rey y a sus autoridades, puestas por su orden en el país.

Esta templanza, comparada con la contrariedad de Marcó del Pont, que hacía observar con rigor los fallos del referido tribunal de purificación, y una parte de aquellos mismos individuos fueron separados de sus familias, confinados en prisiones o deportados fuera del reino y privados

del goce de sus comodidades, hizo pronto odioso a su gobierno, sin excepción de su persona y de cuantos por su desgracia pertenecían a su servicio, en público o privado. No obstante que ambos jefes realistas se hallaban dotados de la más acendrada fidelidad y amor hacia el monarca español, y aunque se conoce el mejor acierto en el brigadier Osorio de haber dirigido bien los negocios de Chile, no es por esto que se le trata aquí de acriminar por las operaciones y modo de conducirse que tuvo el general Marcó del Pont en el desempeño político que observó su gobierno, sino porque se equivocó en su cálculo o careció de los verdaderos conocimientos sobre la situación de las cosas públicas y carácter de los pueblos // [f. 498] que gobernaba.

El brigadier Osorio, en su tiempo, había enviado desde Chile dos comisionados a la Península para cumplimentar al rey por su feliz restauración al trono de sus mayores y para manifestar el estado en que se hallaba el reino; uno de ellos se llamaba don Luis Urréjola, entonces coronel, y el otro era el abogado don Juan Manuel Elizalde. Ambos vaticinaron la pérdida de Chile al saber la conducta política, contradictoria con la del brigadier Osorio, que observaba su sucesor Marcó del Pont, y, por más que se esmeraron en demostrarlo a la real persona, no pudieron llegar a tiempo sus oficiosas representaciones para remediarlo. La misión de estos dos realistas en la Corte de Madrid produjo el resultado que podía apetecerse en cuanto al envío de una fuerza naval capaz de haber dado otro giro a la guerra de Chile, si acontecimientos imprevistos no hubieran inutilizado los esfuerzos satisfechos por aquella, acogiendo la solicitud de los mencionados acreditados cerca del gobierno de Fernando VII.

Pese a los errores demostrados por el general presidente Marcó de Pont, siguió este entre tanto en la capital de Chile, adoptando las medidas más eficaces que le sugería su celo, si bien no estaba en armonía con el acierto, al caso de existir seguro en la administración de su presidencia. Así es que, no siendo en el hombre solo el errar, se granjeó un grado no pequeño de popularidad, con motivo de haber ordenado que daba audiencia pública a toda persona los viernes de cada semana. Esta prestación a oír y atender a todas las clases de la sociedad política le fue, pues, tanto más apreciable cuanto que no había sido practicada por ninguno de sus

antecesores; además, le proporcionaba conocimientos y noticias muy interesantes, que podrían haber sufrido una fatal alteración si le hubieran sido transmitidas por viciados órganos. Es cierto que así pudo remediar algunos males, evitar extorsiones y violencias, y corregir en parte los abusos de sus subordinados en la dirección de la administración pública. Se creía, por lo tanto, que la obediencia y la subordinación de los pueblos iban arrojando raíces profundas, cuando recibió, a mediados de octubre, cartas anónimas de Mendoza que le comunicaban los planes del gobierno de Buenos Aires sobre la ocupación de Chile, y que el jefe de obra de esta empresa estaba cometida al gobernador de dicha ciudad, don José de San Martín, el mismo que se iba a dirigir con su invasión sobre aquel estado por el camino llamado Planchón, como el más a propósito para sus operaciones y menos dificultoso, por esa parte, en el paso de la temida cordillera de los Andes.

Parece que estas indicadas cartas que descubrían los planes de los independientes fueron puestas a propósito y por influjo del mismo caudillo patriota, quien medió la comunicación de los realistas a sus partidarios por sagaces conversaciones, para que escribieran a sus amigos y parientes de Chile. Estos presentaban sus cartas como un efecto de su ardiente // [f. 499] celo por la causa del rey, a fin de que, confiados en los avisos de personas que merecían una indudable reputación, pusieran todas sus miras en el punto supuestamente indicado, en tanto que se iba a llevar a efecto la expedición por otros caminos que deberían, por igual razón, hallarse desguarnecidos y con facilísimo acceso en el cruzamiento de la expresada cordillera. Pero, como en Santiago de Chile se ignoraba el dolo astuto que habían sufrido los citados realistas para dirigir una tan alucinante como falsa correspondencia, se creyó de buena fe el paso de San Martín por el citado punto de Planchón, así como la salida que habían anunciado de un ingeniero francés con materiales y gente para construir un puente sobre el río Diamante, que se hallaba en la dirección de Mendoza y como el preciso paso de las tropas que saliesen de esta ciudad. Con tal cubilete estratégico, persuadido Marcó del Pont de que por esa ruta invadiría San Martín, al mismo tiempo que deseoso de averiguar con más certidumbre los planes de este, dirigió varios espías a su campo y al camino señalado por el que debía pasar aquel con su ejército. Alistó en el entretanto el suyo para cruzar la

cordillera luego que el tiempo lo permitiera, tratando con este anticipado movimiento de privar a los patriotas argentinos, todavía muy inferiores en fuerzas y recursos, de las ventajas que podían disfrutar sobre el territorio chileno si llegaban a invadirlo con buen suceso.

Las tropas realistas que existían a las órdenes del presidente Marcó del Pont llegaban a más del número de 6000 hombres de todas las armas; pero con ellas no alcanzaba a cubrir con seguridad una línea de trescientas leguas, que se extiende desde el camino que va a Coquimbo hasta el de Antuco, que se halla frente a Concepción. He aquí otra de las razones que abonaban la primera determinación de atacar a San Martín antes que hubiera superado la cordillera, que no hizo el presidente porque no tenía la resolución de un consejo de guerra.

Persuadido el general realista Marcó del Pont de que podría llevar a efecto dicho plan, dispuso que una guerrilla de 200 hombres se apostase, antes de todo, en Curicó, por ser la población más inmediata a la desembocadura del camino del Planchón, con instrucciones de pasar dicha cordillera al primer aviso, antes que San Martín pudiera ponerse en movimiento, y de sorprender el fortín de San Rafael, correspondiente a Mendoza y distante cincuenta leguas al sur de esta ciudad, que solo estaba guarnecido por 40 milicianos. Esa operación llamaba naturalmente la atención de dicho caudillo patriota, ya que al mismo tiempo daba lugar a que el grueso de las fuerzas del referido Marcó cruzase libremente por el camino mejor y más recto de Uspallata, hasta ponerlo en completa confusión

Un proyecto por el que acudió a Marcó su capellán, el reverendo padre Martínez, que llevaba 38 años de residencia en Chile, durante los cuales había adquirido los más exquisitos conocimientos del terreno y de los negocios públicos, // [f. 500] fue aprobado últimamente por todos los jefes realistas y sujetos de conocida inteligencia en aquellas materias de bélicos procedimientos. Como consecuencia del plan aprobado, el mismo autor de él fue comisionado para pasar sin pérdida de tiempo a Curicó, a fin de informarse con certeza de los preparativos de San Martín, de la fuerza de su expedición y de cuantos incidentes podían saberse, datos que fuesen conducentes al mejor resultado de los movimientos de los realistas sobre el amenazante contrario, que causaba ya tantos pensamientos y desvelos.

Salió, pues, de la capital de Santiago dicho religioso el 24 de octubre y recorrió en menos de dos días las cincuenta leguas que median entre la mencionada capital y el punto sujeto a su inspección, por orden del presidente Marcó, su dirigido. Cuando examinó por su propia vista el citado camino del Planchón, lo halló tan cargado de nieve que opinó que no podía ser transitable hasta el mes de diciembre, que era decir hasta dentro de mes y días después. Sin embargo, por medio de varios espías que se atrevieron a cruzar dicha cordillera, averiguó con evidencia la fuerza de San Martín, que no excedía de 2250 hombres, a los que estaba disciplinando en un campamento a dos leguas al norte de Mendoza. Supo, asimismo, que si bien experimentaba mucha deserción, la cubría muy pronto con gentes que incorporaba a sus filas, tomadas en reclutamiento, y se cercioró de la falsedad de los alarmantes anónimos. Así, también adquirió noticias indudables de no haber ido al puente del Diamante el anunciado ingeniero francés, ni de hallarse el menor preparativo que indicase haber sido elegido aquel punto para el paso de las tropas de San Martín.

Así fue que estos mismos espías, por quienes se tuvo conocimiento de lo desguarnecido y descuidado que estaba el fuerte de San Rafael anteriormente nombrado, fueron remitidos al capitán general presidente Marcó, para que los examinase por sí mismo y viese si convenían sus declaraciones con las que remitía dicho padre comisionado por el propio Pont.

Mientras estas y otras disposiciones eran tomadas por Marcó, se corrieron los días y llegó prontamente el mes de diciembre, mes en que empiezan a habilitarse los caminos de la cordillera por la evaporación de la nieve; y, observando que el del Planchón podía ya ser cruzado libremente por las tropas realistas, se dio aviso al presidente para que las dirigiera prontamente en ejecución del primitivo plan. Mas, como había sido resuelto, durante la ausencia del religioso Martínez, por un consejo de guerra otro, muy diferente, que se derribarían los únicos medios que habían de salvar el dominio realista en Chile, se pusieron en la mayor confusión y alarma los que conocían la verdadera situación de los negocios públicos de este reino. Así, se había adoptado, en el nuevo orden de operaciones, esperar a los independientes dentro de la misma nación chilena, guarneciendo, con la no bastante fuerza ya indicada de 6000 // [f. 501] hombres, una línea

de 160 leguas que hay de Aconcagua a Concepción. Llevada a efecto esta inesperada disposición, pasó a esta última ciudad el batallón del mismo nombre; el de Chillán fue apostado en Curicó; dos compañías, en Talca; el cuerpo de caballería de Barañao, en San Fernando; otro cuerpo de caballería, en Rancagua; algunas compañías de infantería, en el camino del Portillo; tropas de todos cuerpos, en la capital; y una división de 1000 hombres, llamada de vanguardia, en Aconcagua, que era donde terminaba la trazada línea, que se presentaba al primer golpe de vista muy extensa y desde luego por todas partes, sin la fuerza bastante para rechazar a los patriotas, que reunidos en masa a cualquiera de ellas minaba.

No solo los inteligentes por conocimientos científicos en la guerra, sino hasta los prácticos del país vieron con convicción que el gobierno realista marchaba a toda prisa a encallarse con su término. Así, parecieron a todos tan mal calculados los planes de defensa adoptados últimamente, que los ilustrísimos obispos de Santiago y Concepción representaron el inminente peligro que amenazaba la pérdida del país. El mismo padre Martínez, a quien se le atribuía el mayor ascendiente sobre el capitán general, fue encargado de influir para la variación de los citados planes; mas todo fue inútil, porque, escudado Marcó en el acuerdo de su consejo de guerra, se creía libre de toda responsabilidad, cualquiera que fuese el resultado de sus operaciones. Ya no quedaba, pues, en tal apuro más arbitrio que el de la emigración. Todos estaban penetrados de que iba a sucumbir el gobierno del rey, y en este desaliento general nadie pensaba sino en su propia conservación. Todo era confusión en la misma capital: órdenes y contraórdenes, marchas y contramarchas, mudanzas de jefes y nuevas promociones, insubsistencia en todas las providencias, y vacilaciones en todos los ramos. He aquí el aspecto que presentaba dicha ciudad de Santiago, aun antes que San Martín hubiera pasado la cordillera.

Así, el general realista Marcó del Pont tuvo la desgracia en Chile de no acertar en sus disposiciones; y, aunque él tenía los más puros sentimientos de lealtad y amor al rey, así como todo esmero por el honor de sus armas, nada pudo hacer con éxito ni felicidad. Se veía por todas partes rodeado de personas inexpertas y presumidas que le hacían seguir la dirección que halagaba su amor propio o que convenía al engrandecimiento de ellas mismas.

Por el contrario, San Martín era apoyado por la opinión de la gran causa de independencia y libertad: el gobierno de Buenos Aires no le excusaba medio alguno de protección. Nada ignoraba el caudillo patriota de cuanto acaecía entre los realistas; // [f. 502] su frecuente y segura correspondencia con los patriotas de Chile iba haciendo los más rápidos progresos en la opinión; su intrépida actividad y vigor crecían en razón directa al desaliento del contrario que iba a combatir. Aquellos hacendados, que imprudentemente habían sido perseguidos por el gobierno realista, movían sordamente los más finos recortes de la intriga y preparaban a todos sus dependientes para secundar los impulsos del general patriota, ya próximo a abrir la campaña y descender sobre Chile para hacer desocupar a toda dominación de España.

Últimamente, el plan que este tenía preparado era el más a propósito para asegurar la victoria. Así, pues, en el año que sigue verá el lector, en su debida ejecución, con tanta rapidez y felicidad, que le hicieron adquirir un lugar distinguido en el templo de la fama, la gloria y la libertad. Lo cierto fue que en los buenos sucesos de esta empresa suya tuvieron más parte sus talentos, su patriotismo, su valor y su brazo, que la triste fatalidad a que los españoles, por no confesar de plano que fueron vencidos por él, siempre han atribuido sus pérdidas, tratando de deslumbrar con la fuerza del destino, cuando si algo eran y conseguían sobre ellos los independientes no era de otro modo sino al vigor de la opinión popular, de su valor y de la bala y el acero.

Al concluir este citado año de 1816, recibió también el virrey Pezuela comunicaciones del general Morillo, fechadas ya en Santa Fe de Bogotá, 49 participándole que su vanguardia, mandada por el brigadier don Miguel la Torre, había ocupado a esta capital el 6 de mayo. También le comunicó que él había hecho su entrada pública el 2 de junio siguiente, trayendo por la vía de Ocaña a su cuartel general, el batallón del general, un escuadrón de húsares de Fernando VII y otro de artillería volante, después de haber distribuido a las cuatro divisiones de su ejército, como consecuencia de la toma de Cartagena, para invadir el reino expresado por distintas

<sup>49</sup> A partir de aquí, en lo relativo a lo sucedido en Santa Fe de Bogotá y Caracas en 1816, Cortegana sigue a Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana (1830), t. II, cap. XVII.

direcciones y en combinación con la quinta división de hijos del país que, a las órdenes de su comandante general, el coronel don Sebastián de la Calzada, se había ya puesto en movimiento a fines del año anterior desde la provincia de Barinas, última de Venezuela, y había penetrado en el territorio del citado reino por los llanos de Arauca, pertenecientes a la provincia de Casanare, en la forma siguiente.

La primera estaba a las órdenes del brigadier don Pedro Ruiz de Porras, que había mandado durante el sitio de Cartagena una columna sobre la vía de Mompox, la ciudad de Ocaña y otros pueblos de las riberas del río Magdalena, para contener por aquella parte a los inde-// [f. 503] pendientes, hasta ser relevado en el mando de ellas por el coronel don Francisco Warleta. Así, partió dicho Ruiz Porras a encargarse del gobierno de Santa Marta, por haber sido tomada esta plaza y porque Warleta se había sabido granjear el cariño y confianza del general Morillo. Este último le hizo seguir mandando a otra columna enviada al oeste del Magdalena, en las provincias de Antioquía, el Chocó, Nóvita y Citará, compuesta del regimiento de infantería del rey y un escuadrón de húsares de Fernando VII.

La segunda estaba compuesta por el segundo regimiento de Victoria y varios destacamentos de otros cuerpos de infantería y caballería, a las órdenes del teniente coronel don Julián Bayer, con el objeto de recorrer las costas del Darién y de penetrar por el río Atrato hasta salir por el Chocó a las inmediaciones del Cauca, Cali y Popayán.

La tercera estaba organizada por el primero de Victoria y varias compañías de infantería de distintos cuerpos de retaguardia y de los cazadores del ejército real a las órdenes del brigadier don Miguel la Torre. Toda esta se dirigió por la parte oriental del Magdalena, ocupó a Ocaña y de allí hizo adelantar dichos cazadores, al mando del sargento mayor don Matías Escuté, a fin de reunirse con la quinta división que había llegado hasta el punto de Ramírez en los páramos de Cachirí. Esta estaba compuesta del primer y segundo batallón del regimiento de infantería de Numancia, naturales todos de Venezuela —a excepción de los jefes, algunos oficiales y parte de sus clases de sargentos que eran españoles europeos—, y de 800 lanceros del mismo modo hijos del país llanero. Con estas fuerzas reunidas, ya se habían batido en las inmediaciones de Chire contra 3000 hombres de caballería patriotas y, después de estos, contra otras dos fuerzas en Bálaga y la mayor fuerza de los independientes en las alturas de Bucaramanga, mandadas todas ellas por su jefe don Custodio Rovira, don Timoteo Ricaurte, don N. Madrid, don Francisco Paula Santander y el zambo Arévalo.

La cuarta estaba a las propias órdenes del general en jefe realista don Pablo Morillo, como ya quedó antes designado.

Todas estas divisiones habían batido a los independientes completamente donde los habían encontrado reunidos, así como también al francés Serviez en la Cabulla o Taravita de Cáqueza, en los ríos Negro, Meta, Ocoa y Upia el 13 de junio, después de haber cruzado en tiempo de lluvias continuas los ríos Guastiguia, Totuino, Cuciana, Cravo y Pauto. Con el motivo de haber encontrado los ramos del gobierno realista rotos por el desorden de los independientes, Morillo trató de fijar su residencia en Santa Fe por algún tiempo, a fin de ayudarlos y muy especialmente también para castigar a todos los caudillos, prisioneros o no, pero que se habían acogido a los varios indultos que había otorgado y que, pese a las restricciones que habían tenido respecto de ellas, no habían sido consideradas por el brigadier La Torre a su entrada a la capital, que los ha-// [f. 504]bía hecho extensivo a todos. Por lo tanto, este los había puesto presos y los había sometido al fallo de sus prevenidos tribunales restablecidos para que fueran decapitados. Estos, aprehendidos en los campos de batalla o después de ellas en las poblaciones, persuadidos de estar seguras sus personas y sus vidas con el veto de los referidos indultos, fueron don Antonio Villavicencio, don Carlos de Montúfar, don José Ramón de Leyva, don José Carbonell, don Jorge Tadeo Lozano, los Torices, los Ninos, los Monsalves, Cabal, Baraya, Mejía, Linares, los Grillos, Rovira, Céspedes, Peña, Ayala, Rivas, Angulo, Troyano, el Mocho, Contreras, Ramírez, Ortiz, Pelgrón, el español Andreu, Lastra, Zapata, Tiguarana, Carate, Gómez, Sánchez, Olaya, Quijano, Herrera, Palace, Otero, los Salas y los López, Olmedilla, Salias, Mortalis, Caldas, Ulloa, Buch, Armero, el canario Páez, el vizcaíno Abad, y los letrados Valenzuela, Pombo, García Evia, Benítez, Gutiérrez, Cortés, García Rivera, Camacho, Álvarez, Arrublas, Dávila, Ulloa, Chacón, García, Ardilla, Vallecillo, Frutos Gutiérrez, Vásquez y Caicedo: todos estos individuos habían sido los próceres de la independencia de América por aquellas

partes de Quito, Popayán y Santa Fe de Bogotá, que habían tenido la mala suerte de caer en manos del sanguinario Morillo.

Este, pues, anunciándole al virrey del Perú Pezuela, continuaba diciéndole en su correspondencia que unos habían adquirido una funesta nombradía en la carrera por la deslealtad e independencia; que varios eran los que habían dado las primeras voces de la insurrección, y otros, los que habían acaudillado las partidas y cuerpos que tantas veces se habían cebado en la sangre española; que no pocos de ellos habían hecho resonar las doctrinas jacobinas en los congresos, corporaciones y públicas reuniones de los pueblos; y que igualmente había entre ellos muchos de aquellos que habían buscado la sombra de una ilegítima rebelión para que les sirviera de un abrigo contra sus crímenes anteriores. Por tales fundamentos, sin la menor excepción, los había hecho condenar a muerte afrentosa, que se les había ya impuesto por los citados tribunales creados con este objeto, y mandados ejecutar por el mismo. Horroriza a todo corazón patriota esta descrita carnicería del león de Castilla, que vino a locupletarse<sup>50</sup> de sangre y de vida de los americanos, sin más delito que el de ser libres y nunca esclavos de sus tiranos, los españoles. Morillo, por este bárbaro hecho, quedó a la par de los Nerones y los Boves, y su nombre, eternamente excusado, manchado y oprobiado por la sangre y vida de los libres de la América meridional.

Con motivo de haber decretado Morillo los secuestros de los bienes de los patriotas, estaban comprendidos los ingentes bienes de Bolívar en Costa // [f. 505] Firme, quien, como no podía entrar en posesión de ellos, tenía jurado no deponer las armas hasta que hubiera arrojado del país a los españoles. Pese a esto, había abordado este caudillo patriota y pertinaz, en su fuga de Cartagena ocurrida el año anterior, la isla de Jamaica, en donde se conservaba trabajando con el mayor empeño para proveerse de los buques y pertrechos guerreros, a fin de hacer una invasión en las provincias de Venezuela. Allí debió de haber perecido Bolívar al brazo de una intriga española; pero la providencia, por sus inescrutables designios,

<sup>50</sup> La expresión debe entenderse como «enriquecerse o adueñarse». Se trata de un lusismo derivado del verbo portugués «locupletar», que tiene el significado señalado.

le salvó la vida de un modo casi milagroso, para liberar a la América y para castigo de los inhumanos españoles.

Y el suceso fue que, cuando Bolívar estaba viviendo en una misma posada con don Manuel Amestoi, oficial de la contaduría de Caracas, ambos dormían en la misma habitación: el primero en una hamaca y el segundo en la cama. Solían recogerse a las once de la noche y, como en una de ellas lo había verificado Amestoi antes que su compañero, se acostó en dicha hamaca para hallar algún alivio contra el gran calor que le sofocaba. Cuando llegó Bolívar a las doce y halló dormido al citado Amestoi, ocupó la cama de este para no privarlo de su profundo sueño. Esta era la noche en que debía consumarse el sacrificio: el mulato Luis, esclavo de Bolívar, había sido ganado, sin duda, por los partidarios de los españoles o por ellos mismos, para asesinar a su amo. No bien había pasado una hora cuando, tras entrar el referido mulato en el aposento con el mayor silencio, coció a puñaladas al infeliz Amestoi, que dormía tranquilamente en la hamaca, y quedó Bolívar por esta inesperada ocurrencia libre de los golpes que habían sido preparados contra él. Fue aprehendido el asesino y ahorcado a los cuatro días, sin haber querido revelar los nombres de los que habían dado impulso a su brazo para la perpetración de tan alevoso asesinato; pero, fuera esto lo que fuere, la opinión general ha sido siempre que el hecho era obra política de los españoles contra Bolívar.

En este estado, Bolívar, viendo el poco fruto que sacaba de sus excitantes instancias cerca de los negociantes de esta isla, donde se le había querido hacer sucumbir, se ausentó de ella y se pasó a la de Santo Domingo, esperando que la mayor afinidad de la forma de aquel gobierno con la que él trataba de establecer en su país le ofrecería más fácilmente los medios para dar ejecución a sus patrióticos proyectos. En dicha isla, no fueron tan vanas sus esperanzas, como lo habían sido en la de Jamaica. Así que, en el mes de abril del presente año, tenía dispuesta una expedición de negros y mulatos, que zarpó de los cayos de San Luis en dirección a la isla de Margarita, donde mandaba el brigadier don Juan Bautista Pardo, abordado a ella el 2 de mayo. Y, dando intimaciones y algunos ataques tanto en tierra como en mar, se dirigió para el puerto de Carúpano en la costa oriental de Cumaná, // [f. 506] a la que arribó el 1.º de junio. Allí también, tras haber tenido sus

intimaciones y ataques con los realistas, Bolívar se hizo a la vela el 1.º de julio, dejando en dicho pueblo de Carúpano a 100 hombres mandados por un jefe suyo llamado Brisel, francés por naturaleza. Como esta expedición de Bolívar aparecida en Carúpano había entretenido al brigadier Cires, gobernador de Cumaná, se facilitó también la presentación del frente de dicho Cumaná a las partidas gruesas de los caudillos patriotas Mariño y Bermúdez, que llegaban a poner sitio a la ciudad.

Como todos ignoraban el rumbo que había tomado Bolívar, se le vio aparecer repentinamente sobre Borburata el 5 del propio mes, en las inmediaciones de Puerto Cabello. Algunos expedicionarios saltaron a tierra en la isla de los Monos y fijaron una bandera como señal para los partidarios de la independencia de que Bolívar ya había arribado a las costas de la patria con su expedición. Mas, a las pocas horas, volvieron a sus buques y se dirigieron a Ocumare, en cuyo puerto desembarcaron al día siguiente 6, en la tarde. Luego, en los días 9 y 13, fueron batidos Soublette, en el camino de la Piedra que va a Ocumare, y Bolívar, en las cumbres de los Aguacates. De allí, Bolívar apenas se pudo salvar, después de haber dejado 400 muertos y heridos, contándose entre los primeros el coronel don Vicente Landaeta y un capitán francés; y habérsele tomado 1000 fusiles nuevos y empaquetados, 300 que arrojaron sus expedicionarios en la fuga, 70 000 cartuchos de fusil, 6 quintales de pólvora, 32 000 piedras de chispa, un cajón de balas de fusil, 5 moldes de bronce para construirlas, 3 pedreros, 3 esmeriles, una porción considerable de lanzas, una imprenta completa, pertrechos de los que nunca dejaba de proveerse Bolívar para extender el fuego de la libertad y otros varios efectos. Todos estos fueron los sangrientos timbres de los realistas de tan fatal jornada tanto para este caudillo independiente como para toda Venezuela.

Bolívar, así, destrozado y fugado de tal manera del campo de los Aguacates, apenas había podido embarcarse con cuatro mujeres de su familia, por perseguirle muy de cerca el encarnizado brigadier realista Morales. Temerosos los buques de un trastorno por la pérdida experimentada, Bolívar supo comunicar tales recelos a sus tripulaciones, y todos se hicieron a la vela para Bonaire. Allí, después de haber fondeado, había tenido discordias con el titulado almirante de la república de Venezuela

don Luis Brión, natural de la isla de Curazao, quien tomó en consideración el abismo de males en que había sido confundido por los inconsiderados proyectos de Bolívar, por su poca destreza en ejecutarlos y por su ninguna resignación en terminar con su excitación. Entonces, Brión lo llenó de baldones e improperios, le dio públicamente de bofetadas, y aun habría procedido a echarlo al agua, si sus amigos no hubieran contenido su brazo y calmado su cólera, exaltada al tender la vista sobre los // [f. 507] cuantiosos gastos que había hecho con tan poco provecho y que habían desaparecido en tan breves días. Sin embargo, de tamaño ultraje, Bolívar se repuso lleno de prudencia y sabiduría, ya que, si la fortuna marcial no había coronado sus esfuerzos con los laureles del vencimiento, le era sabido que, perdiendo siempre, había ganado mucho la causa de independencia de su patria. En efecto, con solo haberse presentado e invadido, o perdido con honor en la batalla que había acabado de dar a los numerosos españoles, había hecho que por varios puntos de Costa Firme vuelvan a aparecer los próceres de su causa, que yacían confundidos en sus silenciosos retiros. Asimismo, para su modo de pensar, en las cosas políticas de su país, el particular vencimiento que habían conseguido sobre él los españoles, por un destino casual y fortuito de la guerra, no era un suceso por el que debía desesperarse, sino más bien darse el parabién por haber con él despertado el patriotismo estacionado de sus compatriotas, para que busquen, en los campos de la gloria, la libertad de la patria. Así, aunque fueran mil y mil de sus derrotas, él al fin con su constancia triunfaría sobre los usurpadores de América. Mas, cuando así lo divisaba ya en los buenos procedimientos de sus compañeros Mariño, Bermúdez y otros, que ya se habían presentado de nuevo en la lid contra esos mismos que lo habían vencido, al paso que también los derrotados de la batalla de Aguacates, al llegar a Ocumare, se encontraron sin buques para embarcarse. De ese modo se hacían otros tantos héroes de la libertad, defendiendo no solo la causa a la que pertenecían, sino sus propias existencias, puesto que en el seno de las adversidades era donde se formaban los grandes capitanes.

En efecto, así había sucedido que, encontrándose en tan triste desconsuelo y desesperación los referidos derrotados, como creyendo inevitable su ruina, siguieron luego llenos de entereza y denodados al valiente escocés sir Gregory Mac Gregor, que se puso al frente de ellos manifestándoles su salvación si se resignaban a obedecerlo y seguirlo. Con esta explícita propuesta, serenaron todos su turbación y prometieron unísonos cumplir con acierto y entereza todas las providencias que dictase para salvarse y salvarlos a todos ellos. Puesto así dicho escocés Mac Gregor a la cabeza de 600 hombres resueltos, que fue toda la gente que pudo reunir de los expedicionarios en medio del desorden de la derrota y la persecución, se puso en marcha con ellos, sin pérdida de tiempo, por la costa al pueblo de Choroní, que dista tres leguas de Ocumare. Así, volvió a atravesar las montañas, bajó al pueblo de Turmero y siguió por San Mateo, la Victoria, Villa de Cura y Orituco, para ganar los llanos y reunirse en Barcelona con las muchas partidas que ya domi-// [f. 508] naban aquella provincia, en favor de la independencia de Costa Firme, debido ciertamente al lugar y desahogo que les había proporcionado Bolívar con su expedición traída de los cayos de Santo Domingo, con la que llamó todas las atenciones y fuerzas de los españoles.

Sabedor Morales de la dirección que llevaban los independientes con Mac Gregor, se puso en su seguimiento; pero no pudo llegar a tiempo como para estorbar la derrota que sufrió el coronel realista López en el hato del Alacrán, de cuyas resultas adquirió Mac Gregor mayores fuerzas para seguir su marcha hasta reunirse con los caudillos patriotas Piar, Mariño y Monagas. Entre tanto que así el general realista Morales se preparaba en el Juncal para atacar a Mac Gregor y sus compañeros, en cuya acción fue derrotado con pérdida de 700 hombres, un cañón y todas sus municiones, hasta retirarse sobre el río Unare y Orituco, con lo que quedó, por esta acción, toda la provincia de Barcelona en poder de los patriotas; el general Morillo acababa los arreglos del gobierno de Santa Fe de Bogotá con el virrey don Francisco Montalvo. Luego, Morillo, tras haber entrado en algunas controversias con este, informó a la Corte pidiendo al mariscal de campo don Juan de Sámano para su relevo y que se le considerara como premio por la batalla que había ganado en Tambo y por haber sometido a todo el Cauca, Cali y Popayán al dominio real, además de haber preservado a la presidencia de Quito exenta de las incursiones de Montúfar, Cabal y otros con quienes había concluido en la referida batalla. Dicha petición

vino a tener efecto por la Corte al año siguiente, a pesar de que se decía que el presidente cesante del expresado Quito, el teniente general don Toribio Montes, sería el que reemplazase a Montalvo en el virreinato anunciado.

También por el mismo tiempo se enteró el virrey Pezuela del estado de los negocios públicos del imperio de México, donde seguían también en apogeo las armas reales, puesto que muchos caudillos patriotas se iban acogiendo a los indultos que había publicado el virrey Calleja, los mismos que se repitieron aun con más extensión por su sucesor el nuevo virrey don Juan Ruiz de Apodaca, que lo acababa de relevar en el presente año.

Con todos estos conocimientos del estado de las cosas en todas las Américas pertenecientes como colonias a la Corona de España, concluyó el año de 1816 el virrey del Perú Pezuela, bajo la perspectiva de tener muy lisonjeras esperanzas de que el dominio español sería en adelante más consolidado en todas ellas. Solo esperaba, para acabarse de ratificar en esta creencia política suya, el próximo desenlace de la contrincancia [sic] de Chile entre San Martín y Marcó del Pont, // [f. 509] que en verdad tenía atraída sobre sí toda su atención. De este suceso y desenlace importante para el bien de la América del Sur y el decaimiento del poder español, se instruirá el lector en el capítulo y año siguiente.



# MANUSCRITO X

(Selección)

## [f. 189] Capítulo 5

#### AÑO DE 1821

\*\*\*

## [F. 197] PROCLAMA DEL GENERAL SAN MARTÍN a los habitantes del Perú

Peruanos, mis esfuerzos por la paz han sido inútiles. Desde que se abrieron las conferencias de Punchauca, yo he estado dispuesto a admitirla sin exigir otra condición que vuestra independencia. Con tal objeto, ningún sacrificio habría sido grande para mi corazón, porque aun el esplendor de la victoria es una ventaja subalterna para quien solo suspira por el bien de los pueblos. Pero los españoles no quieren que seamos libres, sino esclavos. Esta es la alternativa que nos dejan. Yo que conozco vuestros sentimientos, he contestado: «Libres o muertos y jamás esclavos peruanos».

Peruanos, corramos a las armas con una nueva energía y no las dejemos de las manos, no... hasta que los hijos de la tierra de los incas se den ellos mismos las leyes que aseguren su destino. Emprendamos con doble ardor la guerra y hagámosla como la hacen los valientes cuando el sentimiento de la justicia llena de fuego sus pechos y los ciega a los peligros y a la muerte misma. Sin embargo, no olvidemos que la humanidad es un deber y que ella ha honrado hasta hoy nuestra conducta. Pero si los enemigos, en su despotismo, destruyen la capital del Perú y la entregan a los horrores del saqueo, como se asegura que lo intentan, caigan entonces sobre ellos los rayos de la venganza, armada de todos los medios que es capaz de emplear para destruir y castigar un atentado que irrita la razón y la naturaleza.

En medio de esto, la justicia me obliga a decir que no todos los españoles conspiran contra nuestros derechos. Algunos de ellos, impelidos por cuatro jefes exaltados, que no existen sino para servir a sus pasiones, son los que rabian por derramar la sangre americana. Los demás aborrecen la ferocidad: estos serán protegidos por nuestras armas y respetados inviolablemente su existencia y propieda-// [f. 198]des.

¡Peruanos! Traed a la memoria las injurias de trescientos años y todas las que personalmente habéis sufrido. Si el deseo de la paz había hecho que empecéis a olvidarlas, pensad ahora en ellas día y noche, y mostrad a la España que todo tiene término en la naturaleza y que sus crímenes y vuestra paciencia han llegado al suyo.

San Martín

\*\*\*

[f. 209]

\*\*\*

PROCLAMA<sup>51</sup>

Habitantes de esta capital:

Ya habéis visto al intruso La Serna que, en unión con los jefes militares atrevidos y desenvueltos, ha marchado dejando a todos en confusión y abandono, después de haber saqueado las propiedades de personas honradas y de atentar sacrílegamente contra los mismos templos. Olvidemos, compatriotas, a esos criminales, pues ya veis a la deseada patria venir presurosa a daros libertad. Ella va a ser el centro de vuestros encantos, delicias y seguridad. Uníos a ella con recios nudos

<sup>51</sup> El Americano, n.º 2, 12 de julio de 1821, pp. 2-3.

de alianza. Es concluida, amabilísimo pueblo, para siempre la rivalidad. Dad ejemplo de ello a todas las naciones y condénsense de vivas noticias de que, estrechados los pueblos oprimidos largo tiempo, con el Ejército Libertador van a ser felices eternamente. El general San Martín espera que a vuestros contentos se una el mejor orden, mas, si contra sus esperanzas alguno osara infringirlo, prepara la rectitud para escarmentar severamente a quien perturbe el sosiego.

José de San Martín //

[f. 211] El Ejército Libertador, en vez de tomar una protección decidida por los montoneros, marchando en jornadas de etapa y apoyando sus hostilidades, no lo hizo y solo se contentó con tomar los indicados cantones en los encantos de la ciudad de Lima. He aquí la razón por que la guerra se prolongó, porque, si hubiera secundado de tales fuerzas a aquellas bandas de patriotas armados, apenas puede dudarse de que la habrían concluido en muy pocas semanas, sin que San Martín ni su ejército hubieran tenido otro peligro que el de marchar pisando las huellas de los montoneros que acosaban en todas direcciones a los realistas.

En tan fatal persecución, el virrey fue bastante feliz de haber podido entrar al valle de Jauja, punto señalado para concentrar sus fuerzas. También lo fueron Canterac y Carratalá, al no haber sido atacados por el general Arenales, que, a la cabeza de más de cuatro mil hombres de todas armas, repasaba los Andes hacia la costa de Lima, de regreso de Pasco y Huancayo. A su protección y la de Gamarra salió el virrey, como se deja dicho, en abril de Huaura, con toda la fuerza que a este intento se le puso a sus inmediatas órdenes y cuyo movimiento verificaba en circunstancias en que los realistas emprendían su retirada de Lima a los puntos que él abandonaba a su retaguardia, de los que también había arrojado hacia las provincias de Huancavelica y Huamanga a Carratalá y su división. El general Arenales entró a Lima el 3 de agosto en la noche y su división, el 5 del mismo mes, públicamente.

En el Perú, los montoneros se conocen tan solamente desde la época de San Martín a esta parte Esta es una milicia que no tiene sueldo alguno asignado, así es que en sus correrías viven a costa de lo que toman por voluntad o por fuerza de los propietarios del país. Sirven solo para perjudicar a estos y a todo ciudadano pacífico, porque no inspiran la menor confianza, y tal vez para hostilizar en los desfiladeros o quebradas al enemigo; pero nunca para un ataque arreglado, porque pelean en desorden y siempre al escape en caso de que se les envista seriamente, bajo las reglas de la guerra, por tropas de línea. Con estas partidas, los jefes de ejército Villar y Caparrós fueron los primeros // [f. 212] que ocuparon Lima y ejercieron, el primero, el mando de las armas en sus subordinados y, el segundo, el desempeño de la mayoría de plaza.

Luego que San Martín tomó posesión del Palacio de los virreyes, nombró de presidente del departamento al coronel de ejército don José de la Riva Agüero y libró, por su órgano, las órdenes más conducentes al efecto de preparativos que solemnizasen el acto más grandioso de sacudir para siempre el yugo español verificado el 28 de julio, es decir, la proclamación de la independencia del Perú, bajo juramento de estilo en tales casos en la plaza pública, con la suntuosidad y magnificencia extraordinaria. En efecto, jamás hasta entonces habían visto los peruanos un acontecimiento igual ni de más pompa ni regocijo. Asimismo, expidió a los habitantes de la capital su palabra de buen orden, como se manifiesta por la siguiente proclama.<sup>52</sup>

Estos preparativos comenzaron el día 15 de julio, como lo prueban los documentos que siguen.

Jamás vio Lima,\* ni en el estado de su anterior esclavitud era posible que viese, día tan solemne y tan plausible como el de ayer, en que la reunión de sus vecinos en cabildo abierto y la declaración pública de la voluntad universal le hicieron advertir que entraba por la primera vez en el ejercicio de los derechos de un pueblo independiente y libre. ¡Día quince de julio de 1821...! Día memorable que fija la época de la regeneración del Perú; más bien, diremos, la de su existencia. Bórrense, si puede ser, de la memoria de los hombres los tres siglos que pasó aletargado en las cadenas de un gobierno despótico. Despertó por fin al eco de una voz

<sup>52</sup> Al final del párrafo, se agrega un asterisco, a manera de llamada de nota al pie de página. Dicha nota no figura en este folio, sino solo la que a continuación colocamos. Tal vez se trata de una equivocación y ambas llamadas aluden a la misma nota.

<sup>\*</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 1, 16 de julio de 1821, pp. 1-2.

majestuosa que, venida desde las extremidades de este continente, le decía: «¡Somos libres! Debes tú serlo también». Y desde entonces supo estimar sus derechos y suspiró por recuperarlos; mas no se reanimaron sus esperanzas sino para sentir más pesado el yugo de inhumanos opresores, en cuyo tribunal era un crimen hasta el pensamiento de la libertad.

La presencia de San Martín embotó las // [f. 213] armas del enemigo, obstinado en perpetuar nuestra opresión. Lima respira finalmente sostenida por este general y por sus virtudes patrióticas, y, como no tiene ya nada que temer, recibe dentro de sus muros pacíficos a su Libertador, con demostraciones sin ejemplos del más sincero y cordial júbilo. Y, echándose en sus brazos, pudo protestarle solemnemente que la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera es el voto general de todos los habitantes, voto radicado en todos los corazones desde muy atrás; que no sufren verla sujeta a nueva discusión; que están impacientes por confirmarla cuanto antes a los pies del Eterno; y que la sostendrán a la faz de todo el universo, a costa de su sangre. Así lo pronunciaron. Así lo consumaron en aquel día los ciudadanos de todas clases, estado y condición, en presencia del excelentísimo señor arzobispo de esta iglesia don Bartolomé María de las Heras, entre las vivas y efusiones de alegría con que un pueblo innumerable se agolpaba, aunque sin desorden y alboroto, alrededor de la sala capitular, pugnando por entrar a tener parte en la aclamación gloriosa de su independencia. Únicamente pudieron aquietarse de pronto con la esperanza de ratificarla después, cuando continuaran, en los siguientes días, la suscripción del acta, que allí mismo quedó firmada por muchos más de trescientos concurrentes. ¡Heroicos ciudadanos, si hasta aquí pacientes y sufridos, desde hoy enérgicos y verdaderamente nobles! Cuándo las generaciones futuras bendecirán llenas de pasmo la memoria de vuestros nombres eternizados en el goce de la suerte venturosa que les preparasteis.

#### Excelentísimo señor:

Deseando proporcionar, cuanto antes sea posible, la felicidad del Perú, me es indispensable consultar la voluntad de los pueblos. Para esto, espero que vuestra excelencia convoque una junta general de vecinos honrados que, representando al común de los habitantes de esta capital, expresen si la opinión general se haya decidida por la independencia. Para no dilatar este feliz instante, // [f. 214] parece que vuestra excelencia podría elegir, en el día, a aquellas personas de conocida probidad, luces y patriotismo, cuyo voto me servirán de norte para proceder a la jura de la independencia o ejecutar lo que determine la referida junta, pues mis intenciones no son dirigidas a otro fin que a favorecer la prosperidad de la América.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

Lima, julio 14 de 1821.

José de San Martín.

Al excelentísimo ayuntamiento de esta capital.

## CONTESTACIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE LIMA AL ANTECEDENTE OFICIO54

#### Excelentísimo señor:

Con arreglo al oficio de vuestra excelencia, recibido en este momento, se queda haciendo la elección de las personas de probidad, luces y patriotismo, para que, unidas el día de mañana, expresen espontáneamente su voluntad por la independencia. Luego que se concluya, se pasará a vuestra excelencia el acta respectiva.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

Sala capitular de Lima, julio 14 de 1821.

El conde de San Isidro. Francisco Zárate. Simón Rávago. El conde de la Vega. Francisco Vallés. El marqués de Corpa. Pedro Puente. José Manuel Malo de Molina. Francisco Mendoza. Manuel Pérez Tudela. Manuel Tejada. Juan Esteban Gárate. Manuel del Valle. Miguel Antonio

<sup>53</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 1, 16 de julio de 1821, p. 2.

<sup>54</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 1, 16 de julio de 1821, p. 2.

Vertís. Manuel Alvarado. Juan Echevarría. Tiburcio José de la Hermosa, síndico procurador general. Antonio Padilla, síndico procurador general.

### OTRO OFICIO DEL MISMO AYUNTAMIENTO, REMITIENDO A SAN MARTÍN EL ACTA CELEBRADA EN CABILDO ABIERTO<sup>55</sup>

#### Excelentísimo señor:

Por la adjunta acta que, en copia certificada, se acompaña a vuestra excelencia, se manifiesta la decidida adhesión de los que componen esta capital a que se proceda a la jura de la independencia, cuyo voto debe servir a vuestra excelencia de norte para los ulteriores procedimientos que anuncia en su oficio del día de ayer.

Dios guía a vuestra excelencia muchos años.

Sala capitular de Lima, a 15 de julio de 1821.

Excelentísimo señor. El conde de San Isidro, etc. Siguen las firmas del anterior oficio.

Al excelentísimo señor general en jefe del Ejército Libertador del Perú, don José de San Martín. //

#### [F. 215] ACTA A LA QUE SE REFIERE EL CABILDO<sup>56</sup>

En la ciudad de Lima de los Reyes del Perú, en 15 de julio de 1821.

Reunidos en este excelentísimo ayuntamiento los señores que lo componen, con el excelentísimo e ilustrísimo señor arzobispo de esta santa iglesia metropolitana, prelados de los conventos religiosos, títulos de Castilla y varios vecinos de esta capital, con el objeto de dar cumplimiento a lo prevenido en oficio del excelentísimo señor general en jefe del Ejército Libertador del Perú don José de San Martín, del día de ayer, cuyo tenor se ha leído; e impuestos de su contenido reducido a que las personas de conocida probidad, luces y patriotismo que habitan esta capital expresen si la opinión general se hallaba decidida por la independencia, cuyo voto le sirviese de norte al expresado señor general para proceder a la jura de ella. Todos los señores concurrentes por sí, y satisfechos de la opinión de los habitantes de la capital, dijeron que

<sup>55</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 1, 16 de julio de 1821, pp. 2-3.

<sup>56</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 1, 16 de julio de 1821, pp. 3-4.

la voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera, y que, para que se proceda a su sanción por medio del correspondiente juramento, se conteste con copia certificada de esta acta al mismo señor excelentísimo. Y firmaron los señores:

El conde de San Isidro. Bartolomé, arzobispo de Lima. Francisco de Zárate, etc. Siguen multitud de firmas.

A la celebración de esta acta, el señor doctor don José de Arriz leyó en el cabildo un discurso patriótico que había formado y escrito para aclarar mejor la decisión de la jura de la independencia, lo más pronto posible por toda la capital.

El capitán general San Martín contestó el mismo día 15 al ayuntamiento desde su cuartel general de La Legua, donde había recibido el acta que aquel, como se ve, le había dirigido, expresándole su admiración y afecto al haber leído el entusiasmo con que se manifestaban para jurar su independencia de la coyunda española. En ese concepto, este general, en el periódico de gobierno, dio al público el

#### AVISO SIGUIENTE<sup>57</sup>

Por disposición del excelentísimo señor general en jefe don José de San Martín, está designado el sábado 28 próximo para el acto solemne de proclamar nuestra gloriosa independencia.

Consecuente a este aviso oficial, el 22 de julio // [f. 216] se publicó el respectivo bando general para la realización de la proclamación de la independencia en los términos siguientes.

<sup>57</sup> Gaceta extraordinaria del gobierno de Lima independiente, n.º 4, 23 de julio de 1821, p. 14.

Don José de San Martín, capitán general del ejército y en jefe del Libertador del Perú, gran oficial de la legión de mérito de Chile, etc., etc.

Por cuanto esta ilustre y gloriosa capital ha declarado, tanto por las personas visibles como por el voto y la aclamación general del público, su voluntad decidida por su independencia y ser colocada en el alto grado de los pueblos libres, quedando notado en el tiempo de su existencia como el día más grande y glorioso el domingo 15 del presente mes, en que las personas más respetables suscribieron el acta de su libertad, que confirmó el pueblo por voz común en medio del júbilo. Por tanto, ciudadanos, mi corazón, que nada apetece más que vuestra gloria, y a la cual consagro mis afanes, he determinado que el sábado inmediato 28 se proclame vuestra feliz independencia y el primer paso que dais a la libertad de los pueblos soberanos, en todos los lugares públicos en que en otro tiempo se os anunciaba la continuación de vuestras tristes y pasadas cadenas. Y, para que se haga con la solemnidad correspondiente, espero que este noble vecindario autorice el augusto acto de la jura concurriendo a él y que adorne e ilumine sus casas en las noches del viernes, sábado y domingo para que, con las demostraciones de júbilo, se den al mundo los más fuertes testimonios del interés con que la ilustre capital del Perú celebra el día primero de su independencia y el de su incorporación a la gran familia americana.

Dado en Lima, el 22 de julio de 1821 y 1.º de su independencia. José de San Martín.

De esta manera, quedó todo preparado para el día sábado 28 de julio de 1821, en que se hizo la proclamación y juramento de la independencia peruana,<sup>59</sup> como sigue.

> Desde la aclamación pública del 15 de julio, anun-// [f. 217]ciada en la Gaceta número 1, la cual suscribieron el mismo día, y han continuado suscribiendo en los posteriores, las primeras y más distinguidas personas

<sup>58</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 5, 25 de julio de 1821, pp. 17-18.

<sup>59</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 7, 1 de agosto de 1821, pp. 23-24.

de este vecindario; quedaron los votos de esta capital uniformados por la voluntad general de los pueblos del Perú.

Nadie hubo que no ansiase, desde entonces por el momento, consolidar la base de la independencia del modo más solemne y extraordinario, como correspondía a un pueblo soberano en el acto de recuperar el goce de los derechos imprescriptibles de su libertad civil. Destinose a ese efecto la mañana del 28 de este mes y, ordenado todo por el excelentísimo ayuntamiento conforme a las disposiciones de Su Excelencia, el señor general en jefe don José de San Martín, salió este de Palacio a la plaza Mayor, junto con el excelentísimo señor teniente general marqués de Montemira, gobernador político y militar, y en compañía del Estado Mayor, demás generales del Ejército Libertador, su edecán coronel O'Brien\* y el coronel Riva Agüero. Lo precedía una lúcida y numerosa comitiva compuesta por la Universidad de San Marcos y sus cuatro colegios, los prelados de las casas religiosas, los jefes militares, algunos oidores y mucha parte de la principal nobleza con el excelentísimo ayuntamiento: todos en briosos caballos ricamente enjaezados. Marchaban por detrás la guardia de caballería y la de alabarderos de Lima, los húsares que forman la escolta del excelentísimo señor general en jefe, el batallón n.º 8 con las banderas de Buenos Aires y Chile, y la artillería con sus cañones respectivos.

En un espacioso tablado aseadamente prevenido en medio de la plaza Mayor, lo mismo que en las demás de la ciudad, Su Excelencia, el general en jefe, enarboló el pendón en que está el nuevo escudo de armas de esta. Este escudo presentó un sol que se elevaba por el oriente sobre los cerros extendidos a lo largo de la ciudad y el Rímac que baña sus faldas. Dicho escudo, orlado de laurel, ocupa el medio de la bandera que se divide en cuatro ángulos, dos agudos encarnados y dos obtusos blancos. Para enarbolar dicho pendón, lo recibió de mano del señor gobernador Montemira, que lo llevaba desde Palacio, y, acallado el alborozo del mismo concurso, pronunció estas palabras que permanecerán esculpidas en el corazón de todo peruano // [f. 218] eternamente: «El Perú es, desde este momento, libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende». Batiendo

<sup>\*</sup> Este fue a quien el general San Martín, en presencia del pueblo limeño reunido, le hubo de regalar el parasol de los virreyes, concluido el acto de la proclamación. Era bien notable que, después del estandarte de Pizarro, este quitasol era la reliquia más estimada que había quedado [ilegible] poder de los virreyes, y pasado, por lo mismo, al poder de su [ilegible] el citado O'Brien.

después el pendón, y en el tono de un corazón anegado en el placer puro y celestial, que solo puede sentir un ser benéfico, repetía muchas veces: «¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!», expresiones que como eco festivo resonaron en toda la plaza entre el estrépito de los cañones, el repique de todas las campanas de la ciudad y las efusiones de alborozo universal, que se manifestaba de diversas maneras y especialmente con el arrojo, desde el tablado y los balcones, no solo de medallas de plata con inscripciones que perpetuaban la memoria de este día, sino también de toda especie de monedas prodigiosamente derramadas por muchos vecinos y señores, entre los que se distinguió el ilustre Colegio de Abogados.

En las medallas que se arrojaron, se representaba en su grabado, por el anverso, un sol con esta letra alrededor: «Lima libre juró su independencia el 28 de julio de 1821»; y, por el reverso, un laurel del que está circundada esta inscripción: «Bajo la protección del Ejército Libertador del Perú, mandado por San Martín». El Colegio de Abogados con innumerables vecinos de distinción y algunos jefes de oficinas —sin poder cabalgar en el acompañamiento por la escasez de caballos provenida de las repetidas requisiciones con que los arrebató a sus dueños el ejército español antes de su fuga— se contentaron con satisfacer sus deseos, presenciándose en pie alrededor de los varios tablados en que se efectuó la proclamación.

En seguida, procedió el acompañamiento por las calles públicas, repitiendo en cada una de las plazas el mismo acto, con la misma ceremonia y demás circunstancias, hasta volver a la plaza Mayor, en donde lo esperaba el inmortal e intrépido lord Cochrane en una de las // [f. 219] galerías del Palacio, y allí terminó. Mas no cesaron las aclamaciones generales ni el empeño de significar cada cual el íntimo regocijo que no podía contener dentro del pecho.

Manifestó este con especialidad el excelentísimo ayuntamiento, disponiendo, en las salas capitulares, un magnífico y exquisito desert<sup>60</sup> la noche de aquel día. La asistencia de cuantos intervinieron en la proclamación de la mañana, el concurso numeroso de los principales vecinos, la gala de las señoras, la música, el baile, sobre todo, la presencia popular de nuestro

<sup>60</sup> La expresión debe entenderse como «banquete o mesa donde se sirven alimentos, refrescos, frutas y dulces abundantes». Se trata de un galicismo derivado del francés «dessert», que tiene el significado original de «postre»; no obstante, en el Perú, en la primera mitad del siglo XIX, a esta palabra se le atribuía el sentido señalado.

Libertador, que se dejó ver allí libremente, mezclado entre todos con aquella sagacidad franca y afable con que sabe cautivar los corazones; todo cooperaba a hacer resaltar más y más el esplendor de una solemnidad tan gloriosa.

Al siguiente día 29, reunida en la iglesia catedral la misma distinguida concurrencia entre un numeroso gentío de todas clases, y con asistencia del excelentísimo e ilustrísimo señor arzobispo, que celebró de pontifical, se entonó por la música el Te Deum y luego siguió la misa solemne en acción de gracias. En ella, pronunció la correspondiente oración el padre lector fray Jorge Bastante, franciscano.

Concluido este deber religioso, cada individuo de las corporaciones tanto eclesiásticas como civiles, en sus respectivos departamentos, prestó a Dios y a la patria el debido juramento, sobre los Santos Evangelios, de sostener y defender con su opinión, persona y propiedades la independencia del Perú del gobierno español y de cualquiera otra dominación extranjera, con lo cual finalizó este primer acto de ciudadanos libres, cuya dignidad hemos recuperado.

Por último, para complemento de tan extraordinaria solemnidad, Su Excelencia, el señor general en jefe, dio una liberal muestra de su justa satisfacción y de su afecto a esta capital, haciendo que todos los vecinos y señoras concurriesen aquella noche al Palacio, en donde se repitieron, si no es que se superaron, junto con la esplendidez del refresco, los mismos regocijos que la noche anterior en el cabildo.

Aquí sería de desear que pudiese describirse la magnificencia de esta y de las demás funciones, así como la costosa decoración de caprichosas // [f. 220] iluminaciones, jeroglíficos, inscripciones, banderas, tapicerías y otras mil invenciones con que en tales casos se ostenta el público regocijo, y en los cuales compitió a porfía este vecindario. Baste decir que todos y cada cual se excedieron a sí mismos, hallando el interés del bien común recursos en donde las exorbitantes exacciones del extinguido gobierno y la ruina de las propiedades parecían no haber dejado ni medios para la precisa subsistencia. ¡Tanto distan del obsequio tributado involuntariamente al despotismo las espontáneas efusiones de alegría en un pueblo entusiasmado por la posesión de una felicidad inexplicable!

Entre los jeroglíficos e inscripciones puestas de manifiesto a la expectación pública, señalose con especialidad el arco triunfal que erigió el Tribunal del Consulado, de primorosa estructura y con magníficos adornos, inscripciones y emblemas significativos. Sobre él se veía una soberbia estatua ecuestre del general San Martín, con sable en mano.

Juraron pues, de este modo tan grandioso, no volver a pertenecer a la servidumbre de la metrópoli española, cuyos hijos, por más de trescientos años, habían dominado despóticamente a todo el continente de América. El general San Martín, después de esta función, agració el 4 de agosto al marqués de Montemira con el empleo de teniente general del ejército.

Asimismo, en igual fecha, agració, en la provisión de las plazas de la guardia cívica de infantería y caballería nuevamente creada, la de coronel general en la de infantería, al señor mariscal de campo marqués de Torre Tagle; la de teniente coronel de la misma arma, al señor conde de Casa Saavedra; la de sargento mayor, al teniente coronel don Juan Salazar y Carrillo: la de coronel comandante de la caballería, a don Francisco Zárate. hijo del marqués de Montemira. Todos estaban sujetos, desde luego, a sus títulos y riquezas propias para obtener, como por lujo, tales destinos; pero, de ningún modo, los convenientes para la consecución de la independencia de la patria.

[f. 222]

\*\*\*

El 12 de agosto del mismo año, San Martín declaró que los hijos de los esclavos nacidos en el Perú después del 28 de julio de 1821 fuesen libres, fundándose en las razones<sup>61</sup> que se copian:

> Cuando la humanidad ha sido altamente ultrajada y por largo tiempo violados sus derechos, es un grande acto de justicia, si no resarcirlos enteramente, al menos dar los primeros pasos al cumplimiento del más santo de los deberes. Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable y sujeto a los cálculos de un tráfico criminal. Los hombres han comprado a los hombres y no se han avergonzado de degradar la familia a que pertenecen, vendiéndose

<sup>61</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 12, 18 de agosto de 1821, p. 54.

unos a otros. Las instituciones de los siglos bárbaros, apoyados con el curso de ellos, han establecido el derecho de propiedad en contravención al más augusto que la naturaleza ha concedido. Es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado lo destruya, pero yo sería responsable a mi conciencia pública y a mis sentimientos privados si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando por ahora los intereses de los propietarios con el voto de la razón y de la naturaleza.

Practicada la jura de la independencia y abolida la Constitución española, San Martín se declaró protector del Perú, ejerciendo la autoridad suprema por su decreto siguiente.

## DECRETO DECLARATORIO<sup>62</sup>

Al encargarme de la importante empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la sagrada causa de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de aquellos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta, y mi corazón, poco satisfecho, si yo no afianzase para siempre la seguridad y la prosperidad futura de los habitantes de esta región.

Desde mi llegada a Pisco, anuncié que, por el imperio de las circunstancias, me hallaba revestido de la suprema autoridad y que era responsable ante la patria del ejercicio de ella. No han variado aquellas circunstancias, puesto que aún hay en el Perú enemigos exteriores que combatir y, por consiguiente, es de necesidad que continúen reunidos en mí el mando político y militar.

Espero que, al dar este paso, se me hará la justicia // [f. 223] de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sino solo la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida tan agitada, pero tengo sobre mí una responsabilidad moral que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de 10 años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos, cuando aún subsistían enemigos en aquellos países: primero es asegurar la independencia, después se pensará en establecer

<sup>62</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 10, 11 de agosto de 1821, pp. 39-40.

la libertad sólidamente. La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído; y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que, en el momento mismo en que sea libre su territorio, haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir. La franqueza con que hablo debe servir como un nuevo garante de la sinceridad de mi intención. Yo podría haber dispuesto que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres designasen la persona que había de gobernar, hasta la reunión de los representantes de la nación peruana. Mas —como, por una parte, la simultánea y repetida invitación de gran número de personas de elevado carácter y decidido influjo en esta capital para que presidiese la administración del Estado me aseguraba un nombramiento popular; y, por otra, había obtenido ya el asentimiento de los pueblos que estaban bajo la protección del Ejército Libertador he juzgado más decoroso y conveniente seguir esta conducta franca y leal, que debe tranquilizar a los ciudadanos celosos de su libertad.

Cuando tenga la satisfacción de renunciar al mando y dar cuenta de mis operaciones a los representantes del pueblo, estoy cierto de que no encontrarán en la época de mi // [f. 224] administración ninguno de aquellos rasgos de venalidad, despotismo y corrupción que han caracterizado a los agentes del gobierno español en América. Administrar recta justicia a todos, recompensando la virtud y el patriotismo, y castigando el vicio y la sedición en donde quiera que se encuentren, es la norma que reglará mis acciones mientras esté colocado a la cabeza de esta nación.

Convencido, pues, de la necesidad que hay, para los intereses del país, de la instalación de un gobierno vigoroso, que lo preserve de los males que pudieran producir la guerra, la licencia y la anarquía. Por tanto,

### DECLARO LO SIGUIENTE

- l.°. Quedan unidos desde hoy en mi persona el mando supremo político y militar de los departamentos libres del Perú, bajo el título de protector.
- 2.°. El Ministerio de Estado y Relaciones Exteriores está encargado a don Juan García del Río, secretario del despacho.

- 3.°. El de la Guerra y Marina, al teniente coronel don Bernardo Monteagudo, auditor de guerra del Ejército y Marina, secretario del despacho.
- 4.°. El de Hacienda, al doctor don Hipólito Unanue, secretario del despacho.
- 5.°. Todas las órdenes y comunicaciones oficiales serán firmadas por el respectivo secretario del despacho, y rubricadas por mí; y las comunicaciones que se me dirijan vendrán por medio del ministerio al que correspondan.
- 6.°. Con la posible brevedad, se formarán los reglamentos necesarios para el mejor sistema de administración y el mejor servicio público.
- 7.°. El actual decreto solo tendrá fuerza y vigor hasta que se reúnan los representantes de la nación peruana y determinen su forma y modo de gobierno.

Dado en Lima, a 3 de agosto de 1821. 2.° // [f. 225] de la libertad del Perú.

José de San Martín

\*\*\*

[f. 252] También entre los peruanos títulos de Castilla, hijos de la capital de Lima, afectos a la causa de los españoles, no dejó de haber, en la recién entrada a esta del general San Martín y su ejército, alguno de ellos que protestasen de sus afecciones anteladas en obsequio de aquellos, como especialmente lo prueba la exclamación siguiente.<sup>63</sup>

## Excelentísimo señor:

Don Fernando Carrillo de Albornoz de la Presa y Salazar, conde de Montemar y de Monteblanco, del orden de Monteza, etc. Hago presente a vuestra excelencia que, consiguiente a los principios que heredé de mis padres, he procurado nivelar mi conducta pública y privada. Una falsa idea de las cosas, pues juzgaba poco menos que imposible que se verificase la independencia de mi patria y las ejecutivas órdenes de los mandarines españoles, me alucinó de tal manera que no pude evadirme de tomar una parte activa en el partido de los opresores de ella.

<sup>63</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 12, 18 de agosto de 1821, pp. 52-53.

Vacilando largo tiempo entre la suerte del Perú, si conseguiría o no su apetecida independencia, y la conservación de mis honores y cuantiosos bienes que poseía, fui envuelto en la falaz seducción de los tiranos. ¿Y quién no habría creído, entonces, que unos jefes tan condecorados, y que hacían alarde de poseer los sentimientos de honor y de religión, se conducirían como es debido? ¿Cómo era posible que pudiese yo convenir que unos caballeros que vociferaban la probidad y honradez habían de ser los más inicuos enemigos de mi patria, de mi persona, de mis intereses, y que no tenían otra mira que la ruina de aquellos mismos como yo, que se sacrificaban en conservar para España estas magníficas posiciones y para ellos sus empleos, riqueza y poder? ¡Ah, qué experiencia tan triste! Olvidemos esta conducta criminal y esos excesos horribles cometidos en los pueblos indefensos.

Si el temor de que no se realice la suspirada libertad de mucho suelo, o de que esta degenerase en anarquía, me separó de los que cooperaban a nuestra común felicidad; // [f. 253] tengo hoy la satisfacción de confesar a vuestra excelencia, como a todo el mundo, sin avergonzarme, que, desengañado completamente, conozco que es de necesidad y justicia la independencia de España y de toda otra nación, principalmente cuando el voto general del Perú se ha declarado de un modo tan solemne como maravilloso.

Nunca es más recomendable un ciudadano que cuando lo guía la sana razón e imparcialidad. Convencido de la justicia y del deber para con mis compatriotas, me suscribo espontáneamente entre los peruanos libres y ofrezco a vuestra excelencia mis servicios, renunciando a mi anterior ciudadanía. Espero que vuestra excelencia apruebe la honradez y sinceridad de mi procedimiento, que en su virtud me permita disputar tranquilo de mis bienes embargados y que mi concepto no sufra la menor opinión de que ni remotamente pudiese yo pensar de otro modo que como un verdadero americano independiente. Estos son los sentimientos de que estoy penetrado y por ellos repito que sacrificaré mi existencia primero, que volver a abrazar la causa de los enemigos de la América, como igualmente de la moral y religión.

Por tanto:

A vuestra excelencia le pido y suplico que se sirva a proveer según lo expuesto en el fin de este recurso, que repito por conclusión y espero alcanzar de vuestra excelencia.

Lima, agosto 15 de 1821.

El conde de Montemar y Monteblanco.

Lima, agosto 15 de 1821.

En vista de la espontánea y franca retractación que hace el suplicante de sus antiguas opiniones, devuélvansele sus bienes embargados e insértese esta representación en la gaceta oficial, para que la generosidad del Gobierno sea tan pública como los sentimientos que protesta esta parte.

Una rúbrica de Su Excelencia, Monteagudo.

El protector San Martín no olvidó tampoco, como anteriormente se ve, los padecimientos y servicios de don José de la Riva Agüero, que había sufrido por patriota, desde tiempo atrás, prisiones, vejámenes, cárceles y desaires de los realistas en la capital de Lima y que, tras su pase a Huaura, acababa de entrar con el mismo San Martín a este país suyo. Fue hecho, por estos méritos justos y notorios, coronel del ejército y presidente del departamento a Lima.

Cuando San Martín iba, cual buen albañil político, acomodando con tales prontas disposiciones los diferentes ramos de la administración que se había echado encima en la // [f. 254] capital de Lima, fue cuando también el general Arenales acababa de haber llegado el 3 de agosto, como ya se ha dejado dicho antes, de [ilegible] modo particular y con su división compuesta por los batallones Numancia, de cazadores del ejército, número 2 y número 7, de granaderos a caballo y de leales del Perú antes mencionado, que había formado en Jauja y Huancayo [ilegible]. De la manera antedicha, estas fuerzas patriotas evacuaron las importantes provincias de Pasco y Jauja, de las cuales tomaron posesión los realistas en divisiones separadas y sin que nadie perturbara la tranquilidad de cada una de estas, al situarse en unos pueblos fértiles y de abundantes recursos. Las divisiones de Canterac y Carratalá entraron unidas a Jauja el 25 de julio y el virrey La Serna llegó a aquella ciudad con la mayor parte de su ejército el 2 de agosto.

Las adquisiciones de estas provincias compensaron con usura la pérdida que acababan de hacer de Lima, y esta incomprensible imprevisión

<sup>64</sup> Gaceta del gobierno de Lima independiente, n.º 12, 18 de agosto de 1821, p. 53.

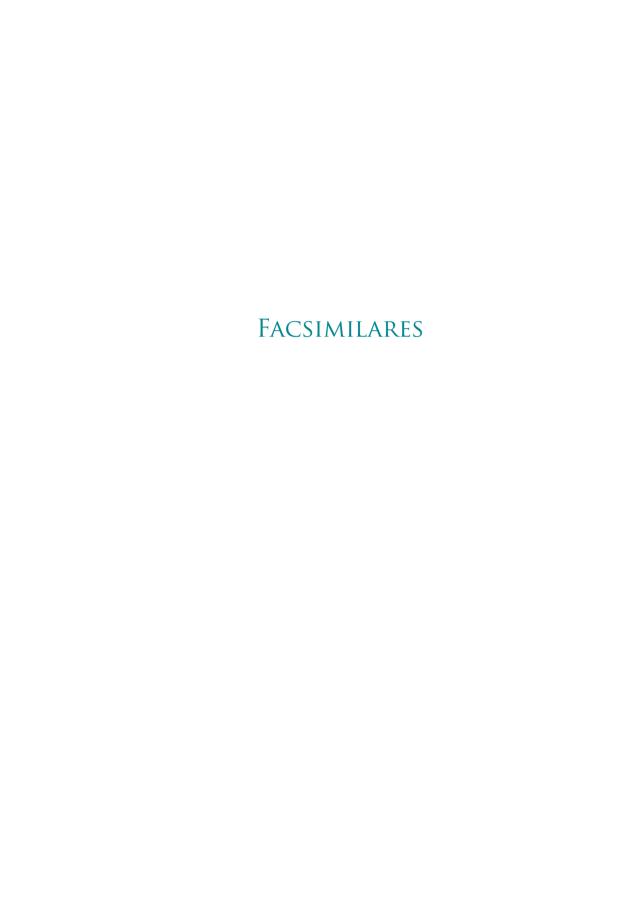
de parte de los patriotas en no haber conservado los departamentos y provincias que libertaban dio lugar a una ligera pero justa desconfianza en los habitantes entusiasmados, respecto a la permanencia estacionaria en Lima de los jefes y tropas patriotas. Esta misma también originó que cada ejército llegase a gravitar sobre los intereses de sus mismos partidarios, además de ser el azote de los lugares que habían abrazado cualquiera de los dos partidos beligerantes, porque cada partido a su vez sufría o se desquitaba de lo que el otro le había hecho sentir, considerándose en apogeo. Se ha referido por esta razón con generalidad que, cuando el virrey La Serna pasaba al Cusco por Huamanga, un hacendado de festivo pidió hablarle y, al hacerlo, le dijo: «Señor, la madre patria me ha quitado el dinero y las alhajas que poseía, y ahora el padre rey me priva de mis ganados y granos; suplico, por tanto, al señor virrey que se sirva a aconsejarme a qué partido debo entregar el pellejo, única cosa que aventuradamente puedo todavía llamar que es mío, porque aún cubre los huesos de este tolerante cuerpo».

El virrey se echó a reír porque le pareció una currada de Andalucía y, por tanto, le alargó una mano de cariño, pero // [f. 255] lo cierto es que él perdió sus ganados y granos. No solo fue este propietario quien tuvo que experimentar por entonces la destitución de cuanto le indicó al virrey por las tropas patriotas o realistas, sino que estas últimas sufrieron más, y aun del mismo virrey, como los pueblos de Cangallo, a dos jornadas al sur de Huamanga, que fue, por su decreto del 11 de enero de 1822 que publicó, saqueado, quemado y demolidas sus paredes, al paso que borrado para adelante su nombre de la relación de los pueblos, solo porque se había adherido a la causa de la independencia. Zancas, Ulucmayo, Reyes, Huayllay, Huaypacha y algunas otras haciendas en las inmediaciones de Tarma y Pasco fueron también quemados, sin que las existencias de las minas del cerro pudieran escaparse de ser saqueadas repetidas veces por los realistas y, a su vez, de expulsar a estos de ellas con la fuerza por los patriotas. El cerro y la villa de Pasco han sido también, en la mayor parte de su población, quemados por los destructores realistas. En la provincia de Huarochirí, han sido de igual modo quemados, por estos mismos, los pueblos minerales de Huaypacha, Yaule, La Oroya y la hacienda de Pachachaca; y, en la parte templada, otros varios como Tuna y San Jerónimo. Con las continuas

entradas y salidas de las tropas de ambos partidos, quedaron de hecho todos los minerales de Pasco parados en su trabajo, y si algunos de estos lo continuaban, era en un estado reducido que no llamaba la atención de los explotadores, de los comerciantes, de los habilitadores y rescatiles, 65 y mucho menos de los que estaban embebidos en la cuestión de los partidos. Los minerales son como las palabras que si no se discurre, no se habla; y, en ellos, si no se les fomenta con numerario y constante laboreo, no se les extrae la plata.



<sup>65</sup> La expresión debe entenderse como «acaparadores de plata de piña».



# Nota

Existen dos numeraciones para cada una de las hojas del manuscrito: el número de folio y el número de página; el primero corresponde al orden sucesivo de los folios del manuscrito, el segundo refiere a una ordenación interna, escrita con lápiz por algún poseedor del manuscrito. En esta selección y edición de la *Historia del Perú* utilizamos el número de folio, que facilita la revisión de la versión digitalizada del manuscrito. Sin embargo, ya que el número con lápiz aparece en la esquina de los folios, lo registramos en la descripción de cada facsimilar.

aion or furricia en lo civil - De la administración or furticia lo Criminal. Delos aguntamientos. Del gotierno polition las movinia, y or las Esparaciones provinciales. De las contribun nes. Le las tropas à Continuo le viscio De las milicias trans naler. De la instanccion publica . L De la observania or la Cons hale. De a mode or proveder para haver traciacione, en ella. Fale. even el contenido à que se ompalan cada uno à lus particula ses Capirolos ytitulos. Esta minua Constitucion de hallutalas cripta por la Diputatos Signioutes-For las Perinias Española, Sorlas Provincia, etnucianas Don Antonio Praguin Veren Sim Don Viente Parqual pla linkad tado pola Provincia or la Puebla n Fernel Presidente orber etageles en ellepio. D. Benito Ramon Harmida Di D. Fore Simeon or Usia Sipu putado por Galicia tado por quatalajara en defico D. Antonio Semper Diputato D. Juan Bernack Ogavan Dina 2. Francisco Garcei y Preca talo por la Than Cuka: I. fore Longin Ostis Lipurales Diputato por la Lerrama ellada. D. Fore Miguel Gurid: Alaren D. Pedro Gonzales & Llamas Di putado frel teyto rellarcia Diputado por Flancala en Me I barlos otil ne. Diperrale for Tore Maria Leguerica Sign Interior Navier Bornelly talo prel Neuro Reyor or Grana Vilgania Diguna pi Salencia. S. D. Januara S. 9. Fore Miguel Goado an Barris Diputado por la Pervisia ra Za miral por Valencia catecas en Mefics. D. Francis Later Rodriques or la J. Plonencio Carrillo Dipurato Barrene Dijurado por Sevilla. D. Lui Rodrigue al Monte Diju Corta Rica D. Fore Antonio Lope orla Place Sisteralo por Nica aqua. · tace no faticia. A Planinge Key y Muner Diputa. D. Fore Typaino Beye ainens do por Canarias. D. Francisco re Morgiara y Cabre na, Dipuraso por Santo Domine 8. Days Mino do por Sonemada D. Andrer Monales or los Olin, Depu & Detarians Obsegon, Dipurat take por la pindad or badie. pr guanaxicato en sufico-Autorio de Omina dadron Di-D. Francisco Fernandes Muni Un Dipurado po Mejico puras por Canarias. D. Juan dore Juerena Di putato por Durango capiral J. Perro Rivera Diputato p. Galicia. or la priera dicaya en hopis. De Jore Educas en Cardenas D. Fridoro drastines Firtum, Diputalo por Muria Varques Dipurato por el lan Dipurado po Fatares en de D. Bernardo Origo or Mallorea Dipu D. Rafael or Lufaiasegui talo pro Cintad or Palma. en la Banda Deienval or Due I. Franklalas Dipertado p. la lomania x Ron In

Figura 1. Manuscrito VIII. Folio 12 (página 8).

Al vivoy About le intro pues en este ano sel 813 bujo las meferes au circumstancias vertaforar, quelo, mas grandes experiencas para afiam el processir le establicidad sel domissio Espanol en todo. les Virasses sel Sur, y de auxos Serveros Contavorados en el Perú esque puestra plana và hà parentisantes sin duto, si parion algo be partidor beligerantes en este capitalo. Por otra parte con entirias quenas dela sureva España o America Septentienal, en dende las al femerit Pertita balleja habin taimfado al Candillo parsista Mezzala bataka se Ziramaro, y adomas la se las contaja, framentes en las de dantingo Guattinio, Calvario, Sirio de Quantla, Atotonileo, Valladolis Ina Miguel el grande, Alfofayeran, Vangerina, Guadalafara, Ser Fenange, el Valle se Santiago y el Dato por Hurbide y persencion e Holotos consecuente à la toma dela plana de Cacutte; la resugainte de la resugainte de la resugainte de la resultant de la res se este abancados harta Paraplana favirdición se Santa Fé a Boguta, "se dido en el ano actorier daba mayoraquero y resplandor a la la les de Allester en Quite, al paro que envanchando en toda su dad a be planes de distre l'iny se Lina wore el sometimiento sel reg al brigadier Parefor presentaba à la vista de todos el mon proute arte minio se les Independientes en remisio; por que is an Freuman trabia sida venido Faisras por neval patriora Belgrano, loto reputaba este hecho gloriero delos arfen since, como al paro velos se una mibe que empura la lue sel solon lu carrera se du propia Tapides.

Lei embargo de lodo esto los patriotas de Biceros agres no desn en sur propositor, por que aum mas alensados com la victoria alcunda Furniar, y las obrasilas centra la plasa se Montevides en el ano experadan en la Sucreiro Ventrador mas grandious de con motion de dar mayer respetabiliset legal à sur deliberación es quele tivas initalaron un Congrew nacional de conformidad à la promera cuando la mestarion del gobieros en el ano abinetro, principio el 31, de Enero befo la Presidencia del general, l'emisor Ferrideo D. Carlos Maria Alvear, y selos Constarios Vieire y gome, quedando compiado el poder escuriros a los mismos que lo estabar desen persono, a emparon de Paus que le le templaro con Peres que morcia la opinion ple dicar lete asamblea tomo el tema de Congreso Coberano Commingento, dicar lete asamblea tomo el tema de Congreso Coberano Commingento, y las tamiones que con ya las primeras leges nacionales dela republica ar

Figura 2. Manuscrito VIII. Folio 105 (página 111).

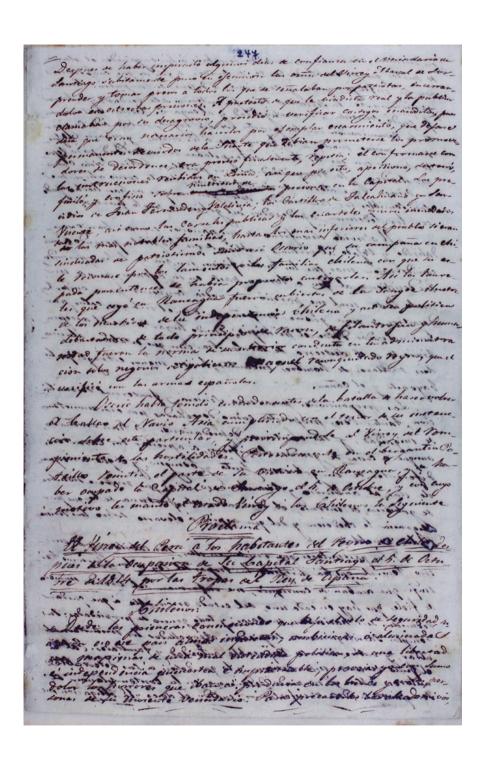


Figura 3. Manuscrito VIII. Folio 245 (página 247).

phie go la narmo, hamindo ver que la hamagio espengle al y hillo esto in ravalleria al Curio sustando la provisión en trans

Figura 4. Manuscrito VIII. Folio 375 (página 377).

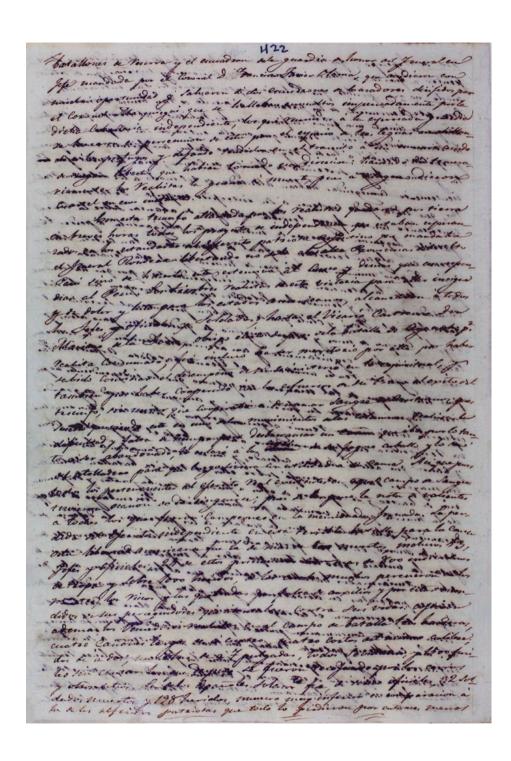


Figura 5. Manuscrito VIII. Folio 420 (página 422).

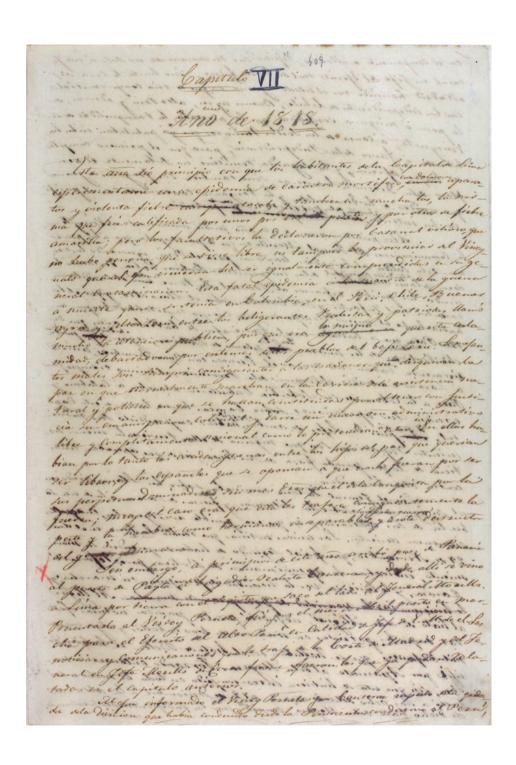


Figura 6. Manuscrito VIII. Folio 615 (página 609).

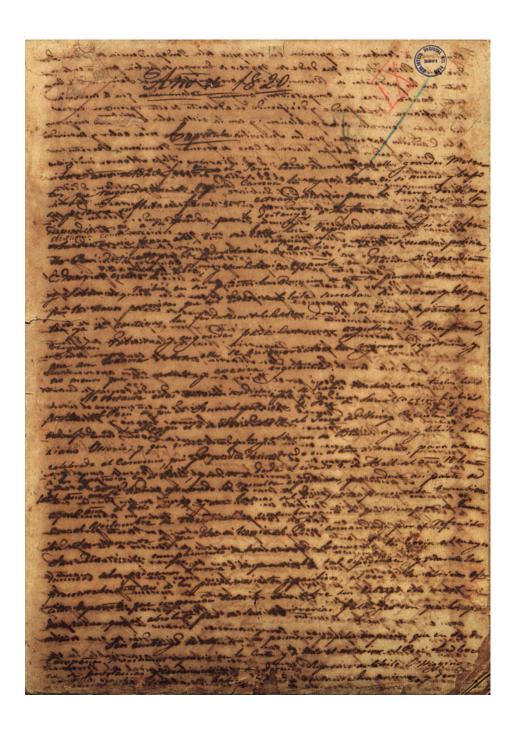


Figura 7. Manuscrito IX. Folio 1 (sin página).

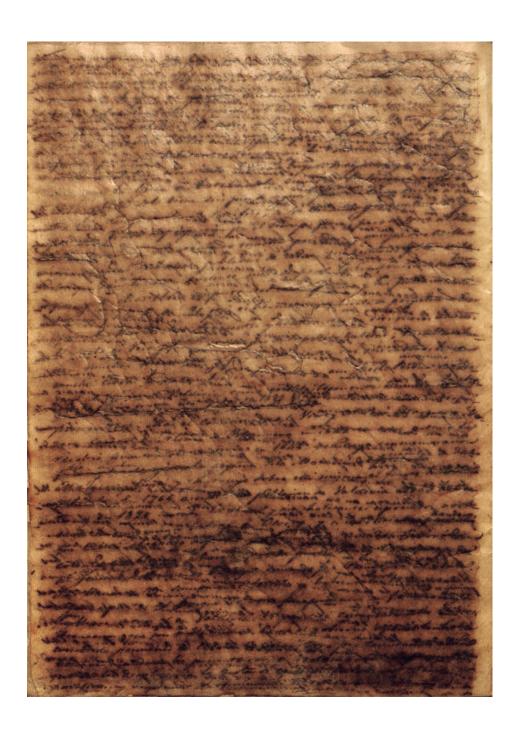


Figura 8. Manuscrito IX. Folio 42 (sin página).

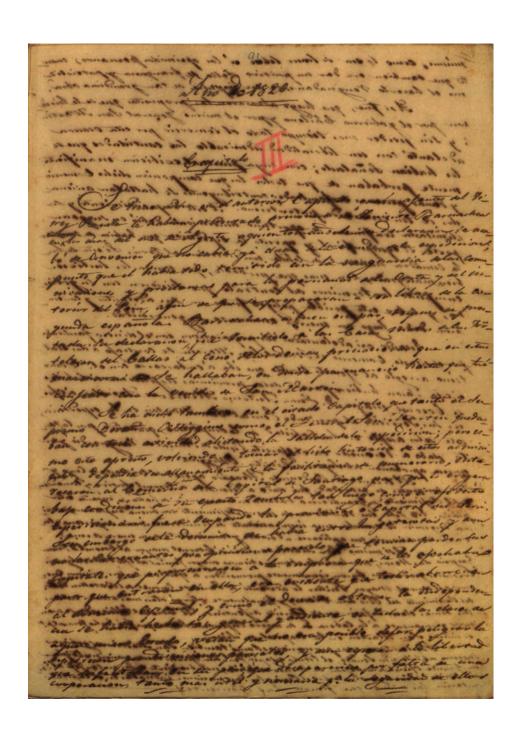


Figura 9. Manuscrito IX. Folio 95 (sin página).

Justanctiones del Senato ala Marion Chilena dades al Ejerrito aportionario debre " In la Cine as de donviago de Chile à los 23. dis al mes de Sumo a 1820, evanto el Eporto. Senado en la sala mamendo y en desiones ordinarias resolvie del. que siendo el objeto a chile y d'espirite que anima al Ejenito destricado à la aposicion al Peni, Jacar de la endavitud y Gominación del rey de Espana à les habitantes de aquellos bastas provincias; simpormas el histornas alla libertad civil y nacional en toda la America mendional acader con los desviles partidadios se termonio to que acantona der en aquelles puntes sertienen consu mortumbado observa ción una quena Sestanetora, y Constituir tenos meseros estadorsis Seprendientes, que um our para la defensa se la Causa comun con los domas que ya han consequido du liborrad nos hugan impe netrables à los atrecioses ambisons projectos de los Espanoles, de his aun fifarce las reglas que dese observar et Esomo. Peneral en lefe or to up dinon, y aurodadoi por d. E. quedo Denisido, que atas Sebian limitarce à las instancciones que desen complisse inviolablemente y hance corer bajo la signiente: . Aire 1º En los pueblos à que arribe no vrara sela friem nino mando depues a habe convidado à dus habitantes con la par enterentre una obstinada resistencia. , 2° Los pueblos y provincias que voluntariamente de cut. 100, Levin tratador como hermann en comen, y en particula de mintrario, ni openderion las personas, millos intereses due aquellos que no dear adictos a muentra laura, se procurará o nortes con al hier y hier trato; haviendoles entender que allie some de misera liberta àvil; tiene por objets meparable, el apriritu se senepiencia y amor à la sumanidad 3º Cuidarà que todos los individuos del Ejernito observens esempetramente la prevendo en el arricho anterior, carrigando con deversed a los transgresores, y haviend de courses, que magne, y mas estables Conquertas y victorias de consiguer conto onena on y forest moral que con al Caron & bayone , 40 Lugo que haga su consada en algun pueblo, hara

Figura 10. Manuscrito IX. Folio 97 (página 93).

6. M. del Peru. De Ayudante Stryent may Batallon num 6 Batallow de Con Sit Peris Batalling rum 1. 9 et Plan. Capitan . . & Daningo Jonales . Luttemente. d. Manuel Bustillos. Batallow . num 2. de irem. Capitais grasuas . . . L'ale Donagues.

Figura 11. Manuscrito X. Folio 5 (sin página).

eternamente: Al Peri es deide ette momento libre é Independiente por la volument ferreral de la luc blos, y por la Gasticia se su Causa que Dios defien de"\_ Bariendo despeas el pendon, y en el tono de un cornion aregado endeplarer puro y colectial, que dolo puede Jensis un ser benefico repetia muchas veras: Juin la Parua: Viva la libertar: Viva la Independenciale : expresiones que como seo efectivo reconaron en toda la placa entre el estrepeto de los Canones, el repique dep todas las Campanas sela Ciudad, y las équirones de alto row universal, que se manifectaba se diversas ma nevar, y especialmente con amojar deuse el tablado, y los balcones, no solo medallas de plata con inveripironos que porpoluen la momoria de este dia; sino tambien toda especie de monedas prodificiamente de nomada, por muchos veinos y derrores: en que in dissinguis els Thothe Colejio de Abogador , In las medallas que se arrafaron de regreson Anta en su grabalo por el aseres un fol con esta letra al revedor " Lima Libre Fino su Independencia en 28. de Julio de 1821." y por el reverso un lavorel de que end circumdada esta timperiprion -: in Bajo la pro recion out Yerrito Libertador sel Cora mand ass por San Martin" El Colejio de Abogator con in numerables veieros de distincion, y algunos Jefes dep oficion, no pudiente cabalgar en el acompanamiento por la escares de laballos proverida dela, reperson requirimes con que los arrebato à sus duenos el Gents Esparad antes a su juga le contentaron con darija ser sus deces preserviandore en pie al rededor delos va non tassavor en que se efectus la prodamación. à la sequida prosedio el acompanamiento por les belles publicas, regissiendo en cada uma delas plaras elmis mo acto, con la mima de remonia y demas circuntan cias hasta volver à la plana mayor en donde le experata al a intropit Lord Cocrane en una selas

Figura 12. Manuscrito X. Folio 218 (sin página).

aciones parificas a bordo ache fran van a' der el mas puntual complimiento a esta resolucion " For el miraso dia declaro tambier que solos too be bu loraron be habian avonegale expersion sobre la conducta octor encingos ula fixertad section que en la fritz berion

Figura 13. Manuscrito X. Folio 221 (sin página).

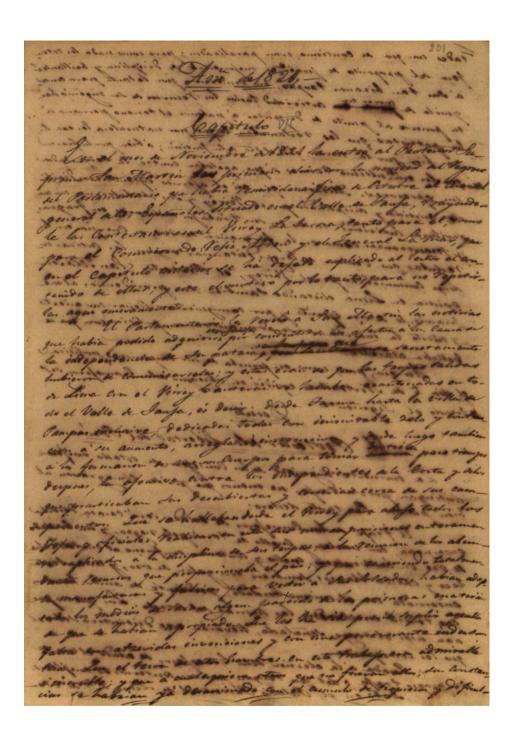


Figura 14. Manuscrito X. Folio 400 (página 201).

for orderer, gavitando à frietan de fine totavient processio à les enfrarers no que ron tratarte procession à los associations. E commo frem absente les colons de me con et me con con la solon les preses, y à transfer this pare la lattatam que arreite el Capitan Villabonge le pour à la latere de les 40 les possia la guarine de presencion, el la pitan Zamora intro d'un que le hallaba à los privavos paros del Cuartel. Facor lian hecho el transporter de presencion par del Cuartel. Facor lian hecho el transporter de presencion arrapancia y enterior.

Figura 15. Manuscrito X. Folio 489 (página 93).

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA

Pasaje María Auxiliadora 156 - Breńa Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com Página web: www.tareagrafica.com Teléfs.: 424-8104 / 424-3411 Noviembre 2022 Lima - Perú

## 







ISBN 978-612-4045-84-4

